

INMA SHARII

IRANIA

Mi historia comienza cuando
termina mi vida

Anima

***Mi historia comienza
cuando termina mi vida***



©Inma Sharii,2011

(reservados todos los
derechos)

©Editorial Ànima,2011

(reservados todos los
derechos)

1^a edición: julio de
2011

Diseño de portada y
contraportada:

www.tuguee.com e

Inma Sharii

(reservados todos los
derechos)

Fotografía de archivo
Fotolia:

©NinaMalyna (niña)

©Barabanschikov

(bosque)

©EtiAmmos (fórmulas
químicas)

©Ronald Hudson

(gárgola)

Edita: Ànima editorial

Apdo. de correos 52,

Rubí-08191, Barcelona,

Spain

www.animaeditorial.com

ISBN: 978-84-939183-

0-9

Dedicatoria

Para todo aquel que alguna vez ha tenido que traspasar los límites de lo convencional, sin más garantías que su propia convicción. Para aquél y aquella que ha tenido que enfrentarse a las dudas, los juicios preestablecidos de lo que es correcto y normal. Para aquellos inconformistas y soñadores que van abriendo caminos a

pesar del rechazo y el ridículo social. Para todos aquellos que miran cada noche las estrellas a la espera de una señal. Para aquellos que ven luces dónde otros solo ven sombras. Para las almas valientes que van despejando senderos de zarzas y espinas en solitario, por amor al prójimo. Para aquél o aquella que un día decidió parar la televisión y buscó fuentes alternativas que nutrieran su sed de conocimiento. Para todas las almas que despiertan

*cada día y para todas
aquellas que todavía no lo
harán, pero no por
incapacidad, sino por amor.*

INMA SHARII

Prefacio

 Mi historia comienza cuando termina mi vida. Tuvo que ser así, ahora lo sé y nadie pudo impedirlo. Me habían enseñado a creer que no tenía elección, que debía conformarme con quien decían que yo era. Entonces dejé de soñar, dejé de creer en mí, me abandoné y enfermé por dentro de locura.

 Yo morí, mi muerte fue

lenta y agónica. De hecho nací muerta y ciega, como la mayoría de las personas de este mundo; en una sociedad que jamás se pregunta por qué hace lo que hace, si lo hace porque lo siente o porque le dijeron que así debía ser. Pero yo me rebelé y perdí mil batallas, pero gané la libertad.

Dicen que estoy enferma porque veo lo que otros no ven. Ellos no me entienden pues me juzgaron antes de amarme. Si me hubieran amado tal como soy la pesadilla que viví no

habría sido necesaria. ¡Qué distinto habría sido todo! Yo solo quería ser feliz y sentirme amada. ¿Acaso pedía tanto?

Ahora miro atrás y casi no reconozco el rostro que aparece en la fotografía de la tumba. Ya nada queda de Sandra Ros. Me duele no encontrarla en los rincones de mi memoria, pero ya no puedo alcanzarla. ¿Acaso fue real? ¿Alguna vez existió?

He tenido que llegar hasta aquí para recordarte. Recordar me da fuerzas para

seguir creciendo y para seguir teniendo esperanzas.

Sé que hay algo más, me transmiten sus tristes ojos. Ella lo sabe, sabe que nada ni nadie, puede apagar la llama de la verdad que habita en un pequeño cajón del corazón. Por eso resistió, latente, a la espera que una ligera brisa de confianza la avivara.

Entonces me levanto del frío mármol y acaricio con las yemas de los dedos cada una de las letras que forman su nombre. Luego apoyo la frente sobre la

piedra y cierro los ojos.

Sé que me estás escuchando. Se hará justicia, te lo prometo. Ahora ven conmigo, adéntrate en mis recuerdos. No temas. Tú tienes la suerte de estar ahí fuera. A ti ya no podrán hacerte daño. Pero yo tengo la necesidad de explicártelo.

Te preguntarás quién soy. Esta misma pregunta costó la vida de Sandra pero también a descubrir el viaje de mi alma.

Porque no puede contenerse tanta vida en una sola existencia.

Yo soy Irania.

Yo soy la que yo soy.

Capítulo 1

Lleida, 1986

— ¡Cállate! No hables o nos encontrarán— dijo Aurora tirando varias veces de mi mano.

— Tata, tengo miedo, no me gusta este juego, está muy oscuro— le dije entre sollozos, aferrándome fuertemente a su cintura.

Se oyeron rumores a lo lejos, voces de hombre, luego cánticos como los que se oyen en los conventos, pero más pérfidos y tenebrosos.

De pronto escuchamos unos pasos firmes y pesados crujir la tierra que cubría el suelo acercarse en nuestra dirección.

Salió un quejido de mi garganta.

Mi hermana me tapó la boca y me dijo en voz baja:

— Sandra, no te muevas. Ahora vamos a jugar al escondite. — Vale,

pero luego vamos a casa a merendar— contesté enfurruñada. — ¡No están, Señor! — exclamó una ronca voz de hombre a lo lejos— ¡Las niñas se han escapado!

Aurora tiró de mi mano y me condujo por un túnel oscuro, lúgubre y húmedo. Mis pequeñas piernas no podían seguir sus pasos.

— ¡Cogedlas! ¡Que no salgan de aquí!

Mi hermana aceleró el paso, casi me llevaba a rastras.

— ¡No quiero jugar

más!— me quejé.

— ¡Corre! — gritó

Aurora.

Me detuve en seco y solté la mano de Aurora.

— ¡Tata, espera! Mi bolsito, se ha roto— le dije mientras me agachaba al suelo para buscarlo.

— ¡Corre Sandra!
— escuché a lo lejos.

De pronto sentí unos pasos detrás de mí.

— ¿Tata? — Pregunté
— ¡Mira ya lo he encontrado! — le dije a mi hermana, entusiasmada con mi bolso, ajena a todo

peligro. Pero ella ya no estaba.

Giré mi rostro y una luz me cegó la visión. Asustada eché a correr, pero tropecé y caí de bruces en el suelo. Probé el sabor de la tierra en mi boca.

De pronto sentí una fría garra sobre mi pierna.

— ¡No, suéltame!
— chillé mientras pataleaba
— ¡Tata ayúdame, me comen por los pies!

Barcelona, Veinticuatro

años después

Cuando extendió el frío gel sobre mi vientre me encogí por unos segundos. Con los ojos fui siguiendo la pantalla a la vez que observaba con detenimiento las facciones del doctor Aranda.

Olía a recién afeitado. Quizá no era consciente, pero cuando levantaba las cejas o se rascaba el mentón, mientras miraba el monitor, conseguía poner todas mis

neuronas en alerta. Aunque siempre había tratado de ser amable conmigo, yo sentía que le costaba esfuerzo sobrehumano levantar las comisuras de los labios para sonreír. Y en aquel instante lo necesitaba, un poco de calor, una mano amiga en aquella fría habitación.

Salió un largo suspiro de mi boca.

Pensé que me habría gustado escoger otro especialista, pero ni tan siquiera en eso tuve libertad de elección.

— Está todo correcto,

señora Ros, no debe preocuparse — me dijo. — ¿Seguro?— insistí. — Las pequeñas pérdidas entran dentro del cuadro sintomático normal, en el segundo mes de gestación. Mientras me vestía detrás del biombo, no pude evitar pensar en Joan. Este pensamiento tiñó de gris la alegría que había sentido minutos atrás.

Al salir del consultorio me dirigí a la cafetería que tenía la clínica en la planta baja. Había quedado allí con mi madre. La encontré

sentada, de espaldas a la puerta. Miraba por la cristalera que daba a un jardín interior lleno de palmeras exóticas. Debía estar absorta en sus pensamientos, porque yo sabía que no le gustaban las plantas y llevaría, por lo menos, varios minutos removiendo el café con la cucharilla. Era una manía que tenía que me desesperaba.

El ruido de mis zapatos de tacón hizo que girara su rostro.

Al verme me escaneó

con rapidez. Debió ver una ligera sonrisa en mis labios, algo que hizo que terminara su angustia. Entonces las facciones le cambiaron y se levantó de golpe de su asiento.

— ¡Me alegro mucho por vosotros hija mía!— Dijo mientras me abrazaba con fuerza—. Sabía que lo conseguirías. Con la llegada del bebé todo cambiará — añadió.

Respondí con una sosa mueca.

No se percató que mi cuerpo estaba tieso como

una escoba. Pensé que escuchar la noticia de que mi embarazo iba *viento en popa* iba a hacerme sentir inmensamente feliz, sin embargo permanecía impasible ante los abrazos y caricias de felicitación de mi madre. Parecía irónico que ella sintiera más ilusión que yo misma, pero así era; estaba muerta de miedo.

— Joan no ha podido venir— murmuré.

Ella ladeó su cabeza y me pellizcó el mentón. Debí de parecerle tonta o frágil. De aquellas mujeres que

necesitan siempre que sus maridos estén a su lado en cada momento. Pensé que iba a responderme lo que le había oído decir a mi hermana: que en sus tiempos estas cosas eran solo de mujeres y que los padres, solo veían al hijo después de nacido y aseado. En condiciones, según sus palabras.

Joan había olvidado nuestra cita. Le había dejado varios mensajes a su secretaria para que me llamara urgentemente, pero no había obtenido respuesta.

En aquellos instantes sentía que no le importaba demasiado y no llegaba a comprender el motivo.

— Es normal, hija, tiene mucho trabajo; ya sabes que está con un proyecto muy importante — me contestó.

No me sorprendió su respuesta, siempre terminaba excusándolo. Tenía una vena machista que me había querido inculcar desde niña. Para ella era normal pero yo, aunque no decía nada, me rebelaba en mi interior.

— Siempre son

importantes— murmuré.

Pero no me servía de nada. Mi rebeldía terminaba en muecas, gestos y algún resoplido que otro, no me atrevía a exteriorizar más allá. Me habían domesticado muy bien. Tenía un rol que interpretar en una función teatral. Una obra en la que yo era la hija de una familia que venía de abolengo tan rancio, que incluso contábamos con unas gotitas de sangre real. Todos los miembros de la familia se tomaban su papel muy en serio. Y querían que yo

también lo hiciera. Y lo intenté.

Tenía todo lo que se podía comprar con dinero pero yo no era feliz. Sé que es un dicho manido y conocido pero en mi caso era verdad. Quizá esta situación para otros era un regalo, pero para mí no lo fue. Mucho antes de saber quién era yo, mi vida se había basado exclusivamente en satisfacer los deseos de mis padres, en todos los sentidos. Pero de esto me di cuenta después de años de luchar contra mí

misma.

Cuando me sentía mal, cosa frecuente, visitaba a mi amiga Lila. Ella era vidente. Lila era mi secreto y me gustaba que siguiera siendo así. Yo no fumaba, tampoco bebía, las consultas del tarot eran mi vicio, mi cortina de humo. Su salita se había convertido en mi reino de magia particular. Una hora donde podía ser yo misma, desplegar todas mis angustias y mis miedos sin sentirme criticada ni juzgada por nadie.

La primera vez que la llamé me puse nerviosa, bueno, la segunda, porque la primera vez colgué el teléfono al oír su voz y no volví a llamar hasta pasados unos días. Había escuchado tantas cosas y tan confusas sobre las videntes que en el último instante me eché atrás. Pero me había gustado su nombre y solo por eso y porque estaba lejos de mi barrio, me animé a pedirle una cita. No sé porqué lo hice, ni siquiera recuerdo lo que estaba haciendo en ese momento. Lo que sé es que

yo estaba mal, mucho peor de lo que quería reconocer. Estaba frustrada con mi vida, amargada o incluso depresiva. Había llegado a un punto de inflexión donde las situaciones que vivían ya no daban para más. Había succionado la vitalidad de mi entorno, hasta casi no dejar resquicio de alimento. Eso era: alimento, necesitaba alimento para mi espíritu y en mi familia ya no podía encontrarlo. No era consciente de esto pero yo buscaba y buscaba aquello que pudiera darme una

chispa de magia, pues ya había dejado de creer en el mundo que habían construido otros para mí.

Recuerdo los nervios que sentí la primera vez que fui a su consulta, en un piso de un antiguo edificio, cerca de Avenida del Paralelo. Había ascensor pero un cartón mal cortado que pendía de la puerta decía: “ABERIADO” en rotulador negro. Y durante años siguió así.

Mientras subía analizaba el olor de aquella comunidad de vecinos, una

mezcla de aromas difícil de descifrar. En un rellano olía a pescado frito, en otro tramo inmediatamente cercano a curry y seguidamente a estofado de carne. Se olía la vida del hombre de oscura tez, que te servía el café con leche cada mañana con una sonrisa; de la mujer, venida de tierras lejanas que guardaba las propinas en un bote de galletas con la promesa de un futuro mejor, pero sobre todo olía a esperanza. Un olor que había dejado, hacía muchos años, de sentir.

La mujer que me abrió la puerta echó por tierra todos mis esquemas mentales. Yo la había imaginado con un turbante en la cabeza y una túnica plateada brillante de *strass*. Ya venía preparada para eso y Lila me defraudó. Lo único que parecía destacar en ella como extraño o insólito para mí, era un colgante con un símbolo que luego supe que era celta. Era de estatura baja, estrecha de pecho y ancha de caderas. Con forma de pera, habría dicho mi cuñada Marta.

Parece ser que yo también la defraudé, aunque en aquel momento no lo demostró. Solo me recibió con una amplia sonrisa.

Más tarde me confesó que la primera vez que me vio entrar por su puerta, también me juzgó por la apariencia:

— *Me pareció que te habías equivocado de piso*
— me dijo riendo y gesticulando con las manos
— , *tan elegante y esbelta; con tu traje de alta costura; tu bolsito de piel; tu cabello perfecto, liso, de brillantes*

mechas rubias. Pensé que venías a venderme jabones o cremas.

Ella tenía razón, no debía de ser el tipo de mujer que encajaba en su larga lista de clientes y clientas. Imaginé que debió de preguntarse fugazmente que podía querer una mujer como yo, con estudios y racional, de una tarotista de barrio.

— ¡Sandra! — exclamó al verme aquella cálida mañana de otoño — Pasa, cariño ¿No tenías visita con

el médico hoy?— me preguntó mientras me daba dos besos en la mejilla— Tienes mala carita.

Lila me acompañó hasta la sala de estar de su apartamento.

Su casa siempre me pareció acogedora, aunque de pésimo gusto en la decoración. Lila mezclaba colores y estilos sin ningún fundamento. Cuando me decía que su apartamento de ochenta metros cuadrados era muy grande y que no le alcanzaba ni para las cortinas, yo miraba a mi

alrededor y asentía por cortesía.

Alguna vez me atrevía a darle consejo sobre decoración, de lo que había aprendido de mi madre, pero Lila siempre resoplaba y levantaba una mano. Decía que como se compraba las cosas sueltas y de año en año, acababan por pasar de moda. Pero aún dentro del batiburrillo de colores y adornos, acababa aflorando la personalidad excéntrica y cariñosa de mi amiga, una esencia que lo impregnaba todo.

— Voy a traerte una tila.

Ya no me preguntaba si me encontraba mal, ya sabía que me encontraba mal, y como un acto instintivo en ella, me traía una infusión de tila, a la cual añadía miel. Decía que me ayudaba a comprender mejor los mensajes de las cartas. Yo no creía mucho en los efectos medicinales de las plantas pero estar con Lila me hacía sentir mejor, y eso era lo único que me importaba.

Su gato negro, se subió

al sofá y se sentó sobre mis piernas. Según mi amiga, lo hacía con todos los clientes que llegaban. Ella decía que los gatos estaban conectados con otras dimensiones y que percibían las malas vibraciones que traían las personas (aunque esto me lo dijo más tarde). Samuel, que así se llamaba su peludo compañero, tenía asignada la función de calmar y equilibrar el ambiente de la sala. Lila tenía otra gata llamada Estrellita, era tan blanca como la nieve y de ojos azules; pero Estrellita

no solía acercarse, más bien se mantenía alejada y expectante desde su silla preferida. Mi amiga siempre andaba preocupada por ella porque vomitaba casi todo lo que comía. Decía que era por su extremada sensibilidad.

Me parecía tan raro lo que me explicaba que lo único que se me ocurría decir era: *claro,claro*, y asentía porque en el fondo la respetaba. Tenía una actitud de entereza que admiraba. Lila era una mujer sabia a su manera. Había aprendido

mucho durante los años que llevaba ejerciendo. Quizá no tenía un diploma de psicología que la avalara colgado de la pared, pero conocía los rincones intrínsecos de la mente y las emociones como la mejor de las catedráticas. Había comenzado de adolescente echando las cartas a sus amigas como diversión hasta que terminó haciéndolo su profesión por gusto y por necesidad.

Me quité la americana blanca de piel que llevaba y

la dejé caer sobre el sofá
biplaza azul.

— Joan no ha venido,
ni siquiera me ha llamado y
sabía que tenía la ecografía.
Siempre hace lo mismo,
todo es más importante que
yo y su hijo — comenté
resentida.

Observé que Lila
recolocó la americana con
cuidado sobre la silla.
Recordé que lo había hecho
en otras ocasiones pero
aquella tarde me molestó,
quizá porque ya venía
angustiada, me pareció que
pensaba de mí que era una

estúpida malcriada.

— Pues no entiendo, estaba como loco cuando se enteró de que te habías quedado. ¡Y te lo demostró con creces!— Me dijo señalando el anillo de platino y diamantes que lucía en mi mano izquierda.

Mire el anillo y me encogí de hombros.

— Sí, estaba tan feliz, nunca lo había visto así — el recuerdo me hizo sonreír por unos instantes—. Por eso no entiendo porqué ahora muestra tan poca ilusión. Me hace pensar que solo

buscaba tener descendencia, pero ahora que ya sabe que la va a tener, es como si yo no le importase. Ya no me ama, nunca me ha querido — le confesé mientras daba vueltas al anillo en mi dedo con nerviosismo.

Sin darme cuenta Lila se había convertido en mi mejor amiga y confiaba en ella, quizá demasiado. Yo era una buena clienta, de hecho, la mejor que tenía. Al principio comencé a ir cada quince días, luego cada semana y por aquel tiempo varias veces en la misma

semana. Mis padres no sabían nada de mis visitas con ella. Jamás me lo habrían permitido y Joan tampoco, aunque tenía la sensación que le habría dado igual.

Ellos eran escépticos, creían en la medicina, en los fármacos que todo lo curan y en el psicoanálisis. Antes yo también pensaba como ellos, pero en aquellos momentos de mi vida necesitaba respuestas para las sensaciones que hervían en mi interior y nadie como ella me reconfortaba. Lo que

veía en las cartas me daba consuelo y me hacía sentir menos extraña. Lila me conectaba con aquella parte de mí misma que clamaba salir.

En las tiradas le preguntaba por el futuro, por si Joan todavía me amaba, por si me quedaría embarazada o por si “algo” en mi vida iba a cambiar. También le preguntaba cosas absurdas; bueno, ahora las veo absurdas, pero antes no lo eran y me bloqueaban. No tenía seguridad para pequeñas decisiones que

cualquiera hubiera sabido tomar, como estudiar chino en una academia o con un profesor particular.

Al principio Lila aceptaba ese tipo de consultas, pero con el tiempo comenzó a regañarme, quizá movida por la pena que debía causarle mi actitud, o porque ya comenzaba a quererme, como yo a ella, y se preocupaba por mí.

— Pregúntale a tus cartas, necesito consejo— le pedí.

Lila tomó mis manos

entre las suyas y las apretó. Las sentí muy cálidas, emanaba una energía reconfortante de ellas. Luego me miró como una madre miraría a su hija pequeña al pedirle una ración extra de helado.

— Cariño, te eché las cartas ayer— me dijo. — Te pagaré el doble — le contesté. Hizo una mueca de disgusto con su boca y soltó mis manos para cruzarlas sobre su pecho. — Sabes que ya no es por el dinero. ¡Me molesta que digas eso! Lo hago por tu bien, para

que sigas tu propia intuición. Tu madre te ha estado manipulando toda la vida, diciéndote lo que tenías que hacer, dónde tenías que ir. Pero eso debe terminar. Algún día tendrás que cortar con esa actitud. ¿No ves, cariño, que te hace mal?

Me sentí tan desesperada con su negativa. ¿Qué vio en mis ojos que la convencieron? ¿Tanta angustia desprendían?

Resopló y se levantó.

— Está bien, pero no vuelvas a venir en toda la semana.

Me levanté del sofá y me senté en la silla junto a la mesa camilla donde Lila echaba las cartas.

Yo seguí con la mirada cada uno de los rituales que hacía para purificar la sesión en la salita de estar. Un repetido ceremonial que no dejaba de maravillarme.

Mientras Lila encendía una vela blanca, oí un perro ladrar en la lejanía. Tras la ventana de la habitación podía ver como unas jubiladas se habían parado justo en la acera de enfrente para recobrar el aliento,

llevaban sus cestos de mimbre cargados de fruta y los tobillos hinchados. Yo nunca había tenido que hacer la compra de alimentos, ni había tenido un trabajo duro, pensé que no tenía derecho de sentirme mal cuando la vida había sido tan generosa conmigo, pero no lo podía evitar, tenía una angustia que no podía eliminar de mi corazón.

— ¡Corta!— ordenó Lila cuando me pasó la baraja.

Recobré el *aquí y el ahora*. Con la mano

izquierda corté el mazo en tres montones.

Lila comenzó a disponer las cartas sobre el tapete morado, estampado en alegres estrellas y lunas amarillas, en un orden que solo ella entendía. Las cartas parecían hablar en un lenguaje que comprendía a la perfección, mientras sus penetrantes ojos azules iban leyendo un invisible mensaje, al rozar con sus dedos los arcanos.

Me había acostumbrado al estado que tomaba Lila cuando leía el tarot, parecía

estar poseída por una magia que la hacía oscilar muy levemente, imperceptible. Los ojos muy abiertos me asustaron en un principio, la voz se le afinaba y parecía más dulce y cariñosa. ¡Era mágico!

— Sandra, veo el mismo cambio que te anuncié hace meses: tu embarazo y todos los acontecimientos que lo envuelven; aumento de vida social y esas cosas— me decía mientras señalaba el arcano con la figura de una rueda, como si yo

comprendiera lo que aquello significaba—. Esto va a ser un gran cambio en tu vida para mejor. Después de tu embarazo todo irá mejor de una manera paulatina, eso sí, debes ser paciente. No será de hoy para mañana.

Lila tosió varias veces. — Aunque... — sus dedos se detuvieron sobre el tres de espadas. Aquella carta parecía quemarle las yemas de los dedos. — ¿Qué pasa? — interrogué con inquietud — ¿Qué ves? Lila puso otra carta encima del tres de espadas. Cuando le dio la

vuelta, sus ojos se abrieron ligeramente. Noté un leve temblor en su mano.

— Nada, cariño. Debes tranquilizarte, Sandra. Cuídate mucho, haz reposo y sigue con tus clases de yoga.

Escruté su redondeado rostro. Sentí que me ocultaba algo. Ya la conocía de sobras para saber que estaba siendo condescendiente.

— ¿Qué pasa Lila? ¡Dime! Joan no me ama ¿verdad? Ahora que estoy embarazada se ha buscado una amante, ¿no?

Lila miró las cartas y cogió una nueva que puso sobre una fila ya montada.

Se atusó el rizado cabello castaño rojizo hacia atrás, como si fuera a hacerse una cola y lo soltó de nuevo. Noté que necesitaba un tiempo para contestar.

Exhaló una larga bocanada de aire y me dijo:

— Joan no debe preocuparte en estos momentos. Lo más importante es que te cuides y estés tranquila. Eso es lo que te aconsejan las cartas.

Agaché el rostro y suspiré.

— ¿Por qué me hablas de un gran cambio en mi vida? Si lo único que siento que me va a traer este hijo es más de lo mismo, más soledad, más angustia. Sentirme más atrapada de lo que estoy, seguir viviendo lo mismo, un día y otro y otro. Sentir el continuo rechazo y dejadez de mi marido se me hace insoportable. La vida no puede ser solo esto.

Comencé a llorar, tapando el rostro entre mis manos de largas uñas

lacadas.

— Debería sentirme feliz — logré balbucear entre las lágrimas — , debería sentirme plena por la llegada de mi hijo, pero no lo estoy, me siento vacía y no entiendo el porqué ¡No entiendo! Me siento mal. Siento que algo no va bien.

— Habla con Joan, explícale cómo te sientes. Todo lo que me dices cuéntaselo. Ahora necesitas sentirte apoyada, saber que contarás con él.

Solté una cínica risa, me pareció tan absurdo su

consejo en ese momento.

— ¡Como si yo le importara algo! Tú y yo sabemos por qué se casó conmigo. No hace falta que seas tan hipócrita. Esto no me lo esperaba de ti.

Me levanté bruscamente de la silla, cogí mi monedero y le lancé un billete sobre la mesa.

Lila me miró perpleja. No debió esperarse mi comportamiento pero contuve mis ganas de lanzarle una horrible escultura de dragón que tenía sobre la mesa. Sentía

rabia y un ardor
indescriptible en mi
estómago.

— ¡Sandra, espera!

— Reaccionó intentando
sacar su rechoncho trasero
del pequeño espacio entre la
mesa, la silla y la pared.

Pero no logró
alcanzarme.

Ahora siento tanto
amor por ella. La amo por
haber sido tan respetuosa
conmigo. Otra persona quizá
hubiera optado por hacer un
drama y regodearse en la
miseria de mi vida, pero ella
intentó mantenerse al

margen de sus propias opiniones y juicios. ¿Qué hubiera sucedido si Lila me hubiera contado lo que vio en las cartas? ¿Habría sucedido todo tal como pasó? ¿Habría podido evitarlo?

Como el mito de Casandra de Troya, después de todo lo que profetizaba, al final solo le quedaba observar. Observar el desarrollo de los eventos frente a sus ojos, sin poder mediar. Porque no le correspondía a ella, las lecciones eran para otros.

Ni si quiera recordaba haber hecho el camino de regreso a casa y ya estaba en el garaje cerrando la puerta de mi lujoso automóvil color gris acero. Mil y una imágenes rozaban la velocidad de la luz por mi mente, los pensamientos negativos seguían atormentándome una y otra vez. Porque para mí, en aquellos momentos que vivía, lo que pudieran haber predicho las cartas de Lila me afectaba, y mucho.

Necesitaba tomarme

algún fármaco para aliviar el dolor de cabeza pero recordé con fastidio que ya no podía hacerlo.

Al entrar en el chalet oí el ajetreo de cacharros en la cocina, de repente me vino a la mente la cena que organizaba para mi marido y unos clientes de mi padre. Y era justo lo que menos me apetecía.

Solté un soplando de fastidio.

Saludé a la cocinera que me esperaba con la comida hecha y su habitual mal humor.

— Es que, Señora... si me llega a decir que quería solomillos para hoy, yo los hubiera encargado con tiempo — dijo la mujer, con un fuerte acento gallego — . ¡Mire! He tenido que llamar a varias carnicerías y ¡mire, mire, qué me han traído! — La cocinera disgustada mostraba con sus manos enrojecidas de los detergentes, los trozos de carne dispuestos en una bandeja de loza.

A mí me parecieron perfectos, aunque no los miré por más de dos

segundos, me dieron náuseas.

— Está bien, Rosa, no se preocupe— contesté.

— ¡Ya! Para la Señora todo está bien — la oí murmurar— , pero luego el Señor cuando vea esta porquería en su plato me fundirá con los ojos. Siempre lo deja todo para el último momento— continuó mientras pelaba una cebolla.

Dejé a Rosa refunfuñando y subí a mi dormitorio casi arrastrando los pies. El embarazo me daba mucho sueño y me

tumbé sobre la colcha de suave terciopelo gris. Sentí frío y me tapé con el cubrecama. Quería pensar en mi futuro hijo, en cómo sería su carita, si sería niño o niña, pero volvía a revivir una y otra vez en mi mente las palabras de Lila mientras acariciaba mi vientre. Pensamientos negativos me robaban la alegría y la esperanza. Tras unos minutos mirando el techo me dormí, hasta que el golpeteo de la puerta me sobresaltó.

— ¿Sandra?— escuché.

Me desperté con una extraña sensación todavía presente en mi cabeza, parecía haber tenido una conversación. Algo no va bien, sentí. La sensación se disipó del todo al entrar la mujer en la habitación.

— Hola Marta— la saludé somnolienta.

— ¡Tía, espabila que vamos tarde!— exclamó mi cuñada ataviada con un chándal, zapatos de tacón cuña y unas enormes gafas de sol.

Miré el reloj, me parecía que acababa de

tumbarme pero habían pasado dos horas. Lo peor de la situación era que sentía no haber descansado nada y me levanté floja, sin energías.

— Estás horrible recién levantada — comentó mirándome por encima de las gafas.

Entré en el vestidor seguida de mi cuñada, que comenzó hablándome del bolso más *chic* del momento, mientras se probaba uno de mis sombreros.

Al verla pensé que

estaba espléndida con él. Yo nunca me había atrevido a ponérmelo. Recuerdo que le vi uno parecido y me lo compré pensando que me sentaría bien. Pero estaba equivocada, era un sombrero para Marta.

— Quédatelo, a ti te queda mejor— le dije.

Me sonrió y me dio un beso en la mejilla.

— ¡Gracias, cuñadita! Si te lo tengo dicho, a ti no te favorecen. Llevas los hombros demasiado encorvados.

— Lo sé, tú eres Marta

con sombrero y yo un sombrero con alguien debajo — solté con cinismo.

— ¡Vaya! Estamos de bajón, para variar— me contestó con una mueca infantil en su rostro.

Marta era más menuda que yo, y yo no era precisamente una mujer alta. Quizá me veía más baja de lo que era porque mis padres y mi hermana Aurora medían casi el metro ochenta. Pero mi cuñada estaba excesivamente flaca, se le marcaban los huesos de los pómulos de una manera

cómica y todavía los acentuaba con una gran cantidad de colorete rosado. Ella se veía hermosa, pero a mí me parecía que rozaba la anorexia. Aunque yo no era la más adecuada para juzgarla; yo no me cuidaba con las comidas, pero gracias al yoga tenía un peso aceptable.

A pesar de su delgadez, Marta siempre conseguía atraer las miradas allí donde iba. Su belleza no era alarmante pero era seductora, atrevida y con un gran temperamento. Se hacía

notar y solo por eso parecía más guapa de lo que realmente era. Tenía un aura magnética.

— ¿Sabes que solo harán cuatrocientos? — me dijo mientras señalaba el bolso de una famosa actriz de *Hollywood* en una revista — He encargado uno para mí en una tienda de París. Si me lo hubieras dicho, quizá te habría conseguido uno. Pero siempre te quedas embobada. Así no conseguirás destacar nunca.

En el automóvil, de

camino al club, Marta continuaba con su incesante verborrea. Creía que nadie podía hablar tanto y tan seguido como ella. Era impresionante. Y recuerdo que en todo el trayecto ni siquiera me había preguntado por mi estado. Seguía teniendo la desagradable sensación de que todo el mundo había descansado al enterarse del ansiado embarazo y ahora a nadie le importaba el proceso que conllevaba.

 Mi mente, presa del aburrimiento, comenzó a

divagar; imaginaba un hipotético futuro después de haber dado a luz, en el cual todos venían a visitar al nuevo miembro de la familia. Pasado el tiempo, todos seguían con sus vidas y dejaban de preguntar por mí y por mi hijo.

No era consciente de que la presión en el estómago crecía con las imágenes que iba viendo pasar por mi mente. Podía ver con claridad mi destino. ¿Quizá soy vidente también?, me pregunté. Aquellas imágenes eran tan

reales que me perturbaban.

¿Qué pasa luego? ¿Qué viene después de todo esto?

Me percaté de mi evasión cuando Marta le gritó al aparcacoches del club para que nos abriera la barrera del aparcamiento que al parecer no reconocía la tarjeta.

Estar en la zona zen del club era como sumergirme en un mundo paralelo. Los olores de las barritas de incienso que venían de los pasillos y el buda de bronce que nos saludaba en el

recibidor me llenaban de paz al instante. Varias veces le había preguntado a la gerente qué tipo de incienso utilizaba o dónde había comprado la música que sonaba en toda la planta. Ansiaba lograr en mi propia casa el ambiente que respiraba en el centro, pero me parecía que nunca olía igual, ni las velas brillaban con tanta calidez. En mi ímpetu por conseguir algo de aquella armonía para mi hogar, compré un buda de metro sesenta para el salón, pero con todo el dolor de mi

alma, tuve que deshacerme de él pasadas unas semanas: Joan solo verlo se enfureció. Me negué a quitarlo pero como siempre, mis padres al final me convencieron:

— No podéis permitiros decantaros externamente por una religión, recibís muchas visitas de personas muy influyentes que podrían verse ofendidos — argumentaron.

No soportaba la complacencia de mi madre en todo lo que mi padre decía. Echaba de menos

contar con su apoyo cuando se trataba de manejar los temas de la casa o la ropa a mi gusto. Recordaba la vez que mi padre se mofó de mí al verme aparecer en una cena familiar con un conjunto de pulseras, collar y pendientes de plata antigua traídos de Jordania. Tenía diecisiete años, pero no tuvo ningún reparo en ridiculizarme delante de todos mis primos comparándome con una gitana o una mora. Ellos rieron como si fuera un insulto venir de cualquier

cultura que no fuera la nuestra, y en todo esto mi madre permaneció impasible. Siempre complaciente. Dándole la razón.

Había tenido que insistir en que el yoga solo era ejercicio para el cuerpo y que no tenía que ver con la religión. Nunca quedaron convencidos por mi asistencia regular a las clases, hasta que escogieron ellos mismos el lugar donde debía de practicarlo: el *Inanna spa centre*, un club privado donde se ofrecían

masajes de todo tipo; clases de taichí, pilates, yoga; una extensa carta de tratamientos estéticos de última generación, piscinas climatizadas, piscinas exteriores, canchas de pádel y tenis. Un centro al que solo podía accederse por expresa invitación de otros socios.

Por aquel entonces, no entendía el exceso de control que seguían ejerciendo mis padres cuando ya rozaba la treintena. Me sentía asfixiada y manejada por mi familia pero tampoco hacía

nada para cambiarlo. Tampoco pensaba que tuviera otra alternativa, al fin y al cabo eran mi familia, y yo no tenía a nadie más.

Después de cambiarnos de ropa, nos dirigimos a la sala donde practicábamos yoga dos tardes por semana. La sala “Agua”, como la llamaban, era una amplia estancia de suelo de parquet. Una de las paredes era de losas de piedra natural color gris. Por ella resbalaba el agua, desde el techo hasta el suelo, sin hacer más que un

leve gorgoteo al descender. Esa pared era la decoración principal, por no decir la única decoración con la que contaba la sala, amén de tres preciosas drusas de medio metro de alto, de puntas transparentes de cuarzo.

Nos sentamos en las gruesas colchonetas y esperamos un largo rato mientras el resto de alumnas llegaban. Mi sitio favorito era al lado de la pared de cristal donde podía contemplarse un patio interior de estilo japonés, con guijarros negros y

blancos, y una viva y frondosa planta de bambú. En medio habían colocado una fuente y carpas doradas en su interior, porque según el feng shui atraían el dinero y la prosperidad.

Comenzamos a impacientarnos por el retraso de nuestra profesora. Mientras, Marta aprovechaba para seguir cuchicheando en mi oreja sobre alguna de las compañeras allí presentes.

— ¿Has visto que mal le han dejado los labios a la mujer de Artur Biges?

Parece un besugo.

Marta soltó una carcajada sin importarle lo más mínimo romper el silencio de la clase.

No pude dejar de sonreír el crudo comentario de mi cuñada. Aunque no compartía que se mofara de la gente, tenía que reconocer que era muy divertida. Siempre conseguía arrancarme una sonrisa. En el fondo, envidiaba la manera tan simple que tenía de ver la vida. Habría querido ser como ella, que tan fácil era de contentar.

No dejaba de fascinarme como se había integrado a una clase social a la cual no pertenecía. Había conseguido, en poco tiempo, ser de las más demandadas en las fiestas de la alta sociedad. Se movía como pez en el agua debido a su elegancia, encanto y desparpajo.

Tenía que reconocer que era la responsable de mi fondo de armario y de que fuera halagada por mi buen gusto. Había llegado a convertirme en la copia falsa de Marta Barrull. Lo sabía,

pero también sabía que esto gustaba a mi familia y lo acepté sin más.

Aunque me agobiaba su apretada agenda fingía divertirme, accedía a acompañarla porque había conseguido abrirme puertas en la sociedad que antes estaban vetadas debido a los rumores que corrían sobre mi estado mental. Y esto era muy importante para mis padres, que ni con todo el dinero que poseían lo habían conseguido.

No era consciente del daño que esto me causaba,

porque cuanto más intentaba tapar quien yo era, más insistía el subconsciente en recordármelo.

Después de quince minutos esperando, la gerente del centro entró acompañada de un joven de unos treinta años vestido con un pantalón ancho y camiseta blancos:

— Siento la espera, queridas — dijo la mujer con voz de pito.

Siempre pensé que con esa voz, nunca podría haberse dedicado a dar clases de yoga. La sentí

falsa, de esas personas que aparentan ser amables por obligación.

— Os presento a Kahul, será vuestro profesor mientras nuestra querida Dilita se recupera de un aparatoso accidente que ha tenido este fin de semana.

Ninguna de las asistentes emitió lamentos por lo sucedido a la profesora de yoga. El apuesto profesor había captado la atención y la curiosidad de las mujeres. Los comentarios a baja voz y las sonrisas se hicieron

palpables, descarados.

La gerente le indicó con la mano dónde estaba el equipo de música y después salió de la sala.

Kahul caminó hacia el aparato de música y conectó su MP3.

Marta me dio un codazo y luego me guiñó un ojo:

— Ahora sí que no pienso faltar a ninguna de las clases— me dijo cerca del oído.

Kahul se acuclilló ante nosotras y nos saludó con las manos unidas sobre el

corazón:

— *Namasté* — dijo en tono melodioso.

— *Namasté* — contestamos todas en desacorde.

Kahul comenzó a dirigir las *ásanas*. Empezó con posturas fáciles. Pensé que quería probar nuestro nivel de experiencia y aunque la mayoría del grupo llevábamos más de dos años practicándolo en aquel mismo centro, algunas alumnas comenzaron a comportarse de manera extraña.

— Profe, no me sale
— dijo Lidia, una compañera
de las más veteranas de
clase.

Se acercó a ella y la
ayudó a estirar la pierna.

— Así está mejor.
Déjala completamente
estirada. ¿Notas el tendón
cómo se estira? — le
preguntó mientras señalaba
con su mano la parte interior
de la pierna de Lidia.

— Lo noto, sí lo noto
— contestó Lidia con un
tono que sonó lascivo.

Se oyó una risa
ahogada a su lado.

Otra compañera lo llamó:

— Maestro, me duele aquí al girar el hombro ¿Es normal? — le preguntó mientras señalaba su nuca.

Kahul se acercó a ella y le dijo en voz baja, aunque lo suficientemente clara como para que pudiéramos oírlo todas:

— Soy profesor de yoga, no fisioterapeuta.

Volvieron a oírse risas y murmullos.

Kahul permaneció unos segundos en el centro de la sala, en completo silencio.

Nos miró a todas luego soltó un largo suspiro, pero sin dejar de sonreír.

A continuación se sentó en el suelo y nos mostró una nueva postura, una que nunca habíamos realizado.

Me pareció muy complicada y Kahul acudió:

— Si sientes dolor, coloca los brazos un poco más hacia ti— dijo mientras me recolocaba los brazos más cerca del cuerpo, para que sintiera el estiramiento con más precisión.

Desprendía un agradable aroma que no

supe identificar.

— Gracias— le dije.

Nuestras miradas se cruzaron durante unos segundos.

La cercanía de Kahul consiguió ponerme más tensa, pero gracias a eso pude apreciar su hermoso y relajado rostro, de mandíbula angulosa y pómulos marcados. Su tono de piel era bronceado y saludable. Tenía el pelo castaño y liso. Lo llevaba recogido en un pequeño moño desaliñado sobre la coronilla, que le daban un

aire femenino que no restaba ni un ápice de su evidente masculinidad. Aunque era delgado tenía los hombros anchos y las manos grandes y suaves.

Para evitar que notara el sonrojo que sentía que hervía en mis mejillas, decidí girarme hacia Marta, que me esperaba con un burlón gesto de incesante parpadeo de pestañas. No supe hacia dónde mirar.

Tras los ejercicios, Kahul nos propuso dedicar el final de la clase para meditar.

Las alumnas se miraron unas a otras, extrañadas.

Se oyeron rumores.

— Aquí nunca hemos meditado— dijo Lidia — , Dilita nos decía que era muy difícil y que nos resta tiempo para realizar los ejercicios que tonifican la figura.

Kahul fue observando una a una a todas las asistentes. El silencio comenzó a sentirse molesto. Cuando llegó a mí y fijó sus profundos ojos marrones no pude sostenerle la mirada por más de dos segundos.

Después de un

momento, habló:

— Bien, entonces comenzaremos con una relajación y ya iré viendo — dijo en tono firme, pero su orden sonó amable.

Me hubiera gustado preguntarle por qué nos había mirado una a una de aquel modo, pero mi timidez me detuvo.

Kahul se dirigió hacia el cuadro de luces, bajó la intensidad de las lámparas de la sala, e intentó bajar las cortinas de la pared de cristal. Lidia acudió en su ayuda mostrándole el

interruptor automático.

Luego cogió mantas y nos las repartió. Fue hacia el aparato reproductor de música y la cambió por una todavía más serena. Por último se sentó.

Sus movimientos eran suaves, me habían hipnotizado sin darme cuenta. Transmitía una paz incomprensible para mí, incierta y desconocida.

Kahul nos pidió que nos tumbáramos.

Comencé a sentir frío y agradecí tener la manta a mano con la que me tapé.

— Siente... la hierba...
bajo los pies... — dijo con
su cálida voz alargando las
palabras — concéntrate en el
suave murmullo del agua...

La frecuencia de su voz
comenzó a relajarme a
medida que sus frases me
guiaban a través de un
sendero por un bosque verde
y exuberante de vida. No
tardé en entrar en un estado
de profunda relajación. Una
maravillosa sensación de paz
y quietud, inundó mi ser.
Debía ser la primera vez en
mi vida que dejé de sentir
miedo, que dejé de

preocuparme, que dejé de pensar. Me sentí libre, aún atrapada en un cuerpo, una libertad profunda.

— *Irania tienes que despertar* — dijo una suave voz en mi interior.

No hice caso.

— *¡Despierta!* — dijo la voz interior resonando con más energía.

Me alarmé. La sentí en mi mente y a mi alrededor, retumbó dentro de mi ser y no supe de donde venía.

A los pocos segundos sentí un fuerte pinchazo en el entrecejo.

— ¡Ah! — chillé
mientras me frotaba la
frente.

Las alumnas se incorporaron de golpe tras escuchar mi grito. Por lo visto había sido más fuerte de lo que yo había creído.

Kahul se acercó:

— ¿Te encuentras bien? — me preguntó.

En aquel momento quería que me tragara la tierra. Aunque no había sido queriendo, había hecho lo mismo que mis compañeras: llamar la atención.

— Lo siento, he tenido

una pesadilla. Se oyó una risa ahogada en la sala. — Está bien, tranquila— me contestó a la vez que me frotaba un hombro. — Gracias chicas, eso es todo, nos vemos el jueves — dijo dirigiéndose al resto de alumnas. Mientras iban abandonando la sala iban formándose grupos que comentaban lo sucedido. Alguien preguntó en voz alta: — ¿Esto de meditar no será peligroso? Alguien que tampoco identificó contestó:

— Creo que solo para

los paranoicos.

Seguidamente se oyeron varias risas. Marta se acercó a mí y soltó:

— No hagas caso de esas idiotas.

Agradecí sus palabras mucho más de lo que ella se podía imaginar.

En el pasillo Kahul atendía a dos alumnas que parecían haberle cortado el paso por la posición que habían tomado ellas respecto a él. Cuando me vio, se disculpó y caminó hacia mí, me cogió del hombro con suavidad y me condujo hacia

un lugar más apartado del
corredor.

— ¿Seguro que se
encuentra bien? — me
preguntó.

Me sorprendió su
preocupación. En aquel
instante pensé que debía de
estar harto de mujeres ricas e
histéricas. — Sí, gracias, me
he debido de dormir — le
mentí. — Se frotaba la
frente — insistió. Me sentí
incómoda, no me gustó que
le estuviera dando tanta
importancia. Miré de reojo a
las mujeres que había
plantado en el pasillo, sus

rostros reflejaban curiosidad.

— He sentido un fuerte pinchazo. Nada más, migrañas creo.

Kahul me miró fijamente a los ojos, sus ojos tenían un brillo especial. No pensé que fuera por mí, pensé que siempre debían de brillarle así. Eran hermosos.

— Cualquier cosa que quiera comentarme, por extraña que le parezca, puede hacerlo ¿vale?

Me pareció que su voz acentuó demasiado la palabra “extraña”. Eso me trajo malos recuerdos.

Asentí pero no tuve valor para contarle que había oído voces en mi cabeza.

— Gracias, pero estoy bien.

— De acuerdo— me dijo mientras acariciaba mi brazo— me sabría mal que pensara que la meditación es algo malo.

— No lo pienso, me ha gustado mucho, me he sentido muy bien, libre, muy viva. Ha sido genial.

— Me alegro. Es lo mismo que siento yo. Solo que a veces, se despiertan cosas que han estado

atrapadas por mucho tiempo en nuestro subconsciente. Recuerdos que han de ser liberados.

— Bueno pero eso para mí no es problema, yo no tengo nada que esconder.

Kahul me sonrió. Una sonrisa muy suave, dulce, amable. Luego juntó sus manos delante de su rostro a modo de saludo hindú y se despidió de mí.

Me dejó desconcertada, no supe qué pensar en ese momento.

Capítulo 2

Se me rasgó
la tela de los ojos
para
contemplar tu
negro corazón.

Estaba sentada sobre el sillón gris oscuro del vestidor de mi dormitorio. Aún permanecía en ropa interior. Miraba indiferente la decena de vestidos y trajes que colgaban de las perchas,

alineados a la perfección, por colores y por estilos. Ya tenía unos zapatos en las manos y buscaba con la mirada el vestido que podía quedarme bien.

<Marta sabría qué ponerse>, cavilé.

Me levanté y descolgué un vestido largo amarillo pálido y me lo enfundé frente al espejo. No me gustó demasiado como me quedaba, pero me pareció cómodo; era holgado y tenía un escote muy discreto. Todavía colgaba de él la etiqueta de la tienda, lo

había comprado en una *boutique* de Ibiza, durante las vacaciones del año pasado.

De pronto escuché el ruido de un taconeo por las escaleras.

— Hola mamá — saludé sin necesidad de girarme. Nadie caminaba como ella, aunque intentaba ser delicada en sus modos, era una mujer corpulenta. No podía evitar imaginarme que llegaba una manada de ñus con ella.

— ¿Aún estás así? ¿Qué diantres llevas puesto?

¡Amarillo para una cena en otoño! ¿Y esos zapatos?— dijo, señalando con desagrado las sandalias de tacón alto color azul turquesa que tenía en mi mano— ¿Acaso crees que estamos en una discoteca playera?

Me quité el vestido con desidia, mientras mi madre escogía otro removiendo las perchas con energía. Pronto se hizo con un sobrio vestido color marrón topo y unos zapatos negros de salón.

— Definitivamente nunca aprenderás. A veces

pienso que estás empeñada en dejarnos siempre en ridículo y no entiendo el porqué. Muchas personas te hemos ayudado y a ti por un oído te entra y por el otro te sale ¿Por qué no puedes aprender de Marta? Ella sí que sabe estar a la altura y ni siquiera es de nuestra clase.

— Lo intento, pero se me olvida.

Me lanzó una dura mirada.

Yo no me parecía a mi madre en nada, ni siquiera había heredado su cabello rubio oscuro ni sus ojos azul

verdoso ni su fuerte estructura ósea.

— No sirve con intentar las cosas, hay que hacerlas — me reprendió—. No prestas atención, estás siempre en la luna. Aunque dicen que con clase se nace, yo conseguiré que seas una de las mujeres más elegantes y envidiadas de toda Barcelona, aunque me vaya la vida en ello.

Asentí por aburrimiento, porque ya sabía que nunca daría su brazo a torcer. Agradecía el esfuerzo que hacía por

llevarme a los desfiles de media Europa y las clases de estilismo que había recibido de los mejores profesionales, pero no podía evitar la sensación de tedio que me invadía y que conllevaba a que me distrajera con cualquier cosa. Siempre había querido agradecerles, pero me parecía engorroso tener que ir a la moda cada temporada o estar atenta de las tendencias y al protocolo que exigía los diferentes lugares donde acudía con Joan o mi familia. Tampoco comprendía la preocupación

de mi madre por lo que pensara la gente de ella o de la familia, siempre me había parecido absurdo.

El timbre sonó y mi madre salió corriendo escaleras abajo no sin antes ordenarme recogerme el cabello en un moño bajo.

— No queda bien que parezcas más alta que tu marido— puntualizó.

Deseé quedarme en mi habitación y evadirme con una novela romántica, soñar con un mundo diferente, con una vida llena de aventuras y pasión, pero la voz de Joan

en el vestíbulo me animó a bajar, en el fondo ansiaba verlo.

Joan venía acompañado de mi padre y tres hombres de elegantes trajes pero de rostros severos. Me parecieron nórdicos o suizos.

Joan se acercó a mí y me dio un cálido beso en la frente y una caricia en el mentón. Sentí sus dedos fríos.

Llevaba puesto uno de sus mejores trajes azul marino. Parecía nervioso, como si aquella cena fuera

muy especial para él.

— ¿Qué tal estás, querida? — me preguntó.

Me habría gustado decirle que estaba muy enfadada, que había tenido un día horrible pero lo único que salió de mi boca fue:

— Muy bien, cariño.

Y todo aderezado con una amplia sonrisa. Así me habían educado.

Mi padre se acercó y me dio dos besos.

— Estás preciosa, hija.

— Gracias, papá.

Después de las presentaciones fuimos al

comedor. Me senté frente a Joan, que de vez en cuando me mostraba una sonrisa. Pensé en lo diferente que era su comportamiento cuando estábamos reunidos con otras personas, sobre todo si esas personas eran mis padres. Se mostraba más atento y amable. Incluso me besaba continuamente en las mejillas y hacía bromas románticas sobre nosotros que me hacían sonrojar, no de vergüenza por mí, sino porque me sentía incómoda, extraña ante sus cambios de personalidad. Ya no sabía

cómo actuar con él. Le había preguntado en varias ocasiones sobre su cambio de humor conmigo pero siempre me decía que llegaba cansado del trabajo, que había tenido no sé qué asunto con no sé qué proveedor o que el tráfico o alguna otra excusa razonable. Decidí disfrutar de su faceta más positiva aquella noche, soñé que después de que se marcharan los invitados seguiría mostrándome su mejor sonrisa.

Conocí a Joan en la

facultad de medicina. Coincidíamos en las asignaturas comunes pero nunca mostró interés por mí, ni yo lo tuve por él, hasta que nos convertimos en compañeros forzosos en las prácticas de química. Yo me había quedado sin compañero por rara y él por antipático. No me pareció guapo, tenía la piel muy blanca, los ojos grises y apagados, con muchas espinillas en la frente y el pelo de un color pajizo. Pero tenía fuerza de carácter y le sobraba seguridad en sí

mismo, seguridad que a mí me faltaba. Era brusco y un pésimo compañero de trabajo. Recuerdo que era impaciente y exigente hasta la exageración y resoplaba cuando le pedía consejo. Aunque no tenía una gran mente sí tenía una gran tenacidad. Se esforzaba el doble que el resto de los alumnos, luego supe que era por una beca que le habían concedido.

Pero un día su comportamiento hacia mí cambió. Tenía que haber deducido el motivo pero yo

por aquel entonces no era muy avispada. Recién había salido de mi problema psiquiátrico y no contaba con demasiados amigos. Fui una presa fácil, para qué me voy a engañar.

Joan procedía de un pequeño pueblo de Lleida. No averigüé mucho de él cuando nos hicimos novios, casi todo me lo fue contando más tarde su hermana Marta, que no parecía avergonzarse de sus orígenes humildes, a ella le sobraba con su personalidad.

Recuerdo lo nervioso

que estaba cuando lo invité a cenar a mi casa por primera vez. Yo ni siquiera pensé que era demasiado pronto para hacerlo, tan solo llevábamos cinco meses viéndonos, pero Joan insistió que debíamos formalizar nuestro noviazgo. Yo creí que era muy importante para él quedar bien con mis padres porque me amaba, incluso le regalé un traje para que se sintiera más a gusto el día de la cena. Reconozco que sentí miedo de la reacción de mis padres debido al origen humilde de

Joan pero me sorprendió lo bien que congeniaron desde el principio. En la cena hablaron sobre medicina, sobre fármacos y enfermedades. Sobre sus metas y sueños. Casi sentí celos de que mi padre se interesara tanto por sus aspiraciones profesionales. A mí nunca me preguntó por mis estudios, como si ya supiera que nunca iba a ejercer.

Así que todos los acontecimientos que me llevaron a una unión con Joan se precipitaron. Joan

había sido del gusto de mi padre y casi sin darme cuenta me vi envuelta en la vorágine de una boda: citas, compras, la nueva casa, visitas. Actos que me envolvieron sin dejarme pensar ni respirar, ni meditar si lo que estaba haciendo era porque yo lo deseaba o porque lo deseaban otros por mí. No me disculpo por esto, en el fondo creía que al casarme las cosas cambiarían, que me sentiría más libre y feliz.

Pero tampoco puedo culpar a Joan por su

ambición. Yo no sabía lo que era trabajar y estudiar a la vez o tener que compartir un piso con cuatro estudiantes más, mal comiendo y mal vistiendo por la falta de una familia cercana o criados que le ayudaran. Yo solo fui un medio necesario para alcanzar un fin. Joan consiguió que mi padre le financiara todos los estudios de especialización que quiso. De hecho estudió lo que mi padre le recomendó: Ingeniería Genética: en el fondo él también fue

utilizado. Gracias a esto Joan se convirtió en director técnico de una de las empresas a las que más energía dedicaba mi padre: los laboratorios farmacéuticos de Farma-Ros.

Luego yo dejé de interesar, mis estudios fueron decayendo por mis obligaciones sociales y a duras penas terminé la carrera. Pero ya no había orgullo, ni tan siquiera un aplauso. A partir de ahí comenzó mi periplo para quedarme embarazada, una

asignatura que había suspendido con la peor de las notas.

La cena transcurrió con rapidez. Mi madre era una experta anfitriona, conocía qué temas podía sacar para que todos en la mesa pudieran conversar y opinar. Era maestra de la diplomacia y el saber estar. Yo la dejaba hacer e intentaba aprender de ella. Decidí desistir por el momento y le relegué mi poder para las ocasiones importantes porque después de alguna velada parecida,

Joan o mi padre me habían regañado por mi indiscreción al conversar sobre temas personales o por la franqueza de mis respuestas. Me cansé de las miradas de desprecio de Joan y de los golpes con el pie que me propinaba mi madre, disimuladamente.

Cuanto más insistían ellos, más torpe me volvía yo. Y no lo hacía queriendo. Por eso había terminado por callar y sonreír como una estúpida.

— ¿Les ha gustado nuestra ciudad?— me atreví

a preguntar al invitado más joven intentando parecer espontánea. — Sí, es muy moderna— me dijo en un básico castellano—, aunque ya la había visitado en otras ocasiones. Me devolvió una insulsa sonrisa. Joan interrumpió:

— Si no fuera por el partido que gobierna, todo nos iría mejor por aquí.

El invitado dejó de mirarme y comenzó el debate político con Joan y mi padre, esta vez en inglés, el idioma que los unía.

Volví a guardar silencio

cuando siguieron el hilo sobre política y economía.

Todos parecían tener opiniones, me sentía ajena y dejé que mi imaginación volara al observar los granos de café que servían de adorno en un jarro de cristal de la mesa. Pensé en lo negros que eran y si eran de Colombia o de Ecuador. Me vi rodeada de cafetales en un campo caluroso y húmedo. Allí había una aldea y yo había ido con mi jeep para visitar a los miembros del poblado. Los niños con sus caritas sonrientes, saltaban a

mi alrededor, al darles un caramelo cada vez que venía a verlos. Allí estaba sola, sin mi familia, sin presiones, libre para ser yo misma.

No era consciente de que mi mente me llevaba justo donde mi corazón quería estar. Pero en aquel tiempo, para mí solo era fantasear, en ningún momento creía que podía hacer realidad ese sueño. Tampoco sabía que tenía todo el derecho de hacerlo. Porque creía que mi vida no era mía.

Mientras, mi madre,

que siempre tenía un ojo clavado sobre mi persona, vio como iba transformándose mi rostro y no le gustó la boba sonrisa que debió formarse, mientras jugueteaba con el solomillo sin probar bocado. Ella sabía que me evadía con facilidad, pero no soportaba que lo hiciera delante de aquellos importantes socios para la empresa. No me lo iba a tolerar.

— Sandra, puedes pasarme la salsa, por favor — y esto lo dijo en un tono más alto de lo que hubiera

sido normal para ella, acompañado de un golpe de su tacón en mi pantorrilla.

Salí de mi ensueño de golpe y tiré sin querer la copa de vino de mi padre sobre su ensalada.

La doncella limpió y rellenó con rapidez de nuevo la copa de mi padre.

Mi padre me miró con disgusto.

— No has comido nada — me dijo. — No tengo mucha hambre — le contesté. — Querida, tienes que tomar mucha proteína — apuntó mi madre. Corté

un trozo de carne y la ingerí para deleite de mis espectadores. Me resultó repulsivo, pero lo tragué. Mi padre sonrió y continuó la charla.

Don Braulio, como le llamaba todo el mundo, era un hombre de marcado carácter. Él decía que si no era así las hienas le comerían. Por hienas se refería a la competencia. Había traspasado los sesenta y tenía todo el pelo blanco aunque todavía le quedaba algún reflejo rubio. Tenía pocas arrugas marcadas,

aunque la que más se le veía eran las comisuras caídas de los labios y la del entrecejo, de haberlo tenido años fruncido por las preocupaciones.

 Mi padre era controlador en la distancia, como una sombra que siempre estaba presente en todas las acciones que emprendía en mi vida, porque sabía que hiciera lo que hiciera, si no era de su gusto, terminaría por no hacerlo. Y mi madre era la encargada de recordármelo y concretarlo. A pesar de todo,

tenía fama de ser un caballero de nobles modales y decían que era un hombre justo. A mí nunca me lo pareció. Pero las apariencias eran lo que eran y cada uno veía lo que quería ver.

Cuando terminaron los postres, los hombres fueron al salón a tomar el café y cerraron la puerta. Pero antes mi padre se aseguró de que mi madre me acompañaba hasta mi habitación. Se me antojó extraña su conducta.

Mientras me ponía el

camisón, mi madre me trajo las vitaminas y la pastilla de hierro que me había recetado el doctor Aranda, con un vaso de agua.

— ¿Te estás alimentando bien? — me preguntó con un tono de desconfianza que teñía invisiblemente sus palabras — Apenas has comido nada esta noche.

— La carne me da asco. — Eso no es problema, la tienes que comer, es por tu hijo. — Me dan náuseas, te lo prometo. — Todas las embarazadas tienen náuseas,

no eres especial. — Tengo miedo — le confesé. Mi madre me miró asombrada. — ¿De qué puedes tener miedo? No te entiendo hija, mira que lo intento, pero no te entiendo. Es normal que sientas cosas, las hormonas están revolucionadas, pero tienes que ser fuerte.

Me metí en la cama y mi madre terminó de arroparme. Las lágrimas comenzaron a rodar calientes por mis mejillas.

Se sentó en el borde de la cama y soltó un largo suspiro. Noté que intentaba

ser dulce y paciente conmigo, pero la paciencia no era su mejor virtud.

— Todo lo que te sucede es normal, es fisiológico. Tú has estudiado medicina y sabes que es normal. ¿Por qué quieres hacer un drama? Eres una Ros i Paquer, somos una familia fuerte, tienes unos genes fuertes y podrás con este y con todos los embarazos que vengan.

Negué con la cabeza.

— Estoy muy cansada — le dije.

Después de tres

rechazos, me sentía
exhausta, anímicamente
derrotada. Nunca había
logrado pasar del segundo
mes de gestación hasta aquel
momento. Pero aún así no
tenía excesivas esperanzas
de que esa vez, fuera a ser la
definitiva.

— Ya todo ha
terminado. — me contestó
— ¡Lo has conseguido!
Ahora tu vida tendrá sentido.
¡Tu hijo te dará la felicidad!
Ya lo verás.

— Siento que algo no
va bien. Tengo miedo de
perderlo.

Mi madre dio un respingo de la cama. Estaba tensa y tenía los puños apretados.

— ¡Deja de decir estupideces! Lo único que no va bien es tu cabeza, has querido engañarnos a todos, pero a mí no puedes engañarme. Continúas con tus malditos delirios — afirmó —, me defraudas. Mañana volverás a ver al doctor Vall.

— ¡No! — grité.

— Sí, ¡lo harás! Por el bien de mi nieto.

— concluyó mientras

cerraba la puerta del dormitorio de un portazo.

El taconeo de sus zapatos se fue haciendo cada vez menos audible hasta que el silencio y la oscuridad inundaron mi dormitorio. Miré a mi alrededor, escaneando cada centímetro de las paredes y a cada instante me sentía más angustiada. Me sentía observada y poco a poco fui hundiéndome bajo el edredón. Notaba el frío a mi alrededor, un frío que calaba mis huesos. Me tapé hasta la cabeza, cerré los ojos e

intenté pensar en cosas alegres y positivas pero venían a mi mente imágenes negras, oscuras, angustiosas, aparecían una y otra vez hasta que debí dormirme.

Me desperté dos horas después con una molesta sensación en mi estómago. Recordé el filete de ternera, la sangre que salía al trincharlo, el sabor a carne cruda. Toda mi boca sabía a sangre.

De pronto me entraron náuseas. Me levanté y fui al baño que tenía en mi dormitorio. Me acerqué a la

taza del inodoro y esperé.

Tenía escalofríos y la sensación de angustia se agudizaba. Al cabo de unos minutos conseguí arrojar la cena.

Mientras esperaba a que la desagradable sensación del vómito desapareciera de mi cuerpo, observé por la ventana como mi marido acompañaba a los invitados a su coche. Me extrañó que todavía estuvieran en la casa. El más bajo de ellos abrió el maletero y sacó un maletín negro y se lo entregó a Joan.

Luego se despidieron haciendo un extraño gesto con los brazos. Me acerqué un poco más a la ventana y seguí contemplando la escena con curiosidad, porque aunque estaba oscuro, creí ver que los rostros de aquellos extranjeros iban transformándose en otra cosa. Sus pieles blancas comenzaban a oscurecerse y empezaron a tomar un tono verdoso.

Parpadeé varias veces pero la imagen seguía intacta. A continuación, sus

ojos comenzaron a colorearse de amarillo. No daba crédito a lo que veía. Pensé que debido al mareo mi vista me estaba jugando una mala pasada pero continué mirando, no podía apartar los ojos de la ventana. Sus cabezas habían tomado forma de reptil, de serpiente.

Entonces vi como una especie de sombra oscura con forma humana se puso junto a mi marido y caminó junto a él hacia la casa. El corazón comenzó a latirme con fuerza.

Miré de nuevo a los socios y me encontré con los horribles ojos de uno de ellos, clavados en la ventana. Me había visto.

Me aparté enseguida refugiándome tras la cortina.

El corazón se me había desbocado. *No es real* -me decía a mí misma-. *Lo estoy imaginando.*

Fui al lavabo y me lavé la cara con agua fría. Comencé a sentir frío. Salí del baño tiritando, la mandíbula me temblaba.

Recorrí lentamente con la mirada el dormitorio. No

había nada, solo las sombras de los objetos, pero yo seguía sintiéndome observada. Entonces comencé a sentir susurros. Luego voces que decían: *Lo va a matar*; Luego risas y más susurros.

Sentí miedo por Joan, me armé de valor, caminé hasta la puerta y la entreabrí. Desde allí escuché la verja de la casa y el motor del coche que partía. Salí del dormitorio y bajé poco a poco los fríos peldaños de mármol negro de la escalera. Todavía se oían las voces de

mi padre y de Joan en el salón aunque ahora la puerta permanecía ligeramente entreabierta.

Caminé despacio pero mi corazón latía agitado.

Cuando me acerqué miré por la rendija. Mi padre y Joan tenían un maletín abierto, estaban contando fajos de billetes grandes. Había una cantidad enorme de dinero sobre la mesa.

— Nos hemos quitado un gran peso de encima, esa mujer ya no será un problema— dijo mientras sorbía un trago de su copa

— . Ahora ya no quiero oír más excusas. ¿Me has entendido? Pronto será la ceremonia y todo debe estar en su lugar. No quiero más errores.

Joan asintió.

— Estoy capacitado para hacerlo. He nacido para esto. No os defraudaré.

— Todavía no estés tan seguro. — Estoy dispuesto a lo que sea, lo sabes desde hace años. He arriesgado mucho en mi carrera para retirarme ahora. — Esta semana entramos en la fase cinco, ya no hay vuelta atrás.

— Estoy impaciente. Ambos se sonrieron. No reconocí a mi marido ni tampoco a mi padre, sentí miedo al invadir su intimidad, me parecieron dos extraños. Fui retirándome de la puerta lentamente hacia atrás pero al girarme para volver a la habitación lo vi sobre el rellano superior de la escalera, aquella cosa que había seguido a Joan ahora estaba allí y se deslizaba por la escalera con suavidad no tenía pies pero parecía tener piernas, era una masa amorfa de materia densa que

desprendía un horrible olor. Creí que nada que viniera de la tierra podría oler de aquella manera.

Me quedé paralizada por unos segundos. En esos segundos intenté convencerme de que aquello no estaba allí frente a mis ojos de que no era real, que todavía soñaba en mi cama, pero el olor era nauseabundo, demasiado para ser un sueño.

Cuando estuvo cerca y abrió su horrible boca, solté un grito que me desgarró la garganta. El terror se

apoderó de mi ser.

— ¿Qué ocurre, Sandra?— escuché tras de mí.

Al girarme para pedir ayuda me encontré con que mi padre y mi marido habían salido del salón y me miraban alarmados.

Joan me cogió de los hombros y comenzó a zarandearme.

— ¿Sandra, qué ocurre? ¿Qué te sucede?

Los ojos de Joan se iban transformando de gris a amarillo hasta que su piel blanca comenzó a tornarse

verdosa al igual que había visto en los socios extranjeros. Estaba aterrada, confundida, presa de un impacto emocional tan fuerte que no lograba discernir.

— ¡No os acerquéis!
— grité.

Me solté de sus brazos con un fuerte empujón.

Mi padre intentó frenarme pero le solté una patada en la rodilla. Él también se había transformado en un reptil y ya no entendía sus palabras, solo veía su lengua viperina

y sus afilados dientes.

Corrí descalza tanto como me permitían mis pies y salí al exterior de la casa, llegué a la verja y comencé a gritar pidiendo auxilio. No había nadie en la calle, entonces corrí presa del miedo más atroz que había sentido jamás. La adrenalina recorría mi cuerpo y aunque chocaba con objetos en mi carrera nada me detuvo, porque no sentía el dolor.

Escuché una voz que me decía “detente” pero al girarme vi que el reptil y la pestilente sombra negra me

alcanzaban.

Corrí calle abajo hasta que una luz me cegó, entonces un golpe seco me frenó lanzando mi cuerpo con fuerza por los aires.

En aquel instante dejé de correr. Dejé de sentir mi cuerpo. Dejé de respirar y mi corazón de latir.

— Irania, despierta, ya no has de temer — escuché.

Capítulo 3

Recógeme
entre tus brazos
y desdibuja
los trazos
que aún
queden de mi
cuerpo.

Abrí los ojos y me
encontré con un ser
hermoso, ni joven ni viejo,
sin una edad clara y
definida. Vestía una larga

túnica color verde, pero era el verde más bello que hubiera visto jamás. Tenía algo que podía describirse como alas que surgían de su espalda pero no eran alas de pájaro, eran alas de brillante luz.

Miré mis manos, luego mis brazos y mis piernas, todo era de vibrante energía, podía sentir como si estuviera en muchos sitios a la vez, como si mi cuerpo ocupara ninguno y todos los lugares al mismo tiempo. Me sentía ligera, libre, feliz.

El ser que me miraba

con amor me tendió una mano. La tomé, sentía que le conocía, era muy familiar.

— ¿Qué ha pasado?

— No mires hacia atrás, sígueme estarás segura.

No pude evitar desobedecerle y miré hacia atrás mientras sentía que mi cuerpo subía. Joan estaba en el suelo arrodillado, mi padre de pie con las manos en la cabeza...y...mi cuerpo sobre el asfalto.

Sentí desesperación en ellos.

— ¡Estoy muerta!

— exclamé. Un ligero frío recorrió mi ser. — Sígueme con los ojos, mírame, estás a salvo, yo te guío. No pude dejar de mirar los amorosos ojos del ángel que me tomaba en sus manos y me conducía entre brumas de color cada vez más blanquecino.

— Irania, estás con la familia, ahora ya no tendrás más dudas, no habrá más dolor. Continúa conmigo.

De repente las brumas desaparecieron y llegamos a un hermoso templo en forma de pirámide de cristal que

cambiaba de colores según la luz que venía de un extraño sol.

— Estás en casa, no temas.

Contemplé el lugar con los ojos abiertos, deslumbrada por la belleza que emitían sus paredes que parecían vivas como si estuvieran compuestas de materia celular con conciencia. No me resultaba del todo extraño. *¿Quizá lo vi en sueños?* pensé.

Todo era familiar, pero incierto, los recuerdos parecían llegar pero

lentamente, poco a poco.

El ángel me acompañó hasta la entrada del templo y me dejó allí.

— Yo no puedo continuar, mi misión termina aquí. Lo miré desconcertada.

— No te preocupes, estaré aquí cuando salgas— me dijo. — Está cerrado y no sé cómo entrar. — Ya has entrado muchas veces aunque no lo recuerdas, déjate guiar por el corazón. El miedo siempre cierra todas las puertas. Observé la puerta, era tan grande como cuatro pisos. La recorrí con

la mirada para buscar algún mecanismo para abrirla, pero parecía sellada.

El tiempo discurría de otra manera en aquella dimensión, pero sabía que había sido mucho el que llevaba esperando a que la puerta se abriera.

Palpé la puerta con la palma de la mano y la dejé reposar por unos minutos. Sentí que las paredes eran de materia viva, parecían responder a los estímulos.

Entonces poco a poco una inscripción de colores morados comenzó a gravarse

en la puerta:

*El miedo no puede entrar
en el templo de Dios.*

Me pregunté qué lugar era aquél, que podía saber lo que estaba sintiendo en ese momento.

Recordé la persecución de la sombra y los monstruos serpiente. La sentí cada vez más lejana pero sabía que había traído

el miedo conmigo. Observando el hermoso lugar, de energías cálidas y luces de colores increíbles que tan familiares eran para mí, comencé a sentir felicidad, paz y amor. Sentí que allí estaba a salvo, cerré los ojos y me expandí. Permití que todo mi ser se expandiera y todas las energías que allí estaban, las sentí como propias, me pertenecían y sin necesidad de pedirlo pude traspasar el templo y viajar hasta el centro mismo de la pirámide.

— ¡Bienvenida
hermana! — oí al instante.

La melodiosa voz me
trajo de vuelta a la
conciencia de mi ser.

Entonces pude apreciar
maravillada, la belleza del
templo de cristal desde el
interior. Parecía estar dentro
de un diamante de cientos de
facetas. Pero aún así, sentía
que la luz de aquel extraño
sol seguía iluminándolo todo
de una manera muy especial.

Jamás había visto tanta
belleza, me sentía henchida
de la sublimidad del lugar,
de la magnificencia de sus

paredes y de su cúpula que terminaba en una punta perfecta.

— Irania, acércate—
escuché.

Me giré.

En el centro de la pirámide me esperaban un grupo de seres angelicales de gran altura. Algunos parecían hombres, otros parecían mujeres, pero era una diferencia mínima, casi imperceptible. La belleza de los seres de luz me impactó de un modo muy profundo. Irradiaban un amor hacia mí que jamás había sentido en

la Tierra. Un sentimiento que me llegaba sin necesidad de palabras ni de gestos.

Todos vestían con una túnica azul pero el azul variaba según el ser, parecía que el color se adaptara al alma de quien lo portara, creando una gama nunca vista en la tierra, imposible de describir.

Me acerqué a ellos que me esperaban con los brazos abiertos.

Uno a uno me fueron abrazando cálidamente.

No supe medir el

tiempo que permanecíamos fundidos en un abrazo pero el amor que me entregaban cada uno de aquellos hermosos seres me llenaron para una vida entera. Estaba extasiada, sentía pleno el corazón y a cada abrazo parecía recordar un poco más quiénes eran y lo más importante quién era yo.

Cuando llegó el abrazo del último ser, me fundí dentro, no había diferencia entre yo y el ser que me abrazaba, allí no pude más que llorar y llorar por espacio indefinido.

Aquella sensación era la que por tanto tiempo había buscado entre mi familia en la tierra y nunca encontré: El amor puro, el amor que nada te pide, que solo se ofrece sin condiciones.

— Ahora estoy con mi familia— afirmé.

Un tiempo indefinido pasó.

Luego poco a poco los seres se fueron sentando en los sillones que había justo en el centro formando un círculo.

Me invitaron a

sentarme con ellos.

— Aunque ya sientes que nos conoces, todavía no puedes ser totalmente consciente de tus recuerdos. Esto es debido a que no puedes pasar todavía al otro lado.

Pensé que ese momento era parte del proceso de la muerte y que todavía me quedaban otros lugares y otros seres para visitar antes de pasar a algún estado de gracia eterna. Aunque allí yo me sentía feliz y no creía que pudiera haber un lugar más hermoso ni seres con

más amor que los que tenía en ese instante a mi lado.

— Somos el consejo azul de los doce — dijo una de ellos—. Somos maestros ascendidos.

— Y yo soy tu guía, soy Mel-ta-zek— dijo el ser que me era más familiar, incluso sentí que era yo misma, que hablaba como yo—. Tienes que recordar quién eres, bajaste a la tierra para cumplir una misión muy importante.

— No sé quién soy.

— Sabemos que es difícil recordar cuando

tienes un cuerpo físico y una mente racional que ha sido llenada de conceptos basados en la lógica desde la más tierna infancia. Te han dicho durante años que eras Sandra Ros, te enseñaron en qué creer, te dijeron quién debías ser y a qué debías dedicar tu vida y tu tiempo. Pero ahora debes desprenderte de todo tu pasado.

— ¿Por qué me llamáis Irania?

— Irania es tu nombre, así te llamas como alma entre las almas. Es vital que

recuerdes allí en la Tierra
quién eres y que recuerdes el
propósito que tienes.

— ¿Cuál es ese
propósito? ¿Qué misión
tengo?

— Nuestro consejo se
encarga de velar por la
conciencia iluminada de la
Tierra. Nos encargamos de
cuidar al ser humano de la
manipulación de los seres de
la oscuridad. Ahora la tierra
está pasando por un gran
cambio que afectará a todo
el universo. Hay una guerra
entre dos bandos por captar
vuestra atención. Porque

vuestra atención y vuestras palabras es lo que crea, es lo que da forma a la vida. En aquello en lo que os enfocáis, ya sea positivo o negativo, es lo que manifestáis y vivís.

Es de vital importancia que tú y otros como tú que están en otras partes del globo podáis llevar a cabo vuestras misiones. Pero para ello debíais despertar, recordar quiénes sois. Nosotros cuidamos de ti porque eres una de nosotros, eres una trabajadora de la luz. Siempre lo has sido. Tu

alma lleva un gran recorrido hecho y por eso puedes ayudar a otros a que recorran el camino junto a ti. Se trata de llevar la luz a los lugares más oscuros, de contrarrestar la maldad que está asfixiando a vuestras almas para que no evolucionéis.

Asentí, sus palabras me calaban hondo porque ya las había oído antes. Aquí había tanta claridad. En el fondo siempre había creído que tenía algo más que hacer que llevar una vida sin sentido de consumo y falsedad.

Pero en la Tierra todo era confuso, allí no podía pensar con claridad, reflexioné.

Me leyeron el pensamiento:

— Tú misma lo has dicho: “pensar” y no se trata de pensar si no de “sentir”. Jamás te encontrarás a ti misma pensando, tendrás que sentir lo que es cierto para ti y seguir tus propias señales.

— ¿Entonces tengo que volver?— pregunté aunque ya sabía la respuesta, había telepatía entre nosotros.

— Sí.

— Siempre he deseado sentir este amor tan puro que percibo ahora con vosotros. ¡No quiero volver! Es muy duro, me siento muy sola.

Mel-ta-zek se levantó de su asiento, caminó hacia mí y se arrodilló.

Me miró fijamente. Su mirada traspasó todo mi ser. Era como si no pudiera tener secretos con él, como si fuera transparente.

— Irania — me dijo cogiendo mis manos entre las suyas—, en tu interior se hallan todas las respuestas,

ya nunca estarás sola. Yo soy tú y estoy contigo en tu corazón. Solo tienes que cerrar los ojos y escuchar. Mi voz siempre está ahí. Tu alma es muy fuerte, no solo eres Sandra. ¡Desapégate de tu ego! Eres Irania, un alma antigua que ha estado en misión cientos de veces en la tierra. Estoy muy orgulloso de ti, tienes muchísima experiencia para tratar con la energía oscura que mantiene esclavizada a la humanidad. Mira si confiabas en ti antes de encarnarte de nuevo, que sabías que debías de estar

ahí, justo cuando más difícil iban a ponerse las cosas para la Tierra y sus habitantes. ¿Acaso crees que cualquiera podría hacerlo? No, amada, muchos lo han intentado y han fracasado presas de la locura o el suicidio. ¡Tú podrás! Estamos contigo. Tienes que rescatar la sabiduría de tu alma, tendrás ayuda en la tierra para recordar quién eres y te maravillarás con tus dones todavía dormidos.

— ¿Por qué no me decís cual es mi misión?
— La olvidarías— contestó.

Me decepcionó profundamente su respuesta. — ¿Voy a olvidarlo todo? — Me temo que sí. Tendrás sensaciones, quizá recuerdos en los sueños, pero nada más. — No lo entiendo, ¿Por qué no hacéis algo para que recuerde? Sería todo tan distinto...

— Nosotros no hicimos las leyes que gobiernan las energías del planeta al que llamáis Tierra. Hay normas y este planeta ha estado cerrado y oculto durante eones de tiempo de otras civilizaciones más

avanzadas espiritualmente. El libre albedrío que otorgó el creador supremo ha permitido que ocurrieran cosas como esta: que el planeta fuera enteramente gobernado por entidades que viven en frecuencias muy bajas de energía. Estas entidades se alimentan de vosotros a través de emociones como el miedo, la ira, el odio, la avaricia, y no les importará destruir la Tierra o que os matéis entre vosotros, que sois todos hermanos, para conseguir que emitáis más y más la

frecuencia del miedo que tanto les gusta. Sin ella no pueden subsistir. ¡Os necesitan!

La Tierra ha sufrido una larga cuarentena. El consejo de sabios tuvo que aislarla para que lo que estaba sucediendo aquí, no afectara a otros sistemas de vida. La maldad que se ha generado en la Tierra está siendo cada vez más intensa y hemos tenido que intervenir porque hay un alto riesgo de que pronto comencéis a colonizar otros planetas. ¡Y eso no podemos

permitirlo! ¿Si todavía no habéis logrado amaros entre todos, cómo vas a amar y respetar la vida en otro planeta?

Por eso llevamos tiempo reencarnando a los *conectados*.

— ¿Conectados?
— pregunté.

— Son seres como tú, que portan en su genética el don para sentir y ver otros planos dimensionales. Nacéis para revolucionar y derrocar los sistemas corruptos. Nos servís como enlazadores, como canales

para enviar energía que eleve la frecuencia del planeta.

Nosotros pertenecemos a las Pléyades, pero hay otros grupos que intervienen de Sirio y de otras estrellas cercanas.

— ¿Yo también soy de allí? — pregunté. Aunque hermosa, nunca había sentido a la Tierra mi verdadero hogar. — Sí. — ¿Por qué intervenimos si no es nuestro planeta? — Lo que pueda ocurrir en la Tierra afectará a todo el Universo. Lo que está sucediendo ahora es como

un cáncer para el sistema solar.

— ¿Contra quién tendré que luchar?

— Sólo recuerda que estás en el lugar apropiado y tendrás la ayuda necesaria para realizar tu misión. Tienes que confiar en ti misma. No podemos hacerlo de otro modo.

— ¿Cómo podré volver a contactar con vosotros?

— No estamos separados, somos uno. Cuando quieras hablar conmigo, solo tienes que cerrar tus ojos y escuchar la voz del corazón.

Un ángel de fuera del consejo habló: — Irania tienes que marcharte ya. Tu cuerpo te necesita. Tenía unos ojos hermosos, dulces y muy familiares. No lo había visto al llegar a la pirámide, pero había estado todo el tiempo presente. Al igual que otros ángeles, mujeres y hombres sin cuerpo físico que observaban desde una distancia prudencial.

— ¿Quién eres?
— pregunté. El ser sonrió.
— Ya conoces una parte de mí. Comencé a sentirme

pesada y los hermosos rostros del consejo azul fueron emborronándose. — Os amo — les dije. Y jamás había estado tan segura del auténtico valor de mis palabras. Algo tiraba fuertemente de mí. Atravesé con rapidez el templo pirámide y volví al exterior. El ángel de túnica verde que me trajo hasta allí me acompañó de regreso por una espesa neblina blanca.

Sentía más mi peso sobre el cuerpo y los colores de luz hacía tiempo que se habían disipado. La

oscuridad inundó mi
conciencia.

Quien ha tenido una experiencia cercana a la muerte jamás vuelve a ser la misma persona. Y eso fue lo que me ocurrió a mí y a mi entorno.

A partir de ahí todo cambió, como me había pronosticado Lila, aunque no del modo que yo había imaginado. Pero como sucede en todos los cambios, el dolor se hace cada vez más profundo y la noche más oscura cuanto más nos

acercamos a la luz, a la comprensión.

Estuve más de diez días en coma. Yo no quería volver, pero fui obligada. Todavía no tenía la suficiente consciencia como para saber que yo había escogido mis experiencias y que estaba allí por un motivo muy especial. La semilla que había dejado el consejo de los doce en mi interior, tardaría en germinar.

Tal como me dijeron mis hermanos, no recordaría nada. En cuanto desperté del sueño profundo, no encontré

a nadie en la habitación. Habían contratado a una enfermera para que me cuidara y me dolió reconocer que aquella mujer demostró con más alegría mi despertar, que toda mi familia junta. Creía que en el fondo deseaban que no despertara jamás. Pensé que les estaba ahorrando el bochorno de tener que dar explicaciones sobre mi estado. Fue un tiempo muy triste y doloroso para mí.

Esperaron a que estuviera instalada de nuevo en casa para comunicarme

en firme que había perdido a mi bebé aunque yo ya lo sabía y había llorado durante noches enteras en la soledad de mi habitación en el hospital. Sentía que era el fin de mi vida y no llegué a comprender cómo yo había logrado sobrevivir. *¿Por qué él no merecía vivir?*, me preguntaba a cada instante.

A los familiares y amigos menos allegados les habían contado que me habían atropellado durante mi estado de sonambulismo pero para mi familia yo estaba oficialmente

paranoica.

Tenía vagos recuerdos de la noche del accidente: recordaba haber vomitado y luego la pesadilla, pero todo lo sentía confuso. No era capaz de ordenar las imágenes en mi mente.

El resto de detalles me lo proporcionaron después.

No puedo describir lo que sentí que emanaba de los ojos de mis padres y de Joan mientras me contaban todo lo que había sucedido. Había odio, ira, decepción y desprecio hacia mi persona. Deseaba estar muerta y con

su actitud me hicieron pensar que ellos también lo deseaban. Aunque por el momento tuvieron el respeto de no reprocharme nada. Pero no duró demasiado.

Desde aquel día mi padre dejó de hablarme.

Capítulo 4

Nunca tu
mano cobarde
mereció mi carne.

Nunca debí
olvidarme.

Habían pasado varias
semanas después de
despertar del coma. El
teléfono ya no sonaba como
antes, las invitaciones
habían mermado hasta casi
reducirse a la nada.

Llegué a echar de menos las conversaciones banales de Marta. Pensé que me estaban castigando por haber perdido al niño. Ahora que más necesitaba a mi familia, no había nadie con quien hablar. Todos se habían distanciado, nadie entendía por qué había llegado a tal extremo mi enfermedad.

Eran las once de la noche. Estaba sola en el enorme y frío salón de mi lujosa casa de diseño. Todavía tenía el brazo escayolado y cardenales

profundos en todo mi cuerpo. Había terminado de cenar cansada de esperar a que Joan regresara. Aún sabiendo que no vendría, le ordenaba a Rosa que preparara cena para dos. Y mientras cenaba sola, con la comida fría, me quedaba mirando su lugar en la mesa, vacío, triste.

El salón estaba en silencio, discretamente iluminado por una lámpara y el resplandor de unas velas color crema que ardían sobre una estantería oscura.

Miraba absorta el

balanceo de las llamas, luego observé las esculturas abstractas, de metales retorcidos que decoraban las paredes, frías e inmóviles. Pensé que todo mi mundo era estático, inerte. Y que mi alegría de vivir había quedado también retorcida en algún espacio entre los hierros que componían las rejas de mi vida.

Las lágrimas corrieron por mis mejillas. Me sentía sola, atrapada en un mundo sin sentido.

Escuché la puerta del garaje, luego oí pasos

arrastrados en la escalera y por último el portazo característico que daba Joan al entrar en casa.

Me sequé rápidamente las lágrimas y me levanté.

— Hola Joan. Te he guardado cena, ¿Quieres que te la caliente?— le pregunté en cuanto apareció en el vestíbulo.

Joan no me miró a los ojos. Su rostro lucía fatigado y blanquecino. Parecía estar enfermo, pero al acercarme para intentar darle un beso, el olor a alcohol y perfume de mujer, me tiró hacia atrás.

— ¿De dónde vienes?

— me atreví a preguntar.

— Eso a ti no te importa— me contestó con acritud.

— ¿Por qué me hablas así?

Joan giró su rostro y caminó hacia mí.

— Te hablo como te mereces.

Su mirada me heló la sangre.

Las lágrimas asomaron a mis ojos y rodaron libres por mi rostro. Aunque eso no le enterneció en absoluto. Por el contrario, una sonrisa

burlona se formó en sus labios.

— ¿Por qué me castigas? Yo también estoy sufriendo, estuve a punto de morir y ojalá me hubiera muerto.

— ¡Sí, ojalá! Porque ahora lo has estropeado todo. ¡Todo!— gritó. Sus ojos estaban desencajados, intenté convencerme de que era producto del alcohol pero yo sentía que merecía su desprecio.

Caminó hasta su maletín y sacó una carpeta. Volvió hasta mí y me lanzó

los papeles que había dentro.

— Ya no hay solución, ahora ya no la hay.

Caminó amenazante hasta que su rostro estaba a dos centímetros del mío. Me apretó con fuerza la cara y me lanzó al suelo. La escayola de mi brazo partió la mesita de café y los cristales se esparcieron por la alfombra.

— ¡Maldita loca! ¡Tenías que estropearlo todo!— volvió a gritar de pie por encima de mí.

Yo había intentado levantarme, pero cuando me

apoyaba las manos se me llenaban de diminutos cristales que se incrustaban en mi piel.

— Nunca más volverás a estar embarazada. ¡Estás muerta por dentro!

Joan estaba fuera de sí, jamás lo había visto de aquel modo. Y yo no podía parar de llorar, un llanto desgarrador que salía desde mi estómago.

Entonces sentí su zapato clavarse en mis costillas y una vez más y otra. Me golpeó con la mayor de las rabias que yo

había sentido nunca. Y el dolor no era nada comparado con lo que yo misma sentía en mi interior. Me despreciaba, y yo sentía que lo merecía, que no había sido todo lo cuidadosa que tendría que haber sido. Que no me había alimentado lo suficientemente bien. Miles de reproches surgieron de mi mente hasta que perdí el conocimiento.

¿Acaso existe mayor dolor que la propia culpa? ¿Acaso mayor castigo que el propio desprecio? Joan no fue tan duro con la paliza

que me propinó, como yo misma lo hubiera sido. Me odiaba por no ser normal, me odiaba por tener delirios en mi mente, y después me odié más porque jamás volvería a sentir una vida en mi interior.

¡Cuánto dolor absorbí! El mío y el de otros. La toxicidad en mi alma, luego en mi cuerpo. La ley universal actuó sin ninguna piedad. ¡Qué injusta fui conmigo! Pero no lo veía, no me daba cuenta del daño que me estaba haciendo y el daño que permitía que otros

me causaran. No pedí ayuda por orgullo, sino porque no sentí que la mereciera.

Aún así otras leyes operaban sobre mi destino, leyes que yo no podía ignorar.

El doctor Vall tenía la consulta en un piso de una zona residencial, cerca de donde yo vivía, en la zona alta de la ciudad. Aunque el despacho quería aparentar normalidad y familiaridad, los libros de temática psiquiátrica y algunos extraños cuadros, que

siempre me parecieron como vómitos de borrachos, le daban un aire tétrico. Me sentía muy incómoda. Los recuerdos del pasado en aquella habitación se agolpaban en mi mente.

 Mi madre me había acompañado y no se marchó de la sala de espera hasta que el mismo doctor me abrió la puerta de su despacho, no sin antes decirme:

 — ¡Con todo el trabajo que tengo con la gala benéfica del día de la infancia! Y más

preocupaciones. No sé que voy a hacer contigo, hija. Con todo lo que yo he hecho por ti, y así me lo pagas.

Bajé la mirada y solté un largo suspiro de derrota.

— Lo siento, mamá.

La primera visita que tuve con el doctor Vall fue para recetarme de nuevo un antidepresivo y otro fármaco que serviría para dejar de tener alucinaciones.

— Señora Ros, si no sigue la medicación esto irá de mal en peor. No puedo controlar que se las tome pero si va a más la única

manera que tendremos de asegurarnos que sigue nuestras instrucciones será ingresándola ¿Es consciente de esto?

Solté un suspiro.

— Sí, las tomo. Ahora ya estoy mejor.

— No, no está mejor. Ha vuelto a abortar — me recordó—. Ésto para cualquier mujer es un duro golpe, pero para usted es mucho más traumático teniendo en cuenta su historial clínico.

Se hizo un silencio mientras esperaba a que le

diera una respuesta. Mientras él seguía rellenando hojas y hojas del grueso historial de mi vida mental.

— ¿Cómo se siente ahora que ya no va a poder tener hijos?— me preguntó sin siquiera mirarme a los ojos. Su pregunta era mecánica, sin un atisbo de emoción.

Me encogí de hombros.

No me interesaba hablar con aquel hombre. Ya no me importaba lo que pudiera decirme, ni lo que pensara de mí. Nada podía

aliviar mi dolor, mi alma estaba hecha añicos y mi corazón había sido apaleado.

El doctor movió varias hojas de mi informe clínico, cogió su pluma y comenzó a escribir algo.

— Vuelva a contarme lo que la hizo huir de la casa y correr.

— Un demonio entró en la casa y siguió a mi marido. Luego vi como sus caras se tornaban de reptil, sus ojos eran espantosos, como de serpiente. Sentí mucho miedo y huí, no vi el coche y... — detuve la

narración — , pero Doctor... ya le dije que todo esto fue una pesadilla.

— Prosiga.

— Ya está.

— Señora Ros, esto no fue una pesadilla, su marido y su padre han corroborado el estado en el que se encontraba minutos antes del accidente, y en efecto afirman que usted huía de ellos como alma que lleva el diablo... y perdóneme la expresión.

— Para mí sí fue una pesadilla. La recuerdo así.

— ¿Entonces debo incluir en

el informe que quizá también sea sonámbula? ¿Había caminado dormida alguna vez? Mi confusión iba en aumento. — No hasta ahora. No recuerdo nada, solo que tuve una pesadilla. Una pesadilla que me pareció muy real. Debió ser la comida... ¡Esa asquerosa carne!

El doctor seguía apuntando en el dossier mientras negaba con la cabeza. — ¿Me vais a encerrar en un manicomio verdad? Levantó la mirada del informe y me miró. Creí

ver un atisbo de compasión en sus ojos. Su tono de voz se hizo más cálido. — Sandra, si sigues la medicación no pasará nada. No volverás a tener más brotes y todo estará bien. Si no lo hace, tendrá que ser tratada en un lugar especial por su seguridad y la de su familia.

Asentí.

Salí del despacho con más confusión que con la que había entrado.

Es incómodo, frustrante, pero es así; nadie puede darnos las respuestas.

Porque no hay una respuesta, sino tantas como almas existen en el mundo. Algunas coincidimos, otras nos acercamos, nos sentimos familiares en circunstancias, pero al final es nuestra propia consciencia quien tiene la última palabra, la palabra que surge del corazón. Son las únicas respuestas que acallan la mente, que sacian el espíritu, que alimentan la inquietud. Las únicas que aportarán la soñada paz a nuestra alma.

Pero yo en aquel momento de mi vida

buscaba las respuestas fuera de mí. Y entonces me acordé de ella. Marqué su número con pulso tembloroso.

¿Estaba bien? ¿Estaba mal? Ni correcto ni incorrecto, era lo que sentía en aquel momento y juzgarlo ahora después de todo lo que había pasado ya no tenía cabida.

— ¡Cuánto tiempo! Pensé que no volvería a verte. Me dejaste muy preocupada al marcharte así de mi casa. ¿Qué te ha pasado, cariño?— me dijo

Lila al tiempo que se me abalanzaba en el rellano de la escalera de su apartamento. Me abrazó tan fuerte que sentí el dolor en mis costillas.

Emití un quejido interno. Todavía tenía resentido el organismo de la paliza que me dio Joan. Me prometí que jamás hablaría de ello con nadie, ni siquiera con ella.

— ¿Y tú me preguntas? Acaso no lo sabías ya— respondí con un tono teñido de rencor.

Lila fijó sus ojos en mi

vientre, luego negó con la cabeza. Su rostro se constriñó.

— Cariño, las cartas hablaban de cambios, pero no dan detalles explícitos. Yo presentía que algo iba muy mal con tu embarazo, pero ponte en mi lugar ¿Tú me hubieras dicho que corría peligro el bebé? Entiéndeme por favor, yo no podía poner la mano en el fuego. Ésto no funciona así ¿Qué hubiera ganado con preocuparte?

Me invitó a entrar en su casa y me acompañó del brazo hasta el sofá.

— ¿Qué te ha sucedido, cariño? Cuéntaselo a tu amiga.

Volvió a abrazarme y entonces me derrumbé. Lloré sin descanso, lloré sobre su regazo, lloré hasta extenuarme.

Mi amiga anuló todas las citas para pasar el día conmigo. Cocinó para mí, vimos una película de la televisión y me ayudó a desconectar. Ella sabía que lo único que yo necesitaba en aquellos momentos era calor humano y me lo dio.

— Lila— le dije— ,

cuando desperté del coma me sentí revitalizada. Y al despertar tenía una sensación de seguridad y tranquilidad muy extraña. Aunque la sensación se fue disipando día a día todavía persiste algo en mi interior. No sé cómo explicártelo ¿Crees que hay vida después de la muerte?

Lila me miró con ternura.

— ¡Pues claro, cariño! Están los ángeles y arcángeles y también está Dios, Jesús, la Virgen María...

— Lila— le corté— ,
ya sabes que no soy católica,
no creo en esas cosas. No
me imagino a seres con alas
que nos vigilan día y noche,
como si no tuvieran otra
cosa mejor que hacer. Ni
tampoco creo en un Dios
que es para mi gusto
demasiado injusto y diría
que morboso, que hace sufrir
a los débiles por regocijo.

Lila no estaba de
acuerdo conmigo, aún así no
me contradijo.

— Pues en algo tienes
que creer. Las personas
necesitamos creer que existe

algo más. Sobre todo cuando estamos pasando por situaciones traumáticas y todo se ve del color de las hormigas.

— He perdido la ilusión de vivir, ya no me quedan esperanzas. No sé en qué creer.

— No digas eso cariño. Ya verás que el tiempo todo lo cura. Has vuelto de entre los muertos, debe ser por algo. Cree en ti.

Aquella frase resonó en mi interior con una fuerza arrolladora. Sentí cómo abría una pequeña

compuerta en mi mente.
Parecía tan fácil su
conclusión *Cree en ti,*
pero... ¿por qué parecía
mejor creer en los demás
que en uno mismo?

— ¿Estás bien, cariño?
— me preguntó.

— Sí, tienes razón — le
dije con una medio sonrisa
— . Tengo que creer en mí
aunque no sé si merece la
pena, me siento una inútil
inservible. Me criaron para
ser una señora, una buena
esposa y una madre.

Solté un largo suspiro
cargado de amarga

frustración.

Mi amiga se levantó y rebuscó entre la atestada y desordenada librería de roble oscuro que tenía en su comedor.

— ¡Aquí está!
— exclamó— Sabía que había leído algo sobre las ECM.

— ¿Las ECM?— repetí confusa.

— Experiencias cercanas a la muerte— me dijo mostrándome el libro — . Léelo y quizá puedas aclarar estas sensaciones que tuviste al despertar.

Leí el libro que me prestó Lila. Era el trabajo de veinte años de investigación de un reputado psiquiatra madrileño que, tras sufrir un accidente de automóvil, estuvo en coma una semana. Cuando despertó, pudo recordar cómo había muerto, y los nombres del equipo médico que le atendió. Incluso narraba conversaciones privadas que habían mantenido familiares a su lado. Todo esto visto desde una perspectiva aérea, como si estuviera flotando.

Tras este hecho que le marcó profundamente, se dedicó a investigar y recopilar información sobre las ECM que parecían repetirse mucho más de lo que pensaba la gente.

Leí con atención las descripciones de los pacientes de este peculiar psiquiatra. Todas ellas, sin excepción, parecían explicadas por la misma persona en cuanto a estructura; se veía un túnel, luego flotaban y veían su cuerpo tras ellos, luego alguien familiar los esperaba

al final del túnel. Algunos recordaban su vida anterior pasar como en fotogramas.

Todos coincidían en algo: la inmensa paz que sintieron y que les habría gustado quedarse, pero en el último momento decidían volver porque recordaban a los seres queridos que todavía vivían y sentían tristeza por ellos.

Yo no recordaba nada parecido. Pensé en aquel instante, que yo no debía de haber estado clínicamente muerta en ningún momento o que no le debía ocurrir a

todo el mundo que entraba en coma, porque yo no habría sentido tristeza por mis familiares, yo seguro no hubiera vuelto. No sentía que hubiese nada que me atara a este mundo. *¿Para qué iba a volver?* Solo tenía en común con aquellos pacientes la sensación de paz y seguridad.

Dejé que el libro se escurriera de mis manos.

Sentía una leve decepción porque lo que yo sentía no tenía un nombre.

Capítulo 5

Mis latidos
reconocen la
vibración de tu
silencio.

Mis latidos
reconocen
la vibración
de tu silencio.

Tras la casi completa
recuperación física, volví a
acudir al *Inanna centre* en
compañía de Marta.

Mientras esperábamos en el pasillo a que llegara el profesor, mi cuñada me puso al día de los cotilleos. Se comportaba conmigo como si nada hubiera sucedido. En momentos me molestaba, que ni siquiera me preguntara, ni mostrara curiosidad por lo que había vivido, pero en el fondo me alegraba porque me hacía olvidar.

— Se rumorea que Kahul es gay.

Miré de reojo al profesor de yoga que hablaba con la coordinadora

del centro en recepción y contesté:

— Pues a mí no me lo parece.

— ¡Sandra! — exclamó de pronto Marta mirando hacia mi cabeza—. Entiendo que estés dolida y todo eso, pero dejarte ver las raíces no es *cool*, y tus uñas... — me dijo cogiéndome la mano y haciendo una mueca de asco con su boca— parece que has estado haciendo agujeros en el jardín como un perro. Ahora mismo te pido sesión intensiva con la *esteticienne*

y la peluquería.

Interpreté que esa debía ser su manera de animarme. Pero mi aspecto hacía tiempo que había dejado de preocuparme. — No me apetece. Marta adoptó un gesto más serio en su rostro y me dijo: — Bueno, Sandra, ya sabes cómo funciona esto. La imagen es más importante de lo que crees y después de todos los chismes que corren sobre ti... no sé... deberías mostrar que estás bien, aunque sea para que dejen de hablar de ti. Maquíllate

esas ojeras y ponte un poco de colorete, que al menos parezca que estás sana.

Me toqué el cabello en un gesto instintivo.

Solté un suspiro y me alegré de no tener ningún espejo cerca. Solía esquivarlos y cuando no tenía más remedio miraba a algún punto lejano que me ayudara a desenfocar la imagen.

Había observado de reojo a mi cuñada infinidad de veces, sentada desde mi banqueta en el vestuario, mientras esperaba a que

terminara de arreglarse. Me fascinaba cuando ella misma lanzaba varios besos a su imagen en el espejo, tras aplicarse la barra de labios. No sé si alguna vez se había percatado de que la miraba. A mí me hacía sentir incómoda, ya que daba a entender lo maravillosa que era, y lo horribles que éramos las demás.

— No me importa— le dije con amargura— He perdido muchas cosas, que hablen de mí ya no me afecta.

— ¿Qué piensa tu

madre de esto? No sé, esta actitud tuya es un poco egoísta ¿no crees? Somos muchas las personas que estamos a tu alrededor. Lo que a ti te afecta nos afecta a todos. Somos una familia. ¿O no?

Me encogí de hombros.

Marta me lanzó una mirada de reproche y caminó directa hasta su colchoneta.

Me quedé unos minutos apoyada en la pared del pasillo, mirando hacia el suelo. Dudaba si continuar las clases de yoga. Aunque

mi cuerpo estaba casi recuperado, mi estado emocional pendía de un finísimo hilo.

Hice ademán de marcharme pero me encontré de frente con Kahul:

— ¡Bienvenida de nuevo, Sandra! Me alegro de que ya esté recuperada del accidente.

Me pareció más atractivo y lejano que nunca.

— Gracias— le dije— , aunque no es seguro que pueda realizar todas las *ásanas*.

Tan solo me había visto una vez pero recordaba mi nombre, su gesto me pareció gentil.

— No se fuerce, escuche a su cuerpo, él le pondrá los límites.

Kahul me miró a los ojos durante unos segundos. Su mirada se me hizo molesta, parecía estar sondeando mi interior. Bajé la mirada. Me sentí desnuda y temerosa de que pudiera ver la fealdad que creía anidar en mi interior.

— Grandes cambios le esperan — me dijo.

Levanté la mirada y la fijé en la sonrisa de su boca.

— ¿Por qué lo dice?
— pregunté. Me sorprendió que me hubiera dicho las mismas palabras que había utilizado Lila antes del accidente.

— Mi interés pareció retraerlo.

— Disculpe mi atrevimiento. No debí...

— No, por favor — insistí — me gustaría saberlo.

Se acercó más a mi oído. Le agradecí la discreción pero la

proximidad de su rostro llamó la atención de las compañeras que ya resoplaban nerviosas, sentadas en las colchonetas.

— El cuerpo es una metáfora del alma, cuando algo se rompe en nuestro físico es señal de que hay algo roto en nuestro interior. Tendrá que meditarlo para hallar la respuesta.

Le miré fijamente a los ojos, sus palabras me dejaron perpleja.

— ¿Vamos dentro?
— me dijo mientras empujaba con suavidad mi

brazo hacia la sala “Agua”.

Caminé hasta mi colchoneta y me senté ante las miradas de descaro de alguna de las mujeres.

— ¿Qué rollo te traes con el profe?— me preguntó Marta con sonrisa pícaro— ¿No me lo irás a quitar?

— Me ha dado algunos consejos de medicina *ayurveda* — mentí— . Aparte, ¿no me has dicho que era gay?

— Bueno, pero si hay alguna pequeña posibilidad de que no lo sea, allí estaré

yo para recordarle lo que se pierde.

Marta me guiñó un ojo.

Aquella tarde, durante la relajación que guiaba Kahul, volví a entrar en un profundo estado de paz y quietud mental. Y aunque la clase había terminado, yo no despertaba. Una parte de mi consciencia estaba alerta, percibía todo el entorno, pero la otra estaba en un lugar del cuál no podía o no quería salir.

Marta estaba a mi lado de rodillas.

— Me da miedo que se

sobresalte— le dijo a Kahul.

Kahul se acuclilló a mi lado y comenzó a hablarme al oído.

— Irania — pronuncié durante el trance. Kahul siguió hablándome al oído.

— Shuruppak— murmuré de nuevo. Al cabo de un minuto abrí los ojos. Los rostros de preocupación de Marta y Kahul observándome me confundieron.

— ¿Qué ha pasado? — pregunté. — ¡Tía, qué susto me has dado! — exclamó—. Parecía que

estabas de nuevo comatosa y... ¿Quién diantres es Irania? Aquel nombre retumbó en mi pecho. Me incorporé de la colchoneta. — No se preocupe— me tranquilizó Kahul—. Parece ser que tiene mucha facilidad para entrar en estados profundos de relajación. No se mueva muy deprisa ahora, podría marearse.

Marta salió de la sala, se excusó porque tenía que pedir cita para hacerse una terapia con sales del Mar Muerto. En verdad le aburría

aquella conversación y poco le importaba mi estado de salud.

Kahul me acercó un vaso de agua y se sentó junto a mí.

— ¿Quién es Irania?
— me preguntó Kahul— .
Es un nombre poco común,
¿lo había oído antes?

Le miré a los ojos, seguía sintiendo miedo de que lo que habláramos al final llegara a oídos de mis padres. No era la primera vez que amigas o mi propia hermana había terminado por contarles mis

confidencias. Desde pequeña mis padres veían con desagrado mi gran potencial para imaginar cosas. Esto me había generado mucha inseguridad y desconfianza hacia mi entorno.

— Pues no sé — contesté.

— Es su nombre de alma— aseguró— el mío es Kahul. Mis padres no me llamaron así, ni siquiera saben pronunciarlo.

Se rió y su risa era contagiosa y consiguió arrancarme una también.

— Puedes tutearme

— le pedí.

No dejaba de sonreírme y mirarme a los ojos. Había asombro en ellos, curiosidad.

— ¿Cómo sabes que es mi nombre?— le dije al apreciar la seguridad con la que lo había afirmado.

— Te lo pregunté mientras estabas sumergida en este estado profundo de hipnosis que has podido alcanzar. Aquí la mente no participa solo el subconsciente y el supraconsciente, por eso sé que alguna vez te llamaste así y

que vienes de Shuruppak, aunque eso no sé dónde está — me dijo sonriéndome de nuevo.

No pude evitar dejarme llevar por la calidez y simpatía de mi maestro de yoga. Tenía una habilidad especial para que me sintiera cómoda a su lado. Aunque una parte de mí seguía diciéndome que no confiara en él.

— La verdad es que no me son extraños estos nombres, pero no sabría decirte dónde los oí por primera vez.

Marta irrumpió con su característico tono de voz desde la puerta:

— ¡Sandra, vamos! El desfile empieza en media hora.

Kahul me ayudó a levantarme de la colchoneta. Todavía sentía la ingravidez de mi cuerpo.

— Gracias por todo — le dije.

Kahul me respondió con un cálido abrazo. Un abrazo que me dejó desconcertada.

Antes de salir de la sala giré mi rostro y allí estaba

todavía mirándome. En aquel momento no supe interpretar lo que me transmitían sus ojos.

Ni los focos, ni la música a todo volumen, ni el colorido y la calidad del desfile de un famoso diseñador catalán consiguieron que dejara de pensar en Kahul y en la conversación que habíamos mantenido. El abrazo que me había dado lo había sentido sincero, como los abrazos que me daba Lila. Mi maestro me había dejado

completamente
desconcertada con su
comportamiento. Ya no
sabía qué pensar.

Durante el pase conecté
el móvil a internet y busqué
información sobre mi
nombre y el de la ciudad de
dónde se suponía que era. Di
gracias por el moderno
buscador en la red ya que no
había escrito bien el nombre
de la ciudad pero aún así
apareció. No había mucha
información al respecto,
aunque lo que encontré me
alivió:

“Irania, conjunto de lenguas habladas en la meseta iraní y en Asia central”

“Shuruppak, ubicada entre los ríos Tigris y Éufrates, ciudad sumeria que prosperó sobre el año 3800 a. C.”

¿Qué significaba todo aquello? Kahul me había dicho que era el nombre de mi alma, como si hubiera dos personas en mí. Él daba por hecho que fuésemos dos personalidades en un mismo cuerpo.

Empecé a sentir escalofríos. Sentía la confusión penetrar en mi mente como un gusano voraz, hambriento de cordura. Hacía años que había conseguido salir de un estado mental precario. Desde mi infancia se habían ido sucediendo períodos de desequilibrio mental. Entre otras cosas se me diagnosticó trastorno de personalidad múltiple. Tenía vagos recuerdos de aquella época. Casi lo había olvidado todo, como un mal sueño. Creí tener la

enfermedad controlada hasta el día que me atropellaron.

Ahora renacían, como resistentes malas hierbas, que parecían conducirme hacia la pesadilla que viví. Sentí mucho miedo. Miedo de que Kahul fuera también un paranoico, alguien que quería volverme loca. *¿Si no por qué me había dicho que me llamaba Irania? Me pregunté. ¿Por qué él también tiene un nombre que no es el suyo verdadero?*

Por mi mente pasaban ideas como dejar el yoga,

callar para siempre o lanzarme a la vía del metro. Todas dispares entre sí, pero sentía terror de estar perdiendo de nuevo el juicio. *¡No estoy loca!* Me repetía.

Sin yo buscarlo venían a mi mente imágenes de mi infancia. Jugaba con mi hermana Aurora, ella al principio seguía mis juegos, le parecían divertidos. Yo tenía la virtud de imaginar amigos invisibles, los veía sentados junto a mí y a mí alrededor. Les ponía nombres e inventaba quiénes eran y a qué se dedicaban.

Mi hermana fue haciéndose mayor y perdió el interés en mis juegos. Entonces me quedé sola, pero no me importaba, seguía teniendo mi sala de juegos, llena de amigos invisibles con los que pasaba horas charlando. De hecho, prefería estar con mis amigos invisibles antes que con los niños de verdad. Mis padres me contaron que empezaron a preocuparse. Supusieron que algo no debía andar bien en mi cabeza porque hablaba sola. Entonces me apuntaron a un montón de actividades

extraescolares: danza clásica, piano, inglés y toda clase de talleres para mantenerme el máximo tiempo posible rodeada de niños de mi edad.

Pero con eso consiguieron que hablara sola en público y que todas las madres y padres conocieran sobre la rareza de mi carácter. Yo solo era una niña con mucha imaginación algo normal en niños de mi edad, le dijeron los profesores a mis padres, pero ellos no lo aceptaban. Debía de haber algo mucho

peor en mí. Y buscaron, y buscaron hasta que un reputado psiquiatra encontró una etiqueta que encajaba con mis síntomas: esquizofrenia paranoide.

Comencé a tomar antipsicóticos a los diez años. Mejoraba por un tiempo pero volvía a recaer. Tenía temporadas regulares y temporadas malas. Con el tiempo me fui acostumbrando y mientras crecía iba haciéndome más fuerte a las recaídas, hasta que los especialistas me dijeron que la tenía

controlada del todo. Pero quedó latente, como las ascuas en un gran incendio, a la espera del soplido del viento. Traicioneras, al acecho de manifestarse. Porque tarde o temprano las fisuras resquebrajan las más duras corazas y terminan por estallar, derramándose por los pies y buscando el imparable curso natural de la vida. No se puede frenar la energía de la verdad, pues es poderosa, como mil caballos protegiendo su libertad, y hallar esa verdad era encontrarme a mí misma. Y

me iba la vida en ello.

Capítulo 6

Recuérdame
la magia si alguna
vez
me pierdo
entre las hojas.

El doctor Vall le aconsejó a mis padres que volviera a trabajar. Estar ocupada me mantendría cuerda y le di la razón. A regañadientes mi padre me ofreció un puesto de

supervisora, uno de esos cargos que se crean de manera mágica, en el cual apenas tenía responsabilidad. A pesar de que había hecho la carrera de medicina y cirugía, me dedicaba a tareas administrativas que me aburrían soberanamente.

Los laboratorios Farma-Ros estaban en L'Hospitalet del Llobregat, muy cerca de donde vivía. El complejo contaba con un edificio de cristal para las oficinas administrativas; una nave adjunta donde estaba el

equipo técnico de químicos, biólogos, médicos y demás especialistas, junto a producción de fábrica, y un almacén logístico desde donde se distribuían los medicamentos por todo el mundo.

La empresa de mi padre había obtenido varios premios internacionales y tenía valiosas patentes de descubrimientos, sobre todo en el campo de la neurología y la genética. Gracias también a un selecto equipo profesional.

Tras semanas de trabajo

en las oficinas de los laboratorios, no conseguí congeniar con nadie de Administración. Había escuchado por casualidad, la conversación de dos administrativas en la sala de fotocopias, en la que decían que yo era un florero y que no hacía nada. Debería haberme dado igual lo que pensarán pero en aquel momento no era así.

Me sentía lejana a ellas y opté por mantener la distancia no almorzando a la misma hora que mi departamento.

Tampoco me sentía a gusto con el equipo directivo, ni ellos conmigo, solo hablaban de dinero, acciones y política. Así que decidí comer en el horario del equipo técnico, pero Joan me lo impidió argumentando que se sentía cohibido con mi presencia.

— Lo que me faltaba ahora, verte hasta en la sopa — me dijo con dureza al cruzármelo por los pasillos.

Terminé por ir a primera hora del almuerzo, cuando casi no había nadie en el comedor, para

tomarme un descanso. En aquella hora solo estaba el personal de limpieza y algunos técnicos de laboratorio.

Uno de esos días conocí a Miguel Garrido, de unos cuarenta años, medio calvo, bajito con una gran barriga. Aunque comíamos juntos cada día, me pareció un hombre introvertido en extremo. Debió de hacer un gran esfuerzo para pronunciar dos palabras seguidas, la primera vez que se acercó a mí, con la excusa de que mi mesa era la más

soleada de la sala.

Miguel y yo solo nos veíamos durante la hora del almuerzo. A menudo me preguntaba por mi estado de salud. Creía que era muy atento o que sabía mis antecedentes. Aunque era hombre de poca conversación, hice uso de las enseñanzas de mi madre que me decía que todos teníamos algo en común por pequeño que fuera. Entonces encontré algo que nos unía: el jazz. Así comenzamos a charlar sobre eventos, clubes y artistas nuevos y antiguos

del mundo del jazz.

Él me había mostrado su confianza enseñándome orgulloso las fotos que llevaba en la cartera de su familia. Se veía que era un hombre responsable y también un devoto creyente.

— Su padre es un hombre muy poderoso — me dijo un día, mientras hacía una pajarita de papel con una servilleta. Lo hacía a menudo, observé que era una persona muy nerviosa de los que nunca pueden tener los dedos quietos, esto me ponía nerviosa también a

mí.

— Sí lo es— le dije— .

Tiene muchos contactos con gente importante. Si él dice amén, todos se santiguan.

Debió notar cierto desprecio en mi voz. Algo que le movió a decirme:

— Nadie debe ser más poderoso que Dios.

Me miró fijamente con sus ojos marrones, cansados y ligeramente amarillentos. Su frente y su coronilla brillaban. No lo conocía demasiado pero lo noté más nervioso de lo habitual aquel día. Parecía querer decirme

algo, como si esperara que leyera entre líneas. Miró hacia los lados con los ojos sin mover su cabeza. Me pareció cómica su actitud.

— Nadie está por encima de las leyes de la naturaleza. No todo vale por la ciencia.

En aquel momento entró un grupo de cinco hombres con batas blancas, había comenzado el turno de fábrica.

Miguel se levantó y se marchó dejándome con una molesta sensación en el pecho.

La fiesta de cumpleaños de Marc me obligó a recordar el por qué mi hermana y yo no teníamos una relación más estrecha. Aurora me había visitado en el hospital dos veces, me había traído flores y me había sonreído como ella sabía hacerlo. Había cumplido con su papel delante de la familia, pero luego no volví a verla hasta ese día. Su invitación era formal y fría como nuestra relación, pensé cuando la leí al recogerla del buzón.

Hacía muchos años que habíamos dejado de ser hermanas, para convertirnos en un familiar molesto. Lo único que me animaba a asistir era volver a ver a mis tres sobrinos.

Aurora era cinco años mayor que yo. Era el vivo retrato de mi madre, en todos los sentidos. Era la hija perfecta, por lo menos así lo había visto yo desde mis ojos. Jamás dio motivos de crítica y su conducta era ejemplar. Colmaba por ambas todas las esperanzas que mis padres pusieron en

nosotras.

Mi hermana vivía en Masnou, una localidad costera muy cercana a la capital, desde que se casó muy joven con Beltrán Masspujol; un empresario del metal y político a tiempo parcial, trece años mayor que ella, muy del agrado de mis padres. Su marido era aficionado al mar y allí tenía cerca su velero. A veces nos habían invitado a navegar con ellos, sobre todo cuando iban mis padres, pero nunca a mí y a Joan solos. A mí no me sorprendía pero a Joan le

molestaba, decía que eran unos prepotentes.

Cuando nos recibió ese tibio día de invierno, nos saludó a Joan y a mí con amable gesto. Llevaba un traje de chaqueta de alta costura francesa, sus favoritos, en un tono beige con decoraciones en oro. Era demasiado sobrio, incluso para mi gusto. Mi hermana llevaba el pelo corto y con volumen, un estilo que la hacía aparentar diez años más de los que tenía.

De pronto sentí un grito detrás de mí y algo que se

agarraba a mis piernas. Era mi sobrina Aina. Mi hermana jamás entendió porqué la pequeña, que apenas me veía, sentía tanto cariño por mí. Percibía que no le gustaba demasiado, como si yo tuviera algo malo que pudiera contagiarla. Me entristecía no poder tener una relación más estrecha con ella. Le había rogado en ocasiones que me dejara llevarla a la playa de paseo o que me permitiera quedarse a dormir en mi casa, pero mi hermana siempre me negaba con la excusa de que la

extrañaría solo al darse media vuelta.

— Aina, estás preciosa con ese vestido— le dije.

Ella me sonrió dulcemente mientras ladeaba su rostro presa de la timidez.

Aina era un ángel de cabellos oscuros y ojos almendrados como los míos, aunque mil veces más chispeantes y abiertos. Mi madre decía que era un rastro genético de mi bisabuela; una siria, de la que se enamoró perdidamente el mujeriego de mi bisabuelo, en uno de

sus viajes para exportar mercancías. Siempre puntualizaba que mi bisabuela era de la aristocracia, y la mujer más bella y exótica que jamás se había visto en Barcelona. Cuando mi madre hablaba de mi bisabuela, siempre era para justificar mi aspecto, antes de teñirme de rubio. En parte por eso lo hice, para dejar de sentirme más rara entre ellos, de lo que me sentía por dentro. Sentía que Aina y yo éramos para ella como una mancha sucia que jamás iba a borrarse del

linaje familiar.

Nunca llegué a creérmelo, lo de que era de sangre real, pero lo de hermosa sí era cierto. Había visto retratos al óleo de ella, en casa de mi abuela y era una joven muy bella.

Me habría gustado conocer a mi bisabuelo. Imaginé que debió ser un hombre de mucho carácter y personalidad en su época, al traer a una musulmana a tierras cristianas. Mi abuela me había contado de pequeña que su madre murió joven, *le había matado la*

envidia y los celos. Me dijo.

Yo le pregunté:
“— ¿Por qué abuela?” Y ella
me contestó:

“La envidia de los
hombres por no poder
poseerla y los celos de las
mujeres porque jamás
podrían equipararse a ella.”

Ahora siento una gran
sabiduría en sus palabras. El
daño tan profundo que
pueden hacer los malos
pensamientos que vertimos
hacia otros. No hay palabra
gratuita, no hay comentario

superficial, todo se escucha aquí y allí y todo resuena hacia el alma, seamos o no conscientes de ello.

Aina me cogió de la mano y me adentró en su casa. Se la veía feliz y radiante con su vestido rosa y verde a juego con los zapatos. Parecía una muñeca.

— ¿Te enseñó mis juguetes?— me preguntó a la vez que estiraba de mi brazo para subirme al piso superior. — Cariño, ahora no— le dijo mi hermana

tirando de ella. Aina hizo una mueca de disgusto. Mi hermana nos acompañó a Joan y a mí hasta la carpa que había montado para los comensales en el grande y amplio jardín de su hogar. Una pareja disfrazada de payasos preparaban su función mientras los adultos charlaban y comían bajo la carpa. Había personas, con disfraces de personajes de dibujos animados, rodeados de niños curiosos, y monitores supervisando la gincana que habían preparado para la fiesta.

Un grupo de niños botaban en la cama elástica, entre ellos mi sobrino Andreu que me saludó con la mano.

Joan se disculpó y caminó hasta el marido de mi hermana, le dio un apretón de manos y le rió algún chiste.

Mi madre me hizo un gesto para que me acercara a ella. Hablaba con una mujer que yo no conocía.

— Hola hija— me dijo, luego me dio dos besos casi sin rozar mis mejillas— mira te presento a la señora

Magí, es concejala de sanidad. Resulta que su hijo y Aina van a la misma clase. ¿No te parece increíble? Está ayudando a tu padre desde el Ministerio.

La saludé sin mucho entusiasmo. Solo pensar la tarde que me esperaba comenzó a dolerme la cabeza.

Cuando los niños se agolparon delante del pequeño escenario para ver el espectáculo de los payasos Aina tiró de mi mano, me sacó del jardín y me llevó por la puerta

trasera de la cocina hasta el salón.

— No me gustan los payasos — me dijo riendo.

— A mí tampoco — le contesté.

Había pasado un rato y reíamos juntas sentadas sobre la alfombra. Preparábamos helados de plastilina sobre una pequeña mesa de juguete, cuando me preguntó:

— ¿Tía Sandra, por qué mi mamá no te quiere?

Su pregunta me dejó helada. No supe qué decirle porque no sabía la respuesta.

— Sí me quiere, bueno... ¡Claro que me quiere!— le sonreí, pero mi sonrisa era forzada.

Aina ladeó su cabeza y se metió el dedo en la boca.

— Ella dice que estás muy malita. Le dijo a papi que los bebés no se meten en tu barriga porque estás loca y ves *monstruos* verdes.

Las lágrimas nublaron mis ojos. No pude remediarlo, aquellas palabras aun dichas por un alma inocente me dolieron profundamente. En aquel momento pensé que tenía

razón, que hasta un niño podía apreciar la locura que envolvía todo a mi alrededor.

Aina se acercó a mí y me abrazó.

Aunque me esforcé por no mostrar delante de ella mis sentimientos no pude evitar que las lágrimas corrieran sin freno por mis mejillas.

— ¡No llores, tita! Ese bebé era muy feo. Aina comenzó a llorar también. Su empatía y sensibilidad eran muy fuertes. — ¡¿Qué está pasando aquí?!

— interrumpió Aurora.
Ambas nos sobresaltamos.
Su rostro estaba lleno de una
mezcla de ira y
preocupación.

Arrancó a Aina de mis
brazos y la aupó sobre su
pecho.

— ¿Qué le has dicho?
— me preguntó tras
lanzarme una fría mirada.

— Nada, yo...

— No vuelvas a
quedarte a solas con ninguno
de mis hijos ¡¿Me has
entendido?!

Se marcharon de nuevo
al jardín con los invitados,

dejándome sumida en una profunda amargura, entre lágrimas ácidas y el corazón cuarteado.

Capítulo 7

Si me estalla
el corazón
es por lo que
aprietan
las verdades

Aquella húmeda
mañana me costó más que
nunca llegar a la oficina.
Había un tráfico
desesperante, más de lo
habitual. Mientras miraba
absorta por la ventanilla de

mi coche, pensé que debía haber cogido el transporte público pero tenía la mala costumbre de ir en coche a todos los lados, aunque estuviera cerca. Conducir mi propio vehículo me generaba una gran satisfacción. Me otorgaba la libertad que tanto ansiaba en mi vida aunque fuera una libertad ficticia, una libertad de cinco quilómetros cuadrados.

Después de tres cuartos de hora en caravana conseguí divisar las instalaciones de Farma-Ros y un humo gris que salía de

ellas.

Para mi sorpresa el atasco se había generado allí mismo. Un coche de bomberos ocupaba todo el carril. Había varios guardias en la puerta de la empresa mientras un agente local desviaba el tráfico por una vía alternativa.

Empecé a ponerme nerviosa al observar que el humo oscuro salía de una de las plantas del laboratorio.

Salí del coche dejándolo abierto y corrí hacia la verja de la empresa hasta que el policía que

dirigía el tráfico me detuvo.

— No puede pasar señora— me dijo secamente. — ¡Trabajo aquí!— exclamé. Comencé a rebuscar en mi chaqueta con nerviosismo, encontré mi acreditación y se la mostré. El agente asintió de mala gana con un brusco gesto de cabeza.

El personal había sido evacuado y se agolpaban en los jardines en pequeños grupos. Miraban perplejos como el equipo de bomberos terminaba de apagar las llamas que salían de una de

las oficinas técnicas de los laboratorios.

El incendio solo había dañado una parte del edificio aunque el humo, había teñido de negro gran parte de la superficie de la fachada de chapa blanca.

A lo lejos divisé el grupo de directivos, entre ellos estaba mi padre. Suspiré aliviada.

De pronto apareció Joan por la puerta principal acompañado de un policía, varios agentes de paisano y dos sanitarios que llevaban una camilla con un cuerpo

tapado.

La gente se agolpaba curiosa y horrorizada a la vez.

Corrí hacia él y le dije:

— ¡Gracias a Dios que estás bien! Me miró. Parecía muy afligido tenía el rostro blanquecino y la bata manchada de tizne. — Sí casi todos estamos bien — dijo mirando hacia la camilla. Le abracé. Al pasar los camilleros por nuestro lado el brazo carbonizado de una persona se descolgó de la camilla.

La gente emitió una

exclamación de sorpresa y asco. Se escuchaban sollozos y lamentos.

Giré el rostro, era una escena impactante.

— ¿Qué ha pasado?—
le pregunté a Joan. — Un accidente horrible en un laboratorio. Querida será, mejor que vuelvas a casa, tómate el día libre. — No, yo estoy bien — contesté— pero tú... ¿Cómo estás?
— Sandra — me dijo mi padre — , haz caso a tu marido, hoy no será un día agradable para una persona tan impresionable como tú.

Mejor vuelve.

Accedí de mala gana.

— Está bien, subiré a mi despacho para recoger unos informes y los terminaré en casa.

Pasada una hora, la policía descartó la presencia de artefactos bomba y permitió al personal de la oficina el acceso. Los ánimos estaban revueltos. Los administrativos, desconcentrados, los ejecutivos alterados en los pasillos con tazas de café. Nadie parecía hacer su

trabajo, todos comentaban quién habría sido el desafortunado.

Presa de la curiosidad me acerqué a un grupo de secretarias de dirección y pregunté:

— ¿Sabéis quién es el fallecido? Me miraron con cara de aflicción. — Un químico, ¡pobre hombre! — contestó una de ellas. Luego soltó un largo suspiro. — ¡A saber qué diantres hacen ahí abajo! Un día de estos saldremos todos volando por los aires. ¡Ya veréis! — respondió la

mujer de más edad. Se notaba que todavía tenía presente el sobresalto en el cuerpo. Le temblaba ligeramente la mano con la cual sujetaba un vaso con manzanilla— Yo tendría que hacer como ha hecho Emilia, coger mi bolso y marcharme para siempre de este sitio.

Las dejé atrás con la conversación del ataque de pánico que había sufrido Emilia y entré en mi despacho.

Agradecí tener la libertad para poder

marcharme de la empresa, se respiraba el miedo en cada uno de los rincones del edificio.

Me acerqué a la mesa y rebusqué entre las carpetas.

De pronto noté un malestar generalizado en todo mi cuerpo y luego escalofríos. El vello de mis brazos se erizó.

Dejé de rebuscar por unos segundos. “¿Qué era aquella extraña sensación?” Me pregunté.

Empecé a notar olor a carne quemada. Con los ojos recorrí la estancia

lentamente, observando el vacío. No había nada extraño pero el olor era evidente.

“— Sandra, tranquilízate, no hay nada. Solo estás alterada” me dije a mí misma.

Volví a rebuscar entre las carpetas apiladas sobre la mesa dejando de lado lo que estaba sintiendo.

Pero la sensación persistía, entonces de pronto noté que alguien me estaba mirando. Alcé la vista y me sobresalté.

Solté un suspiro de

alivio y luego me reí, era una risa nerviosa.

Miguel Garrido me estaba observando desde el cristal de la mampara divisoria de mi despacho.

Me sentí aliviada. Alcé la mano y lo saludé.

Me devolvió el saludo, parecía asustado, pero no más que el resto de los empleados de la empresa. Entonces señaló con su dedo hacia mi mesa.

Yo me giré hacia ella: debajo de una de las carpetas sobresalía una pajarita de papel hecha con una de las

servilletas del comedor de la empresa.

La cogí entre mis dedos.

Cuando alcé la vista para darle las gracias ya se había marchado.

A la mañana siguiente del trágico suceso en Farma-Ros volví a la oficina. Aunque sabía que mi presencia era prescindible necesitaba tener algo que hacer y me dispuse a trabajar. Dejé el abrigo de paño color morado en la percha, caminé hacia el

escritorio, no sin antes echar un vistazo por la ventana. Desde allí podía ver parte de los laboratorios. Aunque no divisaba el lugar de origen de la explosión, podía ver el degradado de grises que había creado el humo en la fachada de la nave.

El chirriante sonido de las máquinas de cortar metal de los obreros que reconstruían la estructura, se me estaba insertando en la cabeza.

El incidente se borraría en cuestión de días, mi padre jamás habría permitido que

aquello detuviera el ritmo acelerado de Farma-Ros. Luego sería solo un recuerdo, una anécdota más que contar entre los empleados.

Pensé en la familia del desdichado químico, *¿Qué sería ahora de ellos?* me pregunté.

Volví a sentir un escalofrío recorrer mi cuerpo. Instintivamente toqué el radiador que tenía justo a mis pies, lo sentí cálido, aún así el frío se me introdujo hasta los huesos.

Observé la estancia con

rapidez, de nuevo olfateé el olor a carne quemada.

Me acerqué hasta el perchero cogí el abrigo y me lo coloqué.

La sensación de frío persistía, el olor se me había metido en el estómago y el ruido me taladraba el cerebro.

Comencé a sentir náuseas.

Me senté en el escritorio, encendí el ordenador y comencé a repasar los informes.

Abrí el cajón de mi mesa para coger un

caramelo de menta que aliviara la angustia.

Revolviendo para dar con el caramelo encontré un CD de *Freddie Keppard*. En aquel momento me sorprendió verlo allí, ya que era un disco que Miguel me había prestado hacía tiempo. Creí habérselo devuelto, de hecho estaba convencida de ello.

Me sentí molesta conmigo.

Lancé un suspiro.

— ¡Qué cabeza tienes!
— me dije.

Aquel disco era el

favorito de Miguel y calculé a grosso modo, en mi desorientada cabeza que debía de llevar en mi cajón varias semanas.

Imaginé que Miguel estaría pensando de mí que era una desconsiderada.

Me levanté con el CD en la mano y me dirigí hasta los laboratorios por el puente acristalado que comunicaba ambos edificios.

No me gustaba irrumpir en los dominios de Joan pero sentía inquietud y temía volver a olvidarme si no hacía el recado en aquel

momento.

No sabía dónde tenía su puesto de trabajo, así que me dirigí hasta el despacho de Joan.

Estaba la puerta abierta, creí que estaba solo y pasé sin llamar, pero al entrar me encontré de frente con todo un equipo reunido.

Al verme Joan aparecer, noté una mirada de desprecio en sus ojos.

— Buenos días
— saludé con timidez.
— Buenos días, señora Ros
— me contestaron. Joan hizo el intento de levantarse de su

asiento pero lo detuve. — Tranquilo Joan — le dije desde la puerta — solo venía a preguntarte por el puesto de Miguel Garrido. Tengo que devolverle esto — dije mostrando el CD en mi mano.

Empezaron a mirarse entre ellos. — Querida, eso no va a poder ser. Miguel no está. — Bueno, lo dejaré en su mesa. — No es necesario, Miguel murió ayer, la explosión fue en su laboratorio. Las piernas empezaron a temblarme. Joan se levantó y se acercó a

mí al ver que la noticia me estaba afectando más de lo normal.

— Querida, no sabía que lo conocías, te lo hubiera dicho— me respondió extrañado de que yo pudiera tener alguna relación con él.

— No puede ser— negué.

Miré hacia los hombres y mujeres que compartían mesa con mi marido, creí que me estaban gastando una broma pesada.

— No — volví a negar — . Lo vi en mi despacho

ayer, me saludó desde el pasillo.

— Querida — me dijo Joan a la vez que me apretaba el brazo con disimulo — Miguel murió en la explosión. Te habrás confundido de día.

Sus ojos se clavaron con fuerza en los míos.

— Yo... — los ojos se me nublaron. Mi cabeza daba vueltas intentando hallar una respuesta lógica a todo esto— ... no le devolví su CD. — Fue lo único que se me ocurrió decir.

Salí corriendo del

despacho.

Cuando llegué, rebusqué en mi bolso con nerviosismo, saqué la caja de pastillas que me había recetado el doctor Vall y me tomé una con un vaso de agua.

Volví a mi mesa y me senté a meditar. No podía creer que Miguel estuviera muerto.

Empecé de nuevo a sentir el frío en mis huesos.

Ahora allí, frente a la misma ventana desde donde había visto a Miguel saludarme, volvía a recordar

la escena en mi mente. *¡Fue ayer, durante la mañana!* Yo estaba segura de lo que había visto. Recordé su rostro, triste y asustado. Recordé como me había devuelto el saludo con la mano. Había sido real, por lo menos lo había visto así. Pero no podía ser, a esa hora ya estaba muerto. La explosión había tenido lugar a las seis y cuarto de la mañana, cuatro horas más tarde de la hora en que yo lo había visto pegado al cristal de mi despacho.

Empecé a mirar por la

habitación, estaba sintiendo una presencia cada vez con más fuerza.

Tragué saliva. *¿Qué me pasa?*

Sentí que me observaban, el corazón comenzó a palpitarme con fuerza.

De repente un aire frío rozó mi cuello, los vellos de los brazos se me erizaron. El olor a carne quemada lo envolvía todo, el estridente ruido de las máquinas me taladraba la cabeza con fuerza. Volví a sentir la angustia en mi estómago.

Me levanté de golpe del sillón, cogí mi bolso y me marché corriendo de la empresa.

Lila no parecía inmutarse mientras le contaba lo que me había sucedido. Me escuchaba y asentía con la cabeza a la vez que sorbía el chocolate caliente que nos había servido una camarera flacucha en la bulliciosa cafetería de enfrente de su piso. Era la hora en la que los oficinistas hacían su descanso de la mañana y no

cesaba de entrar gente.

— ¿Qué me está pasando?— le pregunté. Estaba angustiada, tenía miedo, miedo de estar perdiendo el juicio de nuevo. — ¡Es increíble! Aunque no me sorprende del todo. — ¿Por qué lo dices? ¿Crees que es debido al accidente? Lila negó con la cabeza mientras se limpiaba el labio superior de restos de chocolate. — ¿Habías visto espíritus en otras ocasiones? — me preguntó como si tal cosa. — ¡Pues claro que no! — exclamé. Lila no pareció

creerme, me conocía más de lo que yo creía. — Sandra, nunca te había dicho esto porque pensé que en vez de ayudarte te perjudicaría. — Ya... que estoy loca, es eso ¿verdad?— la interrumpí. Me sonrió con dulzura.

— No, cariño. Siempre he sabido que tienes un don especial. Las brujas nos reconocemos entre nosotras — sonrió, luego me guiñó un ojo—. Aunque siento desde el fondo de mi corazón que tu don es mucho más poderoso que el

mío.

— ¿Yo?— le contesté señalándome con el dedo.

Que Lila me dijera aquellas palabras me desconcertó. Siempre había visto a Lila como una gran maga, una mujer segura de sí misma, con mucha fuerza y poder interior. Aunque la quería mucho también envidiaba su gallardía y sabiduría porque creía que yo no poseía esas cualidades.

Me gustaba cuando paseábamos juntas y la gente miraba sus faldas largas

hippies que remarcaban su enorme trasero sin ningún complejo. Sentía que era una gran mujer a la que le resbalaba todo lo que pensaran de ella.

— ¿Por qué nunca me lo habías comentado?— le pregunté.

— No era el momento, supongo. A medida que te he ido conociendo y a través de todas las tiradas de cartas que te he hecho, he podido ver muchas cosas que no te he contado.

Un gesto de desagrado ensombreció mi rostro.

— Lo siento, Sandra. Sé que nunca me perdonarás que no te hablara del aborto. Bajé el rostro y comencé a girar el anillo de mi dedo con rapidez. Solté un largo suspiro y apoyé la frente sobre la esquina de la pared.

— No fue culpa tuya — le dije.

— Tampoco tuya.

La miré fijamente a los ojos, estaba sorprendida de su afirmación. No le había narrado todos los hechos tal como fueron, o como yo los recordaba. Le dije que me atropelló un coche, pero no

que huía presa del pánico
perseguida por dos hombres
reptiles. Había cosas que ni
a Lila me apetecía contar,
tenía miedo que ella también
terminara juzgándome.
Todavía no había asimilado
lo que sucedió la noche del
accidente. Había mucha
confusión en mi cabeza.

— Sandra, sabes que yo
nunca he creído que
estuvieras loca. Yo, menos
que nadie, diría eso, deberías
confiar más en mí. Aunque
no me cuentes cosas yo las
intuyo. Por eso te digo que
dejes de culparte por lo que

pasó porque si Dios no quiso que ese bebé naciera era por algo.

Negué con la cabeza repetidas veces.

— No existe Dios, si existiera no habría permitido que mi hijo muriera.

Lila se santiguó deprisa.

— No sabes lo que dices. Dios nunca te ha abandonado. Ahora estarías muerta con tu bebé y sin embargo estás aquí, te ha concedido otra oportunidad, deberías dar gracias.

— ¡Y para qué! ¿Para

ver muertos? ¿Para eso he despertado? ¿Para tener ahora el don de ver fantasmas y sentir presencias a mi alrededor?

— Si Dios te ha concedido ese don es por algo. Debes confiar en él. Pero Sandra — me dijo cogiéndome de la mano —, este don ya lo traes de nacimiento.

— No, yo no...
— titubeé.

Busqué en los resquicios de mi memoria, intenté recordar tramos de la infancia. Me vi en mi cuarto

de juegos, sola, sentada en la alfombra con mis muñecos. Hablaba con ellos y con mis amigos invisibles. Allí no había nadie. No habían muertos, ni espíritus, ni demonios, solo una niña solitaria.

— No Lila, nunca he visto espíritus. Yo solo era una niña con mucha imaginación.

Hubo un instante de silencio, en el que Lila aprovechó para mojar la pata del cruasán en la taza de chocolate. Comía con tanto entusiasmo que varias gotas

de chocolate le cayeron sobre la camiseta.

— Cuando una persona se aparece después de muerta, es que necesita zanjar algún tema pendiente. Si Miguel se te apareció es que necesita tu ayuda. ¿Recuerdas algo más de él?

— me dijo mientras se limpiaba las manchas de la camiseta con la servilleta.

Mi mente volvió a recordar la escena de la mañana del día anterior cuando Miguel estaba de pie mirándome después de saludarme. — Recuerdo que

señaló con su dedo hacia mi mesa. — ¿Y que había en la mesa?— me preguntó con impaciencia. — Me había dejado una pajarita de papel. Lila levantó una ceja y me miró extrañada.

— Miguel después de comer siempre hacía pajaritas de papel con las servilletas de la mesa — le aclaré. — ¿Era real?— me preguntó—. Quiero decir... si la pajarita existe de verdad o también era etérea como Miguel. Dudé. Ya no sabía que era real y que no era real. Cogí mi bolso y revolví

dentro de él. No encontré nada, entonces volqué el contenido sobre la mesa de la cafetería. El ruido de las monedas al caer por el suelo, atrajo la atención del resto de clientes que fijaron su mirada en nuestra dirección.

Revolví hasta que apareció la pequeña pajarita debajo de mi espejito de plata.

Me sentí aliviada de que algo en toda aquella situación fuese real.

— ¡Esto quiere decir que Miguel estuvo en tu despacho antes de morir! —

me dijo Lila.

— ¿Por qué? No entiendo, tampoco éramos amigos. Solo comíamos juntos de vez en cuando. ¿Por qué iba a visitarme justo antes de morir para dejarme una pajarita?

Lila se encogió de hombros. — La pregunta es: ¿Por qué su alma iba a tomarse la molestia de venir del otro lado para mostrarte esa pajarita?— expuso Lila. El vello de los brazos se me erizó.

Había un murmullo

molesto en los pasillos del tanatorio donde habían llevado los restos de Miguel Garrido. Reconocí a algunos trabajadores de la planta agrupados en una zona del pasillo. Les saludé pero no intercambié palabra con ninguno.

Caminé sorteando los grupos de gente. Un comentario de un familiar que escuché al pasar me pareció muy duro. Al parecer, Miguel Garrido quería ser incinerado, pero la viuda se negó en rotundo. No pudo respetar la voluntad

de su marido pero nadie debió reprochárselo después de lo sucedido. Era macabro.

Llegué hasta la sala del féretro. El ataúd estaba cerrado, pero una gran foto de Miguel en blanco y negro presidía la sala. Se notaba que se la habían tomado en un lugar donde era feliz o por alguien que él apreciaba. Lo sentí en sus ojos.

Le dejé el ramo de flores que le había comprado a una gitana en la entrada del cementerio y le di el pésame a la viuda, que como una muñeca rota, era

sostenida por un hombre grueso y mayor que ella, que interpreté sería su padre.

El dolor en la sala era asfixiante, casi podía cortarse como la gelatina, lo sentía, y mi cuerpo también. Comencé a temblar y a sentir escalofríos.

Decidí marcharme.

Casi ya estaba fuera de la sala cuando recordé que todavía llevaba el CD de *Freddie Keppard* en mi bolso. Entonces caminé hasta el ataúd y lo deposité junto a mi ramo, pero al darme la vuelta la caja

resbaló del ataúd, cayó al suelo y se abrió.

Me agaché y lo recogí, pero al observarlo me di cuenta que el disco que había en su interior no era original.

Lo miré extrañada, no era el mismo que me había prestado Miguel, de eso sí estaba segura.

De pronto volví a sentir que alguien me estaba observando. Miré hacia la gente que acompañaba a la viuda y nadie parecía haberse percatado de mi presencia, embutidos en sus

propios duelos. Pero al mirar más atentamente entre varios hombres de traje negro y corbata, vi a Miguel Garrido. Tenía el rostro sin gesto, estático.

Caminé decidida hacia él porque no sentía miedo. No había nada amenazante en su presencia, sentía que no estaba allí para hacerme daño.

Entonces una familia recién llegada de varios miembros se interpuso en mi visión y perdí de vista a Miguel.

Caminé deprisa entre la

gente para alcanzarle pero ya se había esfumado.

Había dejado de preocuparme lo inusual de ver a un fallecido caminar entre los vivos. En aquel momento creía en lo que Lila me había dicho: Miguel quería algo de mí y yo podía verle y ayudarle. Aunque todavía no sabía cómo.

Capítulo 8

No hay fin,
ni principio
ni karma
sin beneficio.

Todavía tenía mucho que aprender sobre quién era yo, sobre lo que hervía en mi interior. Ahora siento que todo ha sucedido justo en el momento necesario, que era ilógico sentir remordimientos por el

pasado o lanzarme reproches por no haber estado más despierta o por no haberme dado cuenta antes de que tenía una venda en mis ojos. ¡Pero es tan fácil decirlo ahora!

Yo lo único que quería era sentirme normal, que me gustara o sintiera interés por las mismas cosas que las personas de mi entorno, que pudiera disfrutar haciendo compras y gastando dinero aquí y allí como mi cuñada Marta o mi madre. Pero no era así, para mí era todo un *sin sentido*. Yo quería la

felicidad, quería ser feliz y no sabía cómo, y el único momento de mi vida en el cual podía rozar, aunque solo fuera con las yemas de los dedos esa ansiada sensación, era en las clases de yoga, durante la meditación.

Allí con los ojos cerrados sentía el vacío, sentía que desaparecía, que no había dolor, ni sufrimiento, ni necesidad de agradar a los demás. Sin demandas, sin exigencias, allí era solo yo. Meditar se había convertido en una

droga para mí. Quizá por eso me costaba salir de ese estado. Porque en el fondo deseaba volver a la nada, desintegrarme en la oscuridad profunda de mi yo interior y no regresar jamás a una vida que sentía amarga, inútil y vacía.

Después de la meditación Kahul se acercó a mí.

— Sandra, ¿tienes un momento?— me dijo mientras yo doblaba la manta que había utilizado para taparme durante la

meditación.

Marta me miró de reojo, en aquel momento no supe interpretar su mirada pero ahora sé que había celos en ella aunque no entendía el porqué.

— Te espero en el spa, hoy toca baño con aceites esenciales y sales del Himalaya — me dijo mi cuñada. — Está bien, ahora voy — le contesté. Me quedé a solas con el profesor. — Este fin de semana organizo un taller fuera de este centro. Durará dos días ¿Te gustaría venir?

— me preguntó. Iba a decir que no. Se me iban las ganas solo imaginar la cantidad de excusas que tendría que dar a Joan para poder asistir. —
¿De qué trata el taller?
— Terapia regresiva. Levanté mis cejas, no lo pude evitar, me pareció ridícula la temática del taller. Justo aquella misma semana, en una tertulia de la tarde en televisión, había visto casualmente como eran entrevistadas varias personas que decían recordar vidas pasadas. Me había reído concretamente con una

mujer de mi edad, muy obesa, que aseguraba con firmeza que ella había sido la emperatriz *Sissi* de Austria. Ella recordaba su vida en palacio y mientras hablaba, la presentadora intentaba contener, sin mucho éxito, la risa que aquello le producía.

— No, gracias — contesté con toda la amabilidad de la que disponía. Le sonreí, toqué su hombro con suavidad y me giré en pos de marcharme.

— ¿Quieres saber quién es Irania?

Su pregunta me desconcertó. Pero más me desconcertó que todavía recordara el nombre que había dicho durante el trance en meditación. *¿Por qué le da tanta importancia?*, pensé en aquel momento.

Me rasqué la cabeza; había desconcierto, confusión, pero también curiosidad.

— No importa quién es Irania, me llamo Sandra y estoy aquí en Barcelona. Disculpa, pero no veo en qué puede serme útil ese taller.

— Solo lo sabrás si vienes — Kahul sacó una tarjeta del bolsillo del pantalón y me la dio—. Aquí tienes mi dirección por si cambias de opinión.

Cogí la tarjeta por cortesía. — Muchas gracias, pero no creo. Kahul me sonrió y salió de la sala. Yo me quedé mirando la tarjeta que me había dado; tenía impreso su nombre, su teléfono y la dirección de su casa. Se me pasó por la imaginación en aquel momento que yo debía ser de las únicas afortunadas en

tener tanta información de aquel guapo profesor que aunque era gay, todavía seguía levantando pasiones entre las mujeres del club.

Antes del incidente apenas recordaba los sueños, tenía la vaga sensación de haberlos tenido pero nada claro, ninguna imagen, pero todo había cambiado después de salir del coma. Ya nada era como antes, ni siquiera mi estado de sueño.

Recuerdo con exactitud la pesadilla de aquella noche:

Caminaba por un largo pasillo, las luces parpadeaban constantemente.

Me producía mucha inseguridad, no sabía si quedaría completamente a oscuras. Entonces decidí no caminar más, porque tenía miedo, mucho miedo.

Supe que estaba en los laboratorios de la empresa de mi padre, donde Joan trabajaba. Lo sabía pero no había ningún cartel que lo indicara. Olía a humo, algo se estaba quemando. Salía humo de detrás de una

puerta.

Me tapé la boca, casi no podía respirar y las luces seguían parpadeando.

Corrí buscando un lugar seguro pero todo estaba lleno de humo. Entonces noté que alguien se acercaba, era Miguel.

— *¡Miguel, ayúdame a salir de aquí!*— le dije.

Miguel se dio la vuelta y entró en una habitación. Yo lo seguí y me condujo hasta su laboratorio. Ahora estaba de espaldas a mí como si yo no estuviera allí. Escribía sobre hojas de

papel.

Me puse a su lado. Luego observé cómo trabajaba en una probeta de cristal.

— *¿Qué haces Miguel?*

— le pregunté.

— *Nadie debe saberlo*

— me contestó — , *es un secreto. No puedo contárselo a nadie, pero este secreto me quema por dentro.*

Sus manos comenzaron a arder.

Me aparté asustada.

Entonces Miguel se levantó, estaba

completamente ardiendo.

Me cogió de los hombros y me gritó:

— *¡Estás en peligro!*

Sentía que me abrasaba con él. Mi piel quemaba y el dolor era insoportable, tan intenso que me desperté de golpe sudando y con el corazón a punto de salirse por mi boca.

Miré la hora del despertador; marcaban las tres y treinta y tres de la madrugada.

Me levanté y me acerqué hasta la mesita donde dejaba el ordenador

portátil, lo encendí, me senté en el sillón e introduje el CD de Miguel.

No había pensado en lo que hacía, solo seguía sintiendo con persistencia el sueño y la presencia de Miguel conmigo.

Cuando lo abrí pude comprobar que no era música: era un CD de datos.

Había tres carpetas. Abrí una de ellas y leí el contenido.

Eran informes, expedientes, e infinidad de fórmulas químicas. Aquello me desconcertó. No sé que

esperaba encontrar en el CD, quizá una confesión de suicidio o un testamento para un hijo secreto, mi imaginación había volado demasiado pronto.

Cerré el portátil y pensé lo fácil que era distraerme. Me sentí absurda.

¿Mi mente buscaba emociones? ¿Algo que pudiera darle sentido a mi vida? o ¿Realmente todo aquello estaba sucediendo en la realidad?

Volví a abrir el ordenador. Repasé con detenimiento las carpetas,

había cosas que se me escapaban. Hacía tanto tiempo que no ejercía la medicina que todo parecía ininteligible para mí. Me enfadé conmigo misma por no haber insistido más en mis estudios, por no haber seguido leyendo o informándome sobre ciencia en las revistas que traía Joan, pero hacía años que había tirado completamente la toalla y ya no me había molestado en lo más mínimo.

Pasando hojas y hojas de los informes de Miguel

Garrido me percaté de algo extraño. Algo que no debía de estar ahí mezclado entre fórmula químicas, moleculares y ecuaciones.

Me aparté de la pantalla del ordenador como si aquello que estaban viendo mis ojos fuera a dañarme: delante de mí se hallaba un análisis de sangre, todo normal si no fuera porque el nombre del paciente era Sandra Ros i Paquer. Sentí escalofríos.

¿Por qué tenía Miguel un análisis de sangre mío?
Me pregunté.

Estudié con detenimiento el informe y deduje, con los conocimientos de hematología que todavía recordaba, que era un estudio del factor sanguíneo. Abajo del informe habían subrayado la palabra: “incompatible”

Pasé la siguiente página y miré quién había firmado el informe: Era el doctor Aranda.

Pasé las siguientes hojas y observé como seguía habiendo más y más detalles, informes,

mediciones, estadísticas, análisis endocrinológicos, test, fechas de mis ovulaciones, muestras de mis óvulos. Todos aquellos informes eran copias escaneadas de documentos originales que debían de haber estado en manos del doctor Aranda y no en un disco de un químico, que trabajaba en unos laboratorios de medicamentos neuronales.

Me sentí ultrajada, violada en mi intimidad.

En aquel momento me vinieron a la mente

imágenes de Miguel en el comedor de la empresa y lo raro que me parecía que me preguntara constantemente por mi salud.

Me vino a la memoria una conversación que mantuve con él durante el café del almuerzo un día antes de morir:

— ¿Te pasarás este fin de semana por el festival de Jazz de Terrassa?— le pregunté.

— Por supuesto, me llevaré al pequeño para ir ya aficionándolo, porque con el mayor ya no hay remedio,

solo le gusta el dichoso *reggaetón* — me dijo, y luego me regaló una ligera sonrisa que pronto se desvaneció.

Soltó un suspiro, luego me miró por unos segundos y bajó la mirada con rapidez. Cogió una servilleta y comenzó a doblarla.

— Siento mucho lo que le pasó.

En un primer momento no supe a qué se refería.

— Siento mucho que no pueda tener hijos. Yo no sé qué haría sin los míos. Son mi vida, todo lo que

hago es por ellos y por mi esposa. Lo hago por ellos— volvió a recalcar.

— Bueno... yo... — me sentí incómoda con la conversación, pero proseguí porque sentí que realmente le importaba lo que me había pasado— Quizás no lo merecía. No iba a ser una buena madre.

Miguel tragó saliva.

— Usted no tuvo la culpa— me dijo mirándome fijamente a los ojos. Me tomó de la mano y prosiguió — No la tuvo, no se torture.

Sus palabras me

sonaron amorosas, me hizo sentir mejor. Deseé de corazón haberlas oído de boca de Joan o de mis padres.

Los ojos se me humedecieron. Tuve que hacer un gran esfuerzo por no llorar.

Miguel iba a decirme algo cuando alguien le llamó desde la puerta del comedor, era de su equipo y lo reclamaban en el laboratorio.

Después de su muerte reflexioné sobre aquella conversación y vi todo con

una perspectiva diferente. Porque en aquel instante, no pensé cómo Miguel sabía que yo ya no podía tener hijos, yo no se lo había contado a nadie fuera de la familia.

No entendía por qué el espíritu de Miguel había querido que tuviera aquella información en mi poder. *¿Acaso me estaba pidiendo disculpas por haberse entrometido en mi vida?*

Continué leyendo hasta que caí rendida, presa del cansancio, sobre la mesa de mi escritorio.

— ¡Sandra!— escuché.

La voz me desorientó.

Miré hacia la ventana, ya había amanecido.

Me froté los ojos.

— ¡Sandra!— volví a oír.

Giré mi cabeza y entonces noté el cuello engarrotado.

Joan me miraba desde la puerta, estaba trajeado y llevaba un abrigo de paño hasta las rodillas y una maleta pequeña de ruedas en su mano.

— ¿Dónde vas?— le

pregunté al mirar el reloj de la habitación, eran las ocho de la mañana. Movi6 la cabeza en tono de desagrado. — Te dije que me iba todo el fin de semana al congreso de bioingeniería de Ginebra. Tú nunca escuchas ¿Ya no lo recuerdas, verdad? — Me dijiste que iríamos a ver a tus padres al pueblo.

— La semana que viene, querida, eso es la semana que viene — me dijo Joan cerrando la puerta tras de sí.

Yo todavía creía en la casualidad, que los acontecimientos estaban regidos por el azar. Todavía no sabía que en el Universo, las coincidencias no existen, que Dios no juega a los dados con la vida, como decía *Einstein*. Jamás había oído hablar de las sincronías de *Jung*, de las señales, pero allí estaba yo, conduciendo por la carretera camino a un pueblo cerca del parque natural del *Montseny*, en la provincia de Barcelona.

Había llamado a Kahul cuando me acordé, que ese

mismo fin de semana, organizaba el taller. En el fondo me daba igual de qué iba el taller, me horrorizaba quedarme sola en la casa después de todo lo que había pasado y asistir me pareció mejor opción que ayudar a mi madre y a sus amigas con la gala benéfica. No soportaba la competencia que había entre ellas, que se decían amigas, para ver quién era mejor organizadora y con más influencias para atraer a personajes famosos de la ciudad. La hipocresía me

revolvía el estómago.

El navegador del coche me guió por una carretera comarcal de infinidad de curvas. El paisaje iba cambiando a medida que subía por la deshabitada carretera. Los abetos y los frondosos helechos indicaban que había ascendido en altitud.

Un cartel hecho en madera con las letras labradas a fuego indicaba la dirección de la casa rural donde se realizaba el taller. Era un camino sin asfaltar, lleno de barro y agujeros que

se iba estrechando hasta el punto que sentía las ramas de los árboles arañar la chapa de mi lujosa berlina.

Debí traer el todoterreno, me lamenté.

Al bajar del coche sentí la humedad y el frío en mi rostro, pero el aire puro y el olor de la montaña compensaban con creces la sensación térmica.

Caminé arrastrando una pequeña maleta por un sendero empedrado con losas de pizarra negra hasta llegar a la entrada de la masía. Contemplé la fuerte

estructura de piedra que soportaba el edificio también en piedra. El tejado era de pizarra negra y las ventanas de medio arco eran de madera de pino.

Sobre la puerta, también de medio arco, se podía leer sobre baldosas esmaltadas, la fecha de construcción: 1625. No sé porqué me dio por pensar en el Quijote; sabía que por aquellas fechas ya se había publicado. *¡Cuánta historia acumulaban aquellas piedras! ¡Cuántas familias debían de haber vivido,*

llorado, reído, crecido en aquella misma casa! Medité.

No había nadie por fuera pero no me sorprendí, porque aunque lucía un sol espléndido, el aire llegaba gélido.

Empujé la pesada puerta de madera maciza y pasé a un recibidor cálido y acogedor. Dos mujeres de mediana edad vestidas con ropas blancas me miraron, debían de haber estado charlando hasta que el ruido de la puerta y mi presencia las había interrumpido. Me saludaron con cortesía y

continuaron su plática.

Me dirigí hasta una sala que hacía de comedor, allí habían otros grupos de mujeres y hombres. Todos parecían conocerse de una manera u otra. Miré la sala buscando con los ojos a Kahul pero no lo vi.

— ¡Me alegro que no te hayas perdido como otros!
— escuché tras mi espalda.

Era Kahul, me esperaba con una gran sonrisa. Vestía un suéter verde claro y un pantalón de chándal blanco y ancho. Llevaba un dossier en las manos con un montón

de hojas grapadas.

— Ven, te acompaño a las habitaciones.

Cogió mi maleta y subimos por una escalera empinada y de estrecho escalón. Pensé que los hombres del año 1625 debían de tener los pies muy pequeños porque prácticamente debíamos subir de lado.

— Deberás tener cuidado al bajar — me advirtió al ver que subía despacio por ellas.

La habitación era compartida, había tres camas

cubiertas con colchas floreadas en tonos naranjas de modesta calidad, dos de las cuales ya estaban ocupadas porque había ropas sobre ellas.

Puse mi maleta al lado de la cama libre y me lamenté por unos segundos no haber llegado antes, ya que la cama que daba a la ventana tenía unas preciosas vistas de la montaña.

— Ponte cómoda, te espero en la sala. Todavía faltan dos alumnas que se han pasado la entrada a la masía — me dijo antes de

marcharse.

— Gracias. — Me alegro que estés aquí— me dijo justo antes de salir. Su mirada parecía sincera. No tardé en bajar a la sala que había justo a la derecha del recibidor. Era una sala grande, quizá antiguamente había sido un comedor. Tenía una chimenea de casi dos metros de ancho y otro tanto de alto, revestida de piedra negra. El techo estaba a viga descubierta y las paredes pintadas de blanco. De ellas colgaban pocos cuadros y algunas

fotografías de la masía en blanco y negro en las que se veían familias campesinas de principios de siglo. Había una gran alfombra de color beige oscuro, que ocultaba un precioso suelo de baldosas de barro.

Los alumnos estaban sentados en el suelo, sobre gruesos cojines. Calculé por encima que había quince personas, en su mayoría mujeres, de entre treinta y cincuenta y muchos años.

No reconocí a nadie, pero no me extrañó, intuí que no había invitado a

nadie más del *Inanna centre*.

Kahul antes de sentarse nos entregó un grapado de folios con el temario del curso.

Por un momento comencé a sentirme ridícula, fuera de lugar entre aquellas personas que nada sabían de mí, ni yo de ellas, pero que por alguna suerte de coincidencias, nos habíamos reunido para hacer un taller de carácter espiritual.

— Espero que cuando termine este fin de semana seáis un poco más sabios, y creáis más en vuestras

capacidades personales — comenzó Kahul al ver que entraban las dos últimas alumnas—. Espero que abráis vuestra mente y dejéis que vuestro corazón hable por vosotros. Si no permitís, si no dejáis fluir al corazón, será más difícil conseguir buenos resultados.

Kahul tomó asiento sobre un cojín y comenzó el curso: — ¿Por qué necesitamos saber qué hemos sido en otras vidas? ¿Para qué sería útil recordar tramos de nuestra infancia? Hizo una breve pausa y

prosiguió con sus argumentos: — En muchas ocasiones sentimos que nos atascamos en problemas, nos surgen dudas, o tenemos fobias o manías de cosas, personas o situaciones y no entendemos a qué es debido. Mirar más allá de la mente consciente es adentrarse en la profundidad del olvido, de los recuerdos. Sé que para muchas personas no es grato hacerlo, pero vosotros sois valientes. Estáis aquí dispuestos a saber más de vosotros mismos, a conocerlos y superarlos. Os

honro por ello — dijo Kahul
llevando sus manos al
corazón—. Creer en la
reencarnación es algo que
provoca risa en nuestra
sociedad, esto es debido a
que se ha presentado en los
medios de comunicación
masivos como algo ridículo
ya que suelen traer o
entrevistar a personas que
dicen ser la reencarnación de
Cleopatra o afirman ser el
rey Herodes.

El recuerdo del
programa de televisión me
hizo sonreír.

— Para muchas

culturas y religiones — prosiguió, — la reencarnación es algo normal como los hindúes o los budistas. Incluso Jesús de Nazaret predicaba la reencarnación como algo natural. Hay cientos de casos documentados que os recomiendo leer sobre experiencias conscientes de personas que tienen recuerdos de haber vivido otras vidas. Imaginad la magia y la grandeza que sentiríamos al saber que esta no será nuestra única oportunidad de vivir, que ya

hemos vivido muchas veces aquí en la tierra y que seguiremos naciendo en el futuro. Nuestra alma es inmortal porque somos pura energía, y la energía ni se crea ni se destruye, solo se transforma a otro estado vibratorio.

Me quedé sorprendida de las palabras de Kahul y recordé la ley de la conservación de la energía que aprendí en primaria. Aquella ley se me había grabado como fuego aunque no supe el porqué hasta más

tarde.

Ahora sé que nuestra alma nos va dejando pistas a lo largo de la vida a través de canciones, palabras, refranes, lugares, personas que activan nuestras memorias para que no se nos olvide nunca la misión para la cual bajamos aquí a la tierra.

— Por eso jamás morimos totalmente, siempre, una parte de nosotros queda intacta. Esa es el alma. Lo que nunca perdemos y esta alma es la

que evoluciona, la que aprende y crece y por eso cuando volvemos a nacer traemos todas estas lecciones aprendidas.

— ¿Y cuando no hemos aprendido algo? — preguntó una mujer rubia, de unos sesenta años de edad. — Lo traemos también y se manifestará como lección de vida para que podamos transformarlo para siempre. — ¿Te refieres al karma? — interrogó de nuevo la mujer rubia. — Sí, para los hindúes y los budistas el *karma* son las

consecuencias negativas que estamos viviendo en esta vida y también los beneficios que estaríamos recibiendo por buenas acciones en vidas pasadas. Ellos creen tan firmemente en esto que basan su vida y su filosofía en tratar de ser mejores personas para que no les repercuta en su siguiente encarnación. Pero yo veo un problema en creer que todo lo malo que te sucede es consecuencia de lo mal que te portaste, ya que nos aleja del amor. Ver el karma como un castigo no

me parece constructivo.

— Sí— asintió un hombre calvo y menudo que estaba sentado a dos personas de mí—. Nos restaría poder.

— ¡Exacto! — Contestó Kahul dirigiéndole una sonrisa— podrías caer en el victimismo. En creer que no eres bueno, o merecedor y esta misma energía podría atraerte más y más situaciones que te hicieran sentirte así ¿Lo veis claro, verdad?

— ¡Sí!— afirmaron varios alumnos. Por sus

miradas cómplices presentí que debían conocerse o ser alumnos de otros centros donde impartía mi maestro de yoga clases.

Yo no lo vi tan claro. Yo creía en la suerte. Tenía el convencimiento de que las situaciones que vivía a diario eran producto del azar, que yo no tenía poder para cambiarlas ya que sucedían por eventos casuales que nadie ni nada regía, porque tampoco creía en Dios. Recordé en aquel momento el refrán: “Hay quien nace con estrella y

otro que nace estrellado”. Así me sentía yo en muchas ocasiones, como si me hubiera estrellado dentro de una familia exitosa, rodeada de gente exitosa, con vidas exitosas, para poder contemplarlas desde fuera y poder ver con más claridad la desgracia que me acompañaba a cada paso que daba.

Según el hinduismo mis padres habrían sido en vidas pasadas gente buena, generosa, honrada y llenas de amor pero entonces ¿por qué no seguían

practicándolo en esta vida?
Me pregunté.

Kahul me miró
fijamente:

— ¿Tienes alguna
duda, Sandra?— me
preguntó.

Yo no sabía que
contestarle, todo aquello era
nuevo para mí.

— ¿Qué diferencia hay
entre el karma y la mala
suerte? Yo creo que las dos
son producto del azar. Te
toca a ti y ya está.

Sentí como algunos
alumnos me miraban. Me

pareció que sus ojos transmitían pena, compasión. Me arrepentí al instante de haber abierto la boca.

— No existe el azar, Sandra. Las experiencias que has vivido las creaste tú misma con tu intención, seas o no consciente de ello.

Negué con la cabeza, pensé que Kahul no tenía razón. Que estaba equivocado. Me sentí dolida y debí transmitirlo en mis gestos o en mis ojos porque le cambió la cara.

Se me hizo un nudo en

la garganta.

— Eso no tiene lógica
¿Por qué iba a ser tan cruel
conmigo misma?

— Eso tendrás que
averiguarlo tú misma. Hay
muchas técnicas que pueden
ayudarte. La terapia
regresiva es una de ellas, no
es ni mejor ni peor que otras,
cada uno escoge cómo
evolucionar, y escoge
aquello que le es más afín a
su naturaleza.

Esta técnica, si la
practicar, puede darte más
claridad, aportarte luz, para
que poco a poco descubras

las experiencias que tiene tu alma marcada. Ya que todo aquello que ha aprendido y lo que no ha aprendido se vuelca en la próxima vida.

Quería salir de la sala, coger mi coche y volver a mi casa. Esas enseñanzas rozaban la ciencia-ficción. Era la reacción que mi mente me estaba proponiendo para huir de allí porque sabía que debía enfrentar mi dolor y encima creer que yo era parte culpable. Sentía una fuerte resistencia pero algo me mantenía pegada al suelo.

— Si no comenzamos a hacernos responsables de nuestra propia vida, vendrán otros y lo harán por nosotros — dijo Kahul a todo el grupo — , y lo más seguro que no os guste el resultado final de esto. Aunque sea muy cómodo para nosotros.

Aquellas palabras se clavaron como espinas en mi ser. Había una fuerza y una verdad en ellas que traspasaba la mente, la lógica, la razón o la ciencia.

Sentí que era lo que me había sucedido hasta ahora, pero había sido tan sutil, tan

normal en mi vida que no me había percatado.

La tristeza tiñó mi alma de gris oscuro y no me abandonó durante todo el día. Aunque Kahul era amable y su tono de voz era dulce sus palabras eran agujones de letal veneno que se esparcían sin piedad por el torrente de mi ego.

Yo me negaba a creerle.

— Ahora os enseñaré la técnica para que podáis entrar en un estado relajado pero profundo y consciente. Esta será la manera en la que

conectaréis con vuestra alma para que comencéis a ver imágenes en vuestro córtex frontal, yo le llamo “la pantalla de cine”. No podréis forzar las imágenes porque solo vuestro ser sabe lo que debéis ver y lo que no.

— ¿Veré como morí en mi última vida?— preguntó una mujer con cara temerosa. Parecía que estaba tan a disgusto como yo. Presentí que la mujer que estaba a su lado la había convencido para venir como compañía—. Yo no quiero ver eso— añadió mientras

negaba con las manos. Se la veía realmente asustada.

Kahul le sonrió con dulzura.

— Tranquila, quizá mañana los que estéis más preparados podréis ir más allá — y esto lo dijo mirándome a los ojos—. No veréis más de lo necesario para vuestra lección de vida en este momento. ¡Imaginad, sería un colapso para vuestra mente! Esta técnica de terapia regresiva es muy segura para todas las personas, claro menos para aquellos que no tengan

enfermedades mentales
severas.

El corazón me dio un vuelco. Pensé en levantarme y salir de la sala con alguna excusa. Mi mente daba vueltas buscando una razón que fuera creíble, pero me había colapsado. Mi pierna tenía un tic nervioso y apretaba y giraba mi anillo en el dedo a gran velocidad. ¿Qué debía hacer? Pensé en el doctor Vall y lo que pensaría de aquel taller donde íbamos a ver fragmentos conflictivos de vidas pasadas y los efectos

que estaban teniendo en la presente. Lo imaginé tras su silla de cuero marrón mirándome por encima de las gafas y negando con la cabeza: *Tú no debes estar ahí. Te enfermarás y tendré que encerrarte*, me decía en un diálogo imaginario.

Comenzó mi lucha interna por hacer lo correcto, pero ¿qué era lo correcto? ¿Verme como otra persona viviendo otra vida quizá en otro país me iba a beneficiar o por el contrario me haría evadirme más y más de la realidad? No sabía qué hacer

pero lo que sí sabía que aquello podía marcar un antes y un después en mi vida.

La sensibilidad de Kahul rayaba lo extraordinario. Sin yo haberme percatado de su presencia puso su mano sobre mi hombro.

Me sobresalté al salir de mis pensamientos.

— Sandra — me dijo en un tono suave—. No debes hacer nada que no quieras. Puedes marcharte si no estás a gusto. Sigue siempre los dictados de tu

corazón, pero no te dejes llevar por el miedo, que es solo falta de consciencia.

Me sentí aliviada al saber que contaba con su apoyo y comprensión. — Sí quizá más adelante sea el momento para hacer este curso. Me levanté y salí de la sala con un cóctel entremezclado de sentimientos y emociones pero con un ligero alivio. Minutos después, con la maleta en la mano caminé hacia el recibidor y al abrir la puerta contemplé como el frío pero soleado clima se

había convertido casi de repente en una tormenta rugiente de rayos y lluvia violenta. En cuestión de minutos mis planes se habían vuelto a frustrar al recordar el camino de tierra y las curvas que me habían traído hasta la masía.

Parecía que el destino me estaba cortando el paso, me indicaba con fuerza dónde debía estar aunque yo no pudiera comprenderlo.

Volví a la sala ante la atónita mirada de los asistentes.

Observé una leve

sonrisa en los labios de Kahul. No quise aventurarme pero presentí que se alegraba de que no me hubiera marchado.

El maestro, respetando mis deseos, me dejó apartada de las prácticas. Pero el ambiente relajado, la armonía que se había creado entre los alumnos y la suave música que nos envolvía, hizo que cayeran los muros de miedo que me protegían. Era una sutil atmósfera de comunión, participativa y abierta. Observé que nadie se mofaba de las

experiencias de otro alumno, no había alegría cuando alguien lloraba, parecíamos estar conectados profundamente con el sufrimiento ajeno, había respeto, compasión, sentimientos que eran muy desconocidos para mí.

Y cuando fue el momento para la práctica de la relajación que nos abría la puerta del subconsciente, quedé atrapada en ella como el resto de los alumnos, aunque yo no tenía pareja para que me guiara porque se suponía que no iba a

participar, solo observar.

Kahul había puesto de dos en dos a los alumnos según su intuición para que se turnaran y ahora unos hacían las preguntas sentados mientras el compañero hacía el viaje por sus recuerdos subconscientes.

Cuando el maestro vio que me había relajado sobre la alfombra se acercó a mí y comenzó su guía:

— Imagina un prado verde, hermoso, lleno de flores... ves un templo a lo lejos... caminas hacia él por

un sendero... entras en él por una gran puerta. Hay una sala... caminas hacia una puerta...hay unos escalones... bajarás por ellos y a cada peldaño entrarás más y más profundo en tu mente... diez... más profundo... nueve... más profundo... ocho... siete... seis... más y más entras en tu mente... más y más profundo te relajas... cinco... cuatro... tres... dos... uno. Ya estás en la sala de los espejos.

Yo había visto la sala

mucho antes de que Kahul lo dijera. Me había guiado con dulzura hasta lo profundo de mi psique y aún así sentía todo a mi alrededor.

Estaba relajada, casi no sentía mi cuerpo pero oía todo mi entorno, la tormenta, las voces a lo lejos de mis compañeros. Era un estado hipnótico pero a la vez de alerta, una sensación que hacía que me sintiera segura.

— Colócate en el medio de la sala circular — me dijo—. Observa desde la distancia todos los

espejos que te rodean. Siente cómo uno de ellos te llama especialmente la atención. Acércate a él.

Me acerqué al espejo, segundos antes de su orden. Mi mente parecía anticiparse a los acontecimientos. La voz de Kahul era demasiado lenta y mis impulsos mentales demasiado rápidos. Era fascinante. ¡Qué capacidad tan enorme tenía en mi interior! Aunque yo, como la mayoría de mortales, desconocía este inmenso poder oculto.

— Observa lo que te

muestra el espejo. Observa la imagen que ves en él.

Por momentos el reflejo de mi rostro se desdibujó tornándose extraño e irreconocible, solo mis ojos parecían transmitir cierta familiaridad, lo demás era confuso.

Entonces, de pronto me vi con otra ropa, con otro cuerpo. Era muy hermosa, morena de pelo, grandes ojos oscuros adornados con unas fuertes y remarcadas cejas, labios gruesos y piel blanca.

— Si quieres puedes

atravesar el espejo y ver que hay en esa vida que tenga valor para ti aquí y ahora — me sugirió Kahul.

Ya había traspasado el espejo. Aquella mujer que veía me atraía, me fascinaba. Me sentía segura siendo ella. Había poder, fuerza y arrogancia. Todas aquellas cualidades que siempre había soñado para mí las desprendía la reencarnación de esa vida.

— ¿Dónde vives?
— preguntó Kahul.

Yo quería responder, pero estaba tan fascinada

con lo que estaba viendo, que no podía pronunciar palabra. Mi mente iba a toda velocidad pero mi capacidad de habla había menguado debido al estado relajado de mi cuerpo.

— Es antiguo, todo está construido en barro, ladrillos de barro. Veo gente amasando barro. Lo colocan en moldes y los dejan secar al sol.

— Busca algo donde puedas leer información. Me fijé en un hombre que modelaba planchas de barro.

— Escriben con una caña

sobre barro húmedo. Hacen dibujos juntos, uno al lado del otro. — Tú entiendes lo que pone. Sabes leerlo — me dijo Kahul. — No lo entiendo...— dije pero entonces me fijé en un muro alto, tan alto como cuatro pisos. Había un letrero labrado en madera con los mismos dibujos. Pero uno de ellos me llamó especialmente la atención un símbolo que sabía lo que significaba.

— Estoy en casa de Ninti, la casa de la vida, es mi hogar.

Sentía una fuerte atracción hacía aquel muro porque sabía que tras él estaba mi hogar, yo había nacido allí durante aquella vida. Todo lo sentía muy familiar.

— Debes atravesar el muro — me sugirió Kahul.
— No puedo. — ¿Qué te lo impide? Unos soldados de cabeza rapada y tez morena, con falda hasta las rodillas, me detenían el paso. — No puedo entrar, los soldados no me reconocen. Ya no puedo entrar. Me sentía impotente, yo amaba aquel

lugar y parecía que me habían echado y había perdido a mi familia. — Tú tienes el poder ahora, tú puedes entrar cuando quieras, solo tienes que desearlo. Ya has estado dentro, sabes lo que hay. Empujé la puerta y entré. El corazón me latía con rapidez al ver el hermoso recinto que protegía los muros. Caminé por las calles y me detuve a contemplar la belleza de un enorme templo escalonado, parecía una pirámide maya pero hecha de ladrillos, era un zigurat. Todo lo sentía

familiar, tanto que caminé hacia lo que había sido mi dormitorio. Miré por la ventana y vi el paisaje, el río con las gentes haciendo ladrillos, los juncos, las palmeras, una extensa llanura y las montañas a lo lejos. Me sentí realmente en casa, era una sensación extraña.

— ¿Hay alguien contigo? Entonces miré a mi alrededor y vi a una señora de pelo canoso. Me sonreía, me acerqué a ella y me abrazó. — Mi madre — dije con alegría mientras sentía

como iban saliendo calientes las lágrimas de mis ojos. Amaba a aquella mujer y sentía que ella también me quería mucho, muchísimo. Deseé que mi madre Priscila me hubiera amado tal como lo hacía aquella anciana mujer.

— ¿En qué año estás? ¿Puedes verlo en algún sitio?

Caminé por los pasillos de los dormitorios y al llegar a un patio vi un edificio a lo lejos, era de forma rectangular. Entraban y salían gentes muy altas,

demasiado para ser humanos. Pero yo también era muy alta, mucho más que la mujer que era mi madre. Entré en el edificio y me fui hacia una de las salas, buscando algo donde leer la fecha.

— No puedo leer nada.

— Busca algo que puedas identificar ahora. Miré y encontré un microscopio. Probetas, placas de petri, instrumental médico. — Es un hospital. ¡Soy médico! Sentí una inmensa alegría de que en aquella vida hubiera ejercido la medicina.

— Pregúntale a alguien dónde estás.

Encontré en una sala contigua a una mujer de espaldas. Iba vestida con una tela rodeando todo su cuerpo hasta los tobillos, llevaba el pelo largo y varias pulseras de cobre en ambas muñecas. La mujer se giró y cuando la miré a los ojos sabía que la conocía en la vida actual.

— ¡Es mi sobrina Aina! Me dice que estoy en Shuruppak. Es muy atrás en el tiempo, más atrás, que todo lo conocido en la historia.

— Busca algo importante, algo que debes ver.

De manera instantánea mi mente me trasladó a una sala de luz artificial. No sabía de dónde salía la luz, parecía de la pared. Me sentí desconcertada como si hubiera saltado al futuro y ya no estuviera más en lo que era mi hogar.

Había una mujer de las más altas que había visto en la ciudad. Llevaba la misma vestimenta que yo pero más lujosa y con más oro. Tenía similitud a una faraona

egipcia aunque no del todo exacto. Sus ojos eran fríos.

La seguí por un pasillo como de hospital, sin adornos, hasta una sala llena de camillas.

Me detuve antes de entrar.

— ¿Qué ves? ¿Cuál es el conflicto?

— No puedo entrar. La puerta está cerrada.

Kahul había explicado a los alumnos que las puertas guardaban paquetes de información muy importante, pero también difícil de asimilar para

nuestra mente racional. El no querer traspasarla indicaba un fuerte bloqueo, pero que si conseguíamos traspasarla con facilidad habríamos superado un reto.

— Inténtalo una vez más. Entonces empujé la puerta, pero había otra puerta más pequeña cerrada también. — No puedo. — Inténtalo. Volví a abrirla y entonces me vi en aquella vida al lado de una mujer, tenía las piernas abiertas como en los paritorios. Yo llevaba una jeringuilla larga y se la introduje por la

vagina. La mujer estaba medio sedada pero aún así percibí el pánico en sus ojos.

— Soy médico. —

¿Eras buen médico? Presentí que en aquella vida sí había algo oscuro en lo que estaba haciendo. Miré hacia el fondo de la habitación al escuchar un grito. Caminé hacia allí y aparté la cortina, había una mujer de parto.

Entonces cogí un bisturí y le rasgué el vientre.

Kahul debió presentir que algo malo estaba sucediendo en mi interior.

— ¿Qué ves? Si te

encuentras en problemas ya sabes que puedes alejarte de la escena cuando quieras. No debes obligarte.

— Una cesárea, practico una cesárea a una mujer que parece indígena. Le abulta demasiado el vientre. Es demasiado para lo pequeña que es ella. Sufre mucho pero a mí me da igual. No me preocupa su dolor, está sangrando y está muy pálida.

Metó las manos en su carne, su bebé es fuerte, es pesado. La mujer se está muriendo. Le saco el bebé.

¡No!— grité.

— Tranquila Sandra, todo está bien, estoy contigo a tu lado. — ¿Qué le he hecho? — ¿Sandra, qué sucede? — Su hijo, es... es un monstruo. Está deformado. Me tapé los ojos con las manos. Ya no quería seguir viendo aquella escena. Moví mi cuerpo. Quería incorporarme pero Kahul me detuvo.

— No tan deprisa Sandra, podrías marearte.

Me incorporé lentamente y me enjuagué las lágrimas con un pañuelo que

Kahul me dio. Tenía el pulso acelerado.

De pronto comencé a ponerme muy nerviosa, a sentir ansiedad en mi pecho.

— Respira profundo y suelta el aire poco a poco.

Kahul me observó con dulzura mientras me tranquilizaba.

— ¿Ya estás mejor?

Asentí con la cabeza, pero no era cierto. La terapia me estaba removiendo no solo a nivel emocional sino también a nivel mental.

— No te juzgues por lo que hayas visto. Suelen

pasar cosas así, vemos actitudes y acciones que no encajan con quien somos ahora pero es normal ¡Hemos evolucionado! Es buena señal.

— ¿Pero, es real lo que he visto? Quiero decir... ¿La mujer que he visto he sido yo?

— Eso no lo sabemos, nunca lo sabremos a ciencia cierta, no podemos demostrar que hemos sido y vivido las vidas que vemos en regresión. Lo importante de esta técnica es que gracias a esas imágenes que

ves y recuerdas de manera consciente, puedes sanar muchos conflictos y están demostrados los casos de verdaderas curaciones emocionales, mentales e incluso físicas. En el dossier tienes apuntados varios libros muy buenos sobre esto.

Lo importante es el resultado.

— Parecía ser muy cruel y fría. Pero también poderosa y fuerte, muy segura de mí.

— Entonces quédate con lo mejor y aplícatelo

porque también está en ti esa fuerza y poder. Seguiremos con la regresión a la tarde. Ahora descansa.

Me quedé reflexionando apoyada en la pared del salón. Todavía llovía aunque ya no de manera tan intensa. Pensaba si debía de marcharme o por el contrario quedarme y averiguar más sobre mis supuestas vidas pasadas. Mi mente me decía que me fuera pero algo me hacía continuar allí sentada.

Dos mujeres que

estaban al otro lado de la sala y que ya habían terminado sus prácticas se acercaron a mí y se sentaron a mi lado.

Una de ellas tenía el pelo largo y cano recogido con un moño alto atravesado por un palo de madera oscura, era bajita y su espalda era ancha aunque tenía un rostro redondeado y dulce.

— Hola— , me dijo
— soy María.

La otra mujer era la misma que había visto en un principio asustada antes de

practicar la regresión. Aunque ahora su rostro lucía una relajada sonrisa.

— ¿Qué tal? Soy Elvira — se presentó. Me pareció divertido el chándal de rayas verdes y rojas que llevaba, parecía un duende del bosque.

— ¿Cómo te ha ido, has podido ver algo? Yo no he pasado del prado verde. Me ha dado miedo entrar en la sala de los espejos, aunque en el prado he visto a mi padre fallecido.

María intervino:

— Pues yo he visto una

vida en la edad media. Vivía en Lugo. Yo era enfermera, bueno... no como las enfermeras de ahora, pero curaba las heridas y eso... se me daba bastante bien. Pero... años más adelante he visto una pandemia en esa vida: la peste. Era horrible ver a mi familia cómo morían en mis brazos, llenos de flemas y pústulas y no he podido hacer nada por ellos. Todos mis vecinos, todos, caían como moscas. ¡Menudo panorama! Me sentía *requetemal* por no haber podido ayudarlos

mejor. Pasé toda esa vida y morí sintiéndome culpable por estar viva. ¿Tú crees qué cruel fui conmigo misma?

— ¿Y de qué sirve ver esas cosas horribles?
— pregunté.

— Pues a mí me ha servido para no sentir tanta culpa cuando no puedo ayudar a alguien. Yo trabajo como asistente social y me cargaba con mucho trabajo y lo peor me lo llevaba a mi casa con mi familia. A veces suceden cosas y no podemos remediarlo, solo hacer lo mejor que podamos en ese

momento. ¡Yo he sido muy controladora! Ahora me doy cuenta.

— Y yo — intervino Elvira—. Cuando he visto a mi padre de nuevo, me he sentido muy bien. Necesitaba saber que estaba bien, hubo asuntos familiares difíciles durante la época en la cual murió y siempre he pensado que murió lleno de tristeza. Ahora sé que no fue así. Aunque no es tan espectacular, a mí me ha servido.

Me quedé sin palabras

al ver cómo habían llegado a esa conclusión tan profunda sobre sus emociones. Elvira y María parecían compartir, aparte de una amistad, las ganas de aprender. Desprendían jovialidad, alegría y entusiasmo.

— ¿Y tú?— me preguntó María. — Yo era médico. — ¿Y...? Me di cuenta de lo introvertida que me había vuelto, acostumbrada como estaba de no poder hablar de lo que sentía o percibía, después de tantos años de incompreensión. Ahora,

aquellas mujeres desconocidas, se interesaban por mí y por mis sentimientos y no era capaz de abrirme a ellas con naturalidad.

— He visto que vivía en un lugar de Oriente, muy verde al lado de un delta. Era precioso. Y yo era muy guapa y muy alta.

— ¡Oh!— exclamó Elvira— Sigue, sigue.

— Era ginecóloga, pero siento que no era buena persona. Experimentaba con indígenas, las hacía sufrir y no me importaba.

Ambas mujeres me miraron con ternura.

— Bueno, pero debes sacar tu propia conclusión. Kahul nos ha explicado que tu alma no te haría ver eso si no fuera importante ahora.

Por mi mente pasó fugazmente la idea del karma que había explicado el maestro, *¿estaba pagando en esta vida las atrocidades que había cometido con esas mujeres?*, *¿por eso había perdido a mi hijo?*, *¿para saber lo que se sufre?*, me pregunté.

— No sé — me encogí

de hombros.

No veía ninguna lección más allá de la que era más que evidente: hacer sufrir a otro ser humano no está bien. Pero eso ya lo sabía.

Comía junto al resto de alumnos sentados alrededor de la mesa rectangular de madera de pino que había en el centro del comedor. El olor de encina quemada lo envolvía todo. Agradecí el caldo vegetal con garbanzos que nos habían preparado los guardianes de la finca,

que vivían en una casa de construcción contemporánea al lado de la masía. Estaba sabroso, tanto como el pan de *pagés* tostado en la chimenea, con ajo y tomate, el queso de cabra, las butifarras, el *fuet* y el chorizo de elaboración artesanal que nos pusieron como entrantes.

La comida sabía a campo, a tranquilidad. Sentí nostalgia de un tiempo pasado y volví a pensar en las familias que habían convivido en aquel mismo comedor. Familias unidas en

estrechos vínculos de sangre y tierras. Vi como sus vidas se superponían a mi realidad de aquel momento. Los vi pasar ante mis ojos cambiando de vestuario, vi a los hijos crecer y a los hijos de sus hijos cambiar los muebles, mover los cuadros, arreglar las desconchones de la pared. También vi una época de abandono y miseria. Una época de vejez y la soledad de una mujer junto a la chimenea, mientras hacía ganchillo y a cada momento miraba por la ventana, como si todavía

tuviera que venir alguien querido de algún lugar lejano. Pero nadie aparecía, había tristeza, y mucho dolor. Una guerra le había arrancado de los brazos a unos hijos y a un marido. Luego, de nuevo abandono, soledad, polvo y telarañas.

— Está deliciosa, ¿verdad? — me dijo la voz de Elvira, ayudándome a aterrizar de nuevo en el presente.

— ¿Sandra?— me llamó.

— Sí está muy buena — Contesté. Sentí como el

rubor subía a mis mejillas.

Poco a poco conseguí abrirme a María y Elvira mientras tomábamos un té con pastas secas de almendras.

María era alumna de Kahul desde hacía dos años. Recibía las clases en un centro de yoga en el barrio de *Sants* y había hecho varios cursos con él. Elvira era la primera vez que hacía un taller, como yo había percibido, pero según ella misma explicaba, había leído mucho sobre este tema:

— Si heredamos el color de ojos o incluso enfermedades de nuestros padres y abuelos. ¿Por qué no vamos también a heredar sus emociones, sus fobias y pensamientos?

— ¿Hablas de memoria celular?— le pregunté a Elvira. — Sí, digo que tampoco es tan descabellado. Le preguntaremos a Kahul ¿vale? Cuando retomamos el taller después de comer, Elvira lanzó la pregunta. — Te has adelantado — le dijo Kahul— . Eso mismo

iba a explicaros ahora. No quería sofocaros con demasiada teoría de golpe ¡Podríais empacharos!

Todos reímos.

— Aunque todavía no se pueda demostrar, es más que probable que aparte de heredar nuestros cuerpos, — dijo señalándose con ambas manos— con las características biológicas de nuestros padres, también nos hayan traspasado conceptos emocionales, patrones mentales, miedos y recuerdos que a su vez les traspasaron también sus

padres y los padres de sus padres. Quizá también esto sea lo que vemos en nuestras vidas en regresión.

¿Puede el recuerdo, las vivencias, las historias de nuestros antepasados permanecer cientos o quizá miles de años en nuestros genes? Quién lo sabe, quizá algún día la ciencia pueda obtener las pruebas de ello, mientras, nos quedaremos con las lecciones que nos aportan las experiencias que nuestra alma nos hace vivir. No nos influye demostrarlo científicamente para

nosotros que trabajamos la parte espiritual.

Pensé de pronto en las clases de genética de la facultad cuando aprendí que el noventa por ciento del ADN era “no codificante”: no generaba ninguna proteína, mal llamado ADN basura. Me pregunté fugazmente si el ADN basura contenía ese tipo de información que no se puede medir, ni pesar, ni observar.

Quizá ahí estaban las conexiones de por qué pensamos cómo pensamos, o por qué nos emocionamos

con una canción en particular o lloramos al ver una escena en concreto de una película. O por qué nos llama tanto la atención la cultura de un país extranjero al cual no hemos ni visitado. O por qué sentimos atracción o repulsión por una persona en concreto sin motivo aparente.

Quizá albergaba el mayor tesoro de la humanidad: el libro de la vida. Toda la historia del ser humano y todo lo que le ha llevado a ser y a actuar tal como lo hace ahora.

Volví a sentir arrepentimiento de no haber ejercido la medicina. Se me instaló un dolor en el estómago.

Volvieron a juntarse los compañeros del taller por parejas para de nuevo realizar las regresiones.

— ¿Estás preparada para un nuevo viaje?— me preguntó Kahul.

Sus ojos brillaban, se palpaba que era feliz enseñando, que le gustaba compartir su pasión por la vida espiritual y los misterios del subconsciente.

Mis miedos habían desaparecido durante el día. Había sucumbido a la magia que desprendía todo el grupo y la cordialidad que había entre todos. Ahora estaba deseosa de compartir mi experiencia con María y Elvira.

— Sí, adelante.

Después de la relajación volví a entrar a la sala de los espejos. De nuevo me vi atraída por un espejo en particular. Había algo poderoso que brillaba en su interior. Lo traspasé y me vi de nuevo como la

hermosa médica.

— ¿Quién eres?

— Soy Irania, estoy de nuevo en oriente, en Shuruppak.

— Has vuelto otra vez a la misma vida. Hay algo muy importante ahí que debes conocer. Tu alma te lleva hasta el momento que más impacta en tu memoria.

De pronto me vi cómo era expulsada de mi hogar y cómo me despojaban de mi puesto. Recordé la tristeza que sentía por no tener a mis conocidos cerca. Ahora ya no era importante, me había

convertido en una
desterrada.

— Echo de menos a mi madre y a mis amigos. Aunque nunca se lo había dicho a nadie. Yo no demostraba que los quería, era arrogante y orgullosa. Ahora me siento muy sola, tengo miedo fuera de los muros de la ciudad.

— ¿Dónde estás ahora?
— Camino, pero estoy sola, tengo mucha sed y hambre.
— ¿Por qué te han desterrado? Ahora de nuevo mi mente me llevaba hasta la ciudad, a mi dormitorio.

Había un hombre conmigo. Era fuerte, grande, lo amaba, miraba sus ojos y había algo en ellos que me fascinaba, aquel hombre me había robado la cordura. Estaba perdidamente enamorada de él. Yo sabía que estar con él no estaba bien pero no sabía por qué.

Me sorprendí a mi misma con esa emoción pues jamás la había sentido en mi vida real como Sandra. ¿Cómo entonces era posible que mi mente me confundiera de esa manera? ¿De dónde había sacado mi

mente esos recuerdos para reproducirlos? Esa manera de amar a alguien era muy fuerte e intensa. Incluso noté el dolor en mi pecho.

— Por amor.

— ¿Por amor? Amar no es malo, Sandra, encuentra el conflicto. Ve al fondo del problema.

Seguía viendo cómo hacía el amor con el hombre al que tanto amaba, era algo obsesivo, prohibido, pasional. No llegaba a entender qué podía haber de malo en ello. Era muy excitante.

Quería quedarme
deleitándome con aquella
romántica escena de mi vida
como Irania. Era mucho
mejor que ver como
torturaba a las indígenas en
el paritorio, pero Kahul me
interrumpió:

— ¡Irania! Busca el
conflicto en esta vida — me
dijo, y al llamarme como en
aquella regresión algo se
activó en mí.

De pronto mi mente me
llevó rápido a través de un
túnel hasta aparecer bajo la
gran pirámide de Egipto.

— Estoy en Gizah, veo

las pirámides aunque está todo verde a su alrededor, hay palmeras y grandes canales de agua me rodean. Son canales rectilíneos que rodean y conectan a las pirámides entre sí. Es un centro especial. Hay mucha actividad en ellas. Veo hombres y mujeres vestidos con faldas plisadas blancas y pañuelos plisados también en la cabeza.

— ¿Hay alguien contigo?

Miré a mi alrededor y vi como un joven de rostro amable y piel clara se dirigía

hacia mí. Sentí que era alguien muy familiar.

— Es como un faraón, lleva un símbolo colgado a su cuello. Un disco con alas, como los pilotos. Me cae bien, somos amigos. Me entrega un pergamino.

— ¿Qué hay escrito?

Desenrollé el pergamino ante la amable sonrisa de mi compañero y leí los pictogramas. Incomprensiblemente para mí tenían significado:

— Debes impedir que lo hagan — traduje.

— ¿Qué debes

impedir?— me preguntó Kahul.

Miré a mi alrededor, el ambiente era de nerviosismo, olía a incertidumbre y a peligro. Pero nada parecía amenazador. Gentes iban de aquí para allí caminando llenos de actividad y dirección.

— No lo sé.

Caminé por un sendero rectilíneo que llevaba hasta un edificio rectangular construido con grandes piedras de granito rosa. Miré atrás y ya no estaba en

Gizah, aunque seguía siendo Egipto. Entré en el edificio y pasé hasta un patio de columnas central. Allí caminé hasta unas escaleras profundas y oscuras. Bajé por ellas sin miedo, conocía el lugar.

— Estoy en una escuela. — Sandra, ¿por qué has vuelto a la escuela? ¿Qué aprendiste allí? Recuérдалo, ahora necesitas esa información. De pronto vi como aparecían a mi alrededor montones de jarros de cristal y alabastro de varios colores. — Aprendí a

curar con el sonido y los colores. Esta sala es muy importante, es el último nivel. Aquí solo vienen los altos sacerdotes.

— ¿Eres una sacerdotisa? Dudé durante unos segundos. — Estoy confusa, no sé quién soy. — Es Sandra la que está confusa, Irania sabe quién es, ella te lo dirá. La información que me mostraba Irania me pareció fantasiosa, salida de lo real, la juzgué, dudé, no me pareció lógica, ni aun siendo durante la época de los

antiguos egipcios y mi alma me sacó del lugar.

Ahora mi mente estaba en blanco, me había bloqueado y ya no veía nada.

Abrí los ojos y me topé con la mirada de Kahul, sus ojos estaban clavados en mí. Sentí defraudarlo.

— Tranquila, suele pasar. Has mezclado tus sentimientos con los sentimientos de la otra encarnación. — No, creo que Irania tampoco sabía quién era. Estaba tan confundida como yo.

— Para eso estás aquí, para conocerte un poco más.
— Yo no soy Irania, nunca lo he sido y nunca lo voy a ser. — No se trata de que seas otra persona, se trata de conocer qué guardas en tu interior y sacarlo a la luz. Extraer todo lo bueno que hay en ti para que te expandas y lo compartas. ¡Comparte el amor que hay en tu interior! ¡Eres más grande de lo que crees!

Me incorporé de la colchoneta y miré los ojos de Kahul. Quería creerle, mi corazón ansiaba que tuviera

razón pero la desconfianza seguía atormentándome.

— No sé, me parece que todo esto es una tontería. Yo he estudiado medicina, soy una mujer racional y sensata. Acabo de ver en mi cabeza una vida como médico en Egipto o en Oriente o qué sé yo. ¿Por qué médico? Quizá es porque conozco esta profesión, soy licenciada en medicina. ¡Es tan obvio! ¿Por qué no era arquitecto o agricultora? ¡Lo he inventado todo!— sentencié.

— ¿Entonces por qué

estás aquí?— me preguntó Kahul, sentí un tono frío en su voz.

No sabía qué responderle. ¿Qué me había llevado hasta allí?

— Quién solo cree en la mente, en lo lógico y en lo material está perdido. ¿Entonces, qué hay de tus sentimientos, Sandra? ¿Qué hay de tus sueños y tus anhelos? ¿Qué hay de lo que te hace feliz? Eres una mujer rica, tienes una vida de lujo. No necesito ver tu cuenta porque la cuota del club es mi sueldo de un año entero.

¿Crees que es el aburrimiento lo que te ha hecho venir aquí? Yo sé lo que hacen las mujeres ricas y aburridas; se van de compras a París o toman lecciones de tenis. Pero tú no eres así, hay algo distinto en tu interior. Lo sé desde el primer día que te vi.

Las palabras de Kahul me dejaron sin habla. Sentí miedo de creerle. — No me creas a mí, cree en ti, en lo que sientes, en lo que deseas. ¿Qué buscas Sandra? — Quiero ser normal. — ¿Qué significa para ti ser

normal? ¿Adaptarte a los demás y ser aceptado? — Yo solo quiero ser feliz. — Serás feliz cuando seas tú misma y vivas la vida que deseas y como la deseas. Déjame enseñarte el camino. Kahul me ofreció su mano. La miré como si tocarla fuera mi salvación pero estaba terriblemente asustada, tan condicionada por mi mente que no podía ni moverme.

— No puedo, lo siento — le dije.

Rehusé su ayuda, tenía miedo.

Ya había estado allí hacía muchos años, había estado balanceándome entre lo irreal y lo real. Había sufrido mucho y no quería volver, había intentado borrarlo de mi vida pero ¿Qué había en mi interior que me arrastraba hacia aquel mundo oscuro de lo psíquico y paranormal? ¿Por qué no podía librarme de ello?

La locura me atrapaba de nuevo como una telaraña, enmarañándome y enredando mi cordura.

Me quedé toda la tarde

encerrada en el cuarto. Sentí mucho el mal tiempo que hacía porque tras la ventana se apreciaba un sendero hacia un bosque, un corral lleno de animales de granja y una pradera verde con varias vacas pastando. Me hubiera gustado pasear para aclarar mis ideas pero el dios del tiempo no me dejaba salir.

Pasado un largo rato mi compañera de cuarto entró:

— ¡Vaya!— exclamó Elvira. — No sabía que eras mi compañera de habitación — le comenté. — Sí, pues

también estoy con María.
¡Vaya coincidencia!
¿Verdad? Bueno, no existen
las casualidades — dijo
Elvira sonriente. Caminó
hasta la cama contigua a la
mía y se sentó.

— ¿Qué te ha pasado?

— Digamos que me he
confundido de taller. No
tendría que haber venido.

— Pues yo creo que no
te has confundido. Estás
aquí porque así lo ha querido
tu alma. ¿Por qué te
empeñas en que todo tenga
un sentido práctico o
racional? La vida no está

para medirla ni analizarla, sino para vivirla. Si ahora estás aquí pues ¡disfruta, mujer! Mañana Dios dirá. Aprende cosas nuevas y si luego no te sirven ¡deshazte de ellas y punto! ¡Qué manera de complicarte hija! No pienses tanto y vive, porque ya mismo tendrás mi edad y verás cuánto te arrepientes de no haber sido más valiente.

Recuerdo como Elvira, me sonreía y me cogía de las manos. Su alegría era contagiosa y sentí que tenía razón que me estaba

atormentando por algo que todavía no había sucedido. Me preocupaban los efectos que las visiones pudieran tener sobre mi mente mucho más que los sentimientos positivos que podía extraer de esa vivencia. Llevaba muchos años viéndolo todo negro, sintiendo que todo lo que me sucedía era para hundirme más en un pozo en vez de verlo como experiencias de vida. Me compadecía de mí misma mucho más de lo que yo era consciente y aquella mujer que tenía frente a mí con su

simple sonrisa me sacó de la oscuridad sin pedirme nada a cambio.

Aquello era amor aunque yo no lo sabía reconocer.

Después de cenar fui al salón, habían encendido la chimenea. Busqué con la mirada a Kahul pero no estaba. Caminé hasta la sala del taller y lo encontré de espaldas meditando.

Me giré para no molestarlo pero su voz me detuvo:

— ¿Querías algo?

— Disculpa ya vendré más tarde — le contesté.

Me hizo un suave gesto con la mano.

— Pasa. No me había quitado los zapatos para entrar y caminé esquivando las alfombras. — Quería disculparme por el plantón de antes. Lo siento. Me acuclillé delante de él. — No debes disculparte, eres tú misma la que debes darte la oportunidad. Yo estoy aquí para enseñar a quien quiera oírme. Pero si no quieres, no hay problema, puedes buscar las respuestas

en otros lugares y con otras personas.

— No es por ti, es que es complicado. Mi vida es complicada y me he asustado.

— Somos nosotros quienes la complicamos. La vida en sí misma, es muy sencilla.

— Bueno, a veces son otros los que nos la complican — dije pensando en mi familia.

— Pues no lo permitas. No consientas que dirijan tu vida. — Llevan toda la vida haciéndolo y ahora no sé qué

hacer, cómo tomar de nuevo el control. — ¿Tienes miedo de equivocarte, verdad? Asentí.

— ¡Pues equivócate! Al menos habrás fallado por tu propia decisión y no por la decisión que hubiesen tomado otros por ti ¿No crees?

— No es tan sencillo.

— ¿Por qué no confías en ti? Esa desconfianza está tan arraigada en tu interior que está bloqueando todo tu ser. Tienes miedo de expresarte libremente.

Sentí como mi cuerpo

temblaba, unos escalofríos recorrieron toda mi columna vertebral.

— Yo no estoy bien, no debería de haber venido aquí. Mi médico no lo aprobaría.

— Sandra, ¿quién te dijo que no creyeras en ti? ¿Quién te ha anulado de tal forma?

Su pregunta fue catarsis para mí:

— Cuando era pequeña estuve en un centro psiquiátrico — me temblaba la voz—. Me encerraron, ¡fue horrible! No recuerdo

mucho pero mis padres me han estado controlando y medicando desde pequeña.

Los ojos de Kahul se tornaron más amorosos, más dulces y comprensivos. Sentí que había compasión en él. — ¿Por qué te encerraron? — No lo recuerdo. — No quieres recordarlo. Eras muy pequeña y tu cerebro muy sensible, debió ser una experiencia muy dura, por eso la anulaste. Pero nada permanece oculto para siempre, tu alma quiere sanar eso que tanto te duele,

pero es necesario que creas en ti. Si te abres conseguirás sanarlo. Yo puedo mostrarte el camino.

Kahul volvió a ofrecerme su mano y esta vez sí la tomé.

Me sonrió y yo le devolví la sonrisa mientras seguía temblando en mi interior.

Pensé, después de todo, que contar con la ayuda de alguien que veía el mundo con otros ojos no iba a ser tan malo. Que debía darme otra oportunidad, porque después de todo, la ciencia

por sí sola no había podido ayudarme.

Olía a desinfectante, era abrumador y me revolvió el estómago. Miré la mesita de al lado de mi cama y la bandeja con comida. No tenía hambre, el pan tenía moho y el agua estaba llena de migas. Miraba con detenimiento los ojos verdes de cristal de mi muñeca de trapo. Mi muñeca se llamaba Eli y no quería dormir.

— ¿Por qué no duermes Eli? Yo tengo sueño— le dije.— No tengas

miedo Eli, yo estoy contigo.

De pronto escuché unos pasos acercarse. Me abracé fuertemente a mi muñeca.

El ruido de unas llaves al girar me hizo temblar de pánico. Alguien quería entrar en mi habitación. Lo oía respirar, le olía el aliento desde la cama.

Me arrinconé en la esquina de la pared y me tapé con la colcha.

— Eli no tengas miedo yo te protejo — le dije a mi muñeca mientras la estrujaba contra mi cuerpo.

Entonces sentí una fría

y fuerte mano estirar mi pierna. Yo todavía estaba bajo la colcha, y pataleaba con toda la fuerza que tenían mis pequeñas piernas.

— ¡No!— grité.

El intruso me arrancó la colcha y pude ver su horrible rostro de serpiente.

— ¡No! ¡Vete feo!
— grité.

— ¡Sandra, despierta!
— me dijo Elvira.

Abrí los ojos y junto a mí estaba Elvira y María. Las había despertado con mis gritos. Yo todavía no era consciente de que había

tenido una pesadilla.

— ¡Qué horror!

— exclamé cuando comencé a revivir las imágenes del sueño en mi cabeza. —

¿Una pesadilla?— me

preguntó María. Elvira me

abrazó: — Tranquila, cielo,

es normal. Estos talleres

remueven mucho la

memoria. Elvira caminó

hasta la cómoda y me trajo

bolígrafo y papel. — Toma,

escríbelo. La miré

confundida y le pregunté: —

¿Para qué? — Si hubieras

estado en clase esta tarde,

sabrías que había la

posibilidad de que durante el sueño surgieran recuerdos bloqueados. Apunté todo lo que recordaba y para mi sorpresa aquella habitación era la de la clínica psiquiátrica donde había estado ingresada hacía años. Jamás la había vuelto a recordar hasta el sueño, tenía aquella parte de mi infancia completamente en el olvido. Kahul tenía razón, era demasiado doloroso para mí. Recordé mi muñeca Eli, le puse el nombre de mi niñera porque me gustaba mucho.

Recordé la soledad y

sobre todo el miedo que pasé. Parecía irreal que hubiera vivido allí y de nuevo el hombre con rostro de reptil ¿qué significaba aquello?, me pregunté. ¿Por qué aparecía en mis sueños, al igual que el sueño que tuve el día del accidente?

No fui la única que había tenido sueños. Muchos de los alumnos, sobre todo los más mentales, según Kahul, habíamos soñado. Habíamos vertido más información del subconsciente para que la

trabajáramos sin el estorbo del ego. Ahora estaba fresca y podía haber comprensión sin obstáculos de juicios y razonamientos lógicos.

— Le tenía un pánico atroz a las alturas. En el sueño he visto como caía desde un andamio en una iglesia en Francia. Era albañil, bueno, ayudaba a mi padre. Yo no quería estar allí, tenía mucho vértigo pero mi padre me obligaba. Había mucha miseria en mi casa. Morí muy joven — dijo un alumno de pelo

oscuro y rostro aguileño— ,
y también he visto otra vida
donde también caí desde una
gran altura. Era marinero, y
un golpe de viento soltó una
de las velas mal sujetada y
me hizo caer. Al menos
ahora comprendo el porqué
de mi vértigo.

— Bien, Ramiro, es tu
historia y solo tu alma sabe
el porqué debes recordar
esto. Bueno pues si nadie
tiene más que añadir doy por
finalizado el taller.

— ¿Qué significa soñar
que te ataca un hombre con
cara de reptil?— pregunté.

Kahul me miró sorprendido, quizá ya no esperaba una participación por mi parte. — ¿Qué significa para ti un reptil?— me respondió. Pensé por unos segundos. — No sé, algo asqueroso. — ¿Asqueroso?— me preguntó con una sonrisa en sus labios — ¿Algo más conciso? — Frío, sin corazón, sin alma. — Bueno... pues tú misma te has respondido. Medítalo.

Me despedí de mis dos nuevas amigas con la promesa de un nuevo

encuentro. Pero en mi interior sentía que no las volvería a ver. No sabía si era una intuición o mi negatividad a ver que podía tener otras amigas diferentes a mi entorno, *¿en qué parte de mi vida encajaban ellas?*, me pregunté con tristeza.

Kahul se acercó y me tomó las manos.

— Espero que al final saques algo positivo de esta experiencia. Soy consciente que para ti es más difícil que para el resto de los alumnos, ya que no conocías nada de este mundo pero aún así me

alegro que hayas venido.

— Gracias por todo. Siento haber roto la armonía del taller pero todavía tengo muchas dudas.

— Cuenta conmigo para lo que sea. Si me necesitas tienes mi teléfono. Es posible que se repitan las pesadillas. ¡Lámame! Esto no lo dudes — me sonrió.

Kahul se acercó más a mí y me abrazó con suavidad. Sentí su abrazo sincero, me hubiera quedado minutos allí entre sus confortables brazos pero mi pudor me hizo retroceder.

— Gracias, lo tendré en cuenta — le dije.

Caminé hasta mi coche arrastrando mi pequeña maleta. Me giré una vez más y Kahul permanecía observándome. Sentí que se preocupaba por mí. Aquel sentimiento me contrarió.

Levanté mi mano y lo saludé justo antes de meterme en el coche.

Al cerrar la puerta y encender el motor sentí una suave palpitación en mi pecho. Algo había cambiado en mi interior, lo presentí.

Cada día al despertar somos algo distintos, es casi imperceptible pero algo cambia. Pero cuando haces algo diferente a lo habitual ya no eres la misma persona. Así me sentí tras el taller, había una parte de mí que había cambiado. Una parte de Sandra se había ido y yo todavía no entendía qué era, porque tampoco se podía medir o pesar y menos analizar. Había habido apertura y crecimiento, expansión y luz, pero todavía lo juzgaba. Una puerta del subconsciente se

había abierto y amenazaba con dar guerra pero quizá no fue en el taller, quizá fue tras el coma o quizá nunca se había cerrado solo que yo jamás quise verla o no estaba preparada para hacerlo.

Saber, sabemos; nuestra alma constantemente nos habla, otra cosa bien distinta es que queramos oírla, porque a veces lo que nos quiere decir es diametralmente opuesto a lo que estamos viviendo, siendo o pensando. Nuestras máscaras de ego y razón no

quieren alejarse, no desean perder el control y por eso luchan hasta la muerte por hacerse con el total mando de nuestra vida. ¿Quién iba a ganar esta batalla? ¿Irania o Sandra?

Capítulo 9

Te rocías de
perfume
pero hueles a
rencor.

Porque no
hay esencia que
cubra la hiel
que
desprende tu
interior.

Estaba sentada frente a
la mesa de la sala de

reuniones de la junta. Nos habían convocado a las diez de la mañana para organizar los detalles de la ceremonia de presentación del nuevo medicamento que saldría al mercado. Una nueva patente que prometía curar la hiperactividad infantil: el *pinmetil*.

Miraba absorta, a través de las puertas de cristal, cruzarse por los pasillos a los empleados de las oficinas de Farma-Ros. Todo el mundo tenía una dirección y un propósito, con papeles y carpetas en la

mano. Tenían cargos, puestos, cosas importantes que hacer, responsabilidades y yo sentía que en el fondo, aunque se lamentaran del exceso de trabajo, eran felices en su infelicidad. Luego en los descansos frente a la taza del café, los oía quejarse de estrés, alopecia, ardores de estómago y a la vez seguían hablando de lo importante que era entregar los informes “para ayer”, en tanto hablaban con sus secretarias de enviar el regalo de cumpleaños de sus

madres o el ramo de flores para su mujer.

Me quedaba abstraída mirándolos, como hipnotizada, al contemplar las máscaras que los cubrían pero que yo tan fácilmente veía. Se sentían importantes pero tras eso, había miedo, se podía palpar, casi oler. Miedo a que en el fondo, sus vidas estuvieran vacías y lo peor... miedo a no ser nadie.

Cuando mi padre entró en la sala observé cómo se reacomodaban los directivos en sus sillones de piel negra. Se percibía admiración pero

también miedo.

Yo no sabía por qué me había llamado también a mí, ya que yo no pertenecía al equipo de comunicación y *marketing* pero supuse que siendo la hija del presidente tendría un papel representativo en el evento.

Mi padre le dio una carpeta a su sexagenaria secretaria y esta me la trajo hasta mi puesto en la mesa ovalada.

— ¡Estúdialo en profundidad! — me ordenó mi padre— De aquí en adelante, te encargarás de

atender a las familias que han accedido a probar el medicamento en sus hijos. Luego serás la encargada de darlos a conocer en la fiesta y de promocionar los excelentes resultados que han tenido en los niños. Tendrás que preparar una pequeña charla para el auditorio. Serás la portavoz del equipo de comunicación.

De pronto todas las cabezas se giraron hacia mí, en especial noté la fría mirada de la ejecutiva de marketing, Lluïsa Alsina. Ella solía hacer esta labor

desde hacía años en la empresa, con resultados excelentes.

El corazón me empezó a latir con velocidad, la imagen que empezaba a formarse en mi cabeza me hacía sudar; Yo subida en un púlpito delante de cientos de personas ¡No me lo podía creer!

Y lo que menos creía era que era orden de mi padre. Él sabía que yo era una persona tímida, *¿aqué venía ese cambio?*, me pregunté.

Cuando terminó la

junta me dirigí con paso firme hasta el despacho de mi padre. Todavía no había entrado, di gracias por ello ya que una vez que cerraba la puerta “su perro guardián”, como llamaba todo el mundo a su secretaria, no me iba a dejar entrar.

— ¿Papá?

Me evitaba desde el accidente y no tenía muchas esperanzas de que quisiera atenderme.

— Habla rápido, no tengo tiempo — me dijo sin dejar de mirar un informe

que tenía en sus manos.

— ¿Crees que soy la persona indicada para hablar en la presentación? Bueno, digo... yo creo que Lluïsa lo hará mejor.

Levantó la mirada del papel y me miró.

— Nadie mejor que una Ros, para representar a Farma-Ros. Ya es la hora de que vayas tomando tu lugar en esta empresa, ahora tendrás todo el tiempo del mundo para convertirte en una ejecutiva. Darás tu vida a esta empresa ya que no puedes dar la vida a mis

nietos.

Sus palabras se me clavaron en el alma. Me odiaba, lo sentía, y aquella proposición la sentí como un castigo.

La culpa me pudría por dentro y por eso lo acepté. Acepté aquel puesto, y habría aceptado cualquier cosa para que me perdonara, sentía que lo había defraudado, y no solo desde el accidente, sino desde que nací.

— Te quiero a tiempo completo aquí en las oficinas — me dijo casi tras

la puerta de su despacho.

Luego dio un portazo.

Al pasar, su secretaria me miró de reojo, percibí cierta satisfacción en su mirada detrás de sus gafas de montura granate.

Aquella mujer que rozaba la jubilación había sido la intermediaria entre mi padre y yo durante muchos años, la que me enviaba las postales y las flores por mi santo o aniversario, el filtro férreo que me impedía acceder hasta él. Reconozco que le tenía cierta manía,

inconscientemente la culpaba de la falta de comunicación con mi padre. Pero solo acataba órdenes, luego entendí que ella era un escudo más con el que Don Braulio Ros se protegía.

Me puse de lleno a estudiar la evolución de los niños que ya tomaban el *pinmetil* desde hacía meses. Tenía a mi cargo un equipo de psicólogos y neurólogos que me pasaban los informes cada semana a mi despacho. Aunque mi padre me había dejado al mando sentía que

mi labor era solo representativa. Me sentí estúpida.

Sentada en mi mesa revisaba los expedientes. En todos los casos la evolución era inmejorable, los niños que habían presentado cuadros de hiperactividad, déficit de atención y brotes violentos ahora según sus padres eran “otros”.

Pronostiqué que Farma-Ros iba a tener un nuevo éxito mundial con el fármaco. Esto iba a hacer más rica a mi familia de lo que ya era.

Me presenté una tarde en la clínica psiquiátrica infantil Cubí, también propiedad de mi padre, donde realizaban el seguimiento a los niños. Tenía los horarios de visita de todos los padres cuando acudían una vez por semana a hablar con los psicólogos. Quería estar presente en una de las entrevistas. Pensé que si mi padre lo supiera se sentiría orgulloso de ver que me estaba esforzando por integrarme en la empresa.

Allí sentados en una sala de espera estaban un

matrimonio con un niño de unos siete años de edad. Prejuzgué por la apariencia de sus ropas que eran de origen muy humilde. La mujer parecía de raza gitana, era muy joven, calculé por encima que debía tener dieciocho años y el marido más o menos igual. Él tenía las facciones incluso más aniñadas que ella y el pelo castaño. El niño era el vivo retrato del padre.

Cuando me presenté delante de ellos, se levantaron de golpe. El pequeño permaneció sentado

en la misma posición que cuando lo había visto de lejos. No lo había conocido antes pero por el informe realmente parecía haber mejorado mucho.

Ricardo Soto, presentaba síntomas de hiperactividad desde que tenía dos años. Se había caído en varias ocasiones de la cama de sus padres cuando era solo un bebé, tenía cicatrices de quemaduras en los brazos, que se había hecho con la estufa de la casa. Se había perdido en varias ocasiones

cuando sus padres iban de compras. También lo habían expulsado de dos escuelas por mal comportamiento y un largo etcétera de tropelías.

— Hola, me llamo Sandra, represento a la farmacéutica que ha creado el *pinmetil* — dije cuando les ofrecí mi mano para saludarlos.

— Hola señorita — dijeron ambos. — Hola Ricardo, ¿qué tal estás?— le pregunté al pequeño que solo sonreía. — Ricardito, contesta a la señorita.

— Déjelo, está bien. Quisiera hacerles una pequeña entrevista antes de que pasen a hablar con el psicólogo. — Sí, claro, lo que usted diga — contestó la madre—. Estamos muy contentos con ustedes, Ricardito es otro, ahora ya no da problemas.

Asentí con una sonrisa. Observé a Ricardo, aunque estaba tranquilo parecía un poco triste.

— ¿Los períodos del sueño se han alargado comentaron ustedes, verdad? — les pregunté mientras

reapasaba el historial.

— Sí, ahora duermo diez horas, antes no descansaba bien, se acostaba a las doce y se despertaba con pesadillas por la noche y no dejaba dormir a su hermana pequeña, porque le daba patadas sin querer, la criatura no podía estar quieta ni durmiendo.

Observé que Ricardo tenía unas marcas en las muñecas. Le tomé las manos y las examiné con más detenimiento.

Vi que los padres intercambiaron miradas de

preocupación.

— ¿Qué es esto?— les pregunté señalando las marcas.

La madre agachó el rostro.

— Es que teníamos que atarlo de vez en cuando para que se tranquilizara, comenzaba a dar patadas a los muebles. No somos malos padres. Teníamos miedo que se hiciera daño — me contestó el padre. Percibí cierto tono de defensa.

— Está bien, tranquilos. Ya ha pasado

— le contesté. Entonces sus rostros se tornaron más relajados. Empecé a estar orgullosa de los laboratorios, veía que estaba ayudando a los niños a llevar una vida más normal. Y pensé que esto mismo sería lo que transmitiría el día de la presentación en sociedad del fármaco. Estaba feliz de haber venido en persona a conocer a las familias.

Estuve durante toda la semana entrevistando a los padres de los niños voluntarios. Todos tenían cuadros similares y los

resultados habían sido excelentes.

Había salido de la clínica el viernes, con el dossier de la última entrevista que había hecho bajo el brazo. Me dirigía a hacia mi coche, estaba ensimismada todavía con los comentarios de los padres sobre el calvario que habían tenido que vivir con su pequeña hija Laura, una niña con déficit de atención. Seguía pensando en el discurso que daría e imaginaba las palabras que salían con fluidez de mi

boca y los aplausos que iba a recibir.

— ¡Señora!— gritó alguien detrás de mí.

Yo no me había percatado de la llamada; entonces noté una fría mano cogirme del brazo. Me asusté y di un pequeño grito.

— Señora por favor, ¿es usted de los laboratorios, verdad? — me preguntó un hombre desaliñado con barba de tres días y ojeras oscuras. Tenía el pelo ondulado castaño oscuro, largo hasta debajo de las orejas y un mechón de su

pelo era completamente blanco.

— No llevo nada de valor — le contesté.

El hombre dio un paso atrás y me dijo: — No señora, disculpe, no quiero robarla, solo quiero hablar con usted, por favor escúcheme, estoy desesperado. Yo solo me había fijado en su aspecto y en que me había abordado en el parking solitario de la clínica, estaba muerta de miedo. — ¡Váyase o gritaré! — exclamé. El hombre se apartó más de mí y yo

aproveché para correr hacia el coche. Saqué la llave del bolso apreté el mando y justo antes de meterme en el automóvil noté un reflejo oscuro pasar detrás de mí. Me giré asustada pensando que me había alcanzado pero vi que el hombre permanecía donde me había abordado, estaba arrodillado en el suelo llorando cabizbajo.

Dudé unos instantes antes de meterme en el coche pero el miedo era más poderoso.

Entre en el coche, cerré las puertas y encendí el

motor.

Volví a mirar al hombre que se tapaba el rostro con las manos. Pensé que debía ser un toxicómano desesperado por comprar una dosis. Sentí mucha lástima de él.

Pero de repente, como si siempre hubiera estado allí, vi la figura de Miguel Garrido, como se tornaba cada vez más nítida ante mis ojos.

Permanecía detrás del hombre como un guardián a sus espaldas.

Paré el motor del

coche. Todavía temblaba todo mi cuerpo, sobre todo las manos.

Me armé de valor y salí de la seguridad que me proporcionaba el vehículo.

Miguel ya no estaba.

Caminé hasta el hombre y me puse delante de él, entonces le pregunté:

— ¿Qué quiere de mí? El hombre se enjugó el rostro con las manos y me miró con los ojos llenos de dolor. — Nadie quiere hablar conmigo. Estoy desesperado. Me han dicho que fue un accidente pero yo

sé que ha sido por su culpa.
— ¿Qué le ha pasado? ¿En
qué puedo ayudarle? — Mi
hijo ha muerto, lo habéis
matado. ¡Quiero justicia!—
gritó con los ojos inyectados
de ira. Sus palabras me
helaron la sangre. Aquel
hombre había perdido a su
hijo y yo sabía lo que era tan
bien como él, aunque nunca
le hubiera visto el rostro,
aunque nunca hubiera
podido acariciarle las
mejillas.

— No sé de qué me
está hablando.

— Nadie me escucha,

les he escrito un montón de cartas, les he denunciado a la policía, al ministerio, pero nadie hace nada. ¡Nadie hace nada!

El hombre se levantó apoyándose en un coche.

Yo me alejé un paso atrás, temía que la emprendiera a golpes conmigo.

— Escúcheme usted, por favor. Mi hijo tomaba ese maldito medicamento que le recetó Farma-Ros. Yo creí en ustedes, confié porque me derivó el psicólogo, dijeron que era un

medicamento experimental muy bueno, que ayudaría a mi Sebas con su problema de hiperactividad. Creí porque mi hijo mejoró pero ya no era el mismo, parecía drogado, dejó de hablar, dejó de jugar, dejó de sonreír, estaba asustado, veía cosas. Un día se tiró por el balcón y se mató. Ustedes lo mataron. Esas pastillas que tomaba le mataron.

— ¿De qué pastillas habla?

El hombre metió la mano en el bolsillo del pantalón y sacó un pequeño

frasco de plástico y me lo dio.

Lo cogí pero a simple vista era imposible distinguir si eran fármacos de mi empresa o de cualquier otro laboratorio. Examiné el frasco pero solo había un número de registro sanitario.

— ¿Cuándo murió su hijo? — El año pasado. — Eso no puede ser, el fármaco que ha creado mi empresa para la hiperactividad se está probando ahora con los niños. — ¡Es mentira! Y mi hijo no ha sido el único. Se oyeron unos pasos. Observé

que aquel hombre comenzó a ponerse muy nervioso. Metió su mano en el bolsillo de su camisa y sacó una billetera de piel. En tanto miraba hacia todas las direcciones. Lo sentí lleno de pánico. Como si alguien lo estuviera siguiendo.

— ¡Tome! — dijo alargando su mano para darme una tarjeta— Esta es mi dirección, por favor ¡Llámeme! Tienen que parar esto. No pueden morir más niños.

El guardia de seguridad de la clínica se acercaba con

un perro pastor alemán.
— ¿Está usted bien, Señora?
— me preguntó a lo lejos.
— Sí, todo bien. Cuando me giré el hombre había desaparecido. No había rastro de él. Se había esfumado, pero me había dejado todavía impregnada de su presencia atormentada y misteriosa. Comencé a sentir un pinchazo en mi estómago, la duda se había clavado en mi interior. Me quedé paralizada *¿Qué se suponía que debía hacer con la información que había recibido? ¿Era verdad o ese*

pobre hombre lo había inventado todo por algún motivo?

Decidí darle una oportunidad a la historia del hombre desesperado. Miguel se había aparecido justo a su lado; *¡No podía ser una mera coincidencia!*, pensé.

Cuando llegué a casa volví a abrir el CD que me había dejado Miguel en el cajón de mi despacho antes de morir. Entonces recordé que me faltaba una carpeta por abrir pero cuando intenté hacerlo me pidió una contraseña.

Solté un suspiro de fastidio, pensé que debía de contener algo realmente importante cuando la había protegido tan celosamente.

Capítulo 10

Eres cristal,
pero envuelto de
carne.

Nadie supo
de ti, hasta que
quebraste.

Lila me había invitado a pasar la mañana con ella en el mercadillo. A Lila le encantaba recorrer las paradas y revolver entre las prendas de ofertas. Le

gustaba regatear aunque según ella hoy no conseguía buenos precios.

— ¿Por qué has venido tan arreglada? ¡Hoy no compro barato! — dijo en tono de enfado, aunque yo sabía que en el fondo estaba disfrutando de mi compañía.

Miré a mi alrededor y me vi fuera de lugar. Mi ropa destacaba demasiado por lujosa, yo no me daba cuenta cuando estaba en mi entorno, porque todo el mundo, mejor dicho, todo mi mundo vestía igual. Pero allí desentonaba. Lila tenía

razón, no le harían buen precio.

— Lo siento, no me he dado cuenta.

Lila me sonrió.

— ¡Anda, vamos! Invítame a comer para que se me pase el enfado— me dijo.

Me cogió del brazo y tiró de mí.

— Vale, pero yo escojo el sitio— le contesté.

Llevé a Lila al restaurante de un hotel de lujo cerca del puerto. Lo había hecho a adrede para que pudiera sentir lo mismo

que había sentido yo en el mercadillo. Disfruté mucho con los gestos que ponía mientras el camarero nos llevaba hasta la mesa cerca de la ventana que daba al mar.

Al frente teníamos una repisa llena de tiestos llenos de orquídeas de varios colores.

— ¡Vaya!— exclamó una vez en la mesa— , ahora soy yo la que se siente un bicho raro entre tanta finura.

Lila cogió la carta que le ofreció el camero y exclamó con total

naturalidad:

— ¡Treinta euros una ensalada! ¿Pero qué lleva?

No pude parar de reír durante toda la comida, toda la seguridad y fortaleza que siempre me había demostrado en su territorio, se había tornado en torpeza y timidez. Estaba realmente entrañable.

— Tengo que contarte algo pero no puedes decírselo a nadie de momento. Es muy importante — le dije mientras terminaba de tomar el postre de chocolate que

había pedido—. He vuelto a ver a Miguel.

Lila no pareció sorprenderse.

— Claro, hasta que no hagas lo que quiere no se irá. Ya te lo dije. Estará día y noche rondándote y se aparecerá donde menos lo imagines.

— Me quedo más tranquila, gracias amiga — contesté en tono sarcástico.

Lila apuraba el plato de su postre, había seguido mi sugerencia y también había tomado bizcocho de

chocolate relleno de
chocolate caliente con
helado de vainilla de Tahití.

— ¡Dios, qué rico!

— exclamó sin pudor
mientras el camarero
retiraba el plato que había
dejado reluciente.

— Pues tengo una
ligera idea de por qué no
descansa en paz. Pero todo
esto me parece incluso más
fantástico que ver fantasmas.
Ni siquiera me atrevo a
pronunciarlo, es muy fuerte,
no sé si hago bien
contándotelo, a lo mejor te
estoy poniendo en peligro.

Lila se llevó las manos a la cabeza.

— Sandra, por favor, no exageres.

— Ayer me abordó un hombre en el aparcamiento de la clínica donde estoy haciendo el seguimiento a unos pacientes. Están tomando un tratamiento con un nuevo fármaco que saldrá al mercado en breve. Es la nueva tarea que me ha asignado mi padre.

Tenías que ver a ese hombre, ¡estaba como loco! Pasé mucho miedo. No quería escucharle pero

entonces apareció Miguel, el químico, a su lado, sentí que quería que lo escuchara. Entonces lo hice, fui hasta él y escuché lo que tenía que decirme.

— ¿Y qué te dijo?—
me preguntó con
impaciencia.

Tomé un respiro.

— Me dijo que su hijo había muerto después de haber seguido el tratamiento.

Lila abrió sus ojos en gesto de sorpresa.

— ¡Qué fuerte! ¿Pero te hizo algo?

— No, solo quería que

lo escuchara. Pero yo no le creo. Todos los niños están bien. Los médicos y psicólogos lo han confirmado, estudios de orina, sangre, psicomotrices, están perfectos. Pero no sé, hay algo raro en todo esto. ¿Por qué se aparecería Miguel?

— ¿Crees que Miguel trabajaba con el fármaco y sabía algo? ¿Entonces su muerte no fue un accidente?

— ¡Ves! Te lo había dicho. Esto es más extraño que ver espíritus. Lila, no sé qué pensar, ese hombre

realmente estaba convencido de que era culpa de Farmaros y que habían más casos. ¿Te lo puedes creer? Encima, mi padre me ha encargado hacer una exposición durante el evento, delante de cientos de personas, para hablar junto a los padres de los niños que siguen el tratamiento.

Lila abrió sus ojos de par en par y dijo:

— ¡Oye! ¿Por qué no me invitas a esa fiesta? Quiero verte hablar en el escenario.

Le di un ligero toque

con la mano en su brazo.

— Lila no bromees, estoy preocupada. No sé qué hacer, si este hombre va con el cuento a la prensa mi padre me culpará de todo y jamás volverá a confiar en mí. Tengo que aclarar este asunto antes de la presentación. No pueden quedar cabos sueltos y menos sospechas en contra de los laboratorios ¡Sería un desastre!

— Pero... ¿Qué vas a hacer? Solté un suspiro y me froté varias veces la frente y los ojos. — Ese hombre me

dio su dirección, podría ir a visitarlo y que me explicara con más detalles lo que sucedió. — ¿Estás segura de que es buena idea? ¿Y si quiere chantajearte? Me encogí de hombros y le dije: — No me pareció esa clase de personas, pero no lo sé. Lila se levantó de golpe y me dijo: — ¡Vamos! Yo te acompaño, si se atreve a hacerte algo — dijo levantando el dedo índice a modo de varita— delante de mí le lanzaré un conjuro para que la tenga siempre floja.

Su comentario me hizo reír durante unos segundos, luego recordé el rostro de desesperación que solo un padre puede tener después de haber perdido a un hijo.

— Creo que ya ha sufrido la peor de las maldiciones posibles.

Escribí la dirección en el GPS de mi coche y nos llevó hasta la misma puerta de la casa, después de haber conducido durante cuarenta minutos por un tráfico infernal.

No conocía esa zona de

Barcelona, ni siquiera sabía si el término pertenecía a Barcelona capital.

— Estamos a las afueras de Badalona. Aquí vivía un novio que tuve de jovencita, un idiota que solo quería beber y hacer trompos con la moto — me aclaró Lila, mientras nos íbamos adentrando en un barrio de bloques mugrientos, de calles estrechas y sucias, de grafitis y basuras.

— Es aquí— le dije.

Al bajarnos escuché el silbido de un anciano desde

un grupo de jubilados sentados en un banco.

— ¡Ahí no se puede aparcar!— gritó.

— Es un momento — contestó Lila.

El anciano nos hizo un gesto con la mano que entendimos significaba: *Iros a tomar por saco.*

Nos acercamos al portal y piqué al botón del interfono en el número 6º1ª. Noté un fuerte olor a orina de perro. Esperamos unos minutos pero nadie respondió.

— Quizá ha salido.

Vuelve a picar— me aconsejó Lila.

Entonces un vecino del bloque salió del portal. Le brillaba el pelo de lo grasiento que lo tenía y le acompañaba un olor indescriptible, mezcla de tabaco y bálsamo de afeitar rancio.

— No funcionan los interfonos — nos dijo. — ¿Podemos subir?— le pregunté. El hombre se encogió de hombros y siguió su camino por la acera mientras se encendía un cigarrillo. Nos había dejado

la puerta abierta.

Ascendimos los seis pisos a pie, yo iba primera y Lila me seguía unos peldaños más atrasada. Oí sus jadeos pero también oía los televisores encendidos de los vecinos, discusiones y llantos de niños.

— ¡Qué asco de escaleras!— se lamentaba a cada vuelta de rellano.

Por fin llegamos al sexto piso, nos dirigimos hasta la puerta y antes de tocar al timbre que tenía a su lado izquierdo me fijé que estaba entreabierta.

Toqué con la mano e inmediatamente después llamé:

— ¿Señor García?

Nadie contestó, tampoco se oía ruido alguno ni actividad en la casa. — Se ha dejado la puerta abierta. ¿Qué raro, no?— advirtió Lila. — Sí, es raro. Entonces llamé al timbre, pero nadie acudió. — ¿Qué hacemos?— le pregunté a Lila, como si ella pudiera tener respuesta a todas mis dudas e incertidumbres. — Echemos un vistazo, quizá está en el balcón tendiendo la ropa.

Empujamos la puerta y entramos mirando a nuestro alrededor. — ¡Evaristo García!— volví a llamar esta vez con el tono de voz más alto—. Soy Sandra Ros, de los laboratorios Farma-Ros. Nos conocimos en el parking de la clínica.

Contemplé el apartamento, el comedor lucía desordenado, sucio. Hacía meses que nadie limpiaba ni ordenaba nada. Toda la estancia olía a tristeza y dejadez.

— ¡Qué peste! Sandra, vámonos, no me gusta la

energía que estoy percibiendo aquí — me dijo Lila. Miré su rostro y estaba constreñido, tenía escalofríos y se frotaba los brazos a cada momento. Yo también lo percibía, sentía dolor, miedo y mucho sufrimiento. Deseaba irme, pero algo me hizo caminar hasta un pequeño corredor oscuro que nacía en el comedor, imaginé que llevaba hasta los dormitorios. Me sentí atraída por una de las habitaciones en concreto la del final del pasillo.

— ¡Sandra vámonos!
Esto no está bien — dijo
Lila desde el comedor.

— ¿Señor García?
— volví a preguntar. Bajé
mi tono de voz.

Me coloqué frente a la
puerta que permanecía
cerrada, observé fugazmente
algunas pegatinas de marcas
de ropa. *Aquella debía ser la
habitación de un niño,*
cavilé.

— ¿Qué haces, Sandra?
Esto me da muy mal rollo,
por favor ¡Vámonos! — dijo
mi amiga en un tono de voz
muy bajo.

Tomé el pomo de la puerta y lo giré despacio. Al abrirla un fuerte olor a cerrado me golpeó en la nariz. La persiana de la habitación estaba bajada y entraba un escaso rayo de luz por un agujero en el plástico.

Tanteé con las manos por la pared y los muebles para encontrar el interruptor de la luz cuando lo localicé lo apreté.

— ¡Dios mío!— grité.

Entonces Lila me tomó por los hombros:

— ¡Hay Virgen Santa!

Pobre hombre — exclamó.

Todavía me estremezco al recordar la imagen de Evaristo García tumbado boca abajo en la cama de su hijo. Los ojos abiertos, perdidos en el vacío del suelo, mirando la foto de su hijo cuando aún sonreía y estaba sano. Una espuma amarillenta cubría su mano y parte de la fotografía. Tenía una caja de zapatos en la cama, llena de fotografías viejas y un álbum de dibujos que me llamó poderosamente la atención.

— ¡Vámonos de aquí

ahora mismo!— exclamó Lila tirando de mi brazo con fuerza.

Intentamos mantener la calma al bajar el piso pero me parecía que alguien nos pisaba los talones, aunque solo era el miedo y la imaginación.

— Tenemos que llamar a un médico— sugerí.

— Tú eres médico y ya has visto como yo, que estaba fiambre ¡Por Dios Sandra! En qué lío nos hemos metido.

Entramos en el coche, los ancianos seguían en su

sitio y volvieron a mirarnos con descaro. Incluso escuché el silbido de uno de ellos y una proposición deshonesta.

Estaba claro que no habíamos pasado inadvertidas en el barrio.

— ¿Por qué huimos si no hemos hecho nada?— le pregunté a Lila antes de encender el motor.

— Porque hemos entrado en una propiedad sin permiso donde hay un muerto y encima ese hombre acusaba a la empresa, que casualmente es de tu padre de asesinar a su hijo. ¡Te

parecen pocos motivos!
¡Arranca ya!— me gritó.

Jamás había visto a Lila tan nerviosa, nunca me había hablado de ese modo. Sentí en lo más profundo haberla implicado.

Cuando la dejé en el portal de su casa su rostro se había serenado un poco aunque todavía era palpable su angustia al igual que la mía.

— ¿Se ha suicidado, verdad?— le pregunté. Necesitaba que me lo confirmara. — Sí, tiene toda la pinta. Sandra, no hables

de esto con nadie, ¿entendido? Salió del coche de manera apresurada, ni siquiera se despidió de mí. Aunque me sorprendió, su reacción me pareció lógica, yo también estaba muerta de miedo. Por eso le oculté que había cogido algo de la habitación del niño. Era mejor así.

Me tumbé en mi cama, Joan todavía no había llegado y la casa estaba en silencio. Rosa hacía rato se había marchado. Me había dejado preparada una tortilla

de patatas y mi sopa favorita de pollo. Aunque olía delicioso, tenía el estómago revuelto y había subido al dormitorio sin cenar.

Me temblaba todo el cuerpo, volvía a repasar las imágenes en mi mente: Evaristo muerto en la cama y una fotografía de tamaño mediano de su hijo en el suelo. Pensé que la presión y la tristeza habían sido demasiado para él pero recordé también que estaba muy asustado como si alguien lo estuviera siguiendo.

La cabeza me dolía, fui al baño y cogí un tranquilizante de la caja de medicamentos, también tomé una pastilla para el dolor de cabeza. Me miré al espejo, mis ojos marrones se veían cansados y enrojecidos y mi piel apagada. Me pasé ambas manos por la cara, una y otra vez, como si con ello pudiera borrar las huellas de dolor que la vida había depositado en mis facciones.

Caminé de nuevo hasta la cama, abrí mi bolso y saqué lo que me había traído

de la casa de Evaristo: el cuaderno de dibujos de su hijo.

Fue un impulso lo que me llevó a robarlo y solo lo había hecho porque era de la misma marca que los que yo había utilizado de pequeña. ¿Otra casualidad? Quizá.

Leí en voz alta el nombre con el que lo habían firmado, como si con ello le estuviera haciendo algún tipo de homenaje:

— Sebas García.

Pasé la tapa naranja y comencé a mirar los dibujos. Sentí como si estuviera

invadiendo su intimidad. Parecía un niño muy sensible, dibujaba animales con perfección fotográfica; bellos paisajes, irreales, de otro mundo; luego también había rostros increíblemente bellos, demasiado hermosos, angelicales.

Me estaba emocionando a cada hoja que pasaba, sentía que era una verdadera pena porque el mundo había perdido a un gran artista.

Pero a medida que pasaban los dibujos algo iba cambiando en ellos,

comenzaban a declinar en belleza, en maestría, el trazo tembloroso, ineficaz, tosco, los colores cada vez más oscuros y en desarmonía. Algo le estaba pasando, el cuaderno se estaba convirtiendo en un diario visual. Sus últimos dibujos eran feos, tachones de desesperación y angustia, rostros deformes, manchas rojas de sangre, violencia, casi podía sentirlo en mi interior, como si algo se hubiera apoderado de él, de su alma.

Entonces llegué a la

última hoja.

Sentí un estremecimiento en todo mi cuerpo al ver que había dibujado dos hombres con cabeza de reptil, ojos amarillos y manos de uñas largas y afiladas comiéndose el corazón de un niño. Supuse que el niño era él. *¿Qué está pasando aquí?*, me pregunté.

Aparté de un manotazo el cuaderno.

Comencé a mirar a mi alrededor, presentí algo frío que se acercaba al dormitorio. Escuché los

pasos, lo sentía detrás de la puerta. Me protegí entre los almohadones de mi cama.

Comenzaron a brotar de mi mente los recuerdos del día del accidente, el ente oscuro sin forma, los rostros reptiles. En mi cabeza se habían desactivado las imágenes que tan confusas había recordado, ahora eran nítidas y veraces para mí. Ahora sabía que no había sido un sueño, las había tenido despierta.

Empecé a temblar de pánico cuando vi que el pomo de la puerta se movía,

el terror de volver a ver de nuevo aquello me superaba, no estaba preparada. Las lágrimas comenzaron a rodar sin freno por mis mejillas, sentía que iba a morir, el corazón iba a pararse, la respiración se me cortaba.

Al abrirse la puerta, surgió un grito ahogado de mi garganta, el aire se detuvo, el oxígeno no llegaba a mis pulmones. Tuve el tiempo justo para ver a Joan unos segundos antes de perder la conciencia por completo.

— Irania ven conmigo, voy a enseñarte algo. Sígueme, no me pierdas de vista — me decía una voz entre la oscuridad.

— Continúa conmigo.

Comencé a percibir un halo de luz. Parecía lejano, pero me aferré a él, lo seguí porque la oscuridad amenazaba con tragarme para siempre, y era muy dolorosa, desgarradora.

Sentí que volaba y la luz se iba haciendo más poderosa, cada vez llenaba más el vacío que me envolvía.

— Irania, ¡Sígueme!

— dijo la voz, esta vez más clara, más cercana.

Entonces noté una mano acariciar la mía. Me asió con fuerza.

Ahora todo era luz, comencé a ver el sol, las nubes, un río amplio, tan amplio como un mar, árboles altos y hierba color verde vivo.

— Estoy en casa — afirmé.

Caminé con seguridad, con firmeza, sentía la fuerza que emanaba de mi interior. Me cruzaba con gente y me

miraban con respeto y con orgullo. Me dirigí a un edificio rectangular de dos pisos de altura, entré y caminé hasta una gran sala redonda, como un anfiteatro.

Bajé las escaleras, había mucha gente esperándome.

Los asistentes aplaudieron con fervor.

— Lo he encontrado — dije — , ahora ya sé para qué sirve. Es ahí — señalé un dibujo que había hecho en un papiro de un cerebro — . Es esa glándula en forma de piña.

Volvieron a aplaudir, observé a mi lado a una mujer, su mirada era fría, había satisfacción en ella. Una sensación que me dejó preocupada.

— Buen trabajo Irania — dijo — Ahora ya son míos. Los destruiremos.

— ¡No!— grité cuando la mujer me arrancó de las manos el papiro.

Recuerdo los murmullos de voces en el pasillo, justo antes de despertar del desmayo en la cama del hospital.

Me sentí confundida,

pero al ver a Joan fuera de la habitación hablando con un médico me tranquilicé.

No pasaron ni cinco minutos y Joan entró:

— ¿Cómo estás?— me preguntó desde los pies de la cama. Me incorporé torpemente en el respaldo. — Bien — le dije. — Me has vuelto a dar un susto de muerte. Todavía no he avisado a tus padres. — No, por favor, no les digas nada, ya estoy bien. Para qué vamos a preocuparles. — El doctor ha dicho que has sufrido un ataque de pánico.

¡Ya van dos, Sandra! Si esto no mejora no sé qué vamos a hacer. Temo por tu seguridad y por la nuestra. Tengo que hablar con tus padres, vamos a tener que tomar medidas.

— Me asusté, pero ya estoy mejor.

— ¿Te asustaste de mí otra vez? Igual que el día que perdiste a nuestro hijo, ¿no? Sigues afirmando que fue un sueño, pero no estabas dormida, al igual que hoy.

No supe qué contestarle, ahora ya

recordaba lo que había
sucedido la noche del
accidente pero seguía sin
reconocer que mi mente
había creado semejante
visión.

Si lo hacía estaba
perdida.

Capítulo 11

Caminé junto
a tus pasos sin
saber
que mi alma
tenía pies.

El doctor Vall me esperaba detrás de la mesa de su despacho, con el mismo rostro inexpresivo de siempre. Había leído que los psiquiatras debían ser espejos neutrales, para que

entonces los pacientes pudieran reflejarse y poder ver con claridad los trastornos que los atormentaban. Pero cuando miraba al doctor Vall, yo solo veía a un hombre aburrido de su trabajo, asqueado de sus pacientes, con un ligero tono de superioridad y desprecio, como si al compararse con aquel pobre desquiciado que se sentaba frente a él, sintiera henchirse su gloriosa cordura.

— ¿Está tomando lo que le receté? — me

preguntó como siempre me preguntaba cada vez que iba. Sentía que no confiaba en mí, como si todo lo que le fuera a contar luego iba a utilizarlo en mi contra de algún modo.

— Sí, todos los días.

— Me está mintiendo, Sandra, es imposible que con esta medicación tenga paranoias. Me sorprendió el comentario. — Sí, su marido me lo ha contado. El gesto se me torció. — No le juzgue, lo hace por su bien. Está muy preocupado. — Le juro que sí, que me las estoy

tomando. Asintió con la cabeza, parecía estar dándome la razón como a un loco, como si no quisiera discutir conmigo. No le importaba ni creía en lo que le estaba diciendo.

— ¿Volvió a ver reptiles? — No. Escuché ruidos tras la puerta y me entró el pánico. — ¿Y no pensó ni por un solo segundo en que era su marido que venía de trabajar? — No me parecieron pisadas de persona, era algo más pesado. — No, Sandra, su

mente tergiversa la realidad y la moldea a su antojo, y le hace creer en cosas que no existen. ¿Qué estaba haciendo antes de que le diera el ataque?

— Estuve viendo unos dibujos de un niño que pintaba muy bien, pero luego algo debió de pasarle porque el final de su cuaderno de arte era horrible, había pintado escenas macabras de muertes, asesinatos, monstruos que le sacaban las entrañas.

— ¿Ve, Sandra?— me

dijo en un tono de voz complaciente, como si hubiera encontrado el remedio a todos mis males — . No puede ver nada de terror porque luego lo lleva a la realidad. Le prohibí expresamente libros, películas y cualquier contenido que tuviera que ver con vampiros, terror, fantasmas y cosas similares.

Me froté varias veces la frente y negué repetidas veces con la cabeza. — Era el cuaderno de un niño. Yo no sabía qué iba a encontrar. El doctor movió algunos

papeles de su mesa, abrió un dossier y sacó un folio. Lo leyó y luego me dijo: — Ha salido un nuevo tratamiento. Es muy efectivo para esquizofrenias como la suya. Pero para que sea eficaz en breve tiempo, debe estar en supervisión constante. Voy a hablar con sus padres al respecto y ya le diremos algo.

Aquella frase ardió en mi pecho. De repente las enseñanzas de Kahul en el taller se activaron en mi interior:

— No, usted tiene que

hablar conmigo. Soy mayor de edad y que yo sepa no estoy impedida legalmente. Sea lo que sea que quiera hacer tendrá que ser con mi consentimiento. Mis padres ya no pintan nada.

Me levanté y lo dejé sin capacidad de reacción.

Salí sonriendo del despacho y aunque el corazón me latía con fuerza me sentía feliz de haber tomado por primera vez las riendas de mi vida.

Había accedido a regañadientes a ir al *Inanna*

centre aquella mañana con Marta. Yo sabía que mi madre y ella hablaban muy a menudo sobre mí y mi estado emocional. Cuando mi madre quería que yo hiciera algo se lo decía a mi cuñada, que conseguía siempre convencerme con su sutil perspicacia.

Ahora frente al espejo del salón de belleza miraba mi horrible aspecto con el tinte que escocía mi cuero cabelludo. Le había pedido un peine a la peluquera y de vez en cuando me rascaba con él para aliviar el escozor

que producía la química del producto decolorante.

Marta estaba sentada en el sillón a mi lado derecho, mientras una chica de origen ruso le hacía la pedicura. Llevaba rato hablándome:

— No sabes las ganas que tenía de cambiar de color de pelo. ¿Te fijaste con qué descaro me copió el peinado la lagarta de Sonia? ¡La muy estúpida! No le favorece nada con el tono tan cetrino de piel que tiene. Ya es la segunda vez que lo hace. ¿Acaso no tiene personalidad propia? Y ni

que decir que me espía. ¡Lo hace adrede! El otro día le preguntó a Lidia si sabía de qué diseñador era mi abrigo. ¡Psh! — exclamó acompañando la descripción con un gesto de repulsión en su rostro— Menos mal que tuve la idea de arrancarle la etiqueta, ¡para que se jodan las fisgonas del vestuario! No estuve pateando todo el *Bread & Butter* para que esa petarda lleve uno igual. Tengo ganas de que llegue la presentación, me he comprado un vestido de infarto — añadió cambiando

de tema como si lo llevara latente en su mente desde que me había visto— Cuando mi hermano me dijo que ibas a hablar durante la exposición, ¿no me lo podía creer! No es que piense que no puedas hacerlo pero se me hace muy raro. No es por ponerte más nerviosa pero creo que vendrá más gente de lo habitual.

El estómago se me retorció solo de pensarlo, porque yo sabía que su intuición era certera.

— No entiendo qué tripa se le ha roto a tu padre

para ponerte en semejante situación. Ya sabe que no eres mujer de mucha conversación.

— Quiere ir delegando responsabilidad sobre mí.

No puedo describir con exactitud la expresión que vi en el rostro de Marta a través del espejo, quizá una mezcla de incredulidad y complacencia.

— Sí, eso debe ser. Bueno, pero igualmente, imagínate la cantidad de prensa y radio que vendrán y también las fotos de la prensa social. Por eso he

pensado que llevar un vestido de *Marchelo Bertu* será acierto seguro.

Mientras esperaba a que el decolorante hiciera efecto en las raíces de mi oscuro cabello le pedí a la peluquera que me diera algo para leer.

Se acercó con un carro bien provisto y variado de revistas de todo tipo. Cogí el periódico local y comencé a leer, aunque Marta seguía hablando del vestido y de unas joyas a juego que había comprado sin importarle lo más mínimo que yo la

escuchara o no.

Pasé las páginas con rapidez leyendo los titulares por encima. Todavía no había podido borrar de mi mente el rostro de Evaristo García, me estremecía solo pensarlo. Y como si mis ojos supieran dónde buscar, me dirigí hasta un pequeño recuadro con una breve nota que hablaba sobre él.

Sentí un intenso escalofrío al leer el titular: “Vecino encuentra el cadáver de un hombre en su apartamento, Evaristo G. natural de Palencia, de

treinta y dos años de edad. La hipótesis de la policía de Badalona es el suicidio por envenenamiento.”

Conjeturaban los testimonios de vecinos que el hombre no habría podido superar la muerte de su único hijo.

Se me antojó extraño leer la noticia cuando lo había presenciado en primera persona.

Aunque lo leí un par de veces seguía sintiendo una inquietud en mi interior. No terminaba de creerme que hubiera decidido quitarse la

vida. Lo había visto solo una vez en el aparcamiento de la clínica y reconocí que estaba muy nervioso, quizá con un punto de desequilibrio. Pero... ¿quién podía mantenerse totalmente cuerdo después de perder a un hijo?

Yo lo excusaba, sabía que aunque era tentador el suicidio, más fuerte y más intensa habrían sido las ganas de continuar vivo para esclarecer las dudas. La venganza debería haberlo alimentado durante toda una vida *¿Por qué justo en aquel*

momento decidió dejarlo todo?, me pregunté. Había algo que no encajaba.

Y como si mis pensamientos cobraran forma, de repente lo vi. Detrás de mí, en el espejo de la peluquería. Sus ojos me helaron la sangre.

— Evaristo — susurré.

La imagen de Evaristo, demacrada, inerte, me miraba fijamente.

— ¿Con quién hablas? — me preguntó Marta a la vez que giraba el sillón hacia atrás buscando a mi interlocutor.

Al sentir el sonido de su voz la miré. Ella me devolvió un gesto incrédulo. Luego volví a mirar a través del espejo pero ya no estaba. Evaristo se había esfumado.

La visión del fantasma de Evaristo García pululando en mi mente hizo que estuviera evadida durante la clase de yoga de la tarde. Kahul debió notarlo porque sentí su mirada varias veces clavada sobre mí cuando permanecía demasiado rato en una postura que hacía segundos

debía haber cambiado.

— Estar concentrado en el ejercicio que estamos realizando es lo más importante del yoga, aparte de la respiración. Sentir el estiramiento del músculo es vital para conseguir un buen trabajo. Estar aquí y ahora... disfrutar de tu propio cuerpo... experimentar... sentirse vivo... es lo que aporta paz y felicidad al alma.

Luego me miró y levantó una ceja.

Noté que el rubor subía a mis mejillas. Aquella frase

llena de sabiduría la había provocado yo y mi falta de concentración.

Cuando terminó la clase de yoga me marché sola del *Inannaspacentre*. Eché de menos la compañía de mi cuñada, estaba casi oscureciendo y tenía miedo. Me dijo que iba a hacerse una limpieza de cutis y una mascarilla a base de oro. Estaba obsesionada con la belleza, pasaba más tiempo en el centro que en su propia casa.

Marta trabajaba unas horas como asesora de

imagen en una empresa de publicidad; un trabajo que había conseguido gracias a uno de tantos contactos, y su don de gentes. Supuse que debían pagarle muy bien por lo que hacía, porque me parecía bochornoso lo que llegaba a gastarse cada mes en tratamientos de belleza.

Esperé en recepción a que salieran unos hombres que llevaban unas bolsas de deporte en las manos para salir también. El hecho de caminar unos pasos detrás de ellos me hacía sentir segura.

Salí del aparcamiento al aire libre que tenía el club para los socios y conduje durante unos metros, hasta que en un semáforo me di cuenta que me había dejado el porta documentos en el vestuario.

— ¡Serás tonta!
— exclamé.

Giré la manzana y me lamenté largamente del tráfico de las seis de la tarde. Había tardado diez minutos en recorrer dos manzanas de distancia. Cuando faltaban unos escasos metros para entrar en el parking, detuve

el coche. Lo que vi me dejó perpleja: Marta estaba en la puerta principal del vestíbulo, un coche negro con cristales oscuros se detuvo frente a ella y luego se subió.

Me quedé inmóvil, ella no pareció percatarse de mi presencia y cuando pasaron frente a mi vehículo mi reacción fue agacharme debajo del volante.

No sé porque lo hice, fue instintivo. No entendí porqué me había engañado Marta, pero no le di más importancia.

Después de recoger el porta documentos, volví a esperar unos minutos en el vestíbulo con la esperanza de que algún socio saliera también hacia el aparcamiento.

— ¿Esperas a alguien?
— escuché tras de mí.

Me giré y vi a Kahul. Estaba recién duchado, llevaba el pelo ligeramente húmedo. Cuando se acercó a mí noté un agradable aroma a jabón. No pude evitar pensar que estaba muy guapo con el pelo suelto que le llegaba un poco más

durante unos metros por el camino que conducía al exterior del recinto, hasta que me di cuenta que caminaba en la dirección contraria de donde tenía el coche estacionado.

Me sentí estúpida por haberme dejado guiar por sus pasos sin ni siquiera pensar por un segundo que estaba equivocada, aunque en el fondo no fuera así.

— Tengo el coche allí — dije señalando con mi brazo hacia el aparcamiento. Miré y lo vi más oscuro que nunca, y mi coche más lejos

y solitario o eso me pareció.

— ¿Quieres que te acerque a algún sitio?— se me ocurrió decir.

— Tranquila Sandra, cojo el autobús aquí mismo.

Debió percibir el miedo de mi semblante cuando asentí resignada a que se marchara porque caminó solo unos pasos y luego se giró.

— Vale, pero vivo bastante lejos — me contestó.

Sonreí de alivio.

Si vivía lejos no lo

noté, el trayecto se me hizo muy corto. Aunque yo era muy tímida y Kahul silencioso, no me sentí incómoda en ningún momento. Los instantes de silencio estaban llenos de paz, como si nos conociéramos de siempre. Fue una sensación que perduró conmigo todo el tiempo que estuve a su lado.

— Gracias por traerme, espero sepas volver.

— Sí, por supuesto. Este chisme es mi salvación — dije señalando con el dedo el navegador satélite

del salpicadero.

Kahul abrió la puerta, luego se detuvo unos segundos antes de salir y me dijo:

— Aquí mismo sirven un té a la menta delicioso ¿Te apetece probarlo?

El corazón se me aceleró.

¿Por qué no?, me dije a mí misma.

El barrio donde residía Kahul era humilde, pero muy tranquilo y limpio. Un lugar donde la gente conocía a sus vecinos y se saludaban al cruzarse por la calle.

Caminamos unos escasos metros hasta la puerta de un local. Sentados sobre el bordillo del negocio había varios niños y niñas marroquíes jugando con unos cromos de personajes de dibujos animados. Cuando vieron a mi profesor de yoga sonrieron y le saludaron con afecto.

Entramos y nos recibió un hombre de unos cuarenta años de edad, barba y pelo ligeramente ondulado. Kahul y él se saludaron con confianza, incluso intercambiaron palabras en

árabe. Luego nos llevó a una zona tranquila del salón, al lado de una preciosa lámpara de hierro labrada con cristales de colores.

El restaurante era sencillo en su apariencia exterior, pero dentro era como estar en una jaima, me sentí transportada de inmediato al desierto del Sahara. Los olores eran muy familiares para mí.

— Es un lugar mágico — aprecié.

— Lo sé. Me gusta venir aquí, es mi lugar secreto, quería compartirlo

contigo.

Un jovencísimo camarero también de origen marroquí llegó con una bandeja de cobre que dejó sobre unas patas de metal, en ella había dos preciosos vasos con decoraciones en oro, uno rojo y otro amarillo. La bandeja se había convertido en una mesita.

Luego nos sirvió el té.

— *Shokran Gazillan* (muchas gracias) — dijo Kahul al camarero con un perfecto acento.

El joven juntó sus manos y le contestó:

— *Ala ElRahib Wa*

ElSaa (de nada)

Me fascinó el respeto con el que se trataban. Mis padres detestaban cualquier cultura que no fuera la occidental. Todo les parecía atrasado y no había viajado con ellos a ningún país fuera de los complejos hoteleros de lujo. Pero especialmente detestaban a los musulmanes. Recuerdo que un día me gané un bofetón de mi padre durante una fiesta en Marbella. Había estado observado el modo tan efusivo con el que había

saludado a un gran magnate del petróleo. Cuando se marchó le dije delante de otros invitados:

— ¿Papá, tu no odiabas a los musulmanes?

Y claro tenía que haber pensado que para él no era lo mismo un moro musulmán que un jeque árabe musulmán.

¡Menuda hipocresía!
Exclamé en mis adentros.

— Irania ha vuelto a irse a la luna — dijo Kahul.

Lo miré y me sonrojé.

— Lo siento — le dije.

Me sonrió, sentí que no

le importaba.

— ¡Deja de llamarme así!— exclamé sonriendo.

— Me gusta el nombre de tu alma, transmite tantas cosas... Me gusta saber que solo tú y yo lo conocemos.

Bajé la mirada, me sentí violenta como si estuviera transgrediendo alguna ley escrita en una ordenanza invisible. *¿Era decente tener secretos con mi profesor?* me pregunté.

Sorbí un poco del té, lo sentí cálido en mis labios, pero de refrescante paladar.

Tomé un trozo de pasta

de hojaldre con pistachos, cerré los ojos y la saboreé.

De pronto me sentí transportada a otro lugar, una visión clara se dibujó en mi mente: el silencio del desierto, un campamento de nómadas junto a un pequeño oasis y allí estaba Kahul, lo vi envuelto en telas azules, parecía y vestía como un tuareg. Estaba sereno, en paz.

Abrí los ojos y lo miré fijamente.

— ¿Has vivido en el desierto?— le pregunté.

— Sí, durante dos años.

Con una familia nómada.

El corazón me dio un vuelco.

— ¿Tuaregs?

— pregunté con temor.

Kahul me miró con un ligero gesto de asombro.

— Sí — respondió—. Excelente ejercicio de percepción, Irania.

— Te he visto allí. No entiendo, ¿cómo puede ser?

Me lanzó una sonrisa pícaro, pero no me respondió. Cruzó sus piernas sobre el cojín y reposó la cabeza sobre la pared. Miró hacia el techo por unos

segundos como si buscara parte de sus recuerdos en la tela que colgaba de ellos.

Me vi en la obligación de volver a preguntarle, mi curiosidad se acrecentaba y él no parecía querer salir del lugar donde se hallaba su mente en aquel instante.

— ¿Por qué estuviste dos años en el desierto?— le dije enfrentando mi propia timidez.

Bajó su rostro con lentitud y clavó su mirada sobre mí. Tenía dibujada una suave sonrisa en los labios.

— Fui a buscar

respuestas. Quería conocer todas las culturas de la tierra, conocer el origen ancestral del hombre, comprender de dónde venimos y porqué hemos llegado a este punto. Quería saber que fue lo que pasó, qué ha hecho que seamos como somos ahora, qué hemos hecho mal, dónde nos extraviamos.

Me impactaron sus inquietudes. Yo nunca me había planteado esas cuestiones tan profundas, estaban demasiado enmarañadas entre miles de

pensamientos, emociones, aspectos y proyecciones mentales. Aunque ahora sé que eran el origen primigenio de mi problema.

— Y... ¿encontraste las respuestas?

— No, pero seguí mi camino, entonces viajé a las cumbres del Tíbet, viví en Indonesia, subí las montañas del Perú, busqué el calor de los indios Hopi, crucé el río Amazonas. Busqué la sabiduría de pueblos antiguos pero luego también viví en Nueva York y en Londres y fue aquí en las

grandes ciudades que me di cuenta de muchas cosas; de la profunda desconexión que hay con la madre Tierra.

Ahora empezaba a vislumbrar la riqueza interior que Kahul almacenaba entre sus dedos, hilada entre sus cabellos, y que pintaba el brillo del iris de sus ojos y que colgaba de cada uno de los pliegues de la carne de sus labios. Algo que no se ve, pero que se percibe, y estaba lleno, a rebosar.

Apostaría que puse cara de boba, su sabiduría me

estaba acomplejando.

— Has viajado mucho, yo también he viajado pero no he llegado a ninguna conclusión más allá de la gran descompensación económica que hay.

— Es muy difícil ver con los ojos de otros.

— ¿A qué te refieres?

— Todo el mundo tiene sus propias opiniones. Si realmente quieres ver, tienes que alejarte de aquellos que tienen ideas fijas de lo que son las cosas y te manipulan. Buscar tus momentos de soledad para reflexionar. Así

podrás hallar tus propias respuestas. Nadie puede decírtelo, debes descubrirlo por ti misma. Sentirlas con tu propio corazón.

— No me gusta la soledad.

— La soledad a veces es necesaria si quieres descubrir quién eres. Luego podrás de nuevo reunirte con aquellos a los que amas de corazón. ¿No has imaginado alguna vez coger tu maleta y descubrir el mundo? ¿Acaso nunca has viajado sola?

Medité sus palabras, sus sabias palabras, y en

efecto sí, lo había imaginado, soñado, anhelado, pero eran sueños, solo sueños. Nunca sentí que pudieran ser reales, y no entendía qué me había impedido realizarlos. Reconocí que estaba llena de miedos, incertidumbres, tareas, obligaciones que otros y que yo misma me había impuesto y siempre tenía mil excusas para no realizar ninguno de mis sueños. Los miedos autoimpuestos me habían impedido hacer cosas que quería hacer. Reconocí que

tenía miedo de viajar sola porque había escuchado que era peligroso. Me imaginaba que me atracaban, me quitaban el pasaporte y me encerraban en una prisión asiática con un plato de arroz y un cubo de agua sucia. Miedo a atentados suicidas, miedo a que me secuestraran o me vendieran como esclava en un mercado africano. Miedos que me habían impedido y me impedían realizar muchos sueños que tenía aparcados por ahí, en algún lugar de mi triste corazón, esperando a

ser realizados algún día.

¿De dónde habían salido todos esos sentimientos?

— Los periódicos, la televisión, el cine y mucha literatura de poca consciencia tienen la culpa de propagar el miedo. El miedo es muy contagioso, contamina a la gente y esta a su vez a otras gentes, estas gentes lo propagan a sus hijos y así hasta el infinito. Todo aquello que genera miedo no está apoyado por el amor, y todo aquello que no está apoyado por el amor

no aporta crecimiento, no es sano para el alma. El miedo es un instinto de supervivencia que debería activarse solo en contadas ocasiones pero no ser el motor de las decisiones de toda tu vida — me respondió como si hubiera podido leer en mis pensamientos.

— ¿Entonces son miedos infundados?

— ¿Acaso crees que el Universo es tan poco creativo que tiene preparada las mismas experiencias para todo el mundo? Eso no sería creación, evolución, sería

involución y destrucción. Por culpa del miedo los hombres se atacan unos a otros, unos por defenderse y otros por precaución.

Me vino a la mente uno de los lemas favoritos de mi padre: Hay que destruir a la competencia antes de que ella lo haga contigo.

Y esto estaba basado en el miedo, el miedo a la escasez. Sonreí en mis adentros porque comprendí que mis padres estaban muertos de miedo, tan seguros y tan poderosos que se creían, también estaban

asustados de perderlo todo.

Cuando miré el reloj habían pasado tres horas: eran las nueve de la noche, el pulso se me aceleró. *¿Cómo pudo pasar el tiempo tan a prisa?*, me pregunté.

Me despedí de Kahul de manera atropellada, porque en mi mente solo había una imagen: Joan. El miedo volvió a asumir el control de mi vida.

Cuando llegué a casa aún sentía la esperanza de que Joan hubiera quedado a cenar con algún cliente, pero no. Estaba allí, con una copa

de licor en su mano y el televisor encendido en el salón.

— ¿De dónde vienes a estas horas?

— Me quedé con Marta un rato más en el spa, luego salí de compras.

— ¿Y dónde está lo que has comprado?

Mis manos estaban vacías.

— No me he quedado nada de lo que he visto.

— No me gusta llegar y encontrar la casa a oscuras. Sabes que detesto que no estés para recibirme.

Necesito verte después de estar todo el día mirando a través de un microscopio.

Aunque quise mostrar naturalidad, no sabía fingir muy bien, y yo misma me delaté con la cantidad de explicaciones que le estaba dando, ¿por qué tenía miedo? No había hecho nada malo. Pero aún así yo sentía que le había fallado en algo.

— Esto no se volverá a repetir ¿verdad?

— No Joan, te avisaré cuando vaya a llegar tarde. Lo siento se me ha ido la cabeza.

— Ya, para variar
— murmuró. Se acercó a mí
y me dio un beso en la frente
— . Me preocupa que pueda
sucederle algo malo.

Tardé un rato en
dormirme, las palabras de
Kahul me habían calado
hondo. Comencé a
imaginarme viajando a Perú,
me visualicé saltando de un
tren a otro con mi mochila a
la espalda, sin horarios ni
nadie que me esperara en tal
sitio, sin agendas,
conociendo gentes amables
que me ayudaban,

divirtiéndome con la compañía de otros viajeros, dejándome llevar por la magia del Universo. Por primera vez en la vida imaginaba un viaje con amor, sin la irrupción de la sombra del fatalismo. La paz que transmitía Kahul se había adherido a las paredes de mi corazón sin yo quererlo ni buscarlo. Yo quería esa paz, quería sentir ese amor y confianza en la vida y en el ser humano.

Una pregunta salió desde mi interior: *¿Cuándo fue que perdí la fe en el*

hombre?

Capítulo 12

Que tus ojos
me cuenten
lo que brota
de tu alma.

A una semana de la presentación del *pinmetil*, tendría que haber tenido más claro el discurso que iba a ofrecer, pero no era así. Había doce carpetas sobre la mesa de mi despacho. Las había alineado por orden,

aunque no recuerdo cuál era. Las tenía todas visibles, con las fotos de cada niño escaneadas a todo color sobre la portada del dossier.

No sé porqué lo había hecho así, quizá esperaba que ellos pudieran transmitirme las palabras correctas. Miraba sus rostros y yo misma intentaba convencerme que estaba todo bien, que habían mejorado. Sus padres, a los que había entrevistado uno por uno, así lo habían confirmado. Todo era perfecto, el fármaco era un

éxito pero yo no conseguía quitarme de la cabeza a Evaristo García.

Para atenuar mi angustia decidí hablar con Joan, él no esperaba que fuera a asaltarle con preguntas a su despacho, pero estaba decidida a que no quedara ni un resquicio de duda sobre el medicamento.

Como ya había imaginado, Joan se sorprendió al verme entrar. Lo cogí a punto de bajar a su laboratorio.

— ¡Querida! ¿Qué

haces aquí?

— Hola Joan. Necesito saber algunos datos técnicos sobre el *pinmetil*.

Lo noté incómodo.

— ¿Cuándo comenzasteis a probarlo con humanos?

— ¡¿A qué viene esa pregunta?! Eso no es necesario que lo sepas, no es tu competencia, límitate a presentar a las familias. ¿Acaso se te subieron los humos? — me preguntó con sarcasmo.

Joan comenzó a ponerse la bata blanca, cogió

dos bolígrafos, tomó algunas carpetas bajo su brazo y una caja con ampollas de cristal.

Me estaba ignorando.
Mi rostro se tornó serio.

— Necesito saberlo
— insistí.

— No necesitas saber nada. Si tu padre te ha dado este trabajo es porque le das lástima. Solo eso, el mero hecho de que estés aquí, haciendo que haces algo, me parece tan ridículo y patético. No voy a seguirte el juego.

— Algún día dirigiré esta empresa.

Me lanzó una mirada complaciente.

— Si no eres capaz de dirigir tu propia vida, ¿cómo vas a dirigir una multinacional? No seas ingenua.

Salió del despacho y caminó unos metros.

Sentí que la sangre me hervía de rabia contenida.

— ¡Un niño ha muerto por vuestra culpa!— grité sin poder contener las lágrimas en mis ojos.

Joan se detuvo en seco. Algunos técnicos se habían asomado de sus despachos y

empleados, que andaban por los pasillos, se detuvieron al oírme gritar.

Aceleró su paso hacia mí, me agarró del brazo y me empujó hacia el interior de su despacho cerrando de golpe la puerta.

— ¡¿Es que te has vuelto loca?! ¿O pretendes volvernos locos a todos?

Joan no me había soltado del brazo y me apretaba zarandeándome de un lado a otro.

— El padre de un niño me abordó en el aparcamiento de la clínica

de psiquiatría infantil y me dijo que su pequeño se había suicidado por culpa del *pinmetil*.

— ¿Quién era ese hombre?

— Evaristo García — le dije — ¡Por favor, suéltame, me haces daño!

Joan soltó mi brazo.

— Y tú vas y te crees las mentiras de otro loco como tú.

— Me dijo que habían más casos de niños que se habían suicidado, el año pasado, al igual que su hijo. No estoy loca, tienes que

creerme.

— Vale, pues dile que venga y que hable conmigo.

— No puede ser...
— titubeé— está muerto.

— ¡Qué casualidad!
¡Estoy harto de tus chifladuras! No me hagas perder el tiempo.

Joan abrió la puerta para marcharse pero lo detuve cogiéndole del brazo.

— Entiende que no podía permitir que nada estropeará la fiesta, ese hombre apareció de la nada, yo me asusté, creí que decía la verdad.

Yo rogaba para que Joan me creyera.

— El *pinmetil* comenzó a suministrarse hace seis meses a doscientos niños. Tienes todos los expedientes a tu disposición. El jefe del equipo médico te dará toda la información que desees, nombres, datos. Verás por ti misma que no existe ningún niño muerto.

Se acercó y me dio un beso en la frente.

— No hables de esto con nadie, — me susurró— por tu bien, porque no sé hasta cuándo voy a poder

esconderles a tus padres que estás como un cencerro.

Se alejó dejándome invadida por la duda y la confusión.

Capítulo 13

Debajo de la
tierra enterré mis
dragones
por si
despertaba al oír
sus temblores.

Cada año pasábamos
todos juntos las fiestas
navideñas en la casa de la
montaña en el valle de Boí,
en los pirineos de Lleida.

Pasaba cinco

insoportables días,
conviviendo con Joan, mis
padres, mis abuelos, la
familia de mi hermana
Aurora, tíos y tías y algunos
primos que no veía nunca
durante el año.

A mi madre le
encantaban las navidades
porque podía comprar y
derrochar a gusto para
nosotros y para la casa. Con
la excusa de tener invitados
cambiaba la decoración
navideña todos los años y si
algún mueble desentonaba
también lo cambiaba. Iba a
la casa semanas antes junto

al decorador y hacían de la casa una verdadera obra de arte. Aunque para mi gusto era como entrar en un centro comercial, no había personalidad, mucha belleza y coordinación cromática pero le faltaba calidez, la imperfección que la hubiera hecho más humana y acogedora.

Mi recuerdo de infancia en la casa era bueno, porque a esa edad no me importaba lo que pensaban de mí, aunque mis primos se rieran de mis rarezas, me compensaba con creces estar

en la naturaleza donde me sentía un hada más entre las flores.

Yo sentía que ese año iba a ser más duro que los anteriores; todos sabían que yo jamás podría tener hijos. Deseaba no estar allí, incluso sentí que enfermaba de la presión que comenzaba a sentir en mi pecho.

Mientras Joan y algunos familiares más subían en los todoterrenos para ir hacia las pistas de esquiar, yo me quedé con mi madre, mi abuela materna y dos tías que sobrepasaban

los cincuenta, en la sala de estar junto a la chimenea.

No me gustaba esquiar, cuando era más adolescente lo hacía para complacer a mis primos, luego lo hice para complacer a Joan pero después dejé de hacerlo porque prefería aprovechar el tiempo con mis sobrinos pequeños. Pensé que ese año iba a quedarme con Aina y me llevé una gran desilusión cuando me enteré que mi hermana la había apuntado a un curso para que aprendiera a esquiar.

— Aina es todavía muy

pequeña para ponerse los esquíes — comenté en el salón.

 Mi madre, que jamás contradecía nada de lo que Aurora hacía me contestó: — Cuanto antes se le quite el miedo mejor. — Pues Aina no parecía muy contenta con la idea— contesté. Mi sobrina había estado llorando mientras la subían al coche durante la mañana, me había visto llegar con Joan y yo sabía que quería estar conmigo antes que deslizarse por una pista de nieve. Aunque la

veía poco la conocía bien. Era una niña pacífica poco amante de los juegos de riesgo en los que otros niños disfrutaban.

— Es una niña y no sabe lo que le conviene, por eso estamos los mayores para otorgarles una disciplina— contestó mi abuela.

Sentí lástima, mucha lástima de ver que le esperaba el mismo destino que me había tocado a mí y deseé con toda mi alma que Aina fuera mucho más fuerte que yo, que no se

dejara manipular con la misma facilidad que me habían manipulado a mí. Deseé verla libre, que escogiera su propio camino en la vida, el camino que le dictara el corazón.

— Te veo muy bien, Sandra — comentó mi tía Eugenia, la hermana mayor de mi padre. Una mujer elegante, sofisticada y muy culta. Era editora y presidenta de un grupo editorial muy famoso de Barcelona.

No sabía si era un simple comentario de

cortesía o realmente veía un cambio positivo en mi actitud.

— Sí, sí, se te ve muy entera después de todo lo que has vivido — afirmó mi abuela—. Parece que te has quitado un peso de encima.

Me molestó el comentario, mi bebé no era ningún peso ¿Cómo le dejé que se quedara tan tranquila después del comentario? Respeté su edad pero me hubiera gustado decirle que tenía el corazón lleno de arena. *¿Qué derecho le otorgaba la edad para herir*

a otros?

Mi madre, tan aguda como siempre, intervino desviando la conversación. En ese instante sí me alegré de su tacto y diplomacia.

— Mamá, quieres que te sirvan ya la leche, recuerda que debes tomarte la pastilla de la tensión antes de la comida — le dijo a mi abuela que parecía estar eternamente molesta con el mundo.

— ¿Y entonces ahora qué, Sandra? Gracias que Aurora ha tenido tres hijos y dos de ellos son varones que

si no el apellido se hubiera perdido — añadió mi tía—. ¡Hubiera sido un desastre familiar!

— Sí, gracias a Aurora — asentí.

Habían estado toda la vida repitiéndome lo bien que lo hacía todo Aurora y lo incorrecta y molesta que yo era ¿Por qué en esto iba a ser distinto? Aurora seguía ocupando su trono en la familia y yo seguía siendo la hija de la que nada se puede esperar, aunque yo seguía queriéndola igual. En el fondo me alegraba de que le

fuera tan bien, no podía sentir envidia porque yo realmente creía que mi hermana merecía tener un trato especial.

Salí a pasear por la finca como siempre hacía. Era la manera de huir de ellos, caminaba y caminaba sin rumbo por el bosque hasta que me cansaba, entonces me sentaba en cualquier roca o saliente y dejaba que el tiempo pasara mirando el paisaje.

Hacía frío y ni mi anorak de plumas, ni mis

botas forradas de lana, evitaban que temblara todo mi cuerpo.

Mire mi reloj de pulsera deportivo, regalo de Joan (de esos que tienen brújula, localizador y un montón de cosas más que no sabía utilizar) y calculé que faltaba más de una hora para el almuerzo. Decidí seguir caminando.

Rosco de Reyes, el pequeño *schnauzer* gris de mi madre, me había acompañado y me miraba moviendo la cola. Mi sobrino Marc le había

bautizado con ese nombre porque lo encontró siendo cachorro dentro de la caja de un roscón de reyes al lado de un contenedor de basuras. Mi hermana no le dejó quedárselo y terminó en casa de mis padres.

 Mi madre le había puesto un ridículo jersey de cuadros escoceses muy apretado y grueso, aunque a él parecía gustarle. Pensé que si no le hubiera cortado el pelo ahora no tendría que llevar ropa de persona.

 — ¿Tienes fuerzas para seguir?— le dije.

El perro se levantó del suelo movió la cola más a prisa y se adelantó unos metros en el sendero. Yo lo seguí.

Pero en unos minutos lo perdí de vista, se metió entre unos matorrales y ya no salió.

— ¡Rosco ven!— le llamé.

Caminé hacia los matorrales de boj y continué llamándolo pero Rosco no aparecía. Silbé todo lo fuerte que sabía pero seguía sin dar señales de vida.

Empecé a preocuparme

mucho, Rosco era la pasión de mi madre, muchas veces había pensado con tristeza que si me hubiera tratado con la mitad de la dulzura y delicadeza con la que había tratado a sus perros habría sido una niña más feliz, pero Rosco no tenía la culpa de eso.

Seguí caminando hasta que escuché un crujido de ramas partirse. Miré a mi alrededor, algo pareció moverse tras los árboles. Sentí miedo.

De nuevo escuché el sonido de un crujido seco.

— ¿Rosco?

— pronuncié temerosa, en un tono de voz más bajo.

Sentí fuertemente la presencia de algo en mi espalda, me giré y miré nerviosa a mi alrededor. No vi nada extraño hasta que fijé la vista en un abeto, a unos metros de distancia. Detrás de su tronco apareció una figura humana, era una niña pequeña, con un vestido verde y blanco.

— ¡Aina!— grité. Pero no respondió.

El corazón comenzó a latirme con fuerza, entonces

escuché los ladridos de Rosco desde otra dirección y al volver a mirar hacia el abeto la niña ya no estaba.

¿Qué estaba pasando?

Me pregunté. *¿Qué hacía Aina sola en el bosque?*

Seguí el sonido de los ladridos de Rosco y corrí hacia él. Estaba desorientada, me parecía oírlo en dirección sur pero luego escuchaba ladridos hacía el oeste y caminaba dando círculos. Todo comenzaba a darme vueltas en la cabeza. Había algo que no sabía describir una

energía intensa y magnética que me envolvía y me atrapaba en el lugar. No podía salir de allí.

Comencé a sentir náuseas.

Me apoyé en una roca saliente para tomar aliento y entonces lo vi; Rosco estaba frente a mí a unos metros. Me miraba desafiante, como si quisiera que jugara con él.

Me sentía mareada, lo veía borroso. Le llamé desde mi asiento:

— Rosco ven.

No hizo caso, entonces cogí una piedra y la lancé a

unos pasos de mí. Cuando la piedra tocó el suelo me devolvió un sonido metálico.

Rosco llegó veloz hasta la piedra y comenzó a rascar el suelo.

Dejé que pasaran unos minutos mientras intentaba recuperar el equilibrio. Luego caminé pausada hasta el perro.

Rosco tenía el hocico lleno de mantillo mojado, había hecho un agujero en el suelo y en él había metido la piedra que había baboseado hasta la saciedad.

— Vamos Rosco, este

lugar no me gusta nada.

Me agaché para tomarlo en brazos, entonces observé que el perro había destapado parte de una pieza de metal. Cogí un trozo de madera me arrodillé en el suelo y golpeé la pieza, volví a sentir el sonido retumbar hacia el fondo, rasqué para limpiarlo y poco a poco ante mis ojos apareció una chapa de metal en forma cuadrada de unos noventa centímetros cuadrados.

No recordaba haberla visto nunca allí, aunque no

me pareció extraño, estaba muy bien camuflada en el suelo y fuera del sendero.

Descubrí un asa en uno de los lados.

Me detuve por unos segundos antes de abrirla. Tiré de ella pero la plancha de hierro no cedió. Volví a intentarlo tirando más fuerte.

El esfuerzo era demasiado para mí, por unos segundos pensé que sería una caja para la luz o llaves de paso de agua y que no merecería la pena hacerme daño en la espalda por eso.

Lo dejé estar y me giré

en pos de marcharme. Entonces vi que en el agujero del tronco de un árbol sobresalía un hierro oxidado. Lo saqué y observé que era una pata de cabra de las que había visto en las películas que se usan para forzar puertas, alguien lo había dejado allí para abrir la trampilla.

La curiosidad me apretaba el pecho y aunque nunca había utilizado una, la encajé con rapidez en la pieza e hice palanca. Al segundo intento la trampilla cedió.

Levanté el asa y de inmediato un fuerte olor a humedad, abofeteó mi cara.

En un primer momento creí que era un pozo pero cuando logré adaptar la vista conseguí ver un peldaño a un metro de profundidad, luego ya todo era oscuridad.

Me pregunté repetidas veces qué podía hacer aquello allí, no parecía ser un desagüe, ni una alcantarilla, ni nada parecido. Me vino a la mente los refugios de la guerra, sabía que en la zona había varios túneles que se

habían usado para proteger a los soldados.

Me sentí entusiasmada de que en mi propia finca hubiera uno de ellos, quizá todavía por investigar. Sentí el impulso de adentrarme en él y descubrir sus secretos pero también pensé en lo oscuro y peligroso que podía ser. Nadie sabía que estaba allí.

Volví a taparlo, el miedo de nuevo fue más poderoso.

Mientras caminaba hacia la casa decidí no contar lo que había visto,

pensé que si les decía que Aina y Rosco me habían ayudado a descubrir un túnel en el bosque me mirarían de forma extraña y luego girarían la cara ignorándome. Pensé que debía presentarme directamente con las pruebas en mis manos, con aquello que pudiera encontrarme allí abajo.

Cuando llegué a casa ya tenía en mente la idea de volver en otro momento con una linterna y una cuerda.

No sé qué pretendía demostrar pero todo el

miedo que sentía parecía ser contrarrestado con la imagen que veía en mi cabeza: En ella aparecía en medio de la cena de Nochebuena con un tesoro de la guerra civil en mis manos y toda mi familia mirándome asombrada por mi hazaña. Los veía orgullosos de mí preguntándome cómo lo había conseguido y lo valiente que había sido.

Pero mi ensoñación se vio interrumpida al toparme de nuevo con la realidad. Cuando llegué al comedor estaban todos sentados, las

doncellas servían el consomé. Al escuchar mis pasos todos se giraron de golpe.

 Mi padre me clavó una fría mirada.

 Rosco saltó sobre las piernas de mi madre y le ensució el vestido nuevo que me había enseñado aquella misma mañana.

 — ¡Mi Rosquillo! ¿Pero que te ha pasado mi cielo?— le preguntó como si este pudiera responderle.

 Luego me miró de arriba abajo.

 — ¿De dónde vienes

llena de barro?

Una de las doncellas se acercó a mí y me sacó el abrigo como si llevara excremento de cerdo sobre él, luego me hizo un gesto para que me quitara las botas.

— Lo siento, se me ha debido parar el reloj — mentí.

Mis sobrinos y los hijos de mis primos comenzaron a reírse. Me sentí ridícula.

Aina corrió hacia mí y me abrazó.

— ¡Ya sé esquiar! Y no me he caído, bueno, solo una

vez.

Me agaché para darle un beso en la mejilla y le dije al oído:

— Aina no vayas sola nunca al bosque ¿me has entendido? Es muy peligroso.

Aina me miró y levantó ambas cejas.

— No he ido al bosque, he estado esquiendo, y había mucha nieve y luego me he montado en un trineo con Marc y Andreu. Andreu me ha tirado una bola de nieve en el ojo.

Me quedé paralizada

mirándola. — ¿Por qué me mientes?— le pregunté. Aina agachó la cabeza y se marchó de nuevo a la mesa. Pensé que estaban todos en mi contra y que poco a poco también pondrían a Aina a su favor.

Me senté en la silla que quedaba libre y comí en silencio con la idea de volver al túnel y convencerles a todos de que podía ser genial y divertida como Marta y descubrir cosas increíbles.

Todavía no me daba cuenta de que todo cuanto

hacía no era para demostrarle a mi familia, lo valiente e ingeniosa que era. Lo estaba haciendo para demostrarme a mí misma que podía enfrentar los retos que me ponía la vida, venciendo los miedos y las limitaciones que me encontraba a cada paso que daba.

Por si no éramos suficientes en la casa, llegaron aquella noche a cenar unos amigos de mis padres: los Argerich, una acaudalada familia de

banqueros que también pasaban las vacaciones navideñas en la comarca todos los años.

Mi padre y Ricard Argerich eran amigos desde la niñez y siempre se habían apoyado mutuamente en los negocios. Ambos tenían una visión casi profética de dónde debían invertir y cuándo, que sorprendía a todos, siendo muy respetados como empresarios.

Durante la cena hablaron de la crisis financiera, de política y de

comercio internacional, temas que me hacían bostezar continuamente sin yo poder remediarlo. Deseaba que se fueran al salón a fumar sus puros y dejar de poner cara de estúpida, cada vez que me miraban, esperando una aprobación a los comentarios que hacían.

Y lo único, en lo que yo pensaba, era en el momento en el que bajaría al túnel, en la longitud de cuerda que necesitaba y también en lo oscuro y húmedo que debía de ser. Pero necesitaba

aventura, algo que me arrancara de aquella estática realidad, no podía remediarlo.

— Sandra, me ha comentado Braulio que vas a colaborar con un discurso en la presentación del nuevo medicamento. Creo será conmovedor.

Me sobresalté al sentir la patada de mi madre bajo la mesa.

Busqué a mi posible interlocutor, ya que no había prestado atención, y me encontré a Ricard Algerich, clavándome sus pequeños

ojos color celeste, a la espera de una respuesta. Aquel hombre me ponía muy nerviosa. No me gustaba su blanco y redondeado rostro. Aunque tenía casi la misma edad que mi padre, siempre había parecido mucho más joven. Eran de aquellas personas que su apariencia contrastaba en demasía con el interior. Parecía afable, casi un tierno abuelito, pero luego su comportamiento era brusco, frío y calculador.

De modo inconsciente miré a mi padre buscando

leer algo en sus facciones, algo que me dijera si podía hablar sobre el tema, si era correcto o si debía esperar a que alguien interviniera por mí.

— Sí, me estoy preparando bien— fue lo único que se me ocurrió decir, bajo la presión del zapato de tacón de mi madre, al ver que no respondía con la suficiente rapidez.

— Más te vale, estaremos todos pendientes de ti— dijo mi cuñado con una amplia sonrisa que noté

un tanto burlona.

— Lo va a hacer muy bien— intervino mi tía Eugenia — , y todos estaremos muy orgullosos de ti.

Observé fugazmente los rostros de mis padres y me tranquilizó verlos sonreír. Me sentí feliz, aunque fueron solo unos segundos pero pude apreciar lo que debía sentir Aurora.

Por fin iba a ser el centro de atención en mi familia para algo positivo. Aunque me ponía muy nerviosa la expectación que

generaba el evento, sentía que tenía una oportunidad para que se sintieran orgullosos y resarcir la mala imagen que tenían de mí el mundo que me envolvía.

Aproveché la mañana del día de San Esteban para ir al bosque. Me había quedado de nuevo sola con Rosco mientras parte de la familia estaba esquiando y la otra parte en Lleida de compras. Me había tenido que hacer la enferma para poder quedarme y no levantar sospechas, cosa

bien creíble para todos.

Me llevé una linterna, una cuerda y una navaja, como había visto en las películas, y comencé a caminar por el sendero que conducía al bosque junto a Rosco que llevaba otro ridículo abrigo impermeable para perros, de rayas blancas y azules.

Tardé tres cuartos de hora en localizar la trampilla. Pero de nuevo, gracias al magnífico olfato de Rosco la encontré. Todavía estaba la palanca dentro del agujero del árbol

como la había dejado hacía dos días.

No tardé ni dos minutos en tener la trampa abierta, enfoqué con la linterna y pude ver con claridad el peldaño a un metro de profundidad.

Deslié la cuerda que había traído y la até al mismo árbol donde guardaban la palanca. Aunque hubiera podido saltar me sentía segura teniéndola allí.

Tenía el corazón agitado, recuerdo la adrenalina que sentía al

bajar por la cuerda, el olor sofocante a humedad.

Me temblaban las piernas y pensé que si hubiera sido más profundo mis brazos no hubieran soportado mi peso ni un metro más.

Me relajé al sentir que mis pies tocaban tierra firme.

Rosco ladraba desde arriba nervioso, en aquel momento no supe que hacer, temía que si lo bajaba pudiera extraviarse o caerse por algún agujero y dudé también dejarlo en el bosque

por si no volvía.

Estuve unos segundos inmovilizada por la incertidumbre, aunque reconozco que no era por Rosco, dudaba de mi presencia allí, bajo la tierra, en un túnel oscuro y estrecho, porque ni siquiera me había atrevido a enfocar con la linterna más allá del suelo.

Comencé a temblar, por mi mente transcurrían imágenes, escenas macabras de películas de terror.

No era capaz de enfocar y la mano me

temblaba.

Rosco seguía ladrando.

En un momento me di la vuelta y agarré la cuerda para volver a subir.

— Eres una cobarde — me decía; jamás cambiarás.

Tras unos segundos de duda me armé de valor, tomé la linterna, me giré y enfoqué hacia la oscuridad que me precedía.

El túnel era estrecho pero lo suficientemente ancho y alto para que pasara una persona de estatura y peso normal, estaba hecho

de ladrillos macizos y era muy profundo. Las paredes rezumaban humedad y a lo lejos se oía el sonido de una gota de agua caer.

Caminé titubeante, enfocando a lado y lado, cuidando cada paso que daba. El aire era rancio pero fresco. De vez en cuando miraba hacia atrás. Ver la luz que venía de la trampilla me daba confianza. Caminé durante diez minutos que se me antojaron eternos, quizá porque ya caminaba más despacio por culpa del peso de la duda y el miedo. Ya

casi no veía la luz de la trampilla a mi espalda, avancé unos metros más y me quedé solo con la luz de la linterna que llevaba en mi mano temblorosa.

El túnel no parecía llevarme a ningún sitio, se dirigía hacia una sola dirección. Cavilé con tristeza que debía ser una antigua alcantarilla. Mis ilusiones de encontrar un tesoro de la guerra civil se iban desvaneciendo a cada metro que caminaba.

Me apoyé unos segundos en la pared y

enfoqué de nuevo hacia el fondo del túnel, aprecié que llegaba al final. Caminé más aprisa y entonces cuando estaba a punto de llegar al final, el túnel se bifurcó en dos direcciones completamente opuestas, una hacia la derecha y otra hacia la izquierda.

— ¡Oh no! Esto se pone feo — murmuré.

Enfoqué la linterna hacia ambos túneles, primero hacia uno, luego hacia el otro. Busqué por las paredes alguna señal o cartel que me indicara una

referencia pero no veía nada.

Estuve minutos allí parada en medio de las dos opciones sin poder tomar ninguna decisión. Temía perderme para siempre por equivocarme de dirección. Imaginé que si iba hacia la derecha luego habría otra bifurcación y luego otra y así hasta el infinito y jamás podría volver y me quedaría allí atrapada de por vida.

Imaginaba que, luego después de decenas de años, unos obreros encontraban mi esqueleto apoyado en una pared con mi linterna

oxidada en el suelo y entonces se rascarían la cabeza y se preguntarían quién diantres había sido yo y que hacía allí.

Empezó a dolerme el estómago, seguramente por el miedo, entonces decidí darme la vuelta y caminar por donde había venido.

Después de dar unos cuantos pasos hacia la salida un sonido a mi espalda me detuvo.

Me giré poco a poco y enfoqué primero hacia el suelo, luego levanté lentamente el foco de luz

hacia la pared y de pronto vi como algo corría hacia el túnel de la izquierda.

Solté un grito. El corazón comenzó a latirme con fuerza.

Aunque estaba aterrada enfoqué de nuevo pero no había nada.

— Estoy aquí — dijo una voz infantil.

Las piernas me temblaban como tallos de mimbre, me había quedado paralizada, pegada al suelo.

Se oyó a lo lejos una tenue risa infantil.

— Ven conmigo

— dijo la misma voz.

Detecté que la voz venía del túnel de la izquierda, pero yo estaba aterrada para moverme. De nuevo escuché una risa de niño, pero esta vez más alto y claro.

— ¿Aina?— Pregunté
— ¿Eres tú?

Caminé impulsada por el pánico, aunque tenía miedo aun sentía más miedo de que Aina pudiera estar atrapada en el túnel.

Seguía oyendo sus risas, y caminaba deprisa, cada vez más deprisa guiada

por su angelical voz. El miedo había desaparecido y ahora solo tenía una meta en mi mente, encontrarla y llevarla a salvo a casa.

Después de un tiempo incierto de caminar entré en una sala grande de unos veinte metros cuadrados.

Entonces de golpe dejé de oír su voz.

— ¿Aina dónde estás?
Soy Sandra, soy tu tía.

Alumbré tramo a tramo la pared buscándola, pero a nadie vi, la estancia estaba vacía, no habían tesoros, ni esqueletos, ni tumbas de la

guerra, ni siquiera cables, ni tuberías de agua. El túnel no parecía tener ningún propósito. Me sentía desconcertada y muy estúpida. No pude evitar que las lágrimas inundaran mis ojos, me había dejado llevar por un impulso infantil de llamar la atención y ahora tenía que volver con las manos vacías y jamás podría decirle a nadie que había estado allí.

— ¿Qué estás haciendo Sandra?, me pregunté apoyada en la pared con la luz de la linterna

alumbrando el suelo y
envuelta en oscuridad.

Derrotadas mis
ilusiones, decidí volver.

Me sequé las lágrimas
con el puño de mi anorak.
Pero de pronto algo que
brillaba en el suelo captó mi
atención. Me agaché y
revolví con los dedos entre
la tierra y tiré para
desenterrarlo. Era una
cadena larga, luego tiré más
y apareció un trozo de tela
del tamaño de mi mano. Lo
sacudí y acerqué el foco de
luz, observé que no era un
trozo de tela sino un

monedero de lentejuelas azules con una cadena muy larga que estaba partida.

Lo sacudí con delicadeza, pero las lentejuelas iban desprendiéndose con el ligero roce de mi mano. Era evidente que debía de llevar muchos años allí y lo que más me desconcertó es que parecía un bolso de juguete, para una niña.

Sentí escalofríos subir por mis brazos. Enfoqué el suelo y comencé a revolver entre la tierra con la esperanza de encontrar algo

más que me explicara qué hacía aquello allí pero no vi nada, solo un reguero de cera. Gotas de cera de color oscuro que se dirigían hacia la pared.

Me incorporé del suelo y seguí el rastro.

Enfoqué con la linterna y palpé con las manos, pero la pared era uniforme en toda su superficie, no parecía posible que hubiera ninguna puerta, no tenía sentido.



Entonces en un impulso inconsciente enfoqué el haz de luz de la linterna hacia el techo y lo que vi me dejó impresionada: había un símbolo dibujado con pintura roja. Era parecido al símbolo del caduceo. Dos dragones alados: uno rojo y otro blanco que entrelazaban

su cola a un bastón que terminaba en una esfera. En medio de ambos dragones había una cruz de malta, pintada también en rojo.

Me pregunté quién lo había dibujado y porqué. Pero también me pregunté, qué función podía tener el túnel y porqué se habían molestado en construirlo, solo para llegar hasta una sala cuadrada, vacía, oscura y sin ventilación.

Cuando salí a la superficie de nuevo, agradecí el aire frío en mi rostro y el olor a musgo y

tierra mojada. Rosco me había esperado cerca de la trampilla y se alegró de verme, pero no tanto como yo a él.

Una vez arriba bajé la tapa de hierro y al soltarla retumbó el sonido metálico en el bosque ahuyentando a las aves que debían descansar plácidas en ramas y nidos.

Pensé que había sido una estupidez bajar, que me había puesto en peligro para nada, me sentí ridícula.

Ahora es más fácil ver el conjunto de sucesos

unidos entre sí desde mi perspectiva y me duele lo duramente que me juzgaba. Me hubiera gustado enviarme notas desde el futuro para darme ánimos, para decirme:

— *Continúa estás cerca. No desesperes, cree en ti.*

Pero eso no es posible... ¿o sí?

Agradecí el baño caliente que me había preparado la doncella de mis padres. Tuve que soportar su mirada de soslayo cuando se

llevaba la ropa y luego le di la razón al mirarme al espejo del armario y ver mi pelo lleno de telas de araña y los churretes de mi cara. Sentí alivio de que todavía no hubiera venido mi familia para verme de tamaña guisa.

Después del baño me puse un chándal gris y negro y bajé al salón, tomé una revista de decoración y comencé a ojearla. No esperaba a nadie hasta pasadas unas horas pero el timbre de la puerta sonó.

Esperé que el mayordomo abriera, pero

después de unos minutos el timbre volvió a sonar.

Lancé un suspiro de fastidio, me levanté, caminé hasta el hall y abrí, pero para mi sorpresa no había nadie. Caminé unos pasos por el porche de la entrada pero allí tampoco veía nada. Pero entonces, cuando estaba a punto de cerrar la puerta, al fondo del jardín donde empezaban los árboles del bosque, vi una niña.

Estaba muy lejos para identificar su rostro pero temí que fuera Aina.

— ¡Aina ven!— le

grité.

La niña se adentró en el bosque.

— ¡Aina, detente!
— grité mientras corría a través del jardín.

Estaba cegada por la visión de Aina y no me detuve hasta que escuché el sonido de un claxon a mi espalda: era el todoterreno de mi hermana.

Corrí hacia ella y le dije angustiada:

— ¡Aurora, Aina está en el bosque! La he visto correr hacia adentro.

No puedo expresar con

palabras el rostro que se le formó a mi hermana cuando le hablé pero sí percibí que sentía pena.

— Sandra tranquila, está aquí conmigo.

— Yo... la he visto... ha picado la puerta y...

Aurora abrió la puerta de su automóvil y me mostró a sus tres hijos todavía atados con el cinturón de seguridad en sus sillas. Me miraron desconcertados aunque no tanto como yo misma lo estaba en ese momento. Estaba segura de lo que había visto pero desde

luego también estaba segura de lo que me mostraban mis ojos en ese momento y me sentí confusa.

— Hay una niña en el bosque — afirmé—. La he visto y antes de ayer también la vi en el bosque.

— ¿A qué juegas? ¿Acaso quieres asustar a mis hijos?

— ¡No! Yo jamás haría eso, créeme.

Aurora me lanzó una fría mirada.

— Haz el favor de meterte en casa. No hay ninguna niña— me dijo

cuando vio que quería ir hacia el bosque para buscarla.

No hay ninguna niña, retumbaba en mi cabeza una y otra vez. Pero yo la había visto, y si no era Aina, era una niña que se le parecía mucho. Intentaba convencerme de que tenía razón pero ahí estaba Aina sentada junto a los demás niños jugando tranquilamente bajo el árbol de Navidad en el salón. Y en ese instante deduje que si no era una niña de carne y

hueso era un espíritu, como Miguel Garrido y Evaristo García. Un espíritu que no descansaba en paz.

Maldije el día que tuve el accidente, maldije porque no morí en él, porque había vuelto de entre los muertos para ahora poder verlos también a ellos y no me iban a dejar vivir en paz.

Durante el almuerzo noté las miradas de reojo de mi hermana, parecía estar observando todos mis movimientos. Me hacía sentir incómoda, me levanté

y me senté en el salón cerca de la chimenea en la que ardían varios troncos de encina.

Vi desde allí como Aurora hablaba con mi madre y me miraban. Yo sabía de qué hablaban, pero no me gustó el gesto en el rostro de mi madre: negó varias veces con la cabeza y soltó un largo suspiro. Parecía preocupada. En aquellos momentos odié a Aurora por no confiar en mí.

Al cabo del rato apareció mi madre con un vaso de café con leche y me

lo ofreció.

— Sandra, tómatelo, te sentará bien.

Lo tomé aunque tenía un sabor amargo y áspero.

Me desperté por el sonido de una pistola de juguete que sonaba en el pasillo. Mis sobrinos y dos niños más entraron en la habitación y comenzaron a corretear y gritar. Saltaron por encima de mi cama y luego se marcharon hacia otra habitación.

Miré desconcertada el reloj que marcaba las doce y

doce del mediodía y la fecha: veintiocho de diciembre. Me incorporé de golpe de la cama. Había estado durmiendo desde el día anterior después de comer.

Pensé cómo había llegado hasta allí, no recordaba nada. Ni siquiera recordaba haber escuchado a Joan durante la noche. Porque nosotros ya no dormíamos en la misma habitación desde el día que me pegó, pero en casa de mis padres no había otra salida, había que fingir.

Bajé al salón, mi tía y mi abuela hacían encaje de bolillos cerca de la ventana mientras mi madre veía una revista de decoración.

— ¡Buenos días!— me dijo mi madre— ¿Ya te has levantado?

— ¿Por qué no me has despertado?

— Sandra, estabas muerta de sueño, no he querido molestarte.

— Pero me he perdido la fiesta en el castillo, iba a venir Marta también. Me compré un vestido nuevo. No entiendo porqué nadie de

esta casa me ha despertado
— comencé a levantar la voz
— ¡Es que a nadie le
importo lo más mínimo!

— Cálmate Sandra,
estás muy nerviosa.

Las lágrimas salían a
borbotones de mis ojos,
lágrimas contenidas por
años.

— No estoy nerviosa,
estoy harta de que me tratéis
como a una niña. Yo decido
mi vida, escúchame bien, no
consiento que me dirijas la
vida.

— ¡Cómo te atreves a
hablarle así a tu madre!

— exclamó mi abuela.

— Le hablo como se merece. Me ha drogado porque soy una vergüenza para ella. Me ha quitado de en medio porque se avergüenza de mí.

— Ayer me dijo tu hermana que habías visto a Aina en el bosque y luego Aina nos dijo que el otro día la regañaste porque la viste en el bosque sola. Sandra, estás enferma y me asustas. Estamos preocupados por ti, tememos que vuelvas a cometer otra locura y te pase algo.

No pude evitar reírme.

— Deja de fingir mamá. A ti solo te preocupa la imagen que podamos dar en sociedad.

— ¡Eres una insolente!

— dijo mi abuela.

— Déjala mamá, no sabe lo que dice— dijo mi madre a mi abuela.

— Por mucho que haga nunca soy de tu agrado, nunca haré las cosas tan bien como Aurora o como Marta, pero yo soy Sandra y deberías quererme como soy y dejar de esperar que me comporte como ellas; yo no

soy ellas, mamá. Yo nunca voy a estar a su altura, ya no os daré nietos, ni me vestiré con gusto ni tendré don de gentes. Estoy cansada, porque por más que lo intento no puedo ser quien no soy.

Comencé a llorar, sentía impotencia y desprecio de mí misma. Y supe que ellos tampoco me ayudarían jamás a comprenderme y a quererme, ellos nunca lo harían porque no estaban preparados para una persona como yo. Sentí que debía ser

un castigo para mi familia y entendí que hubieran querido deshacerse de mí en una fiesta con tanto prestigio. Lo acepté.

— Lo siento mamá, lo siento de veras.

— No sé que puedo hacer más por ti hija, no lo sé. Yo todo lo hago por tu bien.

Mi madre tenía los ojos llorosos, estaba sufriendo y me dolió en el alma.

El último día de las vacaciones de Navidad lo pasé leyendo y mirando por

la ventana del salón. Me aburría mucho y me habría gustado jugar con Aina, pero mi hermana la mantenía alejada. Ella creía estar haciendo lo correcto; protegerla de una enferma.

Pensé en lo poco que había visto a Joan y sentí que lo nuestro era un engaño de matrimonio y que si yo no hacía nada, seguiría siendo así.

Me rehuía y se había pasado las vacaciones en las pistas de esquí y por las tardes en el club social de un hotel de lujo de la comarca

con los demás hombres. Pero el olor de otra mujer que traía adherido en su ropa, delataba sus mentiras.

Aunque no habían sido unas vacaciones diferentes, era más de lo mismo, pero yo ya no era la misma. No me daba cuenta, porque seguía enganchada al pasado, pegada a la imagen que yo misma y los demás tenían de mí. Pero ya había cambiado y lo que nacía en mi interior era fuerte, poderoso.

Aurora se acercó al salón para despedirse de

nosotros:

— Bueno familia, nos vamos en cinco minutos.

Entonces la doncella se acercó y me dijo:

— Esto estaba en el bolsillo de su abrigo señora ¿Quiere que lo lave?

La doncella me entregó el bolso de lentejuelas azules que había encontrado en el túnel.

Tenerlo en las manos me desconcertó, me pareció que lo había soñado, que mi aventura en el túnel también había sido producto de mi imaginación, al igual que la

niña. Aquel pedazo de mi andanza secreta, no encajaba en ese instante.

— ¿Todavía guardas ese cochambroso monedero?
— dijo Aurora.

Sus palabras me dejaron helada.

— ¿Esto era mío?
— pregunté y a la vez que le preguntaba veía imágenes en mi mente, trozos de mi infancia que tenía olvidados.

Mi madre intervino:

— Fue un regalo de tu niñera. Siempre ibas con ese bolso a todos lados, aunque no hiciera juego con nada,

yo tenía ganas de tirarlo pero llorabas y llorabas cuando te lo guardaba — comentó — , menos mal que un día dejaste de llevarlo y jamás volviste a preguntar por él.

— Sí, lo recuerdo — dije, pero lo recordaba vagamente. Y culpé a la medicación de mi mala memoria, de que no tuviera casi recuerdos de mi infancia.

Me alejé del salón sin despedirme de nadie, absorta en mis pensamientos. Me senté sobre el grueso alféizar forrado de madera de la

ventana del comedor mirando el monedero que se deshacía en mis manos.

¿Cómo podía ser mío si lo había encontrado en el túnel del bosque? ¿O quizá nunca lo encontré allí? ¿Me estaban engañando? ¿He bajado realmente al túnel? Mil preguntas sin respuesta se amontonaban en mi cabeza ejerciendo una intensa presión en ella.

Tomé mis manos y las apoyé en las sienes, noté la zona ardiendo. Era muy doloroso, me estaba mareando.

Respiré profundo y solté el aire poco a poco por la nariz como me había enseñado Kahul. Lo hice varias veces hasta que la presión mermó y con ello el dolor. Noté como las palpitaciones se hacían cada vez más suaves hasta desaparecer por completo.

— *Cree en ti* — sonó en mi cabeza.

Me sobresalté y abrí los ojos, miré a mi alrededor pero no había nadie.

Volví a observar el monedero, lo abrí con cuidado y dentro encontré

tres barras de cera para colorear y un trozo de papel plegado. Estaba lleno de moho negro y había amarilleado.

Lo desplegué con cuidado y al mirar el contenido sentí un pinchazo en el corazón.

Lo miré varias veces antes de poder entender que el dibujo que había en el papel podría haberlo dibujado yo, pero no lo recordaba, como muchas otras cosas. En él había una niña pequeña de pelo moreno, que debía ser yo

misma, también había otra niña pero de pelo rubio más alta que debía ser mi hermana Aurora y luego otra vez me pintaba a mí misma desde una nube en el cielo como una observadora de la espantosa escena de sangre y violencia, personas con cuerpo de serpiente que iban devorándonos por las piernas.

Hubiera deseado no haberlo pintado yo. Era horrible, al igual que los dibujos del pequeño Sebas García, como si él mismo lo hubiera pintado, con oscuros

colores, negros, rojos y verdes. Pensé que por dibujos como ese, debían de haberme encerrado en el psiquiátrico. Imaginé la cara de espanto que debían de haber puesto mis profesores, al entregárselos en mano después de clase. También pensé en lo asustados que debían haber estado mis padres, al ver que su hija tenía una mente tan perversa.

Comencé a llorar, sentí lástima de mí, lástima por mi hermana y por mis padres, pensé que después

de todo, ellos solo habían querido cuidarme para que me curara.

Pero justo en ese momento, mientras miraba la única prueba que yo había tenido jamás en mis manos de mi enfermedad mental en la infancia, me pregunté algo que nunca me había preguntado: *¿Sandra, por qué estás enferma?*

Fue una pregunta que llegó a mí de forma espontánea. Como si ya supiera desde siempre que las enfermedades no son porque sí, que tienen un

motivo interior profundo que las provoca y que el estado natural del ser humano es la salud.

Miré con más detenimiento el dibujo, estudié los trazos, los gestos, sentí que era un mensaje que me estaba enviando a mí misma. Necesitaba ayuda para desvelarlo y casi sin forzarlo apareció un rostro en mi mente.

Su rostro dibujó una sonrisa en mis labios.

Tenía mucho miedo, corría por el túnel. Era

pequeña, llevaba un pantalón de pana rosa y un jersey morado de lana, de mi hombro colgaba el monedero de lentejuelas azules. Algo me perseguía, era rápido. Giraba mi cabeza a la vez que corría, estaba muy oscuro.

Vi la sombra del monstruo que me perseguía su zarpa de uñas curvadas agarró mi brazo pero yo me escurrí. Entonces partió la cadena de mi monedero y yo pude escapar, y corrí lo más aprisa que pude, corrí hasta extenuarme pero el

monstruo seguía gruñendo tras de mí, era más rápido, más fuerte. Corrí hasta que mis pequeñas piernas desfallecieron y caí al suelo.

Entonces lo vi, sus ojos amarillentos de serpiente, su piel verde y sus garras. Abrió la boca y empezó a comerme viva por los pies. El dolor era muy intenso, fuerte, sentía el crujir de mis huesos en sus fauces.

— ¡No!— chillé y seguí gritando hasta que Joan me dio una bofetada en la cara. Llevaba un rato zarandeándome para que

despertara pero yo estaba todavía sumida en la pesadilla.

Destapé en un acto reflejo mis piernas de la colcha que me cubría y miré y las toqué. Comprobé que estaban intactas aunque yo seguía teniendo la sensación de escozor en ellas.

— ¡Sandra, cálmate! Es una pesadilla— me dijo mi marido que había acudido al oír mis gritos.

Froté de nuevo mis piernas.

— ¡Ha sido horrible!

Joan resopló, fue hasta

el tocador, cogió una pastilla del frasco de tranquilizantes me llenó un vaso con agua y me la dio.

— Toma, te sentirás mejor.

Asentí y me la tomé. Poco a poco la sensación fue desapareciendo y de nuevo volví a adentrarme en un profundo estado de sueño.

Esa misma pesadilla comenzó a repetirse casi cada noche.

Capítulo 14

Construí con
esmero
un iglú a mi
alrededor,
porque el
hielo de tus manos
congelaba mi
interior.

Tenía el coche
aparcado en la acera de
enfrente. Llevaba casi tres
cuartos de hora dentro de él

sin moverme. Me había puesto un traje de chaqueta gris y camisa blanca. Llevaba el pelo recogido en una coleta. De vez en cuando me miraba al espejo, sacaba la polvera y me daba algún retoque en la frente y en la nariz. Me había maquillado un poco, me había levantado con ojeras y la piel demacrada. Había dormido hasta muy tarde por culpa del tranquilizante que me había dado Joan durante la madrugada.

Miré el reloj varias veces.

Olvídalo todo, es producto de tu imaginación. ¿Qué estás haciendo Sandra?, cavilaba.

Entonces arranqué el coche y segundos después lo vi, Kahul caminaba hacia el portal de su casa acompañado de un chico delgado, unos años más joven que él. Estuvieron unos minutos hablando en el portal, se despidieron con un abrazo y después Kahul entró en el portal.

Paré el motor y salí del vehículo sin pensármelo. Crucé la calle y me dirigí

hasta el modesto edificio de tres plantas de altura donde había visto a Kahul entrar. En el interfono solo había tres botones y un montón de pegatinas de cerrajeros.

Miré de nuevo la tarjeta. Dudé unos segundos. Pensé que debía estar acompañado, que mi visita era molesta, que me había dado la tarjeta por compromiso, que pensaría que era una descarada.

Pero al final, después de unos minutos dudando pulsé el número tres.

— ¿Sí?— se oyó desde

el aparato. Dudé si era su voz al escucharla por el filtro del aparato.

No me atreví a contestar, me arrepentí y salí corriendo hacia mi coche como una tonta adolescente. Pero antes de poder entrar en él vi a Kahul que me llamaba desde un balcón del edificio.

Levantó su mano en modo de saludo.

En aquel momento me sentí más ridícula que nunca en mi vida, agaché la cabeza y froté mi frente.

Luego volví a mirarlo.

Kahul me hizo un gesto con la mano para que me subiera.

Estaba avergonzada. No sabía si montarme en el coche y huir a toda prisa de allí. Solo imaginar lo que debía estar pensando Kahul de mi comportamiento hacía que se me revolviere el estómago y que mis mejillas ardieran de rubor.

¿Por qué me ponía así?, me preguntaba.

Me acerqué de nuevo al edificio caminado poco a poco con la esperanza de que el sonrojo se fuera

atenuando a cada paso que daba.

— Hola Sandra, ¡qué sorpresa!— me dijo ya desde el portal— ¿Por qué te ibas?

— Creí que no había nadie.

— He contestado, ¿no me has oído?

Negué con la cabeza.

Kahul hizo un gesto de asombro. Luego me dijo señalando con la mano hacia las escaleras.

— Sube por favor.

Subí tras él por las escaleras. Aunque la finca

era antigua estaba limpia y bien conservada.

— Parece tranquilo.

— Sí, es una suerte de apartamento, somos pocos vecinos y la mayoría tienen más de cincuenta años. Así que por lo menos se oyen pocos ruidos. A excepción de... — dijo señalando con el dedo hacia la puerta izquierda del rellano— está un poco sorda la pobre mujer.

Y en efecto, se oían claramente las voces de los tertulianos de un famoso programa de televisión.

Me sonrió y le devolví la sonrisa.

Había dejado la puerta de su casa abierta.

— Pasa, siéntete en tu casa. Aunque la única norma que impongo a mis visitas es que se descalcen.

Rebuscó en un armario pequeño que tenía en el recibidor y sacó unas babuchas orientales.

— Toma, verás son muy cómodas— me dijo acercándome un taburete para que me sentara.

Me senté y me quité los botines de ante color gris

que llevaba y me calcé las babuchas. Eran suaves y parecían de mi número.

Seguí sus pasos hasta un amplio salón comedor escasamente decorado, limpio y ordenado. Muy luminoso gracias a una cristalera de doble puerta que daba a una terraza también amplia.

Las paredes eran blancas y el suelo de un tono rojizo. No había cuadros; dos máscaras de madera oscura de África, un tapiz oriental de un Buda en la pared de la derecha y un

dibujo de un *mandala* de tonos violáceos clavado con chinchetas eran las únicas distracciones en las desnudas paredes.

Me invitó a sentarme en lo que parecía era su sofá; un cojín grueso y largo de estampados étnicos y varios cojines más pequeños para colocarlos en la espalda.

Frente tenía una pequeña mesa cuadrada de madera rojiza.

Kahul se fue hasta una habitación y estuvo un rato dentro hasta que apareció con una bandeja y una

tetera.

Se arrodilló frente a mí y me sirvió un té.

Me sentí incómoda, no sabía bien porqué, quizá mi mente no relacionaba a Kahul fuera del club. Pensé que estaba invadiendo su intimidad, que no tenía derecho de estar allí con mis preocupaciones paranoicas. Pensé que turbaba la paz que emitía él y todo su entorno, que contaminaba su pureza.

— Siento molestarte. No sé por qué he venido, yo...

Se sentó en otro cojín

frente a mí y me sonrió.

El gesto de su rostro me transmitió confianza. Su presencia aportaba tranquilidad y su sonrisa ablandaba la dureza con la que constantemente me juzgaba.

— Tranquila, yo te ofrecí mi tarjeta. Sabía que algún día vendrías.

— Gracias.

— Todavía no me las des, aún no sé si puedo ayudarte, porque buscas ayuda, ¿verdad?

Su pregunta me dejó desconcertada; ¿por qué si no

habría venido?>

— He tenido algunas pesadillas más, después del taller y me gustaría consultarte porque no sé qué significan y siempre están relacionadas con lo mismo.

— Yo no puedo decirte qué son, pero puedo ayudarte a que tú misma saques tus propias conclusiones.

— ¿Cómo? No sé.

— Yo te guiaré pero debes confiar en mí, pero sobre todo, debes confiar en ti misma.

Aunque tenía razón,

para mí era difícil confiar en mí misma porque nadie lo había hecho nunca. Yo despreciaba mi propio juicio, jamás me enseñaron a creer en él, solo a seguir el criterio de personas que se decían más experimentadas y coherentes que yo, más racionales porque yo era clínicamente irracional, esquizofrénica, demente.

— ¿Confías?— volvió a preguntarme.

Asentí vacilante, todavía tenía obstáculos que saltar para llegar a confiar plenamente en mi intuición,

pero quería creer y esa fuerza era la que me empujaba, la que me ayudaba a crecer. Porque aunque no era consciente, seguía los impulsos de mi corazón cada vez más a menudo, de una manera suave y sutil.

Revolví en mi bolso y saqué el dibujo que supuestamente había hecho hacía más de veinte años. Lo desdoblé y se lo di.

Observaba los ojos de Kahul mirar el dibujo y comencé a ver en ellos gestos de sorpresa, también

angustia.

— ¿De dónde has sacado esto?— me preguntó, y en su tono de voz había impaciencia.

— Parece ser que lo pinté cuando era niña, aunque no lo recuerdo — me rasqué la cabeza — , como muchas otras cosas— añadí.

Levantó sus ojos del papel y los posó sobre los míos, parecía estar buscando algo a través de ellos. Sentí que podía leer dentro de mí.

Tuve que apartar la mirada, me sentía indigna y avergonzada. Pensé que

quizá no esperaba que yo pudiera dibujar tremendas monstruosidades, creí que lo estaba decepcionando, que me veía un ser despreciable.

Tomó el papel y lo miró a trasluz. Cogió un trozo de servilleta y rascó parte del moho seco que había en él. Poco a poco vimos como surgía una figura que antes era difusa.

El rostro se le transformó.

Luego me miró y me preguntó:

— ¿Recuerdas haber visto este símbolo en algún

lugar?

Lo noté nervioso por primera vez desde que lo conocía.

Cogí el dibujo y miré con más atención y vi que la figura que había dibujado era similar a la del techo de la sala bajo el túnel, aunque peor dibujada, con trazos de una niña de cinco años.

No daba crédito. En mi mente sentía la confusión que me invadía. Intentaba atar cabos pero había algo que me impedía concentrarme y ver con claridad.

Kahul me cogió de la mano y con la otra levantó mi rostro y clavó sus ojos en los míos que andaban dispersos en algún lugar perdido de mis recuerdos.

— Irania, ¿dónde lo has visto?— insistió.

— Encontré un túnel y allí había una sala. Estaba todo muy oscuro y quizá me equivoco, creo... yo... creo que estaba dibujado en el techo. Era parecido a esto. Pero no recuerdo haber estado nunca en ese túnel, sin embargo había un pequeño bolso allí de

cuando era niña y este dibujo estaba dentro. Estoy muy confundida, no tengo recuerdos de mi infancia, muy pocos e inconexos. Por eso no entiendo nada, ni las pesadillas que tengo.

— Debes llevarme allí.

Me impresionó su petición. Había venido pensando que Kahul me daría algún remedio natural o que me mandaría hacer unas respiraciones o incluso que se reiría en mi cara. Pero jamás pensé que creería ni un ápice de lo que le había contado, ni siquiera, que

tuviera la más mínima importancia.

Me sentí por primera vez en mi vida comprendida y apoyada, una sensación que me reconfortó.

— ¿Qué significa?—
le pregunté.

Me escrutó con la mirada.

— No es el momento de saberlo. No quiero que te condicione. Todavía tienes que ver algo, algo que está dentro de ti.

— ¿Qué es?

— Tienes que volver al túnel.

— Sí, te llevaré. Está a tres horas más o menos desde aquí.

— Me refiero en hipnosis, debes viajar con tu mente al pasado. Creo que es importante que veas cuando perdiste el bolso. Así quizá conozcas el porqué estaba allí.

— Es que ni siquiera estoy segura de haberlo encontrado allí. Quizá lo guardaba en la casa.

Kahul enterneció su gesto, tomó mi rostro en ambas manos y dijo:

— No tengas miedo, yo

estoy aquí contigo. Nada malo va a sucederte.

Percibía mis emociones como si las tuviera escritas en la frente y no se equivocaba: estaba aterrada.

Como siempre, dudé durante segundos, quizá minutos. Pero sus ojos, su presencia, eran tan firmes y seguros que no tardé en confiar. Me relajé en el sofá y me dejé guiar por su suave voz hacia lo profundo de mi psique.

— Sandra, busca a la pequeña Sandra, ella te necesita. Ve al momento

cuando perdiste el monedero — me dijo mientras yo ya había entrado en un profundo estado de relajación.

— Tengo mucho miedo, está oscuro — describí. Me veía de pequeña pero tenía los ojos cerrados muy apretados. — Yo estoy a tu lado, te tomo de la mano, siente mi mano, yo te protejo— dijo Kahul. Apreté su mano con fuerza, sentí la energía que me transmitía, entonces me atreví a abrir los ojos dentro de mis recuerdos. — Está

oscuro — le dije.

— Abre los ojos.

— Ya los he abierto pero no veo nada.

— Escucha los sonidos de tu entorno, siente los olores... — me sugirió.

Puse atención a los recuerdos que me enviaba el subconsciente, me concentré y entonces escuché voces de hombres adultos.

Intenté moverme pero estaba atada. Toqué y sentí una cuerda que apretaba mi muñeca.

— Estoy atada.

Oí de pronto unos

gritos aterradores.

Me removí del sofá.

— Puedes desatarte cuando quieras, ahora eres Irania, eres fuerte, tienes coraje.

Pero yo tenía miedo, no quería ver y las cuerdas eran mis propios bloqueos.

— Debes enfrentar tu miedo.

Seguía sintiendo como si fuera una niña de cinco años, seguía sintiéndome frágil, sin fuerza, perdida.

— Ahora estás libre, yo estoy contigo.

Sentí cómo apretaba mi

mano y ese simple gesto me dio la fuerza para levantarme y deshacer el nudo que me impedía enfrentarme a los recuerdos bloqueados en mi mente.

Seguí un hilo de luz que salía de una pared en el túnel, de ahí comenzaron a salir gritos y voces, gruñidos de bestia.

— Algo malo pasa en el túnel, no quiero mirar.

— Ellos no te ven.

— Tengo mucho miedo, estoy en peligro.

Me acerqué poco a poco intentando no hacer

ruido. Sentí como el corazón se me aceleraba al acercarme más y más a la rendija de luz que salía de la pared.

Cuando por fin llegué acerqué el ojo y miré.

— Irania, ¿qué sucede?
— me preguntó.

Aunque parte de mi mente sabía que estaba en el apartamento de Kahul, que él estaba a mi lado, otra parte de mí, se sentía en peligro, aterrada, muerta de miedo y era una sensación tan poderosa que me impedía ver con claridad

aquello tan horrible que estaba pasando tras la pared, algo que jamás debió ver una niña. Y era esa parte de mí que estaba dañada, la que tenía miedo, la que no quería avanzar, ni crecer.

Negaba repetidamente con la cabeza.

— No puedo. No puedo hacerlo, es feo.

— Sí puedes, ya lo has visto antes, recuerda dónde perdiste el monedero.

Volví a mirar aunque los gruñidos eran más fuertes, entonces los vi, humanos con cabeza de

serpiente y fauces de dragón. Llevaban una túnica negra y capucha pero sus manos eran visibles, eran de piel verde y uñas largas.

— Son hombres con cabeza de serpiente, como reptiles.

— ¿Qué están haciendo?

— Como una ceremonia o algo así, no lo sé. Veo velas negras en candelabros de oro. Oigo gritos de niño.

— Sigue Irania, lo estás haciendo muy bien.

Entonces vi un altar de

piedra.

— Hay un niño sobre un altar.

— ¿Quién es?

— Está tapado con un trapo negro, pero noto cómo se mueve.

— Irania puedes entrar, no hay peligro, yo estoy contigo. Debes destapar al niño.

No tenía valor para hacerlo, no podía traspasar la puerta. Los reptiles seguían allí; para mí aquella visión era tan real y dolorosa como una escena que pudiera vivir ahora.

— Ahora vas a ver al niño, vas a recordar qué le sucedió.

Entonces vi cómo uno de los seres reptil se acercaba al altar, el niño gritó al sentir las garras en los tobillos, intentaba desasirse sin remedio.

El reptil cogió el trapo y lo quitó.

— ¡No!— grité.

— Tranquila, sigo contigo.

— ¡Soy yo!— grité—
¡Me comen por los pies!
¡Suéltame!

Las pulsaciones de mi

corazón se habían disparado.

— Irania, estás en mi apartamento no lo olvides, estoy a tu lado.

Pero yo me había quedado atrapada en mi mente, en aquel espantoso recuerdo que había grabado en ella.

Luego se acercó otro reptil y otro: me rodearon y me miraban mientras yo era comida viva. Les gustaba, sentía que disfrutaban con ello.

— Sigue observando la escena como una adulta, ya no eres ella, sigue mirando

desde fuera Irania, no te impliques.

— ¡Me comen por los pies! Me duele mucho, mucho.

— Ahora eres adulta, ahora puedes comprender, observa bien y lo verás con otros ojos.

Entonces me alejé y volví a ser una observadora, y me vi boca abajo, con mi cuerpecito desnudo ensangrentado, y aquel horrible monstruo violándome.

— ¡No! ¡Dios mío!
¡No!— gritaba.

Aquella imagen era espantosa. Sentí asco de mi misma por siquiera pensarla.

— ¡Estoy muerta! ¡Me han matado! ¡Estoy muerta!

— Irania, contaré hasta tres y vuelves al prado: uno... dos... tres.

Me incorporé de golpe gritando, estaba aterrada.

Kahul me abrazó.

— Tranquila, ya pasó todo.

Las lágrimas comenzaron a salir y lloré sin poder remediarlo.

No sé cuánto tiempo permanecí en sus brazos ni

cuánto tiempo estuve llorando, pero aún así el dolor no desaparecía.

Kahul me dejó en el sofá y luego me trajo una infusión.

— Toma, es una mezcla de hierbas medicinales. Te harán bien.

La tomé a sorbos, era amarga, aunque no tanto como la tristeza que expulsaba mi llanto.

— Irania, siento lo que has visto. Sé que es doloroso pero debes reconciliarte con tu pasado, perdonar y olvidar.

— Eso no puede formar parte de mi pasado, no tiene lógica, no tiene sentido. Yo nunca he estado en esos túneles de pequeña, no existen los seres reptiles. Eso nunca sucedió. Lo estoy inventando todo. Ahora he entendido lo enferma que estoy.

— No estás enferma. Entiendo que lo que has visto quizá sea terrible, por eso mismo lo has bloqueado, pero no creo que estés inventándotelo todo. Puede que lo transfigures, pero yo te creo.

Lo miré y me devolvió una sonrisa, la sentí sincera.

— No distingo lo que es real de lo que no lo es.

— Esto es real — dijo enseñándome el dibujo que había pintado de niña—. Y el monedero también lo es. Algo malo te sucedió, algo que te ha impedido llevar una vida mentalmente sana y estás en el camino de descubrirlo. Pero si no crees en ti, todo el trabajo será inútil.

— Pero no tiene sentido. ¿Seguro que esta técnica es fiable?

Vi como el rostro de Kahul se tornaba serio.

Cogió las tazas vacías y la tetera de hierro forjado y las depositó de nuevo en la bandeja. Se levantó en silencio y se marchó, supuse hacia la cocina, dejándome desconcertada.

Al cabo de unos minutos llegó y me dijo:

— Bueno, creo que es suficiente por hoy. Debes descansar.

Aunque él lo hacía por mi bien yo pensé en ese momento que me estaba echando de su casa de

manera elegante.

— Gracias por todo
— le dije en el umbral de la
puerta.

Me miró fijamente,
sonrió con suavidad y me
dijo:

— Vuelve cuando estés
lista.

Quería volver atrás y
borrar de mi mente todo lo
que había visto en la
regresión, porque aquellas
imágenes aparecían en mis
sueños, me estaban
demoliendo la cordura,
haciéndola añicos, dejando

pedazos ajados aquí y allá. Desmontando toda la estructura que yo había creado a mi alrededor y que me hacía encajar medianamente bien. Una estructura que me daba seguridad, aunque fuera muy poca, pero a mí me bastaba para ir malviviendo. Al menos hacía que vivía, o fingía vivir, pero me di cuenta de que me daba igual. Una parte de mí quería seguir así, en el engaño de creer que todo había sido por mi culpa. Ya me había acostumbrado a ello, a

pensar lo que me habían dicho de qué había nacido enferma. Era cómodo, ya que no tenía a nadie a quien culpar y me sentía víctima del caprichoso azar de la genética. Que había sido presa de la mala suerte. Pero entonces surgía la lucha, porque la otra parte de mí, que ya no quería callar, tampoco quería esconder lo que me había sucedido. Yo tenía pánico, terror a dejarme llevar por lo que mi mente me estaba mostrando porque me conducía a un estado jamás experimentado,

un estado que pensé me conduciría al abismo más oscuro de la demencia, del que jamás podría volver. Y sentí que aquel lugar era un callejón sin salida donde me daría golpes contra la pared, y cuando quisiera volver ya no habría puerta, sino otra pared, arriba y abajo cada vez más estrecha que me aplastaría y me engulliría hasta hacerme desaparecer. Y jamás volvería a ser Sandra, ni Irania, ni nada, ni tan siquiera un recuerdo de consciencia de haber existido alguna vez.

Capítulo 15

Bajé la
mirada,
extasiada de
la luz que
irradiabas.

Estuve semanas con la frase de Kahul rondando mi mente. Me había hecho sentir mal, como si lo hubiera defraudado y no debía importarme, pero sí, me importaba lo que pensara

y comenzó a importarme lo que sintiera y la imagen que tuviera de mí.

No dejaba de pensar en lo que había vivido en regresión y seguía dudando de la historia que había montado mi mente y seguía sintiéndome cada vez peor, porque si mi mente era capaz de inventar esas monstruosidades desde que era una niña, es que yo debía ser algo malo. Pero Kahul creía en mí y era lo único que me daba esperanzas para no lanzarme al vacío desde cualquier azotea. Pensaba en

el día de la semana que tenía clase de yoga para ir y simplemente verlo. Pero me sentía tan pequeña y sucia a su lado que al final me arrepentía y no iba.

El día que por fin me decidí a reanudar las clases, Marta y yo llegamos tarde por culpa de las obras y el tráfico que se había acumulado. Por el pasillo nos encontramos con una alumna.

— Lidia, ¡cuánto tiempo sin verte!— le dijo Marta. Ambas se dieron dos besos en la mejilla y luego

Lidia se acercó a mi e hizo lo mismo. El fuerte olor a perfume me hizo estornudar. Llevaba una capa grasienta de maquillaje que me resultó muy poco natural.

— ¿Ya no vienes a Yoga?— le pregunté.

Lidia se atusó la melena cobriza e hizo un gesto de hastío.

— ¡Ni hablar! Es un asco, me aburro mucho y aparte no me van los maricones. Oye, guapas, ya quedaremos para un *coffe*, ¿vale? ahora voy a Pilates ¡*Ciao!*

Lidia se marchó cimbreado su cintura con exageración.

— ¡Te has fijado!
— exclamó Marta siguiéndola con la mirada.

— Sí, es una homófoba
— dije.

— ¿Qué?— me preguntó.

— Ha insultado a Kahul.

— ¡Me refiero a sus tetas! ¡Se las ha vuelto a tunear!— me dijo.

Me hizo reír, como siempre.

Cuando nos acercamos

a la clase la puerta estaba cerrada. Kahul nos miró desde dentro señaló un ficticio reloj en su muñeca y nos dijo adiós con la mano dándonos a entender que no iba a permitir ninguna irrupción. Dentro estaban el resto de alumnas ensimismadas en los ejercicios.

— ¿Pero que se ha creído, éste?— dijo Marta con indignación — ¡Vamos anda!— exclamó.

Solté un suspiro de impotencia, de desilusión.

Nos fuimos a pasear

por un centro comercial de la Avenida Diagonal.

— ¡Oye! ¿Qué vas a ponerte para la presentación?— me preguntó Marta sacándome de mis pensamientos.

— ¿Qué? — le pregunté.

— ¡Es este viernes! ¿Todavía no has escogido la ropa? — me preguntó con un gesto de seria alarma en su rostro.

Negué con la cabeza. Había olvidado la fiesta y al recordarla comenzó a dolerme el estómago, no me

sentía preparada ni para presentar caramelos en un parvulario.

— No me lo puedo creer. Lo tuyo es muy fuerte — me regañó.

Marta me ayudó a escoger un vestido en una boutique de alta costura y exigió que los arreglos debían ser para mañana. Aun así la dependienta accedió, en parte motivada por la alta comisión que debía dejarle la costosa prenda.

— Recuerda pasar mañana a probarte de nuevo el vestido — me gritó Marta

desde su deportivo al dejarme en la puerta de mi casa.

No tuve tiempo de abrir el portal cuando sonó mi teléfono móvil.

— ¿Diga?

— *¿Puedes venir a casa?*

— ¿Lila?

— *Sí, Sandra, te espero aquí.*

Lila colgó y me dejó una extraña sensación, la había notado tensa, nerviosa. Tuve un mal presentimiento.

Recordé de camino a su casa la última vez que nos

habíamos visto. Sabía que estaba enfadada conmigo y pensé que quería dejar de verme.

Cuando llegué a su apartamento el gesto con el que me recibió era más frío de lo habitual.

— Hola Lila.

— Pasa, Sandra, tenemos que hablar.

Cuando entré en la salita había un hombre de unos cuarenta años, moreno, de metro setenta. Al verme soltó al gato de Lila y se levantó. Tenía los ojos caídos con unas pequeñas

bolsas bajo ellos y un gesto serio aunque irradiaba cercanía. Llevaba una americana de pana marrón, pantalones de pinza color gris oscuro y un jersey color beige de cuello redondo.

Su presencia me desconcertó.

— Sandra, te presento a Alberto, es mi primo.

Me acerqué a él y le ofrecí mi mano.

— Mucho gusto — me dijo.

— ¿Qué tal?— le dije. Aunque todavía no entendía qué pintaba su primo allí.

Pensé que quizá se había presentado de improvisto.

— ¿Quieres tomar algo?— me preguntó Lila.

— No, gracias — le dije y la miré esperando una explicación a su urgente llamada.

Lila me ofreció asiento y Alberto volvió a tomar su lugar.

— Sandra, te he hecho venir para que hables con mi primo. Le he contado lo que pasó en Badalona.

El corazón me dio un vuelco. Mi rostro debió mostrar la angustia que

sentía porque Lila pronto se explicó:

— Tranquila Sandra, es sub-inspector de policía.

Me quedé sin palabras por unos segundos, luego exclamé:

— ¡Lila eso no me tranquiliza! ¿Por qué lo has hecho?

— Sandra, es muy grave lo que me contaste, necesitas ayuda.

— No sé de qué me hablas — negué.

— Yo conocí a Evaristo García — dijo Alberto.

Me quedé atónita.

— Sí Sandra, perdóname, no sé como salió el tema, sentí que podía confiar en él y se lo he contado todo.

Me quedé mirándolos, empezaba a desconfiar de ellos.

— Ese hombre había venido a mí hace un año denunciando el extraño suicidio de su hijo. Le abrí el caso, como corresponde, investigué poco, es la verdad, ya que me pareció un desquiciado. Y hace un mes sus vecinos lo hallaron

muerto en su apartamento. He de decir que me impactó el estado de su cuerpo, pero que se suicidara tampoco me pareció extraño, debido a su profundo dolor. Pero hay algo que no encaja y creo que puedes ayudarme.

— No tenías derecho — le dije a mi amiga mirándola fijamente a los ojos.

Lila agachó el rostro.

— Lo siento, Sandra, pero creo que puede ayudarte. ¡Escúchale!

Negué varias veces con la cabeza.

— Estamos hablando de investigar la empresa de mi familia relacionada con un suicidio.

— Presunto homicidio — recalcó Alberto.

Abrí los ojos de par en par.

— ¡¿Qué está diciendo?!— exclamé mirando a Lila.

— Evaristo García murió, como ya sabe, envenenado, pero el análisis del compuesto químico que hallaron en la autopsia no puede encontrarse en cualquier tienda o droguería.

He investigado primero, como es habitual, el círculo de familiares y amigos de la víctima y no encuentro ninguna persona que le haya podido facilitar el acceso a estas sustancias.

Lancé un suspiro.

— Eso es muy aventurado. Hoy en día puedes encontrar hasta cómo fabricar una bomba en internet. No puede demostrarse la implicación de Farma-Ros— le dije.

Alberto respondió:

— Todavía no, pero usted puede ayudar porque

está dentro.

Lila me tomó de la mano y me dijo:

— Sandra, siento que podemos confiar. Tú no has hecho nada, pero quizá será la manera de que los espíritus dejen de acosarte.

Miré el rostro de Alberto a la espera de alguna reacción extraña al hablar Lila sobre los espíritus.

— ¿También le has contado lo de Miguel?— le pregunté llevando una mano hacia mi corazón, aunque ya conocía la respuesta.

Lila asintió.

— Vale, gracias amiga. Conseguirás también que me encierren a mí pero en el manicomio.

— Tranquila señora Ros, estoy acostumbrado. Lila me ha ayudado a resolver algunos casos gracias a su intuición. Y aunque no comprendo cómo lo hacéis a mí me sirve. ¿Recuerdas el caso del joyero?— le preguntó a Lila.

Lila asintió.

— Pues fui felicitado por el delegado provincial. Mi prima me dio una pista con su intuición. Me dijo,

sin yo darle detalles del caso, que el cuerpo estaba rodeado de agua. Me puse a investigar y así fue como encontramos al pobre joyero, maniatado en el fondo de una balsa de agua de una finca de almendros que era propiedad de su propio tío. Fue un alivio, ya que dábamos por fallida la búsqueda.

— No se lo explicas bien, te dije bajo agua y sobre flores— recalcó Lila.

— Cierto, querida prima, pues los almendros estaban en flor y la

superficie del agua de la balsa estaba llena de pétalos caídos— dijo Alberto y todavía se le notaba el asombro al narrarlo.

Los observé esperando encontrar algún signo de mofa en sus rostros.

— No van a condenar a tu familia, solo vamos a aclarar qué está pasando y así podrás estar tranquila. Solo eso —dijo Lila.

Asentí de mala gana aunque en el fondo deseaba que todo estuviera bien para seguir con la presentación sin más irrupciones, sin más

muertos, espíritus ni suicidios.

Alberto sacó una libreta y un bolígrafo de su americana y me preguntó.

— ¿Evaristo la abordó en un parking?

— Sí, estaba en la clínica Cubí, cuando ese hombre me pidió ayuda — respondí.

— ¿Qué le dijo?
— siguió indagando Alberto.

— Que el fármaco que le habían dado a su hijo le había hecho enloquecer. El pobre Sebas tenía visiones,

seres horribles le perseguían día y noche — añadí recordando lo que había visto en el cuaderno de dibujos.

— Y es el mismo fármaco que saldrá a la venta en breve, ¿me equivoco?

— Sí, eso dice, pero yo pregunté en los laboratorios y me negaron que se hubieran hecho pruebas con niños hace un año. No he analizado las pastillas todavía.

— ¡¿Te dio las pastillas que suministraba a su hijo?!

Eso es estupendo, tenemos una prueba física — intervino Lila.

Rebusqué en mi bolso pero no encontré el frasco.

Alberto me miró con cara de preocupación.

— ¿No las tiene, verdad?

Volqué el contenido del bolso en el suelo para asegurarme, pero allí ya no estaba el frasco.

— ¿Quizás las tengas en otro bolso?— dijo Lila.

— No suelo cambiar de bolso a menudo. No sé que ha podido suceder.

— Tranquila— dijo Alberto— , busque bien y si aparecen llámeme. Señora Ros, debo pedirle que sea mis manos y mis ojos dentro de Farma-Ros. Aunque debe ir con cuidado. Es mejor que no sospechen todavía que estamos investigando. Sea discreta, le iré dando instrucciones.

Me quedé un rato a solas con Lila después de despedirnos de Alberto. Todavía digería la conversación que había tenido con su primo.

En vez de encontrarme a Lila furiosa conmigo y deseando de perderme de vista, me había traído ayuda. Aunque yo todavía no estaba segura de que Alberto pudiera ayudarme, al contrario, por mi cabeza pasaban imágenes catastróficas sobre mi familia. Me imaginaba cuando se enteraban de que había ayudado a la policía a investigarlos, veía sus caras de odio hacia mí. Pensaba en toda mi familia clavándome los ojos, insultándome por haberlos traicionado, por

haber manchado el apellido por una estúpida sospecha. Porque de momento todo eran sospechas, pero no las sospechas de alguien con prestigio mental, sospechas y visiones de una esquizofrénica.

— Quédate a cenar conmigo si quieres — dijo Lila.

— No gracias, hoy quizá venga Joan antes y no quiero que vuelva a encontrarme fuera de casa.

— ¿Vuelva? — repitió.

— Sí, el otro día pasé un rato hablando con mi

profesor de yoga y se me hizo tarde.

— ¿Ah sí?— dijo alargando las palabras mientras sonreía.

Lila cogió el mazo de cartas y comenzó a lanzar algunas al azar.

— ¡Vaya, interesante! Sí... a ver... ajá... vaya — decía mientras hacía que las interpretaba.

— ¡Lila, por favor!

— ¡Es broma!— rió — No necesito leer en las cartas aquello que puedo ver en tus ojos.

— Se llama Kahul,

somos amigos, nada más.

Lila levantó sus brazos y dijo:

— Yo no te he pedido explicaciones, ni te estoy juzgando. El amor manda.

— No siento eso por él. Aparte, aunque me gustara es homosexual.

— Lo siento, soy una bruta, ya lo sabes.

Lila abrió sus brazos y se lanzó a mí. Sentí su cariño y la presión cálida de su cuerpo como una almohada suave y esponjosa.

— Pensé que me odiabas.

— Yo jamás podría odiarte, pero reconozco que estaba muerta de miedo. Una no ve cada día un cadáver. Era mejor dejar el tiempo pasar. Sandra, ten mucho cuidado, estás en una etapa de tu vida muy importante, de cambios y aunque siento que estás protegida por los ángeles también veo peligro a tu alrededor.

No me sorprendieron sus palabras, ya las vivía en momento presente.

— Me alegra que por fin seas sincera conmigo y dejes de tratarme como una

niña— le dije.

Lila me acarició el
cabello y me dijo:

— Siempre he querido
protegerte, no me lo tengas
en cuenta.

La tomé de las manos.

— Lo sé.

Capítulo 16

No puedes
huir

¿no ves que
el fuego sale
de tu propio
corazón?

Faltaban dos días para la presentación del nuevo fármaco contra la hiperactividad en los niños. Había salido temprano de la oficina para recoger el

vestido de la tienda, lo dejé en el maletero de mi coche y después me dirigí a la consulta del doctor Vall.

Hastiada de no poder descansar la mente ni un instante, accedí a dejarme asesorar para probar el nuevo anti psicótico.

— ¿Cree que es buena idea que comience el tratamiento antes de la presentación pública? No me parece bien— le comenté.

El doctor Vall me contestó:

— Me parece excelente, ya que se

encontrará mucho más serena y capaz para ese día. Ya verá.

Pensé por unos segundos y accedí a coger la caja que me había dejado justo al lado de la mano.

La tomé y la guardé en mi bolso.

Yo lo único que quería era dejar de ver las imágenes que se habían desatado en mi mente y que me atormentaban día y noche. Quería dejar de dudar, de sentir miedo, de sentir nada.

— ¿Doctor?

— Sí, Sandra.

— ¿Qué opina de la terapia regresiva?

No se formó ninguna expresión en su rostro. Parecía no sentir emociones, había observado que durante todos los años que me había tratado jamás lo había visto transmitir nada que no fuera una aparente seguridad técnica. Sentí que se había formado una gruesa barrera impenetrable que quizá, en un principio, cuando lo visualicé joven y recién llegado a su puesto de trabajo tuvo que curtir forzosamente para no

implicarse con sus pacientes. Pero yo ahora sentía que esa estructura se había apoderado de él, creando una personalidad paralela, dejándolo atrapado ya para siempre.

— En su caso se lo desaconsejo rotundamente. Tiene una imaginación desenfrenada, nada de lo que viera en la hipnosis sería real, todo lo inventaría. Incluso llegaría a inventar traumas inexistentes a los que vincularía gente de su entorno. ¡Sería desastroso!

Sentí un escozor en la

boca del estómago.

— ¡Pero he leído de personas que han llegado a hablar idiomas extranjeros y a reconocer a miembros de sus anteriores familias!

— ¡Estos americanos y sus películas! Son todo mentiras, Sandra, mentiras para vender libros y documentales.

Me miró inquisitivo por encima de las gafas y me preguntó:

— ¿No habrá estado yendo a algún terapeuta de esos que ni siquiera están licenciados en psicología?

— No, claro. Pero he leído algo.

— ¿Por qué tiene interés por conocer esa técnica?

— Bueno, vi una película.

— ¿Acaso recuerda algo de su infancia que no me haya contado?

Golpeó varias veces con su pluma de escribir en el documento abierto donde escribía sobre mí.

— Empiezo a recordar algunos trozos de mi infancia.

El doctor me tomó de

las manos, y hasta ese día jamás lo había hecho, ni siquiera una mínima simpatía.

— Sandra, debe tener mucho cuidado con lo que lee y sobre todo, jamás vaya a ningún terapeuta de esos que se dicen alternativos a rebuscar en su memoria. Su mente es tan sensible, que con su torpeza e ineptitud podrían insertarle recuerdos que no forman parte de su vida y usted los creería como cierto. Pensaría que lo habría vivido. ¡Sería desastroso, Sandra! Le

perderíamos para siempre. Prométame que jamás hará nada que remueva sus recuerdos. Deje que yo me encargue de su mente, soy el mejor en esto.

— Pero quiero recordar mi infancia, lo necesito.

— Esta medicación nueva es muy buena, cuando esté mejor, cuando su cerebro se recupere podrá sanar y recordar su pasado con normalidad.

Sonrió y me transmitió confianza.

— Sí, es lo que más deseo. Quiero ponerme bien.

— Lo conseguirá,
Sandra, con mi ayuda y la
ayuda de su familia, ya verá.

Salí de la consulta de
mi psiquiatra confiada y con
más fuerza y seguridad.
Confiaba en su palabra y en
el cambio de medicación.
Soñaba con recuperar mi
vida y poder dejar de tener
delirios, delirios como el que
me habían destrozado la
vida, la vida de mi bebé.

Soñé de camino a casa
que hablaría con Joan para
poder adoptar un hijo, o dos,
o tres cuando mejorara.
Sentí que podía tener la

felicidad que merecía si la locura dejaba de perseguirme. Podría llevar una vida normal e integrarme en mi familia. Pensé que aquella semana iba a ser el principio de una nueva vida para mí y lo deseé con todas mis fuerzas.

Después de la presentación todo irá a mejor, me repetí una y mil veces.

Eran las ocho y cuarto de la noche. Todavía faltaba una hora para mi exposición en el evento y yo sentía que

no podría sostenerme en pie ni por dos segundos. Me habían subido las pulsaciones y tenía un terrible dolor de cabeza que aumentaba a la proporción de cantidad, de invitados que iban llegando.

El hall de Farma-Ros se había convertido, como por arte de magia, en un elegante comedor gracias al equipo de decoradores y montadores. Habían colocado una gigantesca pantalla de plasma detrás del escenario en la que proyectaban el spot

publicitario del *Pinmetil* que se vería en televisión a partir de aquella misma semana: un juego de imágenes de niños sonrientes jugando a la pelota, en la playa con un perro, en la escuela prestando atención a los maestros. Imágenes que mostraban una ficticia vida maravillosa tras el tratamiento.

Dos bellas azafatas iban entregando una bolsa con regalos publicitarios a todos los invitados que entraban. Lluïsa Alsina y su equipo de publicidad habían hecho un

excelente trabajo. Pensé por unos segundos que el desarrollo de la fiesta sería igual de perfecto y casi hubiera podido preverse el aburrido final que siempre tenían estos eventos. Pero yo estaba por medio. Y recordé las palabras de Marta y su visión se cumplió: había confirmados más de los invitados que solían asistir, entre ellos la televisión, la radio y algunos periodistas de revistas del corazón ¿Me había convertido mi padre en un gancho publicitario?

 Mi madre mariposeaba

entre la gente mientras me observaba de reojo. Cuando nos cruzábamos las miradas, ella me sonreía, sabía que estaba muy nerviosa y estaba especialmente atenta conmigo, aunque nada más verme me regañó por el vestido porque me lo habían cortado más de lo debido.

— ¿No sabes ya de sobras que tenías que llevar los zapatos que te ibas a poner para que te tomaran la medida del largo del vestido?— exclamó.

— No me acordé de recogerlos y me cerraron la

tienda, entonces llevé unos que pensé eran de la misma altura.

Para mí no era tan grave que asomaran un poco los zapatos, así podía lucirlos. Un artesano del barrio gótico me los habían forrado y decorado de la misma tela de seda azul zafiro del vestido. Pero para ella era un error del que hablarían todas sus amigas.

— ¡Qué ridículo tan grande!

Me entristeció que no se fijara en lo bien que me quedaba el vestido largo de

escote palabra de honor, ni en la belleza de los pendientes y el collar de zafiros azules que había buscado por toda Barcelona con la ayuda de Marta.

Me alejé de ella y caminé entre los invitados que me miraban en parte curiosos, en parte expectantes.

Fui al baño y me miré en el espejo. Iba perfectamente maquillada pero mis ojos no tenían luz, la tristeza no podía borrarse ni taparse con anti ojeras ni colorete.

Rebusqué en el pequeño bolso de mano y saqué la caja de pastillas que me había recetado el doctor Vall.

Tomé una y bebí un trago de agua. Las manos me temblaban.

Me senté en un taburete de madera que había, respiré profundamente varias veces seguidas y cerré los ojos. Intentaba relajarme pero solo me venían imágenes del escenario: yo arriba, delante del atrio, un silencio sepulcral y cientos de ojos clavados sobre mí a la

espera de un mal gesto, o una mala palabra.

No lograba serenarme.

“¿Papá por qué me has hecho esto?” me preguntaba.

Abrí los ojos, incapaz de encontrar la serenidad y confianza que necesitaba para hablar en público.

Sentí sudores fríos en mi cuerpo, especialmente en el rostro.

Dejé que el tranquilizante hiciera su efecto.

Miré el monedero que llevaba entre mis manos. Lo miré una y otra vez. Me

extrañó su forma, ya que no recordaba que lo hubiera comprado con lentejuelas azules. Era casi una copia a tamaño grande del monedero que encontré en el túnel.

Sentí escalofríos recorrer mi cuerpo.

— ¡Qué morbosa casualidad!— exclamé.

En ese momento entró Marta. Lucía espectacular con un vestido rojo sangre de vaporosa seda y unas sandalias de plataforma rojas en piel, daba vértigo solo verla sobre tamaña altura.

— ¿Qué haces aquí

metida?

— Estoy tomando fuerzas.

Marta me sonrió y me tomó de las manos.

— ¡Oye, lo harás muy bien! Tranquila, yo estoy delante del todo y te daré ánimos.

— Gracias, pero no me consuela mucho— le dije — . ¿Marta?— le pregunté.

— ¿Sí?

— ¿Por qué me cambiaste el monedero a última hora?

Marta se encogió de hombros.

— ¿Pero qué dices?
Ese monedero fue el que tú
misma elegiste.

Negué con la cabeza.

— No, yo no lo escogí
con lentejuelas, era de la tela
del vestido.

— No guapa,
precisamente fui yo quien
insistí en que esas
lentejuelas no te iban con el
estilo del vestido, ¿no lo
recuerdas?

Me hizo dudar.

— No era de
lentejuelas, ¿por qué quieres
engañarme?

El rostro de Marta se

transformó, parecía
enfadada:

— ¡Mira, no tengo
tiempo para tus tonterías!

Cogió la puerta y salió
del baño dejándome
sumergida en la confusión.

Comencé a sentir un
ligero mareo. Miré la hora
en el reloj del móvil y me
tranquilité al ver que
todavía tenía veinte minutos.

Subí por el ascensor
hasta mi despacho. Cogí la
carpeta con los informes de
los niños, la abrí y saqué de
nuevo algunas de las
fotografías.

— Decidme que todo va bien.

De pronto vi una silueta caminar por el pasillo.

Me giré pero no había nadie. Sentí un frío seco, recorrer mi espina dorsal.

Caminé hasta la puerta. Me asomé y vi que alguien giraba hacia el pasillo que iba hasta el área directiva.

Aceleré el paso y giré hacia la derecha para entrar en la zona de directivos.

La iluminación estaba atenuada. Solo un par de apliques de pared de baja intensidad iluminaban el

amplio corredor.

Miré por unos segundos y retrocedí al ver que no había nadie. Entonces sentí una presencia en mi espalda.

Comencé a notar como el vello de mi piel se erizaba. Todo mi cuerpo estaba alerta, casi parecía ver más que mis propios ojos, porque en realidad yo no quería ver, no quería volver a ver. El olor era suficiente para saber quién estaba cerca.

Cerré los ojos unos segundos intentando que la sensación desapareciera.

Entonces me giré y caminé de nuevo hacia mi despacho, pero alguien me esperaba en la puerta.

— Miguel— pronuncié casi en un hilo de voz.

Miguel estaba furioso, apretaba los puños, sentía la ira que proyectaba hacia mí.

De pronto comenzó a arder. Caminé hacia atrás deprisa y me tropecé con una caja de folios.

Miguel ardía en llamas y seguía gritando pidiendo ayuda.

Cerré los ojos y me tapé la cara con las manos.

— ¡Esto no es real!

Al cabo de unos segundos abrí los ojos y Miguel ya no estaba.

Respiré de alivio hasta que miré al fondo del pasillo y allí estaba de nuevo, aunque ahora era un monstruo requemado. Una figura monstruosa con trozos de piel carbonizada, músculos enrojecidos y trozos ausentes de carne, donde se veían solo los huesos.

Un grito ahogado salió de mi garganta.

— ¿Qué quieres de mi?

¡Déjame en paz!— le dije aunque casi no podía hablar entre los sollozos.

Miguel siguió allí durante unos segundos más sin dejar de mirarme con su espantosa cara despellejada.

Luego traspasó la puerta y desapareció.

Sentí un ligero alivio aunque todavía el miedo me paralizaba y no permitía que moviera ni un solo músculo de mi cuerpo.

De pronto vi como salía humo de debajo de la puerta por donde Miguel había desaparecido.

Me incorporé torpemente apoyándome en la pared.

Me armé de valor y caminé poco a poco hasta que pude comprobar que el humo venía del despacho de mi padre.

Me acerqué y escuché voces en el interior.

El corazón comenzó a latirme a gran velocidad y las manos y las piernas me temblaban, sentía la agitación correr por mis venas.

Entonces empujé la puerta y miré por la rendija

que había abierto y lo que vi me dejó clavada en el suelo.

Tendría que haberme alejado de allí al segundo, pero mis ojos no podían dar crédito: Mi padre estaba con los pantalones bajados y debajo de él sobre la mesa de su escritorio tenía una mujer, aunque yo solo podía verle las piernas pude reconocerla de inmediato por los zapatos. Pero por si me quedaran dudas en un movimiento la mujer se levantó de la mesa y se cogió al cuello de mi padre y lo besó con pasión.

“*¡Marta!*” exclamé para mis adentros al verla entregándose sin ningún tipo de pudor a mi padre que le había bajado la parte de arriba del vestido y le besaba los pechos con la ardorosa ansiedad de un veinteañero.

Tendría que haber huido pero entonces hubiera dejado de ver cómo sus rostros iban deformándose hasta convertirse en reptiles. Sentí una fuerte presión en mi garganta. La imagen me repugnaba. En ese instante salí corriendo de allí presa del terror.

Había corrido sin darme cuenta ni siquiera de la dirección que tomaban mis pasos, hasta que llegué al hall y me percaté de dónde estaba y qué se suponía que debía estar haciendo.

La gente me miraba y yo los miraba a ellos.

Lluïsa Alsina estaba en el escenario y pronunció mi nombre:

— Y con todos ustedes, la señora Sandra Ros.

Escuché el bramido de los aplausos retumbar en el espacio pero no podía

moverme del sitio.

Mi madre salió a mi auxilio y me tomó del brazo mientras me acompañaba haciéndose paso entre las mesas de los invitados.

Mi madre me dijo al oído:

— ¿Pero dónde te has metido? Llevas el vestido rasgado por detrás y el maquillaje corrido. ¡Dios mío! ¡Qué desastre! No puedes subir así.

Mi madre le hizo un gesto a Luísa que comenzó a hablar para darme tiempo.

Detrás de un biombo,

que ocultaba el equipo de sonido, mi madre abrió su neceser y me retocó el rostro con mano temblorosa.

— Voy a decir que no subes. No fue buena idea, no ha sido buena idea— repetía y sus ojos se veían llorosos.

— ¡Mamá no lo hagas! — le pedí, deteniendo el frenesí de su mano al empolvar mi rostro— Tengo que subir. Tráeme agua, ya estoy bien.

— ¡Estás temblando! No subes y punto.

Un hombre joven del equipo de producción de

Lluïsa le dijo a mi madre:

— Señora, ya es la hora.

Cuando subí al escenario me esperaban sentadas dos de las familias de las que había escogido, junto a sus hijos. Verlos me tranquilizó porque me hizo recordar el motivo por el cual estaba allí. Miré a la niña que estaba a mi derecha sentada junto a su madre. La escogí porque me recordaba a mí cuando era pequeña; una niña tremendamente fantasiosa, que se distraía con todo. Ahora miraba

hacia el suelo, sentía que estaba aburrida y ansiosa por salir. Yo también quería correr y no estar allí delante de todas aquellas personas que esperaban que la hija del gran Don Braulio Ros, la futura presidenta de la empresa, hablara por primera vez.

Puse las manos sobre el atril y miré las mesas de los invitados. Mi padre ya estaba en la mesa junto a Joan y mi madre. Ella tenía la mano sobre la frente. No supe distinguir si le dolía la cabeza o la agachaba de la

vergüenza que esperaba sentir.

Entonces Marta llegó altiva y con paso firme hasta la mesa de mi familia, la vi como se sentaba justo al lado de mi padre como si nada hubiera pasado. De hecho me miró y me sonrió e hizo que me aplaudía de manera silenciosa, luego me lanzó varios besos.

No supe cuanto tiempo pasó desde que subí hasta que pronuncié mi primera palabra pero debió ser mucho ya que la gente hacía rato que se miraban entre sí

y mi padre ya me hacía gestos con la mano desde la mesa que no lograba entender.

— Pinmetil— logré decir— no es un fármaco, es una nueva vida. Una nueva vida que emerge para aliviar el profundo dolor que miles de familias padecen. Familias como esta— entonces señalé a las familias que estaban a mi lado derecho sentadas— , que han nacido de nuevo porque... — miré a la niña que me recordaba a mí y la vi con la cabeza ladeada con

los ojos apuntando al vacío — porque ahora son mucho más felices. Son niños sanos, saludables— miré hacia el otro niño que se mordía las uñas. Y sentí que había algo que no iba bien, un presentimiento en mi interior que me decía que aquellos niños no estaban bien, aunque lo parecieran externamente, había algo en ellos que les había sido robado, algo de su naturaleza había desaparecido.

Entonces miré hacia el público y al fondo entre los

periodistas y fotógrafos
había un padre con su hijo
de la mano.

Negué con la cabeza
porque mis ojos los había
reconocido en la distancia:
eran Evaristo García y el
pequeño Sebas.

Comenzaron a caminar
entre las mesas aunque nadie
parecía verlos, solo yo.

Las manos me
temblaban.

La boca me temblaba.

Volví a mirar a la mesa
donde estaba mi familia y
los vi expectantes.

— El Pinmetil es... —

dije, pero no podía hablar. Sentía como mi mente se quebraba por segundos.

Miré de nuevo a la niña y la vi que se reía. Alguien parecía haberle contado algo pero a su lado no había nadie.

Mis manos estaban sudorosas y mi cabeza ardiendo.

Evaristo García se había acercado más y ahora podía verlos demacrados sin vida con el rostro entristecido.

Evaristo abrazó a su hijo y negó con la cabeza,

parecía estar
transmitiéndome un
mensaje. Luego comenzó a
echar espuma por la boca.

Lluïsa Alsina había
subido al escenario pero yo
no me había dado cuenta.

— El *Pinmetil* no es
bueno, todavía hay que
trabajar en él — balbuceé,
entonces sentí como mi
mente se nublababa y caí al
suelo.

La mente es poderosa y
cuenta con variedad de
herramientas para no
permitir que suframos en

exceso y en otras ocasiones se comporta como un malvado brujo que intenta sabotearnos sin piedad. Yo sentí que me había quebrado, que algo en mi interior se había roto porque comenzaba a creer en mí, pero era tan distante lo que sentía de lo que veía, y lo que veía de lo que creían los demás, que no pude responder.

Todos los acontecimientos me habían conducido al abismo, al filo. Agarrada de dos cuerdas tensas y fuertes que tiraban

de mí desde distintas direcciones. Hasta que me partieron.

Pasé un momento duro, trascendental, sobre el escenario, donde parte de lo que representaba mi vida estaba allí a la espera de que actuara como era debido y correcto y la otra parte de mí que sentía que algo no iba bien. Y defraudé a ambas.

Capítulo 17

En tus ojos
solo vi
mi más honda
decepción.

Amanecí días después en la clínica psiquiátrica Sant Jordi, donde me hubiera gustado no volver jamás. La misma clínica que había recordado en sueños donde me internaron de pequeña. Había permanecido

sedada hasta que estimaron oportuno. Una vez que entras en un sitio como ese dejas de tener autoridad sobre tu persona, otros deciden y piensan por ti. Aunque pensándolo fríamente, tampoco era muy distinto a la vida que había llevado hasta ese momento, solo que el control había sido más sutil, pero más maligno, ya que no hay nada peor que no saber contra qué o contra quién te estás enfrentando. Ahora mis carceleros tenían rostro y nombre. Y la locura me la

reflejaba el resto de residentes con sus gritos, llantos y lamentos diurnos y nocturnos.

No me contaron lo que la prensa escribió sobre la presentación, me imaginé que fue un escándalo, aunque también supuse ayudó a la difusión. Saldría en todos los medios y todo el mundo sabría sobre la existencia del *Pinmetil*.

Mi madre me visitaba a menudo pero Joan en contadas ocasiones, siempre argumentando el exceso de trabajo. Mi padre no fue

ningún día a verme aunque no me extrañó, aquella fue la última oportunidad que me había dado para perdonarme así que supuse finalizada nuestra relación. Me dolía haberle defraudado, me dolía haberlos defraudado a todos, pero yo no era alguien al que pudiera domesticarse con facilidad. Mi rebeldía era interior, una rebeldía que era mil veces más fuerte que la de cualquier guerrero que lucha contra un gobernador corrupto. Mi rebeldía era contra mí.

Aquella mañana mi madre entró con una cesta de dulces a mi habitación.

— Te la envía Marta. Me ha dicho que esta semana no podrá venir porque tiene mucho trabajo.

— ¡Llévatelos! No los quiero.

— ¿Por qué? Son tus bombones preferidos.

— Están envenenados.

La desidia o la desesperación me había soltado la lengua y en ese momento, menos que nunca, me importaba ya guardar las apariencias.

— No digas idioteces, Marta te adora.

— También adora mucho a papá. Lo adora mucho, mucho.

El rostro de mi madre se congestionó. Parecía que había dejado de respirar pero eso no le impidió juzgarme con dureza:

— No puedes dejar de sentir envidia de ella, ¿no es eso?

— Mamá estás ciega, pero creo que es mejor así. Es mejor no ver.

Dejamos el tiempo pasar durante unos minutos,

sin mirarnos ni tan siquiera a los ojos.

— Toma, te he traído la revista del mes de la moda de Milán.

Cogí la revista y la lancé al suelo.

— ¡Mamá, de qué moda hablas! ¡Estoy encerrada en un manicomio! Tu hija ve los espíritus de los muertos y la gente se convierte en reptil delante de mis ojos y oigo los sentimientos de la gente, escucho su sufrimiento ¿Y tú te preocupas de que no pierda el hilo de las

pasarelas? ¿De qué estás hecha, mamá?

— Aquí te pondrás bien, ya lo verás.

— Mamá, no voy a ponerme bien, yo soy así, siempre lo he sido y siempre lo seré ¿Por qué no me aceptas como soy?

— Dentro de un tiempo lo verás todo más claro.

Me reí y sentí impotencia a la vez. Era como hablar con un robot programado para ver lo que quería que el programa viera. Sentí que aunque le hubiera estado explicando

cosas coherentes, para ella seguiría habiendo las mismas respuestas. No supe hacerla reaccionar.

— Marta y papá están liados. Los vi con mis propios ojos el día de la presentación. Estaban en su despacho.

Mi madre me miró sin el menor atisbo de reacción o furia o sorpresa por su parte.

— No sabes ya cómo llamar la atención. Mañana vendré otro rato, esta tarde la tengo muy liada. Patricia Sousa me ha invitado a la

inauguración de una boutique de su amiga. Estaré muy liada.

— ¡Mamá! ¡Escúchame por favor! No me creas, podrás comprobarlo por tí misma. A veces va a buscarla al club de salud por las tardes— le grité desde la cama, pero ella ya había salido.

— ¡Mamá créeme!— volví a gritar.

De pronto un recuerdo llegó a mi memoria. Era pequeña y le suplicaba de rodillas a mi madre que me creyera. Ella no me hacía

caso y yo lloraba en el suelo. Estaba desesperada y me sentía muy sola. Manteníamos una conversación:

— *¡Créeme! La veo, está conmigo.*

— *¡No digas mentiras!*
— *me gritaba mi madre—*
¡No vuelvas a decirlo!

— *Está conmigo aquí, a mi lado. ¿No la ves mamá?*

Entonces lloré porque nada había cambiado, seguía igual que en mi niñez. La rueda del destino me había vuelto a colocar en el mismo

escenario, de nuevo me encontraba sola, sin nadie que creyera en mí, aunque eso ya no era del todo cierto. Pero nada es porque sí, y el Universo, en su infinita sabiduría, quería darme una segunda oportunidad. Una oportunidad para sanarme, para limpiar todo lo oscuro que había en mi vida. Aunque para ello tuviera que arrancar de cuajo todo lo podrido que me rodeaba. La podredumbre que apestaba a rancio dolor y al asfixiante perfume de la mentira.

Capítulo 18

Cómo puedes
ver la verdad
si solo miras
con dos ojos.

Tenía que reunirme con el equipo médico del centro dos veces por semana; los lunes y los miércoles. El equipo estaba formado por el jefe de diagnóstico, Agustín Vidal, la doctora Mercé Utrera, una mujer de

marcadas bolsas bajo los ojos, y de dos jovencísimos internos, quizá recién licenciados o todavía becarios, no lo llegué a saber.

Nos reuníamos en una sala que pretendía ser acogedora; tenía algo de familiar por la decoración más casual que el resto de la clínica. Los sofás eran de tela estampada en flores de diseño moderno en negro y blanco y la mesa central de cristal con patas de metal. De las paredes colgaban cuadros de paisajes

campestres de suaves colores y una larga cristalera sin cortinas permitía que la luz del sol entrara a raudales.

Me había quedado por un instante, ensimismada, mirando el reflejo de mi rostro en el cristal de la ventana. Me veía cansada, el rostro demacrado, ojeras parduscas y el pelo encrespado por la humedad. Dos dedos de pelo oscuro ya asomaban desde la raíz de mi cabello.

Solté un largo suspiro, me veía fea, sin gracia, sin

forma en mi rostro, sin fuerza en mis ojos, apagada, sin vida.

— Entonces dice que un hombre que murió en la empresa de su familia se le está apareciendo desde hace tiempo— releyó la doctora Utrera del cuaderno que tenía sobre sus rodillas — . ¿Ese hombre, le dice que haga algo en contra de su familia?

— ¡No! Miguel no me dice nada. Solo sugiere, me habla en sueños.

— ¿No le dijo que se suicidara el día que tuvo el

accidente?

— No, todavía estaba vivo cuando pasó.

Los demás tomaban notas en sus cuadernos mientras hablaba.

— ¿Quién le dijo que debía suicidarse?

— ¡Nadie! Jamás quise quitarme la vida. Yo solo estaba asustada, pensé que me perseguían para hacerme daño.

— ¿Los reptiles, verdad?— preguntó el doctor Vidal.

— Sí, eran reptiles, mi padre y mi marido se habían

vuelto como lagartos.

Sus preguntas eran mecánicas y mis respuestas, cortas, breves, sin emoción.

— ¿Cada cuánto aparecen como lagartos?

— No sé... a veces... depende.

— ¿Por qué crees que tu mente los relaciona con los reptiles?

— Es como si tuvieran una doble personalidad. Ocultan algo macabro en su interior, yo puedo percibirlo y quizá mi mente los muestra así para advertirme.

— ¿De su maldad?

¿Realmente crees que son tan perversos? ¿Qué te han hecho?

— No sé.

— Sandra, ¿cómo son tus relaciones sexuales?

Me sorprendió la pregunta.

— ¿Cómo dice?

— ¿Cómo han sido tus relaciones sexuales con los hombres?

— Bien, como todo el mundo.

— No Sandra, como todo el mundo no, estás guardando un conflicto en tu interior con los hombres que

ves representados como algo repulsivo porque no has sabido enfrentarte a tus deseos e impulsos sexuales.

No entendía hacia dónde quería llevarme el doctor con sus preguntas que cada vez me hacían sentir más incómoda.

— Las niñas tienen un deseo de ser aceptadas y reconocidas por sus padres. Sus padres son el prototipo deseado por ellas, e inconscientemente luchan por tener su cariño y atención. Tú tuviste que competir con tu madre y con

tu hermana mayor por el amor de él y no te sentiste suficientemente querida. No querías compartirlo. Esto ha creado un odio oculto hacia la figura del hombre en tu vida y te ha creado este desequilibrio emocional que pretendiste recuperar al casarte. Pero volvió a repetirse cuando tu marido atendía más a su trabajo que a ti y te has vengado de él al suicidarte y matar al fruto de ambos. Sandra, el odio que acumulas en tu interior te está haciendo la vida imposible y destruirás toda

oportunidad de ser feliz. Tú misma estás saboteando tu alegría. Reconoce que los odias porque nunca te han podido amar como tú querías y necesitabas. Tus expectativas eran demasiado altas para que las cumplieran ellos ni nadie. No es posible. Ellos no son el problema, el problema está en tu cabeza y las percepciones erróneas que se grabaron en tu mente infantil.

— ¿Qué piensas, Sandra?— me preguntó la doctora Utrera.

— Sé que ellos quieren

lo mejor para mí. Pero quieren otra persona que no soy yo. Yo nunca seré lo suficientemente buena para ellos.

— Deja de exigirte la perfección. Lo único que debes hacer es luchar contra esos fantasmas que te acechan que no son más que los recuerdos del inconsciente. Debes eliminarlos y dejar de creer que son reales, porque no lo son. Son producto de tu mente.

— Pero no puedo hacerlo, ellos vienen cuando

menos lo espero, ¿cómo voy a hacer que desaparezcan?

— El tratamiento que estamos haciendo permitirá que descanses más y estés más tranquila.

— No me gusta, me hace estar como atontada, me siento más débil. Me cuesta pensar.

— De eso se trata Sandra, de darle paz a tu mente, para que se vaya recuperando.

— Ten paciencia y verás los resultados.

— ¡Quiero irme ya! No quiero estar más aquí.

— Bueno, eso de momento no puede ser. Ahora mismo eres un peligro para la sociedad.

— ¡Yo no le he hecho nada malo a nadie!

— Eso no es cierto y lo sabes. Hay muchas probabilidades de que lo hagas y no podemos permitirlo.

— ¿Cuánto tiempo tendré que estar aquí?

— El tiempo que sea necesario.

La tristeza se apoderó de mi ser con su manto oscuro y opaco,

envolviéndome, dejándome sumida en la desesperación. Yo había creído que estaría allí por unos días pero mi familia había dado órdenes y pensé que quizá hasta me habían incapacitado legalmente para tomar el mando. Pero ahora lo veía claro, ellos se estaban deshaciendo de mí. Ya no les era útil, ahora era un estorbo molesto y una deshonra. Allí podrían tenerme de por vida y nadie jamás volvería a preguntar por mí, mientras ellos seguían con sus glamurosas

y perfectas vidas. Ya tenían a Aurora y tres nietos que seguirían sus pasos. Yo ya no era necesaria.

Todos los días después de comer me quedaba en el salón. Era amplio, soleado y muy confortable. No era de extrañar, ya que era una clínica privada para gente adinerada. Allí nos apilaban a las ovejas negras de las familias, a los raros, a los inadaptados. Para ocultarnos de la sociedad a la cual no conseguían someternos.

Había chicos y chicas

muy jóvenes ingresados. Se juntaban en grupos y seguían comportándose como si estuvieran todavía en el patio del instituto. Había escuchado sus historias de delitos, drogas y sexo precoz de boca de la señora Brustenga, una interna veterana que hacía de madre de todos. “la Columpio” que así la llamaban los internos por su destartalada manera de caminar, había adquirido ese papel por decisión propia, parecía feliz con su rol y con su familia de perturbados.

Los celadores ya conocían sus dotes y le asignaban la tarea de integrar a los nuevos, por su propia comodidad.

Conocía y juzgaba la vida de todos los internos menos la suya propia. Cuando le preguntaba, cambiaba de conversación o se marchaba para hablar con otro residente. No me importaba su vida, por eso cuando quería dejar de oírla solo tenía que preguntarle:

— ¿Y tu porqué estás aquí?

Entonces se removía de

su asiento y ponía cara de misterio. Luego decía:

— Hay cosas que es mejor no saber. Es por tu bien. Yo no estoy loca, pero tengo que hacerme la loca para seguir viva. No puedo decirte nada más, me están escuchando.

— Después señalaba con el dedo hacia el techo — . Las paredes oyen. Nos vigilan.

Ese era el momento en el que se levantaba del sofá y se excusaba para marcharse, pero aquel día no lo hizo.

— Nada es lo que parece. Yo estoy aquí por decir la verdad. Pero los que están realmente locos, son los que dan órdenes desde sus sillones de piel para matar a gente inocente, los que fabrican armas nucleares y aquellos que arrasan bosques para que sus miles de cabeza de ganado inflen los culos de occidentales ¡Ellos deberían ser los locos! ¡Ellos tendrían que estar aquí! Y no yo— tragó saliva — . No puedo soportarlo, no puedo.

Su dolor parecía real.

— Yo trabajaba en la fundación *Dar alegría*. Era jefa del departamento de contabilidad.

Administrábamos el dinero de las donaciones. Empecé a notar desvíos de dinero a cuentas en el país de origen. Investigué y encontré que, parte del dinero, se empleaba en chantajes a políticos. Pagué de mi bolsillo a gente para que investigara y no solo descubrí lo de los políticos, si no que había reventa del material que enviábamos, inflaban los precios de los

transportes y lo peor de todo — hizo un silencio — compraban armas para nutrir a las guerrillas. ¡Con el dinero para la leche y el pan de su propia gente! No hay solución, está todo podrido, ¡son demonios codiciosos!

— ¿Por qué no lo denunciaste si tenías pruebas?

— Lo hice, y esto fue lo que conseguí... — dijo frotándose el muslo derecho — una paliza en un callejón. Casi no la cuento. Dijeron que fue un robo,

pero yo no llevaba joyas, ni nada de valor. No quieren que hable, no quieren que se sepa que todo está corrupto desde arriba, desde lo más alto. Pero no puedo hablar, no puedo decir según que palabras porque después de la operación me metieron algo en la cabeza. Ahora me escuchan y si hablo algo, que no quieren que se sepa, me desconectan.

Observé sus ojos, tenían un tic que hacía que ambos se giraran hacia el lado derecho hasta casi ocultarse en las cuencas.

— ¿Pero qué palabras son esas?

— Las palabras prohibidas, las palabras prohibidas, nombres de personas importantes que están implicadas en el robo del dinero de la fundación. Roban a manos llenas y la gente no lo sabe y piensan que la gente recibe la ayuda pero llega poco, yo lo he visto con mis propios ojos, siguen en la miseria, su propia gente les engaña, y siguen muriendo de hambre.

Estuvo un rato en silencio y luego se abalanzó

sobre mí y me dijo apretando mi mano con fuerza: — A ti también te han engañado. Lo veo en tus ojos. Solté un grito de dolor. Me soltó y se puso a llorar. Luego empezó a gritar y a maldecir a personas.

Antes de que pudieran llegar los celadores para tranquilizarla, “la Columpio” entró en un ataque epiléptico.

Fue doloroso verla retorcerse en el suelo mientras los jóvenes, a los que tanto cuidaba, se reían de ella y le tiraban objetos.

Uno incluso le dio una patada en la espalda.

Me sentía culpable por haber insistido en que siguiera explicándome su historia, pero la señora Brustenga tenía necesidad de hablar, de ser escuchada y me había elegido a mí para aliviar su dolor. ¿Por qué?

Los días que siguieron “la Columpio” no volvió a acercarse a mí, y cuando lo hacía me hablaba como si nada hubiera sucedido. Volvía a ser la mamá del centro y todo volvió a la aparente calma.

Capítulo 19

¿Por qué,
rueda del destino,
me colocas
en el mismo
camino?

Cada noche me
suministraban una potente
medicación que me dejaba
dormida hasta la mañana
siguiente. Nunca me
desperté, ni volví a soñar,
hasta la hora en que la

auxiliar de turno me traía el desayuno. Menos una noche que deseé no haber despertado.

Quizá había alguien que velaba por mí y no quiso que la medicación hiciera todo su efecto, quizá mi cuerpo se estaba rebelando y mi sangre expulsaba la toxicidad química que sentía como invasora. No lo supe, pero en mitad de aquella noche sentí que alguien entraba a mi dormitorio.

Aunque no podía moverme ni abrir en la totalidad los párpados, pude

ver la sombra de dos hombres. Eran fuertes, debían ser celadores porque tenían destreza en los movimientos cuando me sacaron de la cama. Uno de ellos me tomó en brazos y siguió al otro hombre que iba varios pasos por delante e iba abriendo y sujetándole las puertas para que pasáramos.

Intenté moverme pero era inútil.

Sentí que bajábamos escaleras y luego un ascensor que también bajó durante unos segundos.

Caminaron durante unos metros hasta que entramos a una sala bien iluminada por fluorescentes.

Una vez allí, los hombres me depositaron en una camilla y luego se marcharon.

No podía moverme, solo contemplar con una visión parcialmente borrosa, pero percibía el entorno, parte de mi ser estaba alerta.

Entonces escuché el sonido de voces, personas entraron. Reconocí al doctor Agustín Vidal.

Se acercó y me abrió

los párpados. Me enfocó con una pequeña linterna, luego se acercó la doctora Utrera.

— Está K.O.

¡Empecemos!

Sentí mucho miedo, estaba aterrada pero no podía moverme ni gritar. Aunque lo intenté y grité pidiendo ayuda.

“¡Socorro!

¡Ayúdenme!” pero no salían sonidos de mi garganta, entonces supliqué y recé lo que sabía.

Vi como me colocaban una especie de corona metálica alrededor del

cráneo. Un aparato que parecía sacado de una película de ciencia ficción, de una tecnología avanzada.

— ¡Listo!

De repente sentí una fuerte descarga en mi cabeza, algo que no supe describir porque jamás lo había sentido, no era eléctrico, era acústico, ondas de sonido que atronaban a una intensidad tan fuerte en mi interior que hacía que temblara y convulsionara todo mi cuerpo.

No puedo transmitir con certeza el espantoso

dolor que experimenté, un dolor que sentí en todo mi cuerpo como si me hubieran cubierto de agujas todos los nervios, pero fue subiendo en intensidad y fue tal el dolor que llegó un momento que mi cerebro se desconectó y lo vi todo blanco y me elevé.

Sentí que había vuelto a morir. Recordé la experiencia que había tenido el día del accidente y en el fondo sentí alegría porque ya era libre. Libre de nuevo.

Contemplé la escena desde el techo, veía mi

cuerpo convulsionarse, y a mi lado los doctores anotando datos en un cuaderno. Luego miraron el monitor de frecuencias cerebrales, sentí su energía de preocupación, sabían que había muerto.

Querían borrarame los recuerdos pero me mataron con la descarga.

En unos instantes sentí rabia y odio, debió ser solo unos segundos, aunque el tiempo no se podía medir igual que en el plano físico, pero durante ese *solo* instante de pensamiento de

odio hacia mis asesinos, hizo que mi alma descendiera hacia una masa de energía muy densa.

Sentí como si bajara de nuevo hacia la tierra, casi podía percibir el suelo del sótano de la clínica. Seguía allí, junto a mi cuerpo y junto a mis asesinos.

Decidí salir y caminar por los pasillos de la planta, podía moverme, aunque con lentitud. Me sentí atraída a vagar entre la oscuridad de las salas. No tenía miedo pero sí una sensación de tristeza muy fuerte pero no

parecía venir de mi alma, era algo lejano.

Me trasladé atraída por esa oscura energía hacia una pequeña habitación.

Había una cama de sábanas azul celeste y una mesita de metal sin ningún mueble más.

Sobre la cama había una chica de unos quince años, de cabello castaño, sentada de espaldas hacia mí con un camisón también azul claro.

La tristeza provenía de ella.

No me atreví a hablarle,

pero ella sintió mi presencia y me habló sin girarse:

— ¿Me traes la cena?

Todavía no he comido. Tengo hambre.

Me acerqué unos pasos más.

— No tengo comida— le dije.

— ¿Cuándo va a venir mi madre?— me preguntó, y en su voz había inocencia, parecía ser mentalmente más pequeña que la edad que le correspondía a su cuerpo.

— No lo sé.

La chica comenzó a llorar, se tapaba el rostro con

un cerdito rosa de peluche.

Decidí avanzar más y ponerme frente a ella:

Tenía las muñecas y los tobillos amoratados. La energía que transmitía era de desesperación y tristeza. La veía que la envolvía por completo como una masa gris y pegajosa.

Tuve que apartarme un poco, me afectaba.

— ¿Quieres venir conmigo?— le pregunté.

La chica se destapó el rostro mostrando unas facciones suaves pero golpeadas por la

enfermedad. Reposó las manos sobre las rodillas. Luego me miró. Sus ojos marrones habían sido hermosos, aunque ahora lucían opacos. La mirada de su ojo izquierdo apuntaba hacia arriba y la de su ojo derecho a algún punto sobre mi pecho.

Sentí una fuerte complicidad con ella, con su dolor, con su soledad.

— No deberías estar aquí— me dijo—. No debo verte ni hablar contigo, ellos no lo permiten. Me volverán a hacer daño. No me gusta

ser princesa, no quiero que me pongan una corona, duele mucho, es una corona de espinas.

— Quiero ayudarte. Ven conmigo, yo conozco un lugar mejor.

Me sentí fuerte, parecía que sabía lo que hacía y no recordaba cómo volver hacia la pirámide, donde me encontré con mi familia de luz, pero presentía que el ángel que me guió estaba cerca.

— ¡Vete! Ellos están aquí— gritó.

— ¿Quiénes son ellos?

— La gente mala.

Me partía el alma verla tan sola y atemorizada en aquella pequeña y oscura habitación. Debía hacer tiempo que estaba muerta y supuse que su ángel no había venido a buscarla.

“¿Por qué la habían abandonado?” me pregunté.

Entonces acerqué mi mano para tocarle el hombro pero la energía que la envolvía comenzó a subirme por el brazo.

Me retiré de golpe.

Entonces los vi detrás de ella y por todos los lados.

Seres de extrema oscuridad la envolvían, estaban por el techo, salían de las paredes. Almas atrapadas en la sombra, en el dolor.

Cada vez estaban más próximas, las noté hambrientas. Venían a por mí. Me aparté pero estaban por todos lados.

No supe de dónde saqué la fuerza para escapar de allí pero sentí que debía visualizar algo positivo de mi vida. Como en un acto reflejo recordé el rostro de Kahul, vi su sonrisa y la paz que transmitía. Me aferré a

él y dejé de sentir las sombras a mi alrededor.

Entonces noté un tirón hacia arriba o hacia algún lado que yo sentía que era más elevado, más amable, más luminoso.

Abrí los ojos y allí estaba mi ángel, el mismo que me había conducido hacia el templo pirámide el día del accidente.

— Gracias que estás aquí— le dije y me abracé a él— ¡Tenemos que ayudar a esa pobre chica!

El ángel me miró con unos ojos repletos de ternura

y me dijo:

— Ya la has ayudado.

— ¡Pero no he hecho nada!

— Ya lo entenderás.

De pronto sentí que algo me succionaba.

— ¿Qué me está pasando? ¡Ayúdame!— grité.

— No puedo pararlo, no debo hacerlo.

Me desperté de golpe en la cama de mi habitación.

Miré asqueada la estancia. Todavía estaba en la clínica psiquiátrica Sant

Jordi.

Entraba una luz tenue por la ventana. Parecía que estaba anocheciendo o amaneciendo. No estaba segura, me sentía desorientada.

Para mi mente, solo habían pasado unos segundos desde que había estado hablando con mi ángel de la guarda. Lo recordaba, recordaba todo lo que había vivido y no como un sueño. Era real, lo sentí como real.

Sentí una agradable sensación de paz y felicidad,

la misma sensación que cuando había despertado del coma, pero con la diferencia de que ahora recordaba de dónde procedía.

Deseaba tener un teléfono para llamar a Lila y contarle todo lo que había vivido, sabía que ella sí me creería, pero me lo habían prohibido.

Lloré de felicidad porque sentí que no estaba sola, que había seres que se preocupaban por mí y que siempre me protegerían si así yo lo pedía. Fue un momento dulce, mágico que

me dio fuerzas para seguir queriendo vivir. La esperanza empezaba a florecer poco a poco en mi interior.

Nadie vino durante lo que quedaba de tarde para visitarme. Solo una auxiliar con el vaso de pastillas y el agua.

Las tragué delante de ella, tomé el vaso de agua y con una amable sonrisa se despidió de mí hasta la mañana.

Cuando cerró la puerta escupí las dos pastillas que

me había dado sobre la palma de mi mano.

Me levanté de la cama, sentía mi cuerpo débil y maltrecho. Mi cabeza estaba despejada aunque dolorida.

Caminé hacia el baño y tiré las pastillas por el wáter, luego oriné y tiré de la cisterna.

Algo en mi interior me decía que debía dejar de tomarlas.

El jueves por la mañana volví a ver al equipo médico. En aquella ocasión no tuve que esperarlos, ya

estaban allí, y deduje que hacía rato. Cuando entré parecía que habían estado teniendo un acalorado debate.

La reacción que tuve al verlos frente a mí me tomó por sorpresa, quería odiarlos pero sentí una fuerza que me acompañaba a mi lado, sentí que mi ángel estaba conmigo.

Entonces me tranquilicé.

— Buenos días, Sandra — me dijo el doctor, y era raro que él comenzara a hablar, siempre permanecía

en silencio hasta pasados unos minutos.

No contesté.

— ¿Cómo se siente hoy?

— Muy bien— contesté y le ofrecí una sonrisa cínica.

El doctor le lanzó una mirada de preocupación a la doctora Mercé Utrera.

— Aunque mejor me voy a sentir cuando le diga a mi padre que me secuestraron durante la noche y me llevaron a un sótano a electrocutarme el cerebro. Estuve clínicamente

muerta, vi el monitor que tenía a mi izquierda.

Ambos se removieron de su asiento mientras los jóvenes becarios me miraron y luego miraban a ambos especialistas.

Noté la palidez en el rostro de la doctora Utrera.

Se instaló un momento de tensa confusión porque mis palabras sonaban seguras y firmes. En mi vida antes había sentido tal convicción.

— ¡Denme un teléfono!
Quiero llamar a mis padres
— ordené.

— ¿Dices que te matamos? Entonces... ¿qué haces aquí?— me preguntó el doctor Vidal lanzándome una mirada socarrona. Se estaba burlando de mí.

— Luego me reanimasteis, ¡estúpido! Lo vi todo desde arriba ¡Quiero hablar con mi madre ahora! Os voy a denunciar.

— Sí Sandra, cálmate, ahora te traerán tu móvil— me dijo la doctora Utrera con una sonrisa complaciente.

De pronto escuché la puerta y dos celadores

entraron y me tomaron de los brazos.

— ¡¿Pero qué hacen?!

Intenté desasirme de ellos pero tenían una fuerza descomunal.

La doctora se acercó a mí y me clavó una jeringuilla.

— ¡No! No pueden hacerme esto. No tienen derecho a decidir por mí, ustedes me secuestraron durante la noche. ¡Yo estaba consciente!

Las lágrimas llenaban mis ojos y se vertían sin freno por mis mejillas ante

las impasibles miradas de los psiquiatras.

Fui viendo sus rostros cada vez más borrosos y mi cuerpo cada vez más débil. Hasta que perdí el conocimiento.

Capítulo 20

Te llamé
gritándole al
silencio,
sabiendo que
escuchabas,
a pesar del
fuerte viento.

¿Cuánto tiempo me
mantuvieron sedada o
drogada? Días... semanas...
no lo sé. Me pasaba el día
atontada delante de la

ventana de la sala común, junto a otros internos.

¿Dónde estaba mi consciencia? Tampoco lo sabía, no me importaba nada. La medicación que me proporcionaban me quitaba las ganas de vivir. Era como si me hubieran arrancado el alma y solo quedara una pequeña parte de mí, lo justo para comer, beber o realizar las funciones más básicas del ser humano. Me habían desactivado la alegría, los sueños, las capacidades creativas. Era un androide sin sentimientos.

Pero alguien seguía velando por mí, ahora lo veía a mi lado todo el tiempo. Era mi ángel guardián, mi guía espiritual. Me sonreía, me transmitía paz, me decía que fuera fuerte:

— Irania, no estás sola, no permitas que ahoguen tu luz. Tu familia te ama. El consejo de los doce está velando por ti— me decía mi ángel— Tú puedes con el veneno que te han introducido. Puedes neutralizarlo, ¿quieres? Ellos no lo harán, no bajarán la

dosis, les has descubierto.

Yo asentía con la cabeza y le sonreía.

— ¡Hazlo! Cree en ti. Puedes hacerlo. Permite que tu cuerpo lo expulse, no lo aceptes. Siente como tus células están llenas de luz, de fuerza. Nadie puede acallar el espíritu y el amor que brota del mismísimo centro de tu corazón. Ningún químico es lo suficientemente fuerte para apagar tu alma. Visualiza como es rechazado por tu sistema, observa cómo vas expulsándolo ¡Tú puedes!

¡Hazlo! Es tu don, lo has
hecho otras veces
¿recuerdas, Irania?

— ¿Con quién hablas
cariño?— me preguntó Inés,
la auxiliar que aquella
mañana cuidaba del salón
común. Después de
limpiarme las babas que
colgaban de mi boca, se
agachó y me miró como
esperando una respuesta.

Miré a mi ángel.

Él negó con la cabeza.

Miré a Inés
suplicándole ayuda con mis
ojos, pero no podía hablar.

Salió una lágrima de mi

ojo.

Inés se alejó al escuchar a otro interno que se discutía con un enfermero.

Yo quería creer en la visión del ángel, pero estaba sumida en una tremenda desesperación. Mis fuerzas y mis creencias estaban subyugadas, atrapadas, y mi fe en la bondad de la gente rasgada.

Y los sueños habían dejado paso a las pesadillas, unas terribles visiones que se habían desatado del

subconsciente y que me hacían el sueño intermitente, angustioso.

Estaba desesperada, tenía pavor de quedarme dormida porque sabía qué me esperaba allí.

Aquella noche corría por el túnel que encontré en la finca de Boí, corría desnuda perseguida por monstruos lagartos. Intentaba esconderme en una habitación llena de trastos, era oscura pero yo podía ver. Me escondí en lo más profundo detrás de una pequeña puerta. Pero

siempre me encontraban, luego me llevaban a una sala circular y me ataban a un altar, allí me violaban los lagartos enfundados en sus túnicas negras.

Me despertaba gritando, una noche tras otra, devorada por la oscuridad. Asfixiada de mis propios miedos. Me repetía sin cesar que no estaba loca, que todo tenía un sentido como había aprendido de Kahul, pero la esperanza menguaba.

Los somníferos empezaban a no hacerme

ningún efecto. La mente era mil veces más poderosa que ningún fármaco, y mi subconsciente no quería que yo olvidara lo que Kahul había despertado de mi interior con la regresión que me había practicado. Llegué a odiarlo por habérmelo hecho, llegué a creer que él formaba parte de un plan para volverme loca. Pero era mi mente la que hablaba desesperada por no poder dormir, pues mi corazón seguía anhelando su presencia y no dejaba de recordármelo a cada

instante.

Mi corazón lo llamaba desde la distancia, le suplicaba ayuda.

Era tan fuerte mi deseo que llegué a verlo una noche a los pies de mi cama. Me sonreía y sus ojos brillaban.

— ¡Ayúdame!— le dije. Pero se evaporó al instante.

— ¡Ayuda por favor! — clamé— Yo creo en mí, yo creo en mí, yo creo en mí — repetí cientos de veces hasta que me dormí.

Al cabo de unas horas me desperté, pero esta vez

no por una pesadilla sino por una agradable sensación a mi alrededor.

Entonces sucedió el momento más mágico que yo había vivido de manera consciente en mi vida: toda la habitación comenzó a llenarse de una energía brumosa suave de color verde esmeralda, se movía en remolinos. Parecía tener consciencia propia, viajaba por todas las esquinas, por la cama, por el armario.

La luz se introducía en la materia, lo inundaba todo. Se pegó a las paredes, a los

techos, era hermosa de contemplar.

No salía de mi asombro, intenté incorporarme de la cama pero mi cuerpo estaba débil y casi atrofiado de la medicación.

De pronto los vi, la imagen más hermosa que jamás hubiera visto: ocho seres antropomorfos aparecieron a mi alrededor como si siempre hubieran estado ahí conmigo. Todos vestían un mono verde ajustado, llevaban un cinturón dorado. Alguno de

ellos eran masculinos y otros femeninos pero todos eran extremadamente bellos. Pensé que eran ángeles y que ya estaba en el cielo. Sentí alivio.

Una de ellos se acercó a mí y posó su mano en mi hombro:

— Venimos a ayudarte. Pediste ayuda y aquí estamos.

Escuché su voz en mi mente. No podía evitar estar asustada aunque ellos transmitían una energía de paz y serenidad. Aún así seguía sintiendo

desconfianza, ya casi había dejado de creer que merecía ayuda o cariño o respeto por parte de otro ser.

— No me hagáis daño — supliqué.

— Tú nos llamaste y también otros que velan por ti pidieron nuestra asistencia. Irania, vamos a sanarte lo más grave que hay en ti.

— ¿Qué es eso tan grave que hay en mí?

— El miedo.

— ¿Quiénes sois?

— Digamos que somos médicos, los médicos del

cielo. Trabajamos desde el éter que luego influirá en la materia de tu cuerpo físico.

Mientras hablaba con la que parecía ser el jefe o tener un rango superior, si podía llamarse a algo superior o inferior en aquellos seres de tan elevada consciencia, el resto se habían puesto a mi alrededor y detrás de mi cabeza y comenzaron su trabajo.

— ¿El miedo enferma el cuerpo?— pregunté.

— El miedo es la energía más destructiva que podéis crear. El miedo es

todo lo contrario al amor. El miedo te quita, el amor te da. El miedo te destruye con la desconfianza, el amor te construye desde el centro de tu ser. El miedo te separa de todo lo que eres, te disgrega y el amor es unión, fusión, es completo en sí mismo. El amor se siente y no se habla de amor. Se es amor.

— ¿Por qué el miedo me ha enfermado?

— Nadie te enseñó lo que era amar en esta vida. Pero no estás enferma, solo perdida, quizás confundida, pero esto es debido a que no

te amas lo suficiente. Si te amaras dejarías de juzgarte. Te aceptarías tal como eres y no necesitarías que los demás te dijeran quién o qué eres, o dónde y con quién debes estar. Vives en una cárcel porque tú misma la estás aceptando. Una parte de ti cree que mereces estar aquí, que te controlen y te mediquen porque sigues pensando que hay algo malo en tu interior. Te lo has creído y ellos te lo han reafirmado.

— Pero sí creo en lo que soy, y en lo que siento...

estoy aceptando la locura. Por favor, borrarad de mi mente esas imágenes. No quiero verlas más—supliqué.

— Debes estar en paz contigo. Debes amarte tal como eres. Tienes que saber, el conocimiento es la luz que todo lo ilumina. Ante la luz ninguna oscuridad puede vivir. Iluminaremos tu interior, debes saber la verdad. Tienes que conocer y recordar para avanzar. No temas, ahora eres fuerte, nada del pasado puede dañarte más. Ahora estamos

aquí contigo, ahora nos reconoces, ahora que pediste nuestra ayuda.

— ¿Es necesario?

— Sabes que sí, aunque puedes continuar como estás. Es tu elección.

— No, yo quiero salir de aquí. Quiero sentirme libre.

— Nadie de tu familia va a creerte, no pueden ver a través de tus ojos. Debes vivir con eso. No esperes su aprobación, ellos viven conforme a sus creencias y eso está bien para ellos, pero no para ti. Te has pasado la

vida esperando ser aceptada por los demás y nunca miraste hacia dentro. Debes reconciliarte con tu ser más profundo. Cuando consigas esto, ya nada te podrá perturbar.

— Era yo quien tenía que aceptarme ¿verdad?

— Así es. Ahora relájate.

Sentí una vibración en todo mi ser, era cálida, luego subió de intensidad. Sentía mucho calor en todo mi cuerpo. Comencé a sudar, como si tuviera mucha fiebre.

Escuché el sonido de cristales que se rompían a mi alrededor.

— ¿Qué es eso?

— Tranquila, son cristalizaciones que se destruyen. Pensamientos, sentimientos, arquetipos, creados desde hace años que convivían en tu campo energético.

Intenté relajarme pero comencé a sentir dolor bajo el ombligo. Un fuerte calambre que casi conseguía doblar mi cuerpo del dolor.

— ¡Duele!— grité.

— Lo sabemos,

aguanta un poco más.

Pero me dolía mucho. Miré hacia mi ombligo y vi como entraban unas hebras de luz de color violeta y traspasaban mi cuerpo. Luego empezó a salir algo oscuro, unas figuras deformes negras.

— Me duele, me duele mucho. ¡Mucho!— grité.

No pude evitar retorcerme del dolor y lloré, mi llanto era desgarrador, antiguo, muy antiguo. Un dolor arraigado que había permanecido en mi interior desde hacía muchos años,

muchas vidas.

Y lo único que salía de mi boca era:

— Lo siento, lo siento, lo siento.

En aquel momento no era consciente de todo lo que estaba siendo liberado. Ojalá hubiera estado más alerta. Quizá habría disfrutado más de la presencia de aquellos seres de luz sanadores que habían estado recomponiendo parte de mi ajado ser. Pero hoy doy las gracias por el amor que recibí, sin juicios, sin expectativas, solo amor y

aceptación. Ellos me recordaron lo que era el amor. Pensé que si aquellos seres venidos de algún lugar en alguna dimensión desconocida se habían tomado la molestia de venir a mí es que yo merecía su amor.

Mientras me sanaban percibía mucho del dolor que salía de mi cuerpo, percibí odio hacia mí misma, desprecio y me pregunté *¿qué mal había hecho a la gente para odiarme de esa manera? ¿De dónde venía tanto dolor?* Quizá había

traído el dolor de otras vidas conmigo, el daño que cometí a otros, porque no pude entender de manera racional de dónde había venido todo eso.

Me desperté a la mañana siguiente empapada de sudor. Para mi sorpresa pude incorporarme de la cama y noté que tenía más fuerza y energía. Miré el reloj, eran las ocho y ocho de la mañana. Todavía no había pasado la enfermera con la medicación.

Me levanté torpemente

y caminé hacia la ducha. Me puse bajo el chorro de agua y dejé que corriera durante minutos bajo mi cabeza. Sentí como el agua arrastraba un manto de suciedad que me cubría, una suciedad que no se veía con los ojos. Me sentía feliz y despejada. Podía pensar y podía recordar lo que había vivido durante la noche. Una sonrisa se dibujó en mi rostro, estaba feliz. La magia había llegado a mi vida.

Peiné mi cabello y me puse crema en el rostro. En el espejo pude ver detrás de

mí la imagen de mi ángel.
Me sonreía.

— Disimula, no deben saber que estás consciente. No tenemos mucho tiempo antes de que vuelvan a inyectarte el veneno en la sangre. Quieren dejarte aquí para siempre.

— ¡Lo sé, es horrible! Tengo que salir.

— Debes esperar. Confía en mí.

— Confío en ti.

Me llevaron al comedor común como cada día mientras limpiaban y recogían mi dormitorio.

Dejé que me transportaran en la silla de ruedas y siguieran tratándome como a una tullida.

Después de desayunar me dejaron en el salón. Allí permanecí mirando hacia la ventana, debía seguir haciendo lo que hacía cada día. No me había tomado los medicamentos pero sabía que si notaban alguna mejoría me inyectarían el potente sedante.

No sabía cómo iba a salir de allí, pero debía hacerlo. Miré la verja que rodeaba el recinto como una

pantera salvaje, esperando encontrar un pequeño agujero entre los barrotes de su celda.

La clínica estaba sobre la montaña en el parque natural de Collserola. Sabía que si escapaba tendría la posibilidad de llegar a la ciudad con relativa facilidad. Ahora era mi única obsesión y no me paré a pensar qué venía luego. Solo quería irme.

De pronto algo en el jardín llamó mi atención; allí había un banco de madera y una chica sentada en él.

Habían más residentes tomando el aire en la zona ajardinada que tenía la finca pero reparé especialmente en ella.

Cuando vi la oportunidad, me levanté de la silla y salí por la puerta del salón hacia el jardín.

A medida que me iba acercando supe porqué me sonaba familiar.

No podía creérmelo.

Me senté en el banco junto a ella.

— Hola— le dije con cierto temor en mi voz.

Ella me miró de reojo.

— Pensé que estabas muerta— le dije.

La chica me miró y luego miró hacia los lados. Tenía en las manos el mismo cerdito rosa de peluche que cuando la conocí en el sótano.

— No, no... tú... tú eres la mu-muerta. No puedo hablar, no pue-puedo hablar con muertos— me dijo con un fuerte tartamudeo — ¡Vete! — me ordenó.

— No estoy muerta, estoy viva pero yo te vi. Intenté ayudarte pero no podías venir conmigo.

Ahora lo entiendo, no podías venir conmigo porque estabas viva ¡Claro! Pero tú sí me viste a mí.

La chica asintió con la cabeza repetidas veces.

— Yo te vi, yo... yo te vi. No... no te veo. El *doctor* dice que no eres real, no existes. No *quiero hab-hablar* contigo.

Sentí un tremendo dolor al verla en aquel estado. Estaba completamente desconcertada.

— Me viste cuando los doctores me habían matado.

¡Tienes el mismo don que yo! ¡Puedes ver otras dimensiones!

Entonces le acaricié el hombro.

Ella se estremeció. Luego se giró y me miró como si fuera la primera vez que me hubiera visto.

— ¡No! Un fantasma.

— Tranquila, soy real, no soy un espíritu.

— ¡Un fantasma! ¡Un fantasma! ¡Un fantasma! — volvió a gritar y salió corriendo por el jardín alterando a otros internos. En un momento se formó un

alboroto desproporcionado. Internos gritando sintiéndose perseguidos por un espíritu imaginario y los enfermeros y celadores corriendo detrás de ellos.

Entonces noté una piedra que caía justo a mis pies.

Me agaché y la recogí.

Miré a mi alrededor para identificar su procedencia. Pensé que algún interno me quería gastar una broma. Recorrí con la mirada el jardín pero todos seguían revueltos a causa de la niña del sótano.

De pronto escuché un silbido, me giré buscando la dirección del sonido y detrás de unos matorrales vi la figura de un hombre.

Caminé unos metros y mientras caminaba parpadeaba con mis ojos creyendo que estaba viendo una visión.

— ¡No eres real!

Kahul me estaba haciendo señales desde la carretera, detrás de la verja. Me decía con gestos que me acercara a él.

El corazón se me aceleró de emoción y

alegría, porque me daba igual si era o no una ilusión.

Caminé por detrás de un seto sin dejar de mirar a Kahul por miedo a que se desvaneciera si dejaba de verlo.

Seguí caminando con sigilo hasta que me encontré de frente con un cuarto de herramientas.

Kahul me indicó que subiera al tejado de la caseta.

Entonces puse varias cajas de ropa vieja y escalé apoyándome en una ventana.

Luego de ahí pasé a un

muro en una zona solitaria de la clínica, era la parte trasera por donde entraban las ambulancias.

Me detuve unos segundos al oír unas voces, me agaché tras una chimenea. El corazón se me aceleró. Eran tres jóvenes vestidos de amarillo y verde, parecían ser trabajadores externos. Cogían canastos de ropa de cama y los metían en una furgoneta.

Después de un minuto se marcharon, crucé el patio y me encaramé al muro.

Allí subido a un árbol,

a unos tres metros de distancia, me esperaba Kahul. Llevaba una cuerda en su hombro. Había atado un cabo al árbol.

Me lanzó el resto de la cuerda y me indicó con señas que la anudara a la verja.

Dudé durante unos segundos. No me atrevía a colgarme a tanta altura del suelo en una cuerda que había atado yo misma, con la poca fuerza que tenía, después de meses sin ejercitar lo músculos.

El miedo aparecía de

nuevo aunque ahora Kahul seguía animándome desde el otro lado.

Aquella cuerda era el enlace entre lo viejo y lo nuevo en mi vida. Ya conocía lo viejo, el pasado, lo nuevo no lo sabía, pero sentía que era infinitamente mejor que lo que me esperaba si me quedaba allí.

Me armé de valor y me colgué de la cuerda. Debía subir mi propio peso y trasladarme unos metros. Moví las manos solo unos centímetros y ya sentía que mis brazos no iban a poder

soportarme.

— Irania, tú puedes—
me dijo Kahul alzando la voz aún a riesgo que le oyeran los vigilantes.

No sé de dónde saqué las fuerzas para recorrer la distancia que me separaba de Kahul pero lo hice, aún sintiendo que mis brazos temblaban del esfuerzo. Pero lo logré, vencí mi miedo y vencí mis límites. Y mi recompensa fue el abrazo de Kahul, un abrazo intenso que me hizo aflojarme y llorar.

Kahul me ayudó a bajar

del árbol y me llevó a su coche. Allí me desplomé y seguí llorando por un lado de felicidad y por otro de tristeza, tristeza por lo que ya dejaba atrás. Porque ya nunca más iba a poder compadecerme de mi misma.

Capítulo 21

Dónde
guardas tus
diamantes,
si no llevas
bolsillos ni
guantes.

Qué oculta tu
semblante,
que luce
sereno, radiante.

Aunque sentía alegría
de estar fuera de los muros

de la locura, me desconcertaba la situación que estaba viviendo. Me preguntaba que iba a ser de mí, sin el calor de mi familia. Aunque no fuera un calor amoroso, era algo. Yo estaba acostumbrada a poco, nunca había vivido un amor diferente, por lo tanto no sabía que tenía derecho a más. En aquel momento, esas pequeñas migajas que me habían dado durante toda mi vida, las necesitaba. Le expliqué a Kahul cómo me sentía y me contestó:

— ¿Acaso quién ha

bebido barro toda su vida
puede añorar el agua
cristalina?

No tengas miedo, es
normal que te sientas
perdida y desorientada,
ahora conocerás quién eres
realmente. Ahora tendrás
toda la energía de tu vida
para hacer lo que siempre
has soñado.

Oía sus palabras y me
sentía aterrada, como la
primera vez que sueltan a un
pájaro que siempre ha estado
enjaulado. Tiene alas, pero
no sabe para qué sirven,
nunca ha volado. Mis alas

todavía estaban plegadas, quizá almidonadas y acartonadas pero las tenía, como todos, y deseaba creerle.

Lo miré durante unos segundos pero tuve que bajar la mirada, sus ojos me hipnotizaban y su voz serena y melodiosa hacía que me relajara al instante. Toda su presencia era fuerza, firmeza y desprendía un halo de misterio. Deseaba seguir conociendo qué había en él, que había hecho que fuera como era, porque yo jamás había conocido a alguien así.

Había conocido muchos hombres poderosos, directivos y presidentes de grandes compañías y su poder radicaba en el nombre de su familia, el título o el número de ceros de su cuenta bancaria. Kahul apenas tenía lo justo para vivir pero sentí que era el hombre más rico que había conocido. Su riqueza era interior.

Su energía me atrapaba y tenía que contenerme para no saltar a su cuello y abrazarlo.

— ¿Estás bien?— me

preguntó.

Sentí calor subir a mis mejillas.

Asentí y le devolví una sonrisa.

Entre tantos sentimientos y emociones que había vivido en los últimos meses, enamorarme de un homosexual, era lo que menos esperaba. Porque aunque todavía no lo reconocía, Kahul ya me había robado el corazón. Me había salvado de las garras de la locura de la clínica mental y yo pensaba en aquel entonces que mis

sentimientos hacia él eran de agradecimiento, admiración y respeto. Pero ya no lo podía negar.

Estaba tan eufórica de haber salido de allí y a la vez tan desconcertada de no conocer qué iba a ser lo siguiente en mi vida que no me había parado a pensar cómo sabía que yo estaba encerrada en aquel lugar.

— ¿Cómo supiste que estaba en peligro? Todavía me sorprende que llegaras hasta mí justo en el momento oportuno— le pregunté dos días después de

salir de la clínica psiquiátrica, mientras tomábamos una ligera cena a base de frutas frescas y yogur en el comedor de su apartamento.

Kahul me sonrió y me miró con dulzura.

— No supe cuál era el mejor momento. Solo sabía que estabas en peligro e hice todo lo imposible por averiguar qué te pasaba.

Tuve un sueño una noche: estabas vestida de azul celeste, era una bata parecida a las de hospital. Me pedías ayuda, parecías

muy afligida.

Me desperté a medianoche muy angustiado, sentí real el llamado, percibí tu sufrimiento, no lo pude olvidar. Cuando me desperté a la mañana siguiente comencé a hacer preguntas en el centro, pero nadie sabía nada. Tu cuñada me dijo que te habías marchado para hacer un máster en el extranjero. Algo me decía que no era verdad.

Me sorprendió que hubiera soñado conmigo y a la vez me sentí alagada de

que estuviera preocupado por mí.

— Suena a una buena excusa hecha por mi madre — solté con tristeza.

— Lo supuse por lo que me habías contado durante el taller y el comentario de una de tus compañeras de yoga mientras leía una revista de cotilleos en la cafetería del *Inanna centre*, junto a una amiga suya. Decían que estabas loca y que te habías escondido de la vergüenza. Que no pudiste soportar la presión de tu cargo y que no se creían que

te habías ido al extranjero. Sin quererlo, ellas, respondieron todas mis dudas.

Lo miré fijamente.

— Muchísimas gracias, todavía no te he dado las gracias por rescatarme. Aún no entiendo porqué me ayudas. Apenas me conoces solo de clase y el taller de regresiones.

— ¿Te parece poco?— me preguntó y sonrió mostrando una dentadura blanca y equilibrada.— No sabía que fueras famosa. Porque si sales en esas

revistas es que lo eres.

Dejé mi plato de fruta ya vacío sobre la mesa y cogí una servilleta. Limpié mi boca y le dije:

— Mi familia es conocida de siempre. Somos ricos. En mi mundo cuando alguien te ayuda es porque luego quiere algo a cambio. Tarde o temprano te lo cobrará.

Sin mis padres no soy nada, no tengo dinero, ni tierras, apenas unas cuantas joyas que ahora no voy a poder recuperar. No tengo nada, no sé cómo pagarte

todo lo que estás haciendo por mí.

Mis ojos se humedecieron. Me sentía impotente ahora que me había quedado sin nada.

— No quiero nada. Te ayudo porque lo siento así y aparte, creo que tenemos algo que hacer juntos aunque todavía no sé que es.

Hubo un instante de silencio, sentí que se estaba preparando para decirme algo importante.

— ¿Por qué te han encerrado en un manicomio? ¿Es por lo que te pasó de

niña?

Se me hizo un nudo en la garganta al escuchar su pregunta.

— No te conté todos los detalles de lo que vi en la regresión— le contesté.

— Lo sé, tampoco es necesario— me dijo y sentí que su rostro se tornaba triste.

Tomé una respiración profunda.

— En la regresión vi como me violaban.

— ¡Dios mío! Lo siento mucho, Sandra.

— Todavía no sé si es

real— le dije.

Yo no quería creer, era demasiado doloroso y me aferraba a ello, a que las imágenes que vi en hipnosis eran producto de mi imaginación y hasta que no lo aceptara aquello iba a permanecer allí anclado.

— Está bien, Sandra, pero recuerda lo que te expliqué, aunque lo que veas no sean recuerdos reales algo sí lo es y esto es lo que debes aceptar para perdonarlo y sanarte.

Aún así todavía no sé porque te ingresaron, me

gustaría poder ayudarte.

— Veo espíritus y me hablan— le solté.

Pareció sorprendido.

— ¡Vaya!— Exclamó mientras se rascaba la nuca. ¡Estás peor de lo que pensaba!

Kahul rió y me hizo reír también a mí. Su comentario había sido muy espontáneo, pero nada que viniera de él podía herirme. Había una bondad en su ser que traspasaba las más resistentes corazas que portaba mi corazón.

— Lila, mi mejor

amiga, dice que es un don que traigo de nacimiento. Pero mi familia no piensa lo mismo, no me creen y nunca lo harán. Por eso siempre me han medicado, para que me curara. Apenas tengo recuerdos, pero parece ser que los veía de pequeña, me trataron en esta misma clínica y dejé de verlos. Pero con el tratamiento, también perdí parte de mi memoria. Hasta que el accidente, en el que casi muero, me devolvió este maravilloso poder— solté con sarcasmo.

Había sorpresa en su

rostro cuando le conté mi secreto pero también respeto. Aunque yo sabía que me entendería todavía me sentía extraña al contarlo.

— Si decidiste traer ese don contigo al nacer es porque es necesario. El Universo y el Creador no dejan nada al azar. Todo tiene un sentido, aunque no lo sepamos y quizá no lo conoceremos jamás, pero lo tiene, de eso estoy seguro.

— Ojalá tuviera tu fe, en serio.

— ¿Después de todas

las cosas que te han sucedido todavía no crees?

Entonces recordé a los sanadores que me habían ayudado a desintoxicarme en la clínica.

Una sonrisa se formó en mis labios.

— No me queda otra salida que creer, si no, ya sé que me espera: la soledad más oscura y tenebrosa que existe— dije, e instantáneamente recordé a la joven de la clínica con su cerdito rosa en las manos. Solté un largo suspiro— ; me perdería para siempre.

— Exacto Irania, ahora ya te puedo llamar así, ¿verdad? ¿Quieres renacer?

Kahul alargó su mano y me la ofreció.

— Sí. Irania— afirmé mientras degustaba cómo sonaba mi nuevo nombre al salir de mi boca, aunque no era nuevo, era mi nombre eterno.

Entonces me abracé a él y permanecí segundos, quizá minutos, unida a él, sintiéndolo ya parte de mi nueva vida.

— No dejaré que te pase nada, estás a salvo

conmigo— me dijo al oído.

Como guiada por un instinto rocé mis labios a su mejilla, luego rocé sus labios con los míos. Fue solo un instante porque enseguida me percaté de lo que estaba haciendo.

Me aparté de golpe de sus brazos, ambos nos quedamos mirándonos por unos segundos. Avergonzada de lo que había hecho, e incapaz de descifrar lo que sus ojos me transmitían. Me disculpé torpemente y caminé hasta mi habitación. Allí me senté

en la cama para enfrentar por primera vez, los sentimientos que Kahul me había despertado.

Capítulo 22

De tanto que
di, sin nada me
quedé

y ahora que
tengo hambre y
sed,

¡Ni malvas
que comer!

Kahul me había
propuesto comenzar una
terapia intensiva para
ayudarme a sanar mi

interior, en la que se incluían lecturas, meditaciones, respiraciones, toma de consciencia y regresiones en estado de relajación profunda. Sentía que era un reto para él y sentía que disfrutaba ayudándome, tanto como yo disfrutaba de su compañía.

Por mi parte, en las horas de soledad en el apartamento, me había animado a rebuscar recetas de cocina en internet para prepararle la comida. Pensaba que era lo mínimo que podía hacer por él.

Yo no sabía cocinar y comencé con cosas sencillas que sabían horrible, aún así Kahul me las elogiaba, y me animaba a seguir practicando. Jamás me reprochó nada, era amable y cariñoso.

— Irania, te agradezco que cocines pero debes aplicarte en tus meditaciones. No sabemos de cuánto tiempo disponemos. Tu familia debe estar buscándote.

Sentí un ligero malestar en la boca del estómago.

— No estoy segura,

ahora que por fin se han librado de mí, creo incluso habrán hecho una fiesta para celebrarlo.

— No seas tan dura. Seguro que ellos te quieren a su manera, pero para amar de verdad a otros debemos habernos amado primero a nosotros mismos ¿cómo vamos a saber qué es el amor, si no? — hizo un largo silencio— ¿Te leíste el libro que te recomendé?

Asentí con la cabeza.

— ¿Tienes alguna duda?— me preguntó.

Levanté las cejas y

tomé el libro en mis manos. Lo había dejado apoyado sobre una caja de madera que hacía de mesita de teléfono.

— Todo parece tan fácil y sencillo, ¿por qué nos complicamos tanto la vida? Dice y repite mil veces que la felicidad y el amor deben nacer en el corazón de uno mismo, pero es contradictorio. Siento que para ser feliz entonces debes ser egoísta, y eso no está bien.

— ¿Entonces debes reprimir tus deseos para

complacer a otros?

— ¡Claro!— exclamé, lo veía tan evidente— Para que no sufran.

— Bueno, pues entonces la que sufrirás serás tú. Entonces amarás a todos menos a ti. ¿Por qué tú no mereces ser amada por ti misma?

— Me enseñaron que los demás debían amarme a mí.

— Y según esta teoría... ¿por qué no eres feliz?

— No me siento amada, ni aceptada por mi

entorno, esperan algo de mí que yo no puedo darles.

— ¿Te sientes frustrada?

Tardé un tiempo en responder.

— Sí— me dolió reconocer.

— Esa frustración nace del deseo de que otros te proporcionen aquello que tú misma no te estás dando. Si te amaras y fueras generosa contigo dejarías de sentir frustración, ira, resentimiento u odio hacia otros. La gente no sabe qué quieres, quizá a veces

acierten, pero solo tú misma te darás el amor y los cuidados que necesitas. Tienes que ser valiente y sincera; ¡sueña a lo grande! El mundo está ahí para servirte y para que luego compartas tu felicidad y sirvas a otros.

Lo miré a los ojos, estaba sorprendida de la similitud de sus palabras con las de los sanadores que me ayudaron en la clínica.

— ¿Y si cumplir esos deseos frustrados hace daño a alguien? A veces para conseguir nuestros sueños

debemos renunciar a otras cosas y con ello podemos herir o defraudar la confianza y el cariño de la familia.

— En cada momento y situación deberás medir cuándo ceder y cuándo no. Para eso tienes tu intuición. Cuanto más feliz seas más felicidad y amor puedes dar a otros. O menos preocupaciones les causarás, eso también es amor. Si observas es como un círculo vicioso; tú no eres feliz, el resto tampoco, si ellos sufren, tú también de verlos

sufrir y así hasta el último día de vuestras vidas.

— ¿Cómo salgo de ese círculo?

— Haciendo lo que realmente te haga feliz, aunque a ellos no les guste. No es tu problema, ellos son felices con su vida y si no lo son, tampoco tienes la culpa. Nadie tiene derecho a inculcarte valores nocivos para tu ser.

Reflexioné durante unos minutos:

— ¡Qué equivocada estaba! ¿Por qué nunca lo he visto tan claro?

— Quizá tenías que morirte un par de veces y renacer— sonrió.

Me hizo reír de nuevo. Tenía una visión tan clara y sencilla de la vida que asustaba.

— ¡Así es Irania! ¡Sonríe!, pues los problemas y las enfermedades vienen de tomarnos las cosas tan en serio. Atrévete a equivocarte, atrévete a seguir tus sueños y si no los consigues pues ¡bueno! Algo habrás aprendido en el camino, ¿no? ¡Cree en ti! Quien realmente te quiera

estará ahí para felicitarte por tus decisiones y por tu coraje.

— ¿Y si me dejan de lado?

— Entonces nunca te amaron, pero no porque no lo merezcas, es que no saben hacerlo, pues tampoco se amaron así mismos. No puedes dar aquello que no posees.

Sus palabras me calaron hondo y visualicé en el archivo de imágenes de mi memoria cientos de ocasiones en las que mi madre o mi padre me habían

exigido un comportamiento que ellos no habían tenido conmigo. La de veces que mi madre me pedía que me amoldara a sus gustos y ella jamás hizo una concesión con los míos. Y mi padre exigía respeto y fidelidad a la familia y él ahora se encaramaba entre las piernas de Marta. Y Marta, que solo hablaba y jamás escuchaba. Y Joan me pedía estar ahí siempre para él, aunque fuera solo para contemplarle mientras cenaba, pero en raras ocasiones me regalaba su presencia en actos

importantes para mí.

Sentí rencor hacia ellos, los vi con claridad, eran imperfectos. Una energía de seguridad y poder comenzaba a emerger de mi interior.

— Tu rostro te delata. Algo pasa por tu cabeza que te está alterando— percibió Kahul.

— Son ellos los egoístas. Los que solo piden y no dan nada a cambio. Es cierto: no saben amar.

— ¿De quién hablas?

— De mi familia.

— No intento ponerte

en su contra.

— Tranquilo, soy yo quien los ha desenmascarado.

— Tú también buscabas su aceptación y respeto.

— Es cierto.

— ¿Y a quién le corresponde ahora ese trabajo?

— A mí.

— Perfecto, lección aprendida. No los juzgues, pues.

Kahul lo veía muy fácil pero después de años de creencias erróneas y ahora

verlos tal cual, desnudos, sin máscaras era muy duro. No podía evitar sentirme utilizada y manipulada.

— Creo que ya estás lista para una nueva regresión al pasado.

Sentí escalofríos recorrer mi cuerpo.

— ¿Seguro?

Me sonrió y asintió con la cabeza mientras con la mano me invitaba a tumbarme sobre los cojines que hacían de sofá.

Kahul me transportó de nuevo hacia las

profundidades de mi psique, guiándome hacia un estado de quietud y paz interior. Allí de nuevo me llevó a la sala de los espejos y escogí de nuevo la vida como médico en la antigua Mesopotamia.

Me vi transportada a un mundo casi irreal donde se entremezclaban lo arcaico y la ciencia ficción. Visualicé una sala al parecer de ambiente esterilizado donde seguía investigando y analizando unas placas con sangre. Era sorprendente y mágico verme en un pasado

tan lejano y a la vez tan familiar para mí.

— ¿Dónde estás?

— En Oriente Medio.

En la antigüedad.

— ¿Qué haces allí, Irania? ¿Por qué has vuelto a esa vida?

— Investigo, creo que he dado con algo importante.

Caminé y llegué hasta una sala cuadrada donde había envases líquidos, contenedores de cristal de medio metro de altura. En el interior flotaban fetos humanos, otros semi humanos y otras verdaderas

aberraciones de la naturaleza, parecían abortos.

— ¿Cuál es el conflicto, Irania?

Moví mi consciencia hacia un lugar del edificio. Era una sala grande, con ventanas cuadradas hacia el exterior. Entraba el sol a raudales. El suelo y las paredes eran de barro cocido color rojizo. Había alfombras rudimentarias hechas de fibras naturales cubriendo el suelo.

— Hay niños sentados en el suelo. Están estudiando. Yo los estudio,

los observo. Son niños especiales. Son muy especiales.

— ¿Qué los hace especiales?

— Su conciencia, tienen dones sobrenaturales.

— ¿Niños con poderes?

— Sí, son muy adelantados para su época. Me han ordenado estudiarlos.

— ¿Cuál es tu trabajo allí?

— Descubrir de dónde viene su poder.

Entonces lo vi claro, comenzaron a volcarse

cientos de recuerdos a mi mente consciente. Vi los embarazos, los abortos practicados a las madres, las autopsias a los bebés y niños. Mi afán de estudio me había convertido en una asesina con sed de poder y conocimiento.

— ¡No! No debí hacerlo. Me utilizaron, yo no quería— balbuceé.

— ¡Tranquila, Irania! Estoy contigo a tu lado.

No pude evitar llorar, aún con mi mente puesta en aquella supuesta vida que estaba viviendo y vivía

como real.

— Maté a muchos niños, para intentar conocer su secreto, el secreto de su fuerza. Mis superiores me dijeron que estaban conectados, que eran peligrosos para los dioses, que nos destruirían. Yo les creí, creí que estaba haciendo lo correcto.

— Irania, cuando cuente tres despertarás y recordarás todo. Tómate un tiempo para relajarte y respirar. Uno... dos... tres.

Tomé varias respiraciones y me

incorporé. Cogí el pañuelo que Kahul me ofrecía y me sequé las lágrimas, luego me soné la nariz. Había sido angustioso.

Kahul tenía la mirada puesta en el suelo, como absorto.

— Empiezo a entender qué nos une — dijo después de un largo silencio.

Lo miré extrañada. En aquellos momentos no creía que nada en mí pudiera tener algo en común con mi maestro al cual yo veía perfecto, equilibrado y sabio.

— ¿Qué nos une?

— Los niños especiales: *los conectados*, nuestra familia.

No entendía nada, aún así el nombre me resultaba familiar.

— ¿Nuestra familia?

— Cuando comencé mi búsqueda interior no fue por gusto. Recuerdo que antes de mi viaje por varios países del mundo estaba muy perdido. No lograba que nada me llenase y sentía que tenía algo importante que hacer aunque no sabía qué era. Mi vida consistía en ir

de escuela en escuela, de trabajo en trabajo y no lograba encontrar mi lugar en la sociedad. Todo me salía mal. En cierta manera sentía que no pertenecía a la tierra, me sentía extraño. No lograba sentirme conectado a nadie y veía a todo el mundo ajeno y lejano a mí. Fue duro porque nadie me entendía y yo tampoco me entendía. Como un vagabundo recorrí con mi mochila lugares intentando encontrar un sitio donde encajara, donde no me sintiera juzgado, pero no lo

hallé. Y nadie pudo dármelo, hasta que en mi viaje por el norte de África, desperté mi consciencia de una manera bastante forzada. Había alquilado un todoterreno en la ciudad de Argel y llevaba días viajando en dirección al desierto del Tassili. Quería ver unas magníficas cuevas llenas de dibujos prehistóricos, pero antes tenía que parar en un pequeño pueblo para recoger al hombre que me haría de guía. Jamás encontré el pueblo, me perdí y no encontré el camino de

vuelta. Me quedé sin gasolina.

El desierto parecía estar reclamando mi vida.

Estuve a punto de morir de sed bajo el sol del desierto del Sahara, pero justo antes de perder la consciencia pude ver una silueta con claridad, era un ángel de dulce rostro, era femenina, una mujer. Ella me dijo que debía vivir, que tenía una misión aquí y que aunque no era un ser de la tierra, yo había encarnado para ayudar a los seres humanos. Me dijo que yo

era un “conectado” solo logré escuchar hasta ahí.

Luego, recuerdo despertar en una jaima bereber. Una familia nómada me acogió y me cuidó hasta que recobré las fuerzas. Te prometo que no quería volver, me hubiera quedado con ellos para siempre. Me entregaron todo lo que tenían y jamás me pidieron nada a cambio.

¿Aún te extraña que te ayude? Siento que también les hago un honor a ellos devolviendo parte del amor que recibí.

Sus palabras me emocionaron, los ojos se me nublaron. Sentía tan familiar sus angustias, tan parecidas a las mías. Era como estar frente a un espejo que me devolvía la claridad de sentimientos que yo nunca había sabido expresar.

— Yo he sentido lo mismo desde siempre. Siento esperanzas, siento que puedo llegar a tener el equilibrio que tú tienes.

Me sonrió y me tomó de las manos.

— Porque también eres una “conectada”

Le miré a los ojos durante unos segundos, me quedé en ellos, sintiéndolos, percibiendo la energía que emanaban, allí había algo profundo, empatía, similitud. Como si ya los hubiera visto antes.

— Te recuerdo, pero no sé de dónde— le dije.

— Yo también te recuerdo, desde el primer día que te vi en la clase de yoga. Ahora siento que no fue casualidad que me llamaran para sustituir a la profesora residente. Debíamos reencontrarnos. Ya nos

conocíamos.

Sentí que mi corazón palpitaba agitado y mi sangre circulaba veloz. Me contuve, no debí hacerlo pero retrocedí mi cuerpo. Me daba mucho miedo dejarme llevar por lo que estaba sintiendo en aquel instante, quería besarle de nuevo. Todo era confuso.

Solté sus manos y miré hacia otro lado.

Se hizo un silencio molesto.

— Según lo visto en la regresión, estos niños, bueno... nosotros...

tenemos dones especiales
— le dije.

— ¡Así es! Visión
aural, telepatía, percepción
multidimensional,
inteligencia emocional
precoz, videncia,
clariaudiencia, sueños
premonitorios, dones de
sanación y un largo etcétera.
Después de volver del
desierto me dediqué a
investigar y aunque no
encontré nada sobre los
conectados leí sobre niños
superdotados, niños índigo,
niños cristal y sobre
cualquier cosa fuera de lo

normal en la infancia. Pero estaba estancado, no logré nada claro y decidí dejarlo por un tiempo. Y de repente apareces tú en mi vida, con tus increíbles dones.

— ¿Pero yo qué tengo que ver con todo esto? Quiero decir, en qué puedo ayudarte. Acabo de salir de un sanatorio mental.

— Nada es por casualidad. Esta regresión que has visto ha sido por algo, no es para auto-torturarte, tiene que tener un sentido para ti y creo que también para otros. Los

conectados venimos para ayudar a la humanidad a evolucionar.

Me vino a la mente sin querer la niña que conocí en el sótano.

— Puede que haya conocido a otra conectada. Estaba ingresada en una habitación aislada en el sótano de la clínica. No sé porque la tenían allí, quizá también experimentaran con ella, como lo hicieron conmigo. Sus padres tampoco la entienden.

— ¡¿Qué?!

— Tuve una muerte

clínica a raíz de una fuerte descarga en mi cerebro durante una terapia electroconvulsiva y mientras vagaba con mi cuerpo energético, ella me vio. Pobrecita, está muy perdida y medicada. Así debía estar yo de pequeña.

Kahul hizo una mueca de disgusto.

— ¡Son monstruos! Siento mucho lo que te han hecho, has tenido que sufrir mucho ahí sola y encerrada con esos cretinos que no ven más allá de sus narices. El sanatorio donde estabas

recluida es propiedad de industrias Farma-Ros. Esos son auténticos demonios sin escrúpulos.

Sentí un pinchazo en el corazón.

— Antes de ir a África estuve un tiempo buscándome dentro de una ONG protectora de animales. Farma-Ros eran los más despiadados con las cobayas, no soportarías ver lo que les hacían a los pobres animales. Sacamos un montón de pruebas contra ellos pero al final, cuando estábamos a punto de

formalizar la demanda, nuestro abogado desapareció con todas las pruebas. Jamás volvimos a saber de él. No me extrañaría que tuvieran algo que ver en eso.

Bajé la mirada y lancé un largo suspiro.

— ¿Qué te pasa, Irania?

Me quedé sin habla, la mente en blanco, solo retorcí mis manos entre ellas. No debí hacerlo pero callé.

Cuando se marchó a su habitación me dejó llena de angustia. Demasiadas conjeturas apuntaban ya

hacia los laboratorios de mi padre: el accidente de Miguel Garrido, el suicidio de Evaristo García y también la desaparición del abogado de la ONG.

La cabeza me daba vueltas al imaginar que mi padre pudiera tener algo que ver con la muerte de otro ser humano. Me costaba mucho creerlo. Sabía, y no solo yo, que era un hombre implacable en los negocios, pero más allá de ahí no conseguía imaginarlo matando a alguien.

Mi mente volaba y los

pensamientos que llegaban me perturbaban al imaginar a Kahul recibiendo la noticia de que era hija de un hombre al que él despreciaba. No podía soportar que me rechazara o me alejara de su mundo especial y mágico para devolverme de una patada a la masa estadística de locos, dementes y perturbados que llenaban los hospitales. Empezaba a sentir que mi cordura dependía de él. Aunque parecía increíble Kahul me ataba a la tierra, su modo de ver la vida le daba sentido a

mi existencia.

Cuando me desperté a la mañana siguiente, no estaba. Me había dejado una nota diciéndome que tenía taller de *kundalini* yoga en un centro cívico.

Yo no quería pensar mal, pero seguía sintiéndome pendida de un hilo.

Capítulo 23

¿Dónde
estoy?

Me busco tras
las piedras.

¿Dónde me
vi?

En los
triángulos de las
esferas.

¿Me
encontré?

Intenté una
charla con la

arena.

¿Te
encontraste?

No. Allí no.

¡Qué pena!

Los guías
hablaban en mi
cabeza.

¿Los
escuchaste?

No lo sé, de
veras.

Pues sigue,
sigue atenta,
el velo se
descorre y allí te
esperas.

Días después de escaparme del psiquiátrico Sant Jordi, llamé a Lila desde una cabina, a dos calles del apartamento de Kahul. Le conté lo que me había sucedido e insistió en que nos viéramos. Me negué. Sabía que arriesgaba mi seguridad pero añoraba hablar con ella. Así que, tras su insistencia, la invité a venir al restaurante marroquí donde me había llevado Kahul.

Cuando la vi entrar por la puerta, me levanté, corrí y me abracé a ella.

— ¡Sandra, cariño!

Pensé que no volvería a verte. No sabía que te había pasado, solo sabía, por los periódicos, que te habías desmayado en la presentación. He estado a punto de ir a tu casa. No sabía qué hacer.

Me puse a llorar, no podía evitarlo.

— Tranquila, cariño, tranquila— me decía mientras me acompañaba de nuevo hasta el sofá.

El dueño del restaurante se acercó a nuestro sitio y me ofreció

una bebida, sin yo habérsela pedido, con una amplia sonrisa.

— Tómalala, buena para ti. Hierbas buenas para ti.

Le di las gracias y tomé la bebida a sorbos. Sabía a menta, pero también a una especia ligeramente picante.

— Mi familia me ha vuelto a encerrar en un sanatorio mental. Ha sido horrible, me he escapado con la ayuda de Kahul. Ahora estoy en su apartamento, ellos no saben dónde estoy.

Lila tapó su boca con

ambas manos, su rostro mostraba la sorpresa y sus ojos la tristeza que aquella noticia le producía.

— ¿Por qué no me llamaste?

— No podía, estaba incomunicada y sedada. Ellos no me creen, creen que ver espíritus es malo, que algo falla en mi cabeza y quieren arrancármelo a base de electrocuciones y química. Pero es un don, tú me lo dijiste ¿Verdad Lila? ¿Verdad?

Casi suplicaba su comprensión.

— ¡Claro, cariño! Yo lo sé y te quiero muchísimo tal como eres.

— Gracias Lila.

Las lágrimas nublaban mi visión pero estaba feliz de tener su amor.

Lila sonrió de pronto y preguntó:

— ¿Y dices que estás viviendo con tu profesor de yoga?

— Sí, él me rescató. Sin su ayuda todavía estaría ahí sentada en una butaca mirando al vacío semi inconsciente. No creo que hubiera podido recuperarme

jamás. No te imaginas el horror que he vivido.

— Me alegro mucho, me alegro de que por fin un hombre te apoye. ¡Tu marido es un patán!

— ¡No, Lila!
— Exclamé— No pienses eso, no estamos juntos. Me está ayudando a sanarme.

— Vale, tranquila. Oye, mi primo volvió a preguntarme por el CD de Miguel, le dije que no contestabas al teléfono. Está muy preocupado, también te ha estado buscando, sabe lo que te juegas y temíamos lo

peor.

Hice memoria por unos segundos.

— Está en mi dormitorio, junto al resto de CDs en la estantería. Pero ahora no puedo volver, si me encuentran me encerrarán de nuevo. No quiero volver— dije como una niña asustada.

— Lo importante es que estás bien. Si puedes recuperarlo, perfecto, pero antes que nada está tu seguridad. ¡Ah! Se me olvidaba.

Lila rebuscó en su bolso y me dio un paquete.

Me quedé unos segundos atónita, luego lo abrí y vi que en la caja había un teléfono móvil y un puñado de billetes.

— Es de los baratillos pero así no te perderé la pista.

Su gesto consiguió que las lágrimas volvieran a fluir de mis enrojecidos ojos.

— Gracias, Lila.

La abracé con fuerza.

— Te quiero, amiga— le dije.

Lila me había otorgado su apoyo, como siempre, como una amiga fiel. Y ella

misma me lo había dicho:
me quería tal como era. Y
creo que nunca se llegaría a
imaginar lo mucho que su
presencia me aportaba.

Capítulo 24

Escupí por mi
boca los dragones
que se
abriéron paso a
girones,
rasgaron mi
cuello con
quebrantos
y sin su peso,
quedé flotando.

Viendo el fuerte
bloqueo que yo

experimentaba con los recuerdos en regresión, Kahul me sugirió que le enseñara el túnel que había encontrado en la finca de mis padres, en *la Vall de Boí*. Quería ver con sus propios ojos el símbolo dibujado en el techo. Decidimos ir entre semana, para evitar el encuentro con mis padres o algún vecino que pudiera avisarlos.

El profundo invierno de Febrero ya había vestido su manto blanco sobre las cumbres de los Pirineos y también aquel año había

llegado al valle.

Kahul paró la moto en los alrededores de la casa. Cuando me bajé de ella mis dientes castañeteaban. Aunque me había prestado un mono de cuero de hacía años, que me quedaba grande, no había dejado de sentir todo el camino el viento helado entrar por mi cuello. La nariz me goteaba y estornudaba casi cada cinco minutos.

Le llevé a través del bosque que estaba cubierto con dos palmos de nieve.

Partí varias veces del

mismo punto en el sendero para encontrar la trampa pero estaba desorientada. La nieve había cambiado el paisaje y no tenía la ayuda de Rosco para seguir el rastro.

En mi orgullo tonto, le hice andar sin rumbo. No quería reconocer que estaba perdida.

Kahul se detuvo y apoyó la espalda en un árbol.

— Irania, creo que tu bloqueo es más fuerte de lo que pensaba en un principio.

Me giré y lo miré por

unos instantes, se veía hermoso, tenía el rostro encendido del frío y un mechón del cabello le tapaba medio rostro.

Me acerqué hasta él.

Observé un ligero atisbo de tristeza en sus ojos.

— El perro de mi madre me ayudó a encontrar el camino. Ahora no tengo referencias. Las piedras se han cubierto, los abetos me parecen iguales. Siento que creas que no quiero encontrar el camino.

— No digo que lo hagas queriendo, es un

simple reflejo de tu interior.

Alargó su mano
enfundada todavía en
guantes de cuero.

— Ven— dijo, a la vez
que estiraba de mis muñecas
— . Cierra los ojos, respira y
suelta poco a poco el aire.
Recuerda cuando viniste la
última vez. Lo tienes
reciente en tu mente. Sabes
el camino y quieres
encontrarlo. Estás a un paso
más cerca de ti misma. No
temas, ahora yo estoy
contigo, nada malo va a
sucederte.

Había cerrado los ojos

y seguido su voz. Me relajé y recordé el sendero, vi a Rosco delante de mí como un guía, sentí que en aquel momento cuando me había conducido hacia la trampilla no era solo un perro, había algo con él, había estado siguiendo a alguien a quien yo no podía ver con mis ojos físicos pero sí había percibido.

Abrí los ojos.

De pronto sentí una presencia a mi espalda.

Comencé a observar con detenimiento todo a mi alrededor. Entonces la vi de

nuevo, fue por unos segundos. Sentí una mezcla de emoción y miedo al verla.

— ¡Es por ahí!—
indiqué con mi mano.

Kahul me miró satisfecho.

Caminé por delante siguiendo la imagen que aparecía y desaparecía entre los árboles de la pequeña niña que tanto se parecía a Aina. Para ella parecía ser solo un juego.

La seguimos durante varios metros. Hasta que dejé de verla, entonces supe que ya estábamos en el

lugar.

No tardé en reconocer el árbol con el tronco hueco que guardaba la palanca. Kahul abrió la trampilla sin ninguna dificultad. Me alegré de que estuviera allí conmigo. Él todavía no sabía lo importante que era para mí que estuviera compartiendo ese momento de mi vida. Lo miraba y casi me parecía irreal que un hombre como él estuviera a mi lado, aunque fuéramos solo amigos.

El gesto de su mano animándome a bajar rompió

mis pensamientos.

Me ayudó a descender por el hueco sin necesidad de cuerdas, gracias a la fuerza de sus brazos.

— Las damas primero — me dijo, dejándome el paso y ofreciéndome la linterna.

El camino hasta la sala se me hizo mucho más corto, el miedo ya no me frenaba.

— Este túnel termina aquí. Fue aquí mismo donde encontré mi monedero.

Apunté con la linterna en el techo y le mostré el

símbolo.

Kahul exclamó:

— ¡Es increíble!

— ¿Sabes su significado?— le pregunté.

— Estudié el símbolo del dibujo que me diste y encontré poca información sobre él pero sí de la rama de la que pende esta secta.

— ¿Secta?

— Es una secta de adoradores del diablo: las piezas negras. Son muy poderosos, actúan en la sombra y para la sombra. Jamás se ha conocido a nadie que pertenezca a la

familia raíz, pero sus clanes, están repartidos por todo el mundo e infiltrados en todos los sectores más influyentes de la sociedad.

El vello del cuerpo se me erizó.

— Ofrecen rituales sagrados para que el diablo les conceda poder. Rituales como el abuso de menores, sacrificios animales y quizá humanos también. Invocan al bajo astral en sus ceremonias. Utilizan sus palabras, el dolor y el sufrimiento de sus víctimas para interactuar con seres de

la sombra.

— No lo entiendo ¿Por qué iban a hacer eso?

— El deber a la familia de sangre es más importante para estas sectas de lo que nosotros nos podemos llegar a imaginar. Si esta célula es parte de ellos harán lo que les digan y jamás lo cuestionarán. Su poder radica en la lealtad que se deben. Gracias a esto disponen de protección, dinero, poder político y todo lo que puedas imaginar.

Irania, has encontrado uno de sus escondites

secretos ¡Buen trabajo!

Miré a mi alrededor y aquel espacio polvoriento y húmedo no me pareció gran cosa.

— Aquí hay algo más — le dije apuntando el foco de luz por el reguero de cera de vela que había visto la primera vez.

Kahul siguió el reguero hasta la pared.

— ¡Qué extraño! — exclamó mientras palpaba con las manos la pared de ladrillo — No hay nada, es una pared maciza.

Kahul apoyó la oreja.

— ¿Escuchas eso?

Acerqué mi oído y sentí un rumor.

Bajé más hacia el suelo y el rumor se hizo más intenso.

Me arrodillé y lo sentí con más fuerza.

— Viene del suelo.

Comenzamos a palpar la superficie del suelo y tras unos minutos Kahul exclamó:

— ¡Irania, lo encontré!

De pronto escuché un ruido metálico.

Una bocanada de aire fresco entró en la sala.

— ¡Mira hacia allí! —
dijo Kahul apuntando con la
linterna.

Se había abierto un
hueco en el suelo con
escaleras de caracol hacia
abajo.

El rumor que
escuchábamos se había
intensificado.

Kahul se adelantó con
la linterna y me dio la mano.

— Tranquila, yo iré
delante.

Bajamos los peldaños
siguiendo el reguero de cera
roja mientras el rumor se iba
haciendo más intenso.

Cuando terminamos de bajar llegamos a un pasillo construido en la misma roca. Había arcos de estilo románico sosteniendo algunos tramos de la bóveda.

— Esto parece ser muy antiguo— dije.

Caminamos unos metros a través del oscuro pasadizo y Kahul se detuvo. — ¿Qué sucede? — le pregunté. — ¿No lo sientes? Puse atención pero no escuché nada, solo el rumor cada vez más cercano. Negué con la cabeza y subí mis hombros.

— Esa energía.

¡Siéntela!

Cerré mis ojos y durante unos segundos no sentí nada. Luego comencé a notarme muy incómoda.

— ¿Qué es eso?

— Es energía telúrica, es un centro de poder. Hay lugares de estos por todo el globo. Lugares sagrados donde pueden entablarse comunicación más directa con los espíritus. Desde la antigüedad se han utilizado para edificar dólmenes; emplazar ermitas y santuarios; para aprovechar

esta energía que asciende y desciende desde la Tierra al cielo y desde el cielo a la Tierra. Son muy listos. Han sabido bien escoger. Aquí la potencia de los rituales se amplificaría por mil.

Seguimos caminando, percibiendo cada vez con más intensidad la energía, hasta que llegamos a una cavidad luminosa. La imagen me dejó maravillada. Entraban rayos de sol que iluminaban una cascada que entraba desde la roca y terminaba en una poza de aguas cristalinas.

Rodeamos la poza por un pasillo labrado en la roca y seguimos el túnel abovedado que nos conducía justo a la espalda de la cascada. Allí me detuve, mi mente empezaba a recordar.

— Irania, ven, ya estamos cerca.

Tiró de mi mano. Yo sentía la resistencia en mis pies.

Ya sabía lo que había, lo estaba recordando pero verlo con mis propios ojos me dejó paralizada.

Entré en la caverna, era de forma circular, debía

medir unos cien metros de superficie. Los rayos de sol entraban por varias aberturas de la roca a unos diez metros de altura. Y su contorno estaba coronado de carámbanos de hielo. Del techo colgaban bellas estalactitas, algunas cubiertas de algas verdes, debido a la luz. El suelo había sido cubierto, hacía quizá cientos de años, de baldosas de mármol blancas y negras. Había símbolos zodiacales en el suelo y en el centro un altar de piedra. De las paredes colgaban

antorchas, ahora apagadas y en la pared contraria a la cascada había otro altar lleno de candelabros con velas rojas y negras.

Con paso lento y dubitativo me acerqué hasta el altar central. Tenía forma rectangular y era tan largo como una cama pero de fría y dura piedra de granito gris.

Apoyé mis manos sobre él. Ráfagas de imágenes iban bombardeando mi mente.

— ¿Fue aquí?— me preguntó Kahul.

Sí, ahí había sido. Lo que siempre sentí como una

fantasía en mi mente, ahora lo tenía frente a mí. Había sido real, había estado de pequeña. Mis pesadillas eran ciertas. Yo no estaba loca.

Comencé a temblar, casi no podía sostener mi cuerpo. Las imágenes que subían a mi mente eran demoledoras. Mis recuerdos se escapan por cientos de agujeros que se estaban abriendo sin piedad.

Observé una de las paredes de la sala a mano derecha, había unas argollas de hierro oxidado que sobresalían de la roca y

entonces lo vi:

Me transporté al pasado, yo estaba atada de manos en aquella misma argolla. Estaba muerta de miedo. Los seres reptiles encapuchados de negro recitaban unos versos en una lengua extraña para mí. Parecían poseídos por una energía que los hacía ir al unísono. En medio, en el altar, había una niña. Gritaba presa del pánico. Estaba tapada por una manta negra pero le sobresalía un mechón de cabello rubio.

— Está ahí— le dije a

Kahul como si él también pudiera ver lo que señalaba mi mano.

— Lo estás haciendo muy bien Irania.

Caminé hasta la argolla y me senté debajo de ella.

Volví de nuevo a mis recuerdos y vi la escena tal como la había grabado en mi mente de niña.

El ritual seguía.

Uno de los seres se acercó a ella y la destapó.

Negué repetidas veces con mi cabeza.

— Sigue, Irania, debes terminar con esto. Tienes

que dejarlo ir, ya no te volverá a hacer daño.

— No puedo verlo, es muy duro.

Pero mi corazón ya ansiaba la libertad.

Destapé la manta y la vi. Ya sabía que estaba allí pero no quería revivirlo.

— ¡Aurora!

Las lágrimas rodaban por mis ojos mientras veía como el reptil iba convirtiéndose en hombre mientras se iba acercando a mi hermana.

Aurora estaba gritando, movía su cuerpo pero tenía

las manos y los pies atados como yo me había visto a mí misma en la regresión.

Me miraba con ojos suplicantes, como si yo pudiera ayudarla, no dejaba de mirarme. Hasta que el hombre con capucha se subió al altar y se colocó sobre ella.

— ¿Quién es Aurora?

— Mi hermana, me obligaron a mirar— le dije entre llantos— Me ataron y me obligaron a mirar como la violaban.

— ¡Dios mío!

Kahul se sentó junto a

mí y me abrazó.

Las imágenes persistían, deseosas de liberarse de mi subconsciente. Pero yo no quería seguir viendo.

— Aurora me pide ayuda. Lo veo en sus ojos, pero yo no puedo hacer nada. Estoy asustada. No entiendo qué pasa, soy más pequeña que ella y no entiendo por qué está ahí.

— ¿Quién os está haciendo esto?

— Iban encapuchados, vestidos de negro y con el símbolo del techo en color

rojo grabado en su pecho.

— ¿Estos son los lagartos de los que hablabas?

Volví al recuerdo y miré hacia el altar. El encapuchado que estaba sobre mi hermana se deshizo de la túnica mostrando todo su cuerpo. Giró su rostro y me miró.

— ¡No! No puede ser, no. No lo entiendo. No puede ser.

Me repetía una y otra vez. Mi llanto se hizo más profundo y desgarrador, me abracé a Kahul con fuerza y

oculté mi rostro sobre su pecho.

— No era un lagarto, era mi padre. ¡Mi propio padre!

Lloré de rabia, de asco, de impotencia, mi mente me había protegido como una madre lo haría con su hija. Me había intentado evitar el sufrimiento que yo había experimentado cuando tenía cinco años de edad. No sabía la de veces que nos habrían bajado a aquellos túneles en mitad de la noche. Pero habrían sido muchas en las que mi hermana y yo

habíamos sido víctimas de repetidas violaciones y no solo de mi padre sino de todo el grupo.

Reptiles, ninguna asociación podía haber sido más apropiada para ocultar el acto más horrible que se puede cometer contra la inocencia de un niño.

Estuvimos largas horas dentro de la caverna, hasta que me vi con fuerzas para caminar.

Los ojos me escocían de tantas lágrimas que derramé. La garganta me dolía pero a la vez sentía

alivio y más paz en mi alma.

Kahul había estado tomando apuntes en su cuaderno y había estado haciendo fotos con su móvil.

— Lo has logrado, has abierto y liberado tus recuerdos. Jamás volverán a perturbarte. Los monstruos ya tienen rostro. Estoy muy orgulloso de ti.

Antes de salir de la caverna miré atrás y sentí como las imágenes que habían quedado grabadas en la sala, se desvanecían poco a poco. La luz había entrado, había iluminado la oscuridad

y ahora desaparecían viajando a través de los rayos del sol hacia el cielo.

Salimos del bosque y caminamos hasta el lugar donde había dejado la moto Kahul.

Kahul se colocó el casco y la puso en marcha para poder emprender el viaje de vuelta. Ya todo había cambiado. Ya no era la misma persona, Sandra iba muriendo poco a poco, casi ya no tenía vida.

Me sentía diferente, aunque dolida en el fondo de mi alma, mi corazón sentía

alivio.

Me subí a la moto, me coloqué el casco y miré atrás.

De repente el cuerpo se me tensó; la niña del bosque me miraba entre los árboles, parecía triste.

Kahul aceleró y la dejé atrás como muchas otras cosas.

El viaje de vuelta se me hizo largo. Hacía años que no montaba en moto. Aunque sentir la cercanía de su cuerpo, me había hecho olvidar el miedo que me

daba la velocidad.

Pasada una hora de viaje, hice parar a Kahul en el área de servicio de un pequeño pueblo, para poder estirar mis entumecidas piernas.

Había una gasolinera muy pequeña y una zona ajardinada al lado de un riachuelo.

— Parece ser buen sitio para comer algo. Ahora vengo— dijo Kahul mientras caminaba hasta la tienda de la gasolinera.

Me dirigí a los asientos de madera que miraban

hacia el río. El murmullo del agua volvió a transportarme hasta la cascada, y luego hasta la caverna, y luego hasta el altar.

Solté un largo suspiro y apoyé las manos sobre mi frente. Froté mis ojos y volví a soltar un suspiro.

Me sobresalté. Sentí una vibración dentro de mi bolso y luego la canción de “Amigos para siempre” de los Manolos.

Removí en mi bolso y cogí el teléfono que me había regalado Lila.

Sonreí al comprobar

que Lila se había entretenido con las aplicaciones del teléfono antes de regalármelo, configurándome una melodía muy propia de su gusto.

— ¿Diga?

Escuché unos sollozos.

— ¿Lila, eres tú?— pregunté.

— Sandra, estoy en la comisaria con mi primo. Un hombre ha entrado en mi casa, se ha hecho pasar por cliente y luego me ha forzado a decirle dónde estabas. Intenté negar que te

conociera pero tenía información de nuestros encuentros. Sandra te han estado siguiendo desde hace algún tiempo.

— ¡¿Qué?! ¿Pero estás bien?

— Me ha amenazado con un cuchillo. Me obligó a hablar, tenía mucho miedo. Estoy muy nerviosa le he tenido que contar lo de Kahul, pensé que iba a matarme.

— No puedo creerlo. Lo siento mucho, Lila.

— No podéis volver a su casa. ¡Estarán

vigilándoos!

— Gracias, Lila.

Colgué y todavía con la mano temblorosa me dirigí hasta la tienda, pero Kahul ya salía con bebidas y dos bocadillos en las manos.

— ¡Kahul, saben que estamos juntos! Me están buscando.

Comencé a caminar de un lado para otro.

— Tranquila Irania, estamos a salvo.

— No, también te buscan a ti. Saben que estás conmigo y han ido seguro a tu casa.

— Después de lo que te hizo tu padre no entiendo porqué está buscándote. Es repugnante.

— Mi madre odia los escándalos y querrá evitar a toda costa que se propague el rumor de mi fuga. Por eso todavía no hemos salido en los periódicos. Ellos lo están solucionando a su manera. Han contratado personas que harán lo que sea para encontrarme. Incluso han llegado a amenazar de muerte a mi amiga.

— ¡¿Pero qué clase de personas son tus padres?!

Bueno... después de todo si pertenece a esa secta, no debería extrañarme hasta dónde son capaces de llegar por mantener el control.

Bajé la mirada.

— ¿Qué hacemos ahora? No puedo ir a ninguna de mis casas, todas estarán bajo vigilancia.

Kahul permaneció en silencio por unos segundos.

— Espera aquí, voy a hacer una llamada desde el teléfono público de la tienda. Toma— dijo ofreciéndome un bocadillo — , necesitas coger fuerzas.

Condujimos durante dos horas más en dirección a la costa. Kahul me había dicho que ya estaba solucionado. Un amigo suyo del cual me dio pocos detalles, le había dejado una casa que tenía en la playa que nadie usaba durante el invierno.

La casa estaba en una urbanización cerca de Blanes.

Cuando paramos frente a la verja me preguntó:

— ¿No tendrás amigos por aquí?

Miré a mi alrededor.

— No, es una zona de clase media. Mis amigos jamás comprarían nada por aquí.

Kahul me sonrió.

— Perfecto, entonces.

Bajamos de la moto y Kahul saltó la pequeña verja de piedra que delimitaba el terreno. Me ayudó a saltar y entramos a la propiedad.

Era una casa pintada en blanco y con tejas rojas, con ventanas de aluminio blanco, de una sola planta. El césped estaba en muy mal estado y el jardín lucía

desaliñado con mala hierba entre las plantas. Se notaba que hacía meses nadie iba por allí.

Kahul buscó la llave que escondían los dueños. Aunque su amigo le había dado algunas señas por el teléfono, encontrar la maceta donde la guardaban no fue fácil. Me uní a la búsqueda y tras un cuarto de hora apareció debajo de un tiesto con aloe vera.

— Se nota que tu amigo no distingue entre un cactus y una margarita.

Kahul rió.

La casa estaba helada y olía a cerrado. Me mareaba el olor y aunque hacía frío abrí todas las ventanas y puertas para que se ventilara. El chalet, tenía tres habitaciones grandes y un solo cuarto de baño. La cocina era pequeña, con escasos armarios, aunque tenía todo lo indispensable para cocinar.

Pasado un rato, Kahul entró con varios troncos y algo de ramas para encender la chimenea que presidía el salón comedor de la vivienda.

Me quedé sentada en el sofá y observé la escena de lejos. Pensé en lo inútil que me sentía ahí mirando mientras él se esforzaba para que la leña húmeda prendiera. Sentí que muchas cosas tendrían que cambiar ahora que ya no disponía de mi posición y quería hacerlo.

Me senté en el suelo junto a él y le fui pasando ramitas de pino. Soplé junto a él para darle energía a un fuego débil, que amenazaba con dejarnos helados durante toda la noche.

Kahul giró el rostro y

me miró. Había dulzura en él.

— ¿Quieres que baje al pueblo a traerte algo para cenar?

— No tengo hambre, gracias.

Por fin el fuego prendió y los troncos comenzaron a arder.

— ¿Ves? Tu atención ha sido necesaria para avivarlo.

Las lágrimas volvieron a humedecer mis ojos.

— ¿Qué te pasa, Irania? Tenía un doloroso nudo en la garganta e intentaba

contenerme de llorar de nuevo.

— Gracias por todo, no sé que hubiera hecho sin tu ayuda y después de todo lo bueno que has sido conmigo. ¿Cómo te lo pago? Robándote tu vida. No es justo para ti, no mereces esto.

— No tengo nada que puedan robarme. Lo más valioso que tengo lo llevo siempre conmigo— dijo señalándose en el pecho.

— ¿Y tu trabajo?

— ¿En el *pijocentro*?
¿Rodeado de ricachonas

aburridas que me abordan en los pasillos, llenas de regalos y proposiciones indecentes? Bueno, creo que ya cumplí mi misión allí, de hecho tengo mi misión delante de mis ojos.

Me miró fijamente y se le formó una pícara sonrisa en los labios.

— Creo firmemente en lo que nos ha unido y si te he ayudado a sacar tus recuerdos y eso te sirve, también servirá a otros. Me doy por pagado, somos familia espiritual ¿Recuerdas?

— ¡Ojalá te hubiera conocido mucho antes! Me habría ahorrado tanto sufrimiento... — me lamenté.

— Bueno me habrías conocido de otro modo. Yo también pasé por una etapa difícil, ya te lo conté. Pero creo que sin eso, no tendría la fortaleza que tengo ahora para continuar adelante. También te pasará a ti, y llegarás a ver el pasado como algo que te ayudó a renovarte, a ser la mujer que eres ahora.

— Siento que todavía

no he terminado, todavía hay cosas que zanjar.

— Lo sé.

Kahul se levantó, sacó un colchón de una de las habitaciones y lo puso sobre el suelo junto al sofá.

— No llega el calor a las habitaciones, creo que será mejor que durmamos aquí junto al fuego.

Luego trajo dos mantas y dos almohadas con él.

Me tumbé en el sofá y me tapé con la manta que desprendía un intenso olor a naftalina. Kahul se acostó en el colchón del suelo y desde

allí iba lanzando, de vez en cuando, troncos sobre las ascuas.

Decidí cerrar los ojos y dormir pero las imágenes venían a mi mente. Volvía a vivir una y otra vez la escena que había recordado, y pensé en Aurora.

Ahora tenía la seguridad de que era cierto, tenía argumentos que me respaldaban y una prueba física, que me decía que yo también había estado allí. Pensé en mi hermana y en lo bien que lo había encajado. Imaginé que lo habría

olvidado por completo o que la vergüenza no le habría permitido contarle. Tenía ganas de hablar con ella y contárselo todo. Tenía la necesidad de hacerlo y ese deseo persistió conmigo toda la noche.

No podía dormir aunque mi cuerpo estaba agotado. De vez en cuando miraba hacia el suelo y observaba a Kahul. El fuego iluminaba su rostro. Nada le perturbaba, parecía estar profundamente dormido. Me sorprendía lo poco apegado que estaba a las cosas

materiales, a la facilidad con la que podía desprenderse de trabajos, objetos y personas. Lo sentía libre, y yo en aquellos momentos miraba a mi alrededor y me decía a mi misma que también estaba viviendo esa libertad junto a él. Sentí una sensación muy agradable, intensa.

Alargué mi mano y la conduje hasta su rostro. Pasé mis dedos por encima de su cabello, dibujé el perfil de su cara, me detuve en sus labios y sentí el calor que emanaban pero no me atreví

a rozarlos aunque mi corazón me lo pedía a gritos. Retrocedí el brazo y volví a dejarlo bajo la manta y me quedé dormida contemplándolo, reprimiendo el deseo que ardía bajo mi pecho.

Ahora siento, que los días que pasé con Kahul en la costa, habían sido un modo de re-conectarme a mi propia esencia. Alejada del caos de la ciudad, de mi familia, de médicos, psiquiatras que opinaban, juzgaban y valoraban, lo que

era correcto e incorrecto. Alejada de toda influencia, pude sentir por primera vez, como iban diluyéndose los *alter ego* que me había construido a lo largo de la vida y que habían convivido conmigo sin yo ser consciente de ellos.

Capítulo 25

Percibí el
llanto de tus
miedos

y acudí para
que te acurrucaras
entre el
vaivén de mis
dedos.

Dos días después de
estar en la casa decidí bajar
caminando al pueblo más
cercano con el poco dinero

que me quedaba. Kahul se había marchado a la ciudad para intentar rescatar parte de los ahorros que tenía en su apartamento. Me había horrorizado la idea de que pudieran hacerle daño, pero me había asegurado que tenía un plan. No me quedé muy tranquila pero tras abrazarme me dijo que los ángeles cuidaban de nosotros. Tenía que creerle, después de lo que le había sucedido en el desierto y lo que yo había vivido en la clínica no me quedaba dudas de que ellos nos protegían

por alguna razón.

Mientras caminaba por las plácidas calles de un pueblo que antaño había sido pesquero, después de comprar algunos víveres, me paré frente a una peluquería que había en una calle estrecha y peatonal.

La peluquera me miró tras el cristal y me sonrió.

Saqué del monedero el dinero que tenía y lo conté.

Volví a mirar los carteles de los precios y seguí caminando.

— ¡Hoy miércoles tenemos servicios a mitad de

precio!— me gritó desde la puerta una jovencísima peluquera, delgada y bajita. Llevaba una escandalosa mezcla de tres colores distintos de mechas en su media melena.

Me sonrió y le devolví la sonrisa.

Decidí entrar.

La peluquería era pequeña, solo tenía tres sillones y dos sillas con secadores, uno de ellos ocupado por una señora de unos setenta años de edad que ojeaba una revista de cotilleos a medio palmo de

sus ojos. Llevaba unas gafas de pasta de gran tamaño para su pequeña cabeza, llena de rulos de color amarillo y rosa.

— Este pueblo en invierno está aburrido— me dijo la joven peluquera con un fuerte acento gerundense — , pero en verano tenemos hasta cuatro chicas trabajando aquí.

Me invitó a sentarme frente a un espejo y luego se puso detrás de mí apoyando sus manos sobre mis hombros.

— ¿Qué te hago,

guapa?— me preguntó mirando el reflejo de mi rostro en el espejo.

Había una revista de moda sobre la silla de mi izquierda. Observé a la modelo que posaba en la portada. La cogí y la miré por unos segundos, la conocía de los desfiles. Marta me la había presentado porque la había contratado en muchas ocasiones. Cuando hablé con ella me pareció que tenía una personalidad impresionante: orgullosa de sí misma pero a la vez

respetuosa.

— Quiero esto.

La peluquera hizo una mueca de sorpresa.

— ¿Está segura?— me preguntó cogiendo entre sus manos mi cabello que ya tenía por debajo de los hombros.

Solté un suspiro y luego sonreí.

— Sí lo estoy.

Observaba fascinada el cambio exterior que iba tomando mi cabello y cómo iba adecuándose a mis facciones, al color de mis ojos, al tono de mi piel

encajando como la pieza del puzzle que sentía que me faltaba.

Sentía una emoción de alegría en mi pecho, un simple cambio de cabello pero que para mí era un triunfo sobre mí misma, el trofeo de una batalla ganada.

Cuando terminó, la joven me miró y me dijo:

— Al principio pensé que se estaba equivocando pero... está increíble. ¡Perfecta! ¡Guapísima!

Miré de nuevo la imagen que me devolvía el espejo, me había cortado el

cabello por debajo de las orejas y me lo había teñido de negro con un flequillo ladeado largo.

— Muchas gracias— le dije.

Antes de marcharme la peluquera me dijo:

— ¿Cómo se llama, para apuntarle el color del tinte en la ficha?

— San... Irania, me llamo Irania.

Y le sonreí, profundamente convencida de lo que decía.

Caminé por las calles del centro, con la ilusión

creciendo en mi pecho, pequeños cambios que me llevaban hacia la libertad. Me sentía más ligera, más viva, la alegría me acompañó durante unos metros hasta que en la puerta de una farmacia el corazón volvió a encogérseme.

En el escaparate habían colocado un cartel grande con la foto de un niño sonriente soplando un molinillo de viento anunciando el *Pinmetil*.

La moto de Kahul ya estaba bajo el porche de la

casa cuando llegué del pueblo. Seguía cortando leña de espaldas a mí. No me había escuchado llegar y me detuve unos segundos para observarlo. Se había quitado el jersey, quedándose con una camiseta de tirantes. A pesar del frío que hacía, corría sudor por su frente.

Todavía me emocionaba al verlo realizar tantos esfuerzos por protegerme, todavía seguía sintiéndome poco merecedora de su apoyo. Eso me entristecía.

Kahul dejó de cortar

leña, pareció presentirme.

Giró lentamente su cuerpo todavía con el hacha en la mano.

Cuando me vio dudó unos instantes.

Me acerqué poco a poco y le sonreí.

Mi sonrisa le calmó, pero su rostro todavía contenía marcado el asombro inicial.

— ¡Estás increíble, menudo cambio! Me gusta mucho como te queda el moreno.

Sonreí y creo que me sonrojé.

Me miró durante unos segundos sin decir nada.

— Un paso más para ser tú misma, eso está bien. Irania comienza a ser visible.

— Lo necesitaba, siento haber gastado dinero en eso pero créeme que me lo pedía el corazón.

— No te preocupes, he conseguido rescatar mis ahorros.

— ¿Has entrado a tu apartamento? ¿Te pueden haber seguido hasta aquí!

— Calma, yo no he entrado. Llamé a mi vecina

de al lado. Tengo mucha confianza con ella, aunque es un poco chismosa no es mala persona, siempre se ha ofrecido a cuidarme la casa por si yo me marchaba, regarme las plantas, cogermel el correo, cosas así. Le dejé una llave de mi casa hace algún tiempo y le he pedido que entrara en mi apartamento, tras darle indicaciones de donde guardo el dinero. Luego quedé con ella en una pequeña plaza.

Me ha dado la bolsa, no falta ni un billete. Aunque

me ha regañado porque tenía el apartamento “patas arriba” como si me hubieran robado. Le he tenido que decir que me persigue una banda de mafiosos por haberles denunciado a la policía. No sé si me ha creído pero he intentado ser convincente.

Me llevé la mano al pecho y le dije:

— Lo siento mucho.

— Está bien— me sonrió y me acarició el mentón—, no te preocupes, ya hemos hablado de esto ¿no? Lo que por un lado

perdemos lo ganamos por otro. Es la ley del ritmo. Algo mucho mejor nos espera.

No pude evitar el impulso que me llevó a abrazarlo.

Respondió a mi abrazo pero debió percibir que mis sentimientos ya no eran de simple amistad. Noté como algo en su interior me ofrecía resistencia.

Me separé de su cuerpo y me encontré de frente con su mirada. Sus hermosos ojos seguían brillando con la misma intensidad, y yo

seguía sintiendo el mismo cariño y respeto por él, pero mi deseo nublaba mi mente y me lancé a sus labios.

Kahul me besó, pero su beso fue un leve instante pero lo suficiente para sentir su calor y el amor que me envolvía con él. El amor que me había hecho cometer un impulso tan impropio de mi carácter tímido y reservado.

Kahul se apartó dejando un margen cómodo para nuestros cuerpos.

— Lo siento, no sé que me ha pasado. Yo... — me disculpé. Me sentía

completamente abochornada — . Por favor no creas que no te respeto, es que me confunde nuestra amistad, yo nunca he tenido un amigo como tú y ahora te he ofendido.

Kahul me elevó el rostro con su mano hasta que nuestras miradas se encontraron.

— No te preocupes. Lo entiendo.

— Lo siento— le volví a decir. Me sentía estúpida y un miedo atroz de perderle me envolvía— Ya sé que eres homosexual. No debí...

Kahul apartó la mirada y se rascó suavemente el cabello. Luego sonrió.

— ¿Quién te ha dicho eso?

— Bueno, las compañeras del club lo decían.

Resopló.

— No me imaginé que los rumores iban a llegar tan lejos.

— No necesitas darme explicaciones, soy una patosa. ¡Discúlpame!

Hice ademán de marcharme hacia la casa para dejar la compra y poder

liberarme de lo incómoda que me sentía.

— No soy gay, pero dejé que lo pensaran. No lo negué cuando una cierta persona del club me lo preguntó ante sus repetidos acosos. Estaba harto de ella así que me ha servido para estar más tranquilo en el club y poder ejercer mi trabajo con normalidad.

— ¿Fue Lidia, verdad?

— No importa sus nombres. Son mujeres casadas que pretenden utilizarme como si yo fuera un juguete, para llenar el

vacío que dejan sus esposos cuando se marchan largas temporadas de viaje. Y luego pretenden llevar una vida normal como si nada pasara. No puedo soportarlo. Una de ellas tiene tres hijos, incluso me enseñó una foto familiar. Me pareció irrisorio que justo después me diera la dirección de un hotel en la costa para un encuentro.

Sentí una punzada en el estómago. No le dejé terminar su exposición porque me sentí parte de ese grupo de mujeres

acosadoras, mi orgullo quedó herido y me alejé de su lado con la cabeza mirando al suelo como una adolescente rechazada.

La alegría que había sentido con mi nuevo cambio de imagen se iba disipando poco a poco, los acontecimientos iban enterrándola con pesadas losas de sentimientos negativos. Me sentía incómoda y también había conseguido que Kahul se sintiera incómodo conmigo. Apenas podíamos mirarnos a los ojos.

Preparé para el almuerzo un guiso de arroz que me quedó pastoso e insípido. Me sentí avergonzada cuando tomó el cucharón para servirse y la masa pegajosa se resistía a desprenderse de él.

— Lo siento, no sé cocinar. No sé hacer nada— le dije con tristeza.

— Deja de excusarte constantemente ¿Quién te ha pedido tanta perfección?

— Yo debía haber puesto más interés.

— No Irania, deja de continuar el papel que

estabas representando en tu casa. Aquí ya estás libre, nadie te pide que sepas de todo. Tú naciste con un don maravilloso, ese es el don que debes potenciar y si después te apetece aprender a cocinar ¡hazlo! Pero porque te gusta, no por quedar bien o hacer lo que se espera de ti.

Entonces me di cuenta, me observé a mí misma desde fuera; Vi que estaba siguiendo un programa como si fuera un robot.

Sonreí.

— Es cierto.

— Ámate como eres, deja de exigirte más de lo necesario. Yo te veo fuerte, capaz, poderosa. Después de todo lo que has tenido que sufrir y aún estás aquí. A pesar de toda la oscuridad que te ha mantenido atrapada, sigues luchando por una nueva vida.

Me tomó de la mano y me la apretó con fuerza.

— Yo te admiro— me dijo mirándome a los ojos.

Sus palabras llenas de sinceridad movilizaron algo en mi interior: *Soy digna de amor, merezco que el amor*

vuelva a mi vida, cavilé.

Capítulo 26

Qué tonto
sufrir por querer
ser seguida.

Qué tonto
esperar ser
comprendida.

Si por sentir,
soy requerida,
¡Ábranse las
puertas!

¡Rómpanse
las cadenas!

Aquí estoy

retenida.

Decidimos que pasaran unos días más para bajar de nuevo a Barcelona. Sabíamos que estaban buscándonos, pero la investigación debía seguir su curso y ahora más que nunca sentía que tenía una responsabilidad con los niños que estaban siendo medicados con el *pinmetil*.

No solo fue por los recuerdos espontáneos que iban aflorando en mi mente si no porque ya seguía con

fuerza los dictados de mi corazón.

Tener a Kahul a mi lado durante tantos días, había conseguido que perdiera parte del miedo y la confusión que me había perseguido durante años. Él reforzaba mi intuición.

Pero esos días, también habían conseguido que me enamorara más de él. La cercanía, su amabilidad, constante respeto y cariño no me ayudaban para que pudiera retener el torrente de emociones que me despertaba.

Recordaba cómo me había tratado Joan: su desprecio, sus constantes críticas, la brusquedad y el tacto frío de sus besos. Desde la lejanía podía verlo de otro modo, podía ver cómo había permitido que me tratara así. La distancia me estaba haciendo desprender de una invisible atadura que habíamos creado. Una cuerda que veía cómo iba deshaciéndose, quedando convertida en diminutos hilos de cáñamo cada vez más pequeños hasta convertirse en polvo.

En ese instante me estaba dando cuenta de que ya no sentía nada por él, pero ya hacía mucho tiempo que esto era así. Había dejado que otros opinaran, que otros juzgaran o incluso me inculcaran lo que debía sentir por él.

Veía la imagen de mi madre y de mi padre a su lado sonriéndole las gracias y también al revés, él sonriéndoles las gracias a ellos. Luego esperaban que yo también hiciera lo mismo. Me miraban desconcertados hasta que les

mostraba mis dientes en un acto forzado de aceptación. Pero no era yo, ya no eran mis sentimientos y dudé si alguna vez fueron los míos. Me sentí feliz pues había comenzado a reconocer que ya no amaba a Joan y esto me devolvía la fuerza. El poder que le había entregado a Joan volvía de nuevo a mí y lo veía como regresaba llenándome de energía, completando una parte ajada de mi ser. Porque nunca más podrían utilizar mi amor, como excusa para la manipulación.

Enfrentarme de nuevo al miedo a ser atrapada en la ciudad me había dejado engarrotadas las piernas. Di gracias porque ya habíamos llegado a nuestro destino; una gasolinera a las afueras de Barcelona capital.

Me apeé de la moto de Kahul y caminé en círculos por la explanada de asfalto hasta que se me pasó el hormigueo.

— No me convence tu plan para entrar en la casa — confesó Kahul.

— Yo confié en ti

cuando recuperaste el dinero. Ahora confía tú en mí. Puedo hacerlo.

— ¿Y si te delatan?

— Tendremos que arriesgarnos.

Me sorprendió el estado de preocupación de Kahul. Yo que estaba acostumbrada a apoyarme en él, ahora lo percibía inseguro. Había estado días planeando cómo entrar en mi propia casa sin levantar sospechas. Había pensado en todo tipo de excusas, pero no podía enviar a nadie. No confiaba en Marta, ni podía enviar a

Lila ni a ninguna de mis pocas amigas de la ciudad.

Después de horas sin encontrar una solución seguí el consejo de Kahul; me había dicho que pidiera ayuda al Universo y que el Universo respondería. Y así fue que cuando menos lo esperaba, recibí la solución al encender el televisor aquella misma noche.

Estaban dando una película muy antigua que yo había visto en mi infancia, hubiera cambiado de canal si no fuera porque justo estaban dando la parte que

más me gustaba. Después de ver la escena, una luz se encendió en mi interior.

— Lleva encima el móvil— me pidió.

Esperamos durante media hora hasta que un camión se paró en la estación de servicio de la autopista.

De él bajó un hombre moreno con bigote espeso y barba cerrada de cuatro días, que caminaba con pasos cortos y rápidos. Parecía llevar un reloj pegado al trasero.

Sus compañeros: dos jóvenes de origen sudamericano, aguardaron sentados en la cabina del camión.

Le hice señas con el brazo.

El conductor caminó hacia nosotros.

— ¿Es usted la señora Ros?— me preguntó.

Asentí con la cabeza.

— ¡Firme el albarán antes de que se me olvide! Tenga mire si está todo correcto.

El conductor me dio la factura, observé la fecha del

pedido y se la devolví.

— Correcto ¿Ya puedo subir?— le pregunté.

— Sí, venga.

El hombre abrió las puertas del camión y me ayudó a subir.

Kahul subió también.

— ¿Les parece bien?

Miré la colosal estatua de Buda de dos metros de alto.

— Sí, es perfecta.

Le guiñé un ojo a Kahul y le sonreí, pero no conseguí que borrara sus facciones de preocupación.

Kahul sacó un sobre y

se lo dio al transportista.

Este lo abrió, humedeció su dedo índice y comenzó a contar el dinero.

— Espero que sea discreto. Es una sorpresa muy importante para nuestra amiga— le dijo Kahul al hombre que se apresuraba a guardar el dinero en una riñonera negra de cuero que llevaba debajo del jersey.

— Sí, ya me quedó claro: tengo que entrar y decir que vengo a entregar un paquete para la señora Ros.

— Si le ponen trabas

dirá que es un encargo que viene de Bali, ¿de acuerdo? — le dije.

— Sí señora. A mí me da igual, yo digo lo que usted quiera, pero si le pasa algo ahí dentro yo no quiero saber nada.

— No pasará nada— le dije— además ya le he firmado mi consentimiento.

El hombre ladeó la cabeza repetidas veces, no parecía convencido de nuestro extravagante pedido.

Por momentos, también sentí que me estaba equivocando, pero la

película que había visto el día que pedí ayuda, me había dado la idea de cómo entrar sin ser vista. El plan me pareció perfecto.

Antes de cerrar la puerta del camión Kahul me dijo al oído:

— Utilizar esta escultura como un caballo de Troya no me parece la mejor idea. Seguiré al camión hasta tu casa.

Arrancó el camión y sentí el movimiento dentro de la escultura. El olor de la resina me estaba mareando y también el bamboleo de la

cabina del camión.

Creí que vomitaría de un momento a otro pero me contuve.

Los constantes avances y frenadas me indicaron que ya había entrado en el núcleo urbano de Barcelona.

Calculé a grosso modo que habían pasado tres cuartos de hora cuando por fin el camión se detuvo.

Mi respiración se agitó así como el corazón en el pecho.

Escuché el sonido de las puertas y voces de hombres.

Luego por fin el Buda, conmigo dentro, comenzó a moverse. Me sujeté con fuerza a las asas interiores que habían atornillado a petición mía.

Agradecí la delicadeza con la que me estaban transportando a través de lo que yo supuse era ya el jardín de mi casa. Las órdenes habían sido precisas; les pedí que me dejaran justo en el hall del piso de arriba. Era una parte amplia y espaciosa donde entraba la luz directa a través de un tragaluz. Allí

sabía que había solo una cámara de vigilancia y tendría facilidad para entrar a mi dormitorio.

Me sostuve con fuerza a los laterales de la estatua cuando comenzaron a subirme por las escaleras. Mientras fui escuchando los comentarios de Rosa:

— ¿Ahí en medio tienen que ponerlo?

— Sí es lo que nos han dicho.

— ¡Uy! Qué cosa más fea— opinó Rosa.

Noté un golpe en el suelo y de nuevo me

colocaron de pie.

— ¡Esto estorba aquí, muchacho!— exclamó mi cocinera.

— Pues yo hago lo que me dicen.

— Con lo bonita que es mi virgen del Rosario y la señora pone este gordo de los chinos. ¡Cómo se nota que el dinero no compra el buen gusto!

— Ahí le doy la razón — afirmó el chófer.

Esperé hasta oír las voces cada vez más lejanas, luego escuché la puerta principal cerrarse.

Entonces decidí salir.

El corazón me latía con fuerza aunque estuviera en mi propia casa. Abrí los pasadores que sujetaban la parte de la escultura que me hacía de puerta y la abrí.

Miré que no hubiera nadie alrededor y saqué la cabeza y los brazos.

Volví a comprobar que nadie subía por las escaleras y terminé de sacar mi cuerpo del interior de la estatua.

Tomé varias bocanadas de aire fresco y me dirigí hacia mi dormitorio y cerré la puerta con mucho

cuidado.

Observé la habitación. Estaba todo como lo había dejado. Aunque ahora sentía como si ya no me perteneciera, incluso me molestó la decoración tan sobria y gris. Sentí un nudo en el estómago. Era miedo, miedo a que Sandra estuviera allí esperándome para volver a apoderarse de mí. Percibí mi antigua energía adherida a la cama, a los cuadros, a las fotos y voces que me decían que me quedara, que allí estaba a salvo, que cuidaban de mí,

que nunca me faltaría de nada.

Me tapé los oídos y cerré los ojos.

— *Irania, sal de ahí*— escuché en mi interior.

Abrí los ojos y miré a mi alrededor, sombras oscuras salían de las paredes, sombras con formas humanas que alargaban sus brazos hacia mí. Me buscaban.

Sentí escalofríos.

— *Recuerda que ahora eres Irania. Puedes hacerlo.*

Me temblaba todo el cuerpo y mis pies parecían

no querer moverse. Pese a tener que pasar entre aquellas entidades de la sombra, que me observaban hambrientas de energía, me dirigí hacia la estantería que tenía justo al lado del equipo musical. Y cuando las traspasé sentí el miedo que cargaban, la tristeza que acumulaban, el rencor guardado. Todas aquellas emociones que yo misma había experimentado.

— Ya no soy Sandra, ya no soy Sandra— fui repitiendo en voz baja como un mantra que me otorgaba

fuerza y valor.

Miré por encima todos los CDs hasta que encontré el de Miguel.

Sentí un profundo alivio y alegría.

— Ya está.

Lo metí en el pequeño bolso bandolera que me había comprado Kahul y me dispuse a salir de la casa. Entonces miré a mi alrededor y las sombras habían desaparecido, ya no estaban ahí o ya no las veía. Me sentí más fuerte, había vuelto a vencer a la oscuridad.

De pronto miré el reloj de mi mesita, era muy tarde, Rosa estaba a punto de marcharse para su casa.

Escuché unos pasos, la puerta principal y luego unos pitidos continuados.

— ¡La alarma está conectada!— exclamé.

Me quedé paralizada unos minutos en mi dormitorio, dando vueltas. Miré hacia la ventana y vi como Rosa caminaba hacia la parada del autobús.

“¡Tenía que haberlo previsto!” cavilé.

Tenía veinticinco

segundos antes de que la alarma se disparara para cruzar el hall, bajar las escaleras y llegar hasta el control y desactivarla para salir.

Sabía que Kahul estaba esperándome fuera, en algún lugar escondido, a la espera de verme salir por la puerta. Eso me dio fuerzas pero aún así lo vi tarea imposible.

Corrí todo lo que pude y bajé las escaleras, pero al llegar al hall principal, me tropecé con una alfombra y caí.

La alarma silenciosa

comenzó a parpadear.

Un pánico atroz se adueñó de mí. La alarma estaba conectada a un servicio de vigilancia de cámaras de video y también a un guarda que hacía la ronda por el barrio. En unos minutos estaría allí.

Las manos me temblaban, los nervios se estaban apoderando de mí. Cogí las llaves que guardaba en una cómoda del recibidor y busqué la de la puerta principal. Se me cayó el manojó de llaves al suelo, me agaché para cogerlo y ni

siquiera supe de donde saqué la calma para dar con la llave correcta.

Al fin conseguí abrir la puerta y corrí a través del jardín hasta la verja, abrí la puerta con la llave. Miré a ambos lados de la acera y caminé a paso normal. Pronto escuché el motor de una motocicleta a mi lado.

Me subí y Kahul aceleró. Solo entonces, dejé de temblar.

Escogimos uno de los serpenteantes asientos en el parque Güell para

reponernos de la huída. Ni siquiera me paré a contemplar la belleza de unos de los parques más hermosos y mágicos de toda Barcelona. Quizá no llegaba a darle la importancia que se merecía por aquello de que lo había visto muchas veces. Tampoco era mi parque predilecto pues siempre estaba abarrotado de turistas y ya no sentía la función que tenía de relajar al viandante, ya que tenía que estar constantemente moviéndome de un lado a otro para encontrar un hueco

de paz.

Aquella mañana no fue diferente, seguía lleno de personas que venían de todas las partes del mundo a fotografiarse con el dragón de las escaleras, pero en aquella ocasión agradecí estar rodeada de ellos y poder camuflarnos entre la muchedumbre.

Kahul sacó de su mochila el ordenador portátil que había comprado el día anterior en una tienda de electrodomésticos de Blanes.

Todavía con el pulso tembloroso le di el CD.

— ¿Qué esperas encontrar aquí?— me preguntó.

— No lo sé. Ya intenté abrir esa carpeta pero me pide una contraseña. En estas otras dos solo hay fórmulas químicas.

Kahul intentó abrirla y de nuevo le apareció el mensaje: *introduzca la contraseña.*

Luego abrió una de las carpetas libre de contraseña y comenzó a pasar páginas hasta que se detuvo en el sello y firma de una de ellas.

— ¿Trabajabas para

Farma-Ros?

El corazón comenzó a palpitarme con fuerza.

Asentí con la cabeza.

— No solo trabajaba para ellos. Me llamo Sandra Ros, mi padre es Don Braulio Ros, dueño de los laboratorios— solté.

Le miré a los ojos esperando alguna señal negativa.

— ¡Increíble! ¿Por qué no me lo habías contado antes?

— Por miedo, supongo. Después de que me contaras que habías tenido problemas

con ellos no supe que decir. Pensé que dejarías de ayudarme. He sido una egoísta, lo siento.

Kahul dejó de mirarme y soltó un largo suspiro mientras parecía contemplar el paisaje de la ciudad condal.

Y mi corazón seguía palpitando angustiado a la espera de una respuesta, de una reacción a la noticia.

— Creí que confiabas en mí— me dijo. Su voz sonaba apagada.

Los ojos se me nublaron y se me hizo un

nudo en la garganta.

— Sí, confío.

— ¿Pensabas que dejaría de creer en lo que te ha hecho solo porque tu padre es un hombre rico y respetado en la ciudad? Ya sabes lo que pienso de su empresa y para nada me extraña su brutalidad y su mente enfermiza. Él es el loco y no tú. Ahora empiezan a encajar cada vez más las piezas de este puzzle.

Debemos abrir esta carpeta pero tienes que recordar algo más sobre

Miguel ¿Qué clave pondría?
No te lo habría dado si no
estuviera convencido de que
podrías abrirla, tienes que
recordar.

Pensé por unos
instantes y se me ocurrió
decir:

— ¡Pajarita! Escríbela.

Kahul insertó el
nombre pero el programa
nos denegó el acceso.

Resoplé y me llevé las
manos al rostro.

— ¿Por qué pajarita?

— Cuando vi a Miguel
por primera vez después de
muerto, me indicó una

pajarita de papel que me había dejado en la mesa de mi despacho.

Abrí la caja del CD y se la mostré.

Kahul la miró por unos segundos pero luego comenzó a desdoblarla, algo que a mí nunca se me ocurrió.

— ¡Mira esto! Hay unas palabras escritas a lápiz en inglés: *lonely*, *spanish*, *Brown* y *High*.

La cogí y la leí también.

— Son muchas para que sean la clave. Probaré

con una.

Probamos con todas las palabras por separado pero ninguna era la clave.

— ¿Y si probamos utilizar la primera letra de cada palabra?— le dije.

— L-S- B-H— dijo Kahul en voz alta mientras las tecleaba— ¡Nada!— exclamó.

Resoplé, los acertijos nunca habían sido mi fuerte.

Mientras él seguía probando diferentes combinaciones me limité a mirar unos turistas japoneses, que posaban

juntos sobre el asiento de detrás de nosotros. Hacían un simpático gesto con los dedos en forma de “uve”. Me pareció curioso. Se marcharon riendo. Luego volvieron a sentarse un matrimonio, también japonés, con dos preciosas niñas de la edad de Aina y volvieron a hacer el mismo gesto con los dedos.

— Victoria—
murmuré. Luego sentí unos escalofríos.

— ¿Qué dices?— me preguntó.

— Nada.

Volví a mirar la caja del CD y pensé en lo mucho que le había gustado ese CD a Miguel y lo que le costó encontrarlo. Fue durante un viaje que realizó a Nueva Orleans cuando se lo encontró dentro de una caja de discos antiguos de un vendedor ambulante.

Leí la contraportada y algo me detuvo.

— *Lonely Little Wallflower, ¡Spanish Mama!*
— Exclamé. Una ferviente emoción se desató en mi pecho— ¡Son canciones Kahul! ¡*Brown sugar* y *High*

Fever!

Kahul leyó la contraportada del disco y sonrió.

— ¡Es cierto son las primeras palabras de estas cuatro canciones del álbum! Y cada una de ellas tiene una posición en el disco. ¡Toma Irania! Ve diciéndome los números que tiene cada canción en orden.

— 4, 16, 14, 15.

La carpeta se abrió.

Nos abrazamos presos de la alegría de haber resuelto el acertijo de Miguel.

Kahul me dejó el portátil y comencé a leer la primera hoja que era una carta del propio Miguel dirigida a mí.

El vello de todo el cuerpo se me erizó.

Miré unos segundos a Kahul y luego comencé a leer:

A la atención de la señora Sandra Ros,

“Querida señora, sé que nos conocemos de muy poco pero el corazón me dice que puedo y debo confiar en usted. En mis plegarias

siempre aparecía su rostro y nunca he llegado a comprender porqué pero yo tengo fe en Dios. Si usted está leyendo esto, yo probablemente ya esté muerto. El cómo puede ser muy variado: un accidente de tráfico, un suicidio o quizá una extraña y repentina enfermedad. Esos son sus sucios métodos. Pero lo que es seguro que industrias Farma-Ros habrá tenido algo que ver. Me han descubierto. Llevan tiempo siguiéndome, leyendo mis correos, espiando mis

llamadas. Por eso es que no he podido dejarle esta tarea a nadie más que a usted. Ellos jamás desconfiarían de un miembro de su propia familia”

— ¡Dios mío!—
exclamé.

“Aquí le dejo una declaración firmada y bajo mi juramento, de que todo lo que le voy a contar es cierto. Me apoyo en datos y pruebas científicas que he ido recopilando, tanto mías, como de otros compañeros

del laboratorio. Pruebas recogidas a lo largo de la creación del medicamento registrado como 4578toc. El *pinmetil*”

Dejé de leer, el corazón se me había acelerado. Mi alma parecía presentir la bomba que iban a lanzarme delante de mis propios ojos.

“Siento que merece una explicación porque es una víctima más de la despiadada industria que mueve su propia familia. Porque en un principio yo

creía que usted estaba al corriente de esto, pero pude comprobar a lo largo de nuestros almuerzos de que no era así. Le han engañado. Y lo que más me duele de todo, que yo he participado de ello sin saberlo. Yo también soy culpable. Solo Dios sabrá si debe perdonarme o no, pero ahora intento remediar el mal que he cometido porque la ignorancia no me sirve de excusa. Todos deberíamos comprobar la honestidad de las empresas a las que dedicamos tantas horas de

nuestra vida. Pero nadie lo hace, unos por comodidad, otros por dejadez. Yo creía que estaba haciendo un bien a la humanidad trabajando en un gran laboratorio que ayudaba a la gente a curarse, a sentirse mejor en su enfermedad.

Viví demasiadas enfermedades en mi familia, sentí el dolor en sus rostros. Por eso estudié farmacia, química y biología, para ayudar y ahora sé que no ha sido así, que he estado colaborando con demonios sin escrúpulos.

Llevo dos años recopilando este informe que tiene ahora en su poder. En él verá los graves efectos secundarios que causa el consumo prolongado de *pinmetil* tanto en el sistema nervioso central como en el sistema endocrino. Entre ellos: depresión aguda, depresión psicótica y manía, trastornos del humor, psicosis con alucinaciones, adicción al medicamento, problemas cardíacos, disfunción de la pituitaria, desequilibrio de la función sexual, esterilidad... ”

Seguí leyendo compulsivamente todas las páginas que siguieron, informes, analíticas, todo en un orden escrupuloso que no dejaba resquicio de duda. Sellos oficiales, registros, todo había pasado el más estricto control sanitario y los efectos secundarios que se presentaron en el Ministerio de Sanidad se habían dulcificado.

— ¡Sanidad ha pasado por alto todo esto!

— Eso no es imposible para ellos. Tienen miembros

en todos los organismos de poder. No les habrá sido difícil sobornar a alguien.

— Anna Magí— dije arrastrando las palabras al leer su nombre escrito en la rúbrica de varios formularios oficiales — , me la presentó mi madre. Últimamente se veían a menudo. Le ha estado ayudando. No puedo entender que sea más importante el dinero que la vida de los niños.

Seguí pasando hojas hasta que llegué a unos expedientes de seguimiento de pacientes que habían

estado siendo medicados.

— ¡Mentiroso!—

exclamé pensando en Joan.

— ¿Qué sucede?

— Estos informes son de los ochenta, hasta los noventa. Joan me dijo que no habían suministrado el fármaco hasta el año pasado. ¡Me mintió! Evaristo tenía razón, su hijo había sido medicado mucho antes de lo que oficialmente estaba registrado en los informes que yo revisé. Él ya sabía que había efectos secundarios muy graves y no lo frenó.

De pronto sentí un pinchazo en mi corazón.

Me llevé la mano al pecho y aparté la vista de la pantalla del ordenador.

Kahul leyó por mí al ver que yo no podía continuar:

— Seguimiento de la paciente Sandra Ros i Paquer. Año del inicio del tratamiento: mil novecientos ochenta y seis. Tres comprimidos al día de 0.5 mg.

Paciente de seis años de edad. Presenta un cuadro de

distorsión de la realidad, imaginación desenfrenada, introversión, pesadillas con connotaciones sexuales ¡Cómo no ibas a tener pesadillas sexuales si estaban abusando de ti! ¡Hijos de puta! — exclamó Kahul— La paciente no responde al tratamiento— prosiguió— ; ingreso en la clínica psiquiátrica de *Sant Jordi*; tratamiento con electroconvulsión. Resultado: la paciente ofrece un cuadro de pérdida de memoria. Notable mejoría. Su estado es normal.

¡Malditos cabrones!—
exclamó Kahul.

Era la primera vez que lo veía tan alterado, tenía el rostro encendido y los dientes apretados.

Kahul me pasó el portátil.

— Esto datos son más recientes, de hace cuatro años. Sigue Irania, eres fuerte, sigue leyendo— me animó. Posó sus manos en mis hombros con suavidad.

Sequé nuevamente mis ojos y proseguí la lectura:

— La paciente presenta disfunción ovárica. Esterilidad por uso continuado...

Dejé de leer, la voz se me quebró. Las lágrimas nublaban mi visión.

— ¡¿Por qué lo han hecho?!— le pregunté— Mi padre me ha hecho todo esto, mi propio padre, mi madre lo ha consentido y mi marido ha callado. ¡No me lo puedo creer! ¿Tan poco valía para ellos? ¡Son unos monstruos!

Kahul me abrazó y me

dijo al oído:

— No pueden reconocer lo especial que eres. No permitas que sigan haciéndote daño. Ahora tenemos la fuerza, tenemos pruebas contra ellos. Pagarán por todo el sufrimiento que te han causado a ti y a otros.

Me derrumbé en sus brazos intentando encontrar alivio a mi dolor, pero era muy intenso, cargado de rabia, pero él seguía apretándome con fuerza y su amor me llegó hondo, derrumbando los muros y

armaduras que me cubrían. Lo sentí y me abrí al amor que me enviaba, lo sentí como me sanaba, como liberaba la pesada carga que había portado por años y años encerrada en lo más profundo de mi alma.

Pasaron largos minutos hasta que me vi con fuerzas para salir de entre sus brazos y enfrentarme por mí misma a la realidad.

Los ojos me escocían. Tomé una bocanada de aire. Miré al frente viendo la masa sin forma de gente que se agolpaba guiada por un

hombre con una banderilla roja. En el grupo un padre y su hijo me miraban fijamente.

Sequé mis lágrimas con el puño del abrigo. Poco a poco los fui reconociendo.

Me sonreían, me saludaban tímidamente con la mano, parecían que se estaban despidiendo de mí.

Volvieron a brotar las lágrimas por mis mejillas de felicidad y de tristeza.

— Lo siento mucho—
les dije.

— ¿Con quién hablas,
Irania?

— Sebas y su padre, se marchan. Ellos murieron por culpa de Farma-Ros.

— ¿Eran otros espíritus que te perseguían?

— Sí, pero ahora se van.

— Quizá sienten que se hará justicia con ellos.

— Se hará justicia. Os lo prometo.

No voy a mentir, me sentí víctima y eso me ayudaba a cargar más odio hacia ellos. Hacia mi padre, por su crueldad impune sobre mi inocencia y la inocencia de mi hermana, y

sobre Joan, pues su ambición no tenía límites. Una ambición que sobrepasaba el respeto, la dignidad, la vida.

Asimilar la maldad que envolvía a mi familia, me costó tiempo y creo que una persona jamás puede llegar a reponerse del todo, si no hace mucho esfuerzo de su parte por perdonar. Pues el rencor y el odio te pueden perseguir allá donde vayas, incluso más allá de la vida en la Tierra.

Capítulo 27

Entre las
dunas ardientes de
tu pecho,

me engullí de
arena y huesos.

Buscando el
agua que calmara
mi boca,

de la sed de
tus besos.

Necesitaba liberar mi
carga. Era demasiado pesada

para portarla yo sola y mientras Kahul hacía recados en Blanes, yo cogí un tren hasta Masnou, no sin antes dejarle una nota dándole las señas exactas de adónde me dirigía.

Supuse que era la última persona que esperaba encontrar frente a la puerta de su lujosa casa en una urbanización de la colina.

Su rostro la delató antes de hablar:

— ¡Sandra!— exclamó mi hermana. Casi percibí signos de alegría en sus ojos, aunque muy profundamente

enterrados. Iba impecable, enfundada en un sobrio traje de chaqueta gris perla y zapatos de tacón.

— ¿No me invitas a pasar?— le pregunté.

— ¡Todos estamos buscándote! ¿Dónde estabas?

Caminé hasta el salón y me senté en su sofá mientras ella me seguía atónita con la mirada.

Luego caminó hacia el sillón frente al mío y se quedó segundos mirándome como si lo que veía no coincidiera con sus

recuerdos.

— ¿Qué te ha pasado?
Estás distinta, tu pelo...

— He cambiado, ahora
veo las cosas de otro modo.
Soy una nueva mujer.

Aurora me miraba
inquisitiva y tardó minutos
en tomar asiento frente a mí.
Aún así no la sentía relajada,
su rostro delataba cierta
angustia.

— ¿Por qué te
escapaste de la clínica? Ahí
cuidaban muy bien de ti.

Solté una risa cínica.

— No Aurora, no
cuidaban de mí. Cuidaban de

vosotros, una guardería para una loca que dice la verdad. Porque esa verdad es tan incómoda, tan molesta que es mejor borrarla con electroshock y pastillas.

— En eso no cambias, sigues viéndonos como tus enemigos. Sandra, por tu bien, debes volver y seguir el tratamiento. ¿Sabe mamá que estás aquí?

— Estoy bien, siempre lo he estado, no me sucede nada malo. Sí, veo espíritus, los he visto siempre, pero esto no desaparecerá de mi vida nunca, es parte de mi

ser. Y no voy a volver porque no me entienden. Y aquello que no entienden intentan curarlo pero yo no necesito curarme. Lo único que quería era que me quisierais como soy. Que me aceptarais a pesar de ser diferente, pero nunca lo conseguí y no entiendo el motivo. Ya he desistido, ahora he comprendido que soy yo quien debe hacerlo. Ahora yo soy la dueña de mi vida y decido qué hacer y dónde ir, y volver al manicomio no es buena idea.

— ¿Por qué has venido

entonces?

— Porque he recordado parte de mi infancia olvidada y necesito que me escuches.

— Está bien, voy a traer café y ahora me cuentas eso tan importante que has recordado.

Al cabo de unos minutos apareció mi hermana con una bandeja. Me sirvió un café y me ofreció unas galletas recién hechas por su cocinera.

Miré el café con desconfianza pero hice que sorbía y luego lo dejé.

— Lo que voy a contarte es muy duro para mí y luego también lo será para ti. Pero es verdad y debes creerme. ¿Vas a creerme Aurora?

— ¡Cómo voy a creerte si no me lo cuentas!

Tragué saliva. Sentí que volvía a formarse un nudo en mi garganta.

— ¿Recuerdas el bolso de lentejuelas que apareció en la casa de Boí?

— ¿Ese azul? ¡Sí!— me dijo impaciente— ¡¿Y qué tiene que ver?!

— Pues lo encontré

bajo unos túneles que hay en la finca. En un principio creí que eran túneles de cañerías de agua o luz, luego pensé que eran refugios de guerra pero luego encontré una sala bajo ellos. Allí en el suelo encontré el monedero. Yo había estado ahí de pequeña. No lo recordé en primer momento pero poco a poco fui teniendo las imágenes más claras en mi mente.

— ¿Ese fue el día que viste a mi hija en el bosque sola?— me preguntó.

Sentí el sarcasmo con el que me había lanzado la

pregunta.

— ¡Deja de mirarme como si estuviera loca! Ahora sé que lo que he visto es cierto. Bajo la finca hay unos túneles y estos túneles llevan a una cueva muy antigua donde hay una cascada que cae sobre una poza de agua cristalina. Entra un rayo de luz que todo lo ilumina. Allí nos llevaban cuando éramos muy pequeñas y unos hombres con túnicas negras practicaban unos ritos satánicos con nosotras. Lo he recordado.

Aurora apoyó la frente sobre su mano mientras negaba repetidamente con la cabeza.

— Yo no recuerdo nada. A ver, cuéntame más detalles.

— ¡Tienes que recordarlo, tú también estabas ahí! ¡Yo te vi!, vi tus ojos cómo me mirabas pidiéndome ayuda cuando papá estaba encima de ti.

Aurora se enderezó de golpe y su rostro se transformó, la ira encendió sus ojos. Comenzó a apretar los dientes.

— ¿Qué estás insinuando?— me preguntó arrastrando las palabras.

Tragué saliva porque todavía se me antojaba doloroso, extraño tener que pronunciar y oír aquellas duras palabras:

— Papá abusó de nosotras cuando éramos pequeñas, y también dejó que lo hicieran otros hombres.

El semblante de paciencia que me había mostrado hacía segundos se desplomó de golpe.

— ¡Cállate! ¡Cómo

puedes decir esas cosas tan horribles! ¿Por qué le odias tanto?

— ¡Porque me robó mis recuerdos! ¡Me robó la infancia! Y me ha robado la posibilidad de ser madre.

— ¿Pero qué chifladuras estás diciendo? ¡Eso es mentira! Solo dices mentiras porque estás amargada.

— No Aurora, tienes que creerme, tienes que recordar. Recuerda los símbolos del zodiaco en el suelo, las velas negras y rojas, esos malditos cánticos.

Yo tenía cinco años y tú diez. Tú tendrías que acordarte más. ¡Yo lo recuerdo! ¿Por qué tú no? ¡¿Por qué?!

— Porque eso no ha pasado nunca. Solo en tu cabeza. Sandra, por favor deja de hacernos daño. ¡Déjanos vivir en paz! — me gritó.

Aurora se levantó del sillón y caminó hasta la ventana del salón, se movía nerviosa de un lado a otro negando con la cabeza y los brazos cruzados sobre su estómago.

Me levanté y me puse frente a ella buscando su mirada.

— ¿A qué paz te refieres? ¿A callar y mirar hacia otro lado? ¡No! No lo voy a permitir, llegaremos al fondo de todo y papá tendrá que pagar en la cárcel por lo que nos ha hecho.

— ¿Llegaremos? ¿Tú y quién? ¿Es ese profesor de yoga?

Sentí que el aire se me cortaba.

— ¿Cómo sabes eso?

— ¡Sandra, por Dios, abre los ojos! Ese hombre te

está manipulando ¡Es un estafador!

— ¡¿Pero qué dices?!
¿Quién te ha contado eso?

— Las cámaras de seguridad de la clínica tomaron fotos de él mientras te ayudaba a escapar. Ese hombre no es quien dice ser Sandra. Te está confundiendo.

Tiene una denuncia por acoso. Vive de extorsionar a mujeres adineradas. ¿No me crees? Compruébalo tú misma. Aurora caminó como llevada por el viento hasta una mesita de cristal

que tenía junto al sofá y me pasó el teléfono.

— Llama a la policía y pregunta por Daniel Sánchez Ortiz.

— ¿Quién es ese?

— Ah claro, en el centro se dio a conocer como Kahul— dijo en tono de burla.

Me dejó perpleja que estuviera tan informada. Lila tenía razón, me habían estado siguiendo. Lo que no sabía era desde cuándo.

— No intentes confundirme, yo creo en él.

De pronto tuve un mal

presentimiento. Escuché a lo lejos el sonido de puertas de automóvil cerrarse.

Corrí hacia la ventana que daba a la calle y miré tras la cortina.

— ¡¿Me has delatado?!

— Es por tu bien, Sandra, estás muy enferma. Deja que te ayudemos ¿No quieres volver a nosotros? ¿A estar de nuevo en familia?

— No has creído nada de lo que te he contado.

Corrí hacia el patio trasero de la casa mientras mi hermana salía a abrir a

los hombres que venían a por mí. Salté el muro de la casa contigua y pasé por encima de un tejado hasta que llegué a otro muro. Era muy alto pero no medía el peligro, cualquier cosa era mejor que volver al psiquiátrico Sant Jordi. Así que me deslicé por el poste de hormigón de la luz y llegué hasta la calle, allí corrí cuesta abajo hacia el paseo marítimo hasta que un coche lujoso de color negro comenzó a seguirme. Supuse serían los hombres que trabajaban para mi padre

porque comenzaron a acelerar.

Aceleré la carrera pero me tropecé con un grupo de adolescentes que salieron en monopatín. Ellos no cayeron debido a su agilidad pero yo terminé en el suelo con mis manos despellejadas y mis rodillas doloridas.

Cuando ya estaban a solo unos metros de mí, Kahul apareció por una de las calles.

— ¡Irania, levántate, corre!

Me levanté y subí de un salto a la moto. Aceleró pero

el coche era más rápido y nos pisaba ya los talones. Creí que ya estaba todo perdido, que nos alcanzarían.

Pero Kahul entró por una estrecha calle peatonal, allí se detuvieron. Luego siguió un camino forestal y nos adentramos en el bosque hasta que los perdimos de vista.

No dejé de abrazar su cintura con fuerza y a pesar que estábamos a salvo no dejaba de temblar. Había estado a un paso de volver de nuevo a las garras de mi

padre y con ello a las garras de la locura y a la oscuridad absoluta de mi mente.

Horas más tarde, en la casa que nos ofrecía cobijo en el pueblo costero de Blanes, reflexioné junto a la chimenea y temí que la figura de la duda volviera a ensombrecer mis recuerdos. Fuera, la lluvia y el viento, golpeaban los cristales con violencia. Una tormenta nos había cogido por la autopista unos kilómetros antes de llegar. Nos habíamos puesto ropa seca pero yo seguía

tiritando en tanto secaba mi nariz con un pañuelo de un incesante goteo nasal.

— Siento que tu hermana no te haya creído. Pero ha sido una imprudencia por tu parte ir allí sin que yo te acompañara. Has estado a punto de echarlo todo a perder.

Kahul estaba visiblemente enfadado, su tono de voz era alto, más alto de lo que yo le hubiera sentido nunca.

— ¡Necesitaba hablar con ella! Tenía derecho a

saberlo, yo hubiera querido saberlo.

— ¡Pero Aurora no es como tú! No has respetado su libre albedrío. No has ido por ella, has ido por ti, porque necesitabas que alguien más corroborara tu versión. ¿No es cierto?

— Yo no lo veo así, es mi hermana y también ha tenido que sufrir mucho, quería que despertara.

— Eso no te corresponde a ti, no es tu decisión. Ella había escogido no recordar y tendrías que habérselo

respetado.

Sentí de nuevo un nudo en mi garganta.

— No quería hacerle daño.

— Los impulsos pueden acarrearle muchos problemas Irania, ya deberías saberlo.

— De todas formas no me ha creído. De hecho, piensa que estoy más loca que nunca.

— Eso espero, que no haya más consecuencias.

Me molestó que no hubiera apoyado mi decisión de compartir mis recuerdos

con ella. Yo no entendía por qué había que dejar a una persona en la inopia si había remedio.

— No me gustan los secretos, los odio. No me gusta que me oculten información— le dije—. Estoy harta de que la gente que quiero haga cosas horribles a mi espalda. ¡Estoy harta de secretos!— grité.

Kahul me miró de reojo pero siguió añadiendo troncos al fuego, a la única fuente de calor de la que disponíamos en aquella

pequeña casa de playa. Aún estando serio, su rostro teñido del resplandor del fuego se veía hermoso. Lo miraba de reojo, y no podía dejar de suspirar por cada uno de los parpadeos de sus ojos.

Tardó un tiempo en volver a hablar. Sentía que no estaba cómodo, por eso dejó que el silencio sanara el ambiente.

— Tranquila, Irania, pronto terminará todo. Se hará justicia contigo y con los niños y podremos retirar ese maldito fármaco del

mercado.

— Sí, yo también lo quiero. Esto es insoportable, siento que de un momento a otro me voy a derrumbar.

Kahul apoyó su cálida mano sobre la mía y me dijo mirándome fijamente a los ojos:

— Debes tener fuerza, estamos casi listos. Ya he tomado medidas. Estoy haciéndole llegar copias de la investigación de Miguel a personas muy importantes. Créeme vamos a por ellos.

— ¿Pero qué credibilidad vamos a tener,

ante la justicia, una loca y un estafador?

Kahul retiró su mano de la mía y transformó su mirada. Había conmoción en ella.

De pronto me arrepentí de mis palabras.

— Lo... siento— me disculpé.

— ¿Estafador?

Note un nudo en mi garganta.

— Mi familia ha estado husmeando en tu vida y Aurora me ha dicho algo malo de ti pero yo no le he creído. Te lo prometo.

— ¿Te ha dicho que soy un estafador? — me volvió a preguntar con el rostro congestionado.

— Que vivías de extorsionar a mujeres ricas.

Kahul dejó caer al fuego la rebanada de pan que estaba tostando insertada en un hierro. Las llamas la carbonizaron de inmediato liberando un agradable aroma.

— Bueno, dirían cualquier cosa con tal de confundirme— le dije— , ¿no?

Negó repetidas veces

con la cabeza y soltó un largo suspiro.

— Es muy difícil seguir con esto si cada vez que avanzas, das un paso hacia atrás. Es muy duro tener que estar rearmando tu confianza cada vez que decides volver y mirar atrás, a las viejas actitudes.

— Mi hermana no me cree, de hecho no recuerda nada. Se me hace muy extraño que ella, siendo mayor que yo, no me haya confirmado lo que pasó. Me hace dudar de si lo he inventado todo, si es debido

al *pinmetil*, si son alucinaciones al igual que las tenía el pequeño Sebas. A mí también debió afectarme de alguna manera el fármaco.

El gesto de Kahul se tornó severo.

— ¡No, Irania! Por favor no vuelvas allí, debes creer en ti. Pero yo ya no puedo ayudarte.

— ¡No sé qué creer! Yo estaba convencida de haber visto a mi hermana en el altar al igual que yo. Yo la vi, incluso he ido recordando detalles menores como la

ropa que llevaba, los procesos previos a la ceremonia y cosas así. Pero la sentí tan firme y convincente cuando me dijo que eso jamás había ocurrido. Que lo había imaginado todo porque estaba loca.

— ¿Entonces también piensas que soy un estafador?

Le miré a los ojos y percibí el enfado que transmitían. Su rostro era serio, como nunca antes lo había visto.

Me quedé unos

segundos sin saber que decir.

Kahul se levantó de golpe del suelo, se puso la chaqueta y cogió el casco de la moto. Abrió la puerta principal y salió al exterior bajo la tormenta.

Me costó unos segundos reaccionar ante lo que estaba sucediendo. ¡Kahul se marchaba de mi lado! Entré en pánico.

Me levanté y corrí tras él bajo la lluvia.

— ¡Por favor no te vayas!— le grité.

Kahul caminaba hacia

el porche donde aparcaba la moto.

— Lo siento, yo confío en ti pero me cuesta entender todavía como una persona tan maravillosa como tú puede ayudarme si no es por dinero.

— ¡Irania estás llena de miedo! Es imposible ayudarte así, no dejas que te quieran y continúas dudando de tus recuerdos, dudando de ti. ¡Y ahora de mí!

Estábamos completamente mojados y la lluvia y los relámpagos iluminaban

intermitentemente nuestros rostros.

— ¡Por favor no te vayas!— le supliqué sujetando su brazo.

— Estoy cansado de luchar contra tus dudas. Yo estoy aquí por ti y por la causa que siento verdadera. Pero no puedo si sigues derrumbando todo lo nuevo que construyes.

— Perdóname, nunca creí que fueras un estafador pero mi mente me decía que era más fácil creerlo, pues tenía más sentido que estuvieras ayudándome por

dinero que por amistad.
Nadie me ha ayudado por
nada a cambio, entiéndeme.

— ¡¿Por qué?!

— Porque no me siento
digna del cariño de nadie. Ni
mis padres me han querido
nunca— reconocí.

Sentí las piernas como
me temblaban y caí de
bruces en el suelo, bajo el
agua. Sentí mi corazón
desmoronarse y las lágrimas
salir con fuerza, calientes,
ardientes de mis ojos. Un
dolor profundo, anclado
salía de mi pecho. El dolor
acumulado del no amor, del

no cariño, de la no comprensión.

Ya no sentía la lluvia golpear mi rostro, ya no sentía el barro en mis pies, ni el frío en mis huesos, solo el dolor aflorar de mi corazón. Ni tan siquiera sentí los brazos de Kahul que intentaban levantarme del suelo.

Kahul consiguió levantarme y cogió mi rostro entre sus manos para que pudiera mirarle.

Estuvo unos segundos mirándome sin decirme nada, aunque quería hablar.

— No he sido sincero contigo. Pues tampoco era consciente de lo que estaba sintiendo. Ahora sé que sí busco algo de ti.

Le mire expectante.

— Busco tu amor.

Entonces me besó con fuerza y esta vez sentí el tacto de sus labios ardientes. Nada había que frenara los sentimientos que habían a florado entre nosotros. Nada detuvo que me tomara en sus brazos y me llevara de nuevo hacia la casa.

Me tumbó ante la chimenea, y se sentó a mi

lado. Dejó su cazadora, luego fue desnudándose poco a poco depositando su ropa mojada en el suelo hasta quedarse completamente desnudo.

Todo mi cuerpo temblaba y no sabía distinguir si del frío de la ropa húmeda que calaba mis huesos o de la belleza de su cuerpo desnudo junto al mío.

Se acercó lentamente hasta que noté su aliento en mi cuello.

Luego volvió a besarme y yo a él. Sus labios eran dulces, carnosos.

Comenzó a quitarme la ropa y entonces sentí su piel sobre la mía.

Me miró a los ojos y entonces lo sentí, sentí que él era parte de mi vida, siempre lo había sido.

Me abrazó con fuerza y yo me aferré a su pecho sintiéndolo, absorbiendo cada instante, alimentándome de cada sensación que se estaba despertando, todas ellas desconocidas para mí. El amor en estado puro, el amor que comenzaba a ser familiar, el amor que yo

había sentido en algún lugar, sin recordar si era en esta vida o en otras.

Pequeñas lágrimas de felicidad salían de mis ojos al entrar en contacto con su piel y su calor.

Me fundí con Kahul como si ambos fuéramos la misma persona o partes de un mismo ser que volvían a reunirse. Partes perfectas que encajaban física y espiritualmente.

Todo un manantial de energías fluyó de mi pecho o del suyo, o de ambos. Ya no podía percibir quién era yo,

ni quién era él. Había perdido la noción del espacio y del tiempo.

La alquimia perfecta se derramó sobre nuestros cuerpos. Una danza de energías luminosas que visualicé a nuestro alrededor, bailando un compás sin director ni orquesta.

Sentí que estallaba, que moría, que me deshacía para luego rearmarme de nuevo. Pero el ser que volvía a mi cuerpo ya no era el mismo. Irania ocupaba el lugar, con su fuerza, con su valentía y

con su poder. Aunque su presencia no era completa, su energía era más intensa de lo que Sandra hubiera podido sentir jamás. Y me así con fuerza a su pecho para no soltarlo jamás. Y sus ojos quedaron grabados en mi retina por la eternidad.

Capítulo 28

Conectada a través de mi cuerpo, a las frecuencias más elevadas del universo, para descargar los mensajes de amor que dejaron los ancestros.

Jamás experimenté sensación más hermosa, pura y plena que en mi primera noche de amor con Kahul. No hay palabras para describir la felicidad que sentía a su lado. La paz que percibía al haber encontrado una de las piezas de mi rompecabezas, una de las piezas más importantes de mi vida. Un trozo que ni siquiera pensaba que me faltaba.

Enamorarme y ser correspondida había sido un regalo del cielo, un regalo que creí no merecer, pero

que después de todo, se había manifestado, porque había algo más grande y más hermoso que nuestro propio ego y eso es el espíritu.

Pero a pesar de estar junto a él, de su amorosa presencia, nadie pudo librarme de un fuerte resfriado, acompañado de unas fiebres altas que surgieron durante la madrugada de aquella misma noche de amor.

Kahul entraba y salía cargando troncos de leña para que en ningún momento el fuego se

apagara. Aún así temblaba de frío.

Estaba preocupado y casi cada media hora me tomaba la temperatura.

— Si sigue subiendo tendré que avisar a un médico.

Yo negaba con la cabeza cada vez que escuchaba la palabra “médico”. Ya no confiaba en nadie.

— Me pondré bien—
musité.

Entonces me besaba en la frente y volvía a colocarse junto a mí para darme su

calor.

— Lo sé. Es normal esta reacción después de todos los disgustos que has tenido. Hay muchas cosas que se quemarán en tu cuerpo gracias a la fiebre. Antiguos patrones del pasado que ya no tienen cabida en tu vida, los restos de Sandra deben marcharse para dejar cada vez más espacio a tu nuevo yo.

Le sonreí, pues a pesar del aturdimiento que sufría, ahora podía entenderlo. Yo también sabía que algunos aspectos de Sandra se

estaban aferrando, que se negaban a marcharse como la eterna duda, que casi consiguió alejarme de él.

Estuve tres días con fiebre, tres días en los que no se apartó de mi lado, apenas para ir al pueblo y comprar alimentos.

Kahul cocinaba sopas deliciosas que me servía muy calientes y me obligaba a beberlas a menudo. También me daba infusiones de sabores horribles y me untaba con aceite de eucalipto y salvia por el cuello y el pecho.

Yo dormía casi todo el rato pero a veces me despertaba y podía observarlo mientras recitaba mantras. Mi percepción se había desarrollado con más fuerza y podía ver el color del sonido, veía las notas que salían de su voz. Las veía viajar por el éter que llenaba la habitación. Bailaban, agitándose delicadamente entre la materia y la antimateria. Veía cómo transformaba todo lo que tocaba, cómo lo bañaba en colores. Estaba maravillada, y por primera

vez dejé que sucediera, dejé que mi don se manifestara en su totalidad y pude sentir que no solo había desarrollado la percepción de ver cosas horribles sino que también podía ver formas de energía más evolucionadas, más amorosas y sanadoras. Energías que curaban como las que vinieron a mí en el psiquiátrico. Y di las gracias por ello.

Como había predicho Kahul, tres días más tarde me levanté como nueva. De

no ser por el herpes que tenía en el labio nadie hubiera asegurado que había estado rozando los cuarenta grados durante horas y horas.

Me sentía alegre, fuerte y con más vitalidad.

Eran las diez de la mañana.

— ¡Buenos días!— me dijo Kahul desde la mesa del comedor. Estaba con el ordenador portátil encendido — ¿Estás mejor?

— Sí. Gracias por todo, sin ti no podría haberlo llevado tan bien.

Me levanté y fui al baño. Me miré en el espejo y toqué la pequeña costra de mi labio.

Busqué en el botiquín, pero no había nada que pudiera servirme.

Me di una ducha y me vestí con la ropa limpia y planchada que Kahul habría encontrado en los armarios: una sudadera vieja y unos tejanos pasados de moda. Sentí un gran amor en mi interior cuando vi que también había dejado sobre las prendas una pequeña flor silvestre de color amarillo.

Salió un suspiro de felicidad de mi boca.

Volví a mirarme en el espejo para secarme el pelo y me miré fijamente a los ojos. Me veía más delgada y mis facciones habían cambiado sutilmente. Mis ojos se veían más grandes y más brillantes.

Me sonreí.

Por primera vez en mi vida vi la belleza asomar desde mi ser. ¿Era el amor de Kahul? ¿o era el amor que yo estaba empezando a sentir por mi misma? Ambas cosas a la vez.

Salí del baño con una amplia sonrisa en mi rostro y fui corriendo a abrazarlo.

Kahul se vio sorprendido de mi reacción:

— Estás preciosa, estoy muy orgulloso de ti.

Se levantó y me abrazó durante largos segundos.

Luego me dio un beso en la frente y se sentó de nuevo frente al ordenador.

— Siéntate, necesito tu ayuda. He vuelto a leer los trabajos de Miguel Garrido y no termino de encontrar mi conexión en todo esto. He estado preguntándome por

qué me he visto involucrado en este asunto. Ya sabes que soy un hombre espiritual y mi trabajo siempre ha sido a nivel energético. He trabajado el cuerpo y los bloqueos en los *chakras* a través del yoga y la meditación pero siempre desde un punto de vista holístico. Con la respiración, haciéndonos conscientes de cómo trabaja la consciencia, el *prana* a través del cuerpo. No he sabido bien qué podía tener que ver en un asunto turbio sobre fármacos químicos, pero nada es por

casualidad, así lo he aprendido.

¿Puedes explicarme de manera sencilla qué significa todo esto?

Me pasó una libreta en la cual había hecho esquemas y gráficos con rotuladores de colores. En una columna había puesto los beneficios que aportaba el consumo del medicamento y en otra los efectos secundarios que había descrito Miguel.

— ¿Qué ves aquí?

Cogí el informe con las analíticas bioquímicas del

compuesto.

— Lo más visible es que dispara la producción de melatonina. Estos niveles no son normales. Si no fuera porque estoy leyendo la corta edad del paciente, diría que se ha puesto hasta las cejas de LSD.

Cogí la analítica de otro paciente y me rasqué la coronilla.

— ¡Vaya, tengo que hacer mucho esfuerzo para recordar todo el temario!

— ¡Ánimo, puedes hacerlo! La información está en tu interior. Ya la conoces,

solo debes desempolvarla.

— La melatonina es una sustancia que segrega una glándula hormonal llamada pineal. Se encuentra en el hipotálamo. Justo en el centro del cerebro, está conectada con la visión. Esta glándula tiene forma de piña, de ahí su nombre.

Dejé de hablar durante unos segundos y luego sonreí.

— Es curioso.

— ¿El qué?

— Recuerdo que escogí precisamente este tema para mi doctorado, pero nunca lo

terminé.

Kahul me miró, sus ojos transmitían asombro.

— ¿Aún crees que la casualidad existe?

Ambos sonreímos.

— Realicé estudios e investigué por mi cuenta los trabajos de doctores en el extranjero sobre la función de esta maravillosa glándula. Algunos de ellos tan increíbles que hicieron que me entusiasmara aún más con mi tesis.

La pineal segrega melatonina cuando se apaga la luz, nos ayuda a regular

los ciclos del sueño. Una deficiencia de ella provoca insomnio, depresión, aceleración del envejecimiento.

— No veo la conexión espiritual o energética.

— La hormona serotonina, desde la cual se sintetiza la melatonina, también es la responsable de estados de felicidad, confianza y amor. Quizá por eso me interesó tanto, ¡Creía que yo debía tenerla atrofiada!

— Es maravillosa esta glándula. Quizá sí tenga una

conexión con nuestra parte divina.

— Esta glándula también crea un alcaloide: dimetiltriptamina, DMT, un químico psicodélico. Debe tener relación con las imágenes que vemos en los sueños.

— ¡DMT! Es el principio activo de la ayahuasca, el yopo y otros preparados que utilizaban los chamanes para tener visiones y hablar con los espíritus. Entonces el *pinmetil* altera las funciones naturales de esta glándula,

que parece ser el chamán natural del cerebro. La puerta a otras realidades.

— ¿En serio?— le pregunté.

— Entonces debe afectar directamente al tercer ojo: la visión, la ampliación de consciencia. El ver más allá de esta realidad física ¡Tu don! Y el don de todos los conectados. ¡Ahora lo entiendo!

— Es casi como un ojo, esta glándula tiene en su interior conos y bastones y también una retina. Pero es muy sensible y el agua que

hay en su interior se calcifica con el exceso de calcio en la dieta. Con la edad acaba atrofiándose.

— ¡Increíble! Las culturas orientales ya conocían la existencia de este tercer ojo, por eso las mujeres indias lo llevan pintado. Ellas también han sido guardianas de este conocimiento.

Si la pineal es la responsable químicamente de que nuestro cuerpo pueda generar estados alucinatorios en sueños, también debe ser la causante de los viajes

astrales y de la conexión con el Yo superior. ¡Como un *router* cósmico! Es lo que nos ayuda a estar conectados con nuestro espíritu. Sin esto estaríamos perdidos, nos sentiríamos vacíos.

— Depresivos, tristes, sin rumbo— dije.

Resoplé.

Sentí alivio al comprender los razonamientos lógicos y fisiológicos de mi conducta. La temprana medicación que había recibido, había alterado mi don natural de estar conectada con

realidades superiores. Realidades que no percibía el ojo humano, pero sí este tercer ojo interno. Y lo necesario que era para el bienestar psíquico y emocional estar conectado a esta fuente superior de consciencia y sabiduría.

— ¿Pero por qué terminé viendo realidades oscuras, espíritus dañinos o en estados de dolor y sufrimiento?

— Cuando estuve en Centroamérica, conocí a un chamán. Era de una tribu nicaragüense. Ellos habían

estado utilizando la ayahuasca por cientos de años y estaban preparados para ella. Habían ritos de iniciación, y se escogía el momento y el lugar propicio, la fase lunar correcta, todo estaba cuidado para que el viaje fuera con los espíritus benignos. Él me contó que debía ser así, y debía respetarse al máximo ya que cuando se entraba en estados alterados de consciencia podías atraer también a entidades negativas si en tu corazón había miedo o dolor. Estas entidades,

llámalos espíritus, energías densas, proyecciones mentales oscuras, podían acceder a tu alma y quedarse contigo, alimentarse y crecer sin nosotros ser conscientes de esto.

— Entonces también sucede con las drogas y el alcohol en diferentes medidas. La melatonina sigue activada día y noche, y puede derivar en una esquizofrenia como la que me habían diagnosticado. ¡Eso es horrible! Pero en mi caso era cierto. Vi las sombras cuando volví a mi

habitación a por el CD. Habían estado a mi alrededor, en mi casa, siempre conmigo. Me decían que no valía nada, que era fea, incapaz, que estaba loca, que nadie me quería— solté un suspiro—. Pero ahora siento que estoy rodeada de ángeles que me dicen que soy amor, que soy única, que tengo un don mágico.

La sonrisa de Kahul me alentó a continuar.

— Y que puedo ser digna de tu amor— le dije.

— Y que puedes ser quien quieras ser. No es un

engaño pues jamás serás algo ajeno a tu propia esencia. Por eso ahora eres Irania, te has reconstruido a ti misma, con tus propios sueños y todo aquello que ya eras en otras vidas. Un gran ser de luz.

— Todo gracias a ti. —
No Irania, yo solo reflejaba aquello que ya había en tu interior. Pero para eso tenía primero que reconocerlo en mí mismo. Luego me besó. Estuve instantes reflexionando en silencio hasta que lancé una pregunta al aire:

— ¿Pero por qué mi padre iba a llevar tantos años de investigación para crear un fármaco que inhibe o altera la producción de esta hormona? Me cuesta creer que no haya podido mejorarlo, es decir, atenuar los efectos secundarios.

— Eso tendrás que preguntárselo a él. Quizá no quería hacerlo y haya estado más pendiente de enmascararlo para que no fuera tan evidente.

Me quedé reflexionando largo rato. Visualicé un posible

encuentro con mi padre y las emociones en desequilibrio comenzaron a perturbarme y no dejaron de acompañarme durante todo el día. Sabía que tarde o temprano debería enfrentarme a él cara a cara, necesitaba respuestas pero no sabía cómo ni cuándo sucedería, pero mi intuición me decía que no tardaría en darse la oportunidad.

Capítulo 29

Ya no pueden
quitarte,
aquello que
integraste.

Ya no pueden
llevarse,
lo que a
lágrimas ganaste.

¡Qué corran
tras ello!

Que guardado
bajo llave,
en tu alma lo

dejaste.

Lila me esperaba sentada en la estación de tren de Vilassar de Mar. Por su seguridad y la nuestra, no le dije dónde vivíamos exactamente. Me acerqué a ella despacio, estaba revolviendo en su enorme bolso de tela de colores. La vi cómo sacaba un espejito de un neceser y unas pinzas, luego se miró en él y comenzó a depilarse las cejas. No pude evitar reírme al ver el tic que sufría su

párpado cada vez que
estiraba de un pelo.

Al escuchar mis risas se
giró y su gesto de asombro
todavía me hizo reír más.

— Lila, soy yo. ¿No me
reconoces?

Se levantó de golpe
dejando caer al suelo el
bolso que tenía apoyado en
su regazo.

— ¡Sandra, cariño!

Me abrazó con fuerza,
como siempre había hecho.
Lo único que esta vez su
abrazo duró menos ya que
en seguida volvió a retirarse
para mirarme de arriba

abajo.

— ¡Estás increíble!

Noté brillo en sus ojos.

— Gracias amiga.

— ¡Guau! Esto es magnífico, Sandra, el cambio en tu actitud, en tu físico, no sé qué decir. Siempre he creído en la transformación interior, ¡pero esto es maravilloso! Pareces otra persona.

— No soy otra, soy quien siempre fui. Solo que ahora ya nada impide que me exprese en total libertad. A pesar de todas las cosas duras que estoy enfrentando

sigo feliz. Estoy feliz y más fuerte que nunca porque siento que el dolor pasará. Tengo esperanzas.

Lila se abalanzó de nuevo y nos fundimos en un abrazo.

— Te quiero, amiga— me dijo— Estoy muy orgullosa de ti.

— Yo también te quiero.

Nos sentamos en la cafetería de la estación y entonces le hice entrega de una copia del CD de Miguel.

— Debes cuidarlo, ahí están todas las pruebas que

incriminan a la empresa de mi padre de fraude, asesinato y mil cosas más.

Lila resopló y dijo:

— ¡Uff! Esto debe ser muy duro para ti. Si se demuestra la acusación, tu padre irá a la cárcel.

— Y también Joan.

— ¡Dios mío! ¡Cuánto lo siento! Cuánto siento que hayas estado envuelta de tantas tinieblas. No sé cómo hubiera reaccionado yo. Creo que eres la persona más fuerte que conozco. A pesar de todo sigues aquí y estás preciosa.

— Gracias a tu ayuda, no lo olvides.

— Bueno, he hecho cuánto he podido para darte esperanza, pero había cosas que debías aprender por ti misma. Es así de duro, pero nadie experimenta por cabeza ajena. De buena tinta lo sé. Aunque yo siempre he creído en ti— puntualizó — . ¿A qué sí?

Le sonreí y le dije:

— Lo sé, siempre has sido un gran apoyo.

— Tengo un regalo para ti, ahora veo que estás lista para seguir tus propias

intuiciones.

Me dio un paquete rectangular envuelto en papel de regalo de color azul. Lo desenvolví con impaciencia.

— Las Cartas del Yo interior— leí— . Precioso nombre.

Lila sonrió.

— Es una baraja de cartas con símbolos muy fácil de entender. Con mensajes muy constructivos. En cuanto las vi sentí que estaban hechas para ti. Así ya no tendrás que venir a verme, ahora tendrás tu

propia guía contigo.

La abracé de nuevo.

— Gracias Lila, las usaré junto a mi intuición. Son preciosas. Aunque nunca dejaré de verte, somos amigas.

De pronto Kahul apareció tras la puerta de cristal de la cafetería. Me hacía señas para que terminara mi charla con Lila.

Lila vio mi reacción y se giró.

— ¡Vaya tío!
— exclamó.

— Es Kahul. Parece inquieto.

— ¿Ese es tu profe de yoga? Jolín, qué mala suerte de que sea gay. Ahora entiendo tu resignación.

— No es gay— le respondí. Se formó una sonrisa en mis labios.

De pronto sus ojos se abrieron más y se puso la mano en la boca.

Luego habló:

— ¡Lo sabes de buena tinta! ¿Verdad?

Asentí con el rostro. Sentí que subía calor a mis mejillas.

Lila rió y me guiñó un ojo mientras me daba

repetidos codazos en el brazo.

— Ya decía yo que ese cambio y esa sonrisa...

Kahul entró a la cafetería y se acercó a nuestra mesa.

— Siento interrumpir, Irania, pero debemos marcharnos.

— ¿Qué sucede?

— No sé, algo no va bien. Lo presiento.

Lila se levantó y se presentó:

— Soy Lila, la amiga de Sandra Irania— soltó con naturalidad.

Kahul le dio un cálido abrazo.

— Hola, gracias por tu ayuda. Espero nos veamos en otro momento con más calma.

— Sí.

De pronto Alberto entró en la cafetería. Solo verlo sentí palpar mi corazón con rapidez. Comprendí al instante que esa era la inquietud de Kahul.

— ¿Por qué le has traído?— le pregunté a Lila.

— Se ofreció a acompañarme, tenía miedo que me pasara algo.

Alberto caminó hasta nosotros. De pronto clavó sus ojos en Kahul.

— ¿Daniel Sánchez?

Kahul caminó unos pasos hacia atrás.

— No te muevas, por favor no me obligues a sacar el arma.

— ¡¿Qué pasa, Alberto?! Él va conmigo, me está ayudando — le dije.

Lila agarró el brazo de Alberto.

— Primo, él es amigo de Sandra y mío.

— Lo siento chicas, pero tiene una denuncia por

acoso y extorsión a una mujer, su foto se repartió en todas las comisarias catalanas.

— ¡No!— chillé—

¡Eso no es cierto! Es una alumna despechada del club. Kahul nunca haría daño a nadie.

Me puse en medio de ambos.

— Sandra, por favor — me dijo Alberto— No puedo dudar de la denuncia de un ciudadano así como así. Mientras no se demuestre lo contrario en el juicio, para mí tu amigo es

un presunto extorsionador. Yo no sé quién dice la verdad. Yo solo hago mi trabajo.

Lila apoyó sus manos sobre el pecho de Alberto.

— Por favor, primo, dale una oportunidad. Yo le creo.

Kahul habló en su defensa:

— Yo no he hecho nada a nadie. Esa mujer que me denuncia lo hace por despecho y lo demostraré.

Kahul apoyó su mano en mi hombro y me apartó.

Yo me negué dejarlo

marchar.

— No, Kahul, no lo hagas. Si mi familia te encuentra no dejarán que salgas nunca de la cárcel.

Las lágrimas llenaban mis ojos y se desprendían de ellos con rapidez, humedeciendo mi rostro en desesperación.

Alberto me apartó con fuerza de los brazos de Kahul y lo cogió por la muñeca.

— Por favor, Sandra — me dijo.

Lila me abrazó y Alberto salió de la cafetería

con Kahul.

Ambas los seguimos hasta el coche.

Antes de subir a los asientos traseros del vehículo de Alberto, Kahul me miró y me dijo:

— Tienes que llegar hasta el final. No temas, yo estaré contigo.

Me abracé con fuerza a su torso.

— No voy a poder sin ti.

— Sí puedes. Tienes ayuda, nunca lo dudes— me susurró al oído.

— Te sacaré de ahí.

— No quiero que te arriesgues. Sigue oculta y trabaja duro. Tú puedes, eres fuerte.

Kahul me abrazó y luego nos besamos.

Alberto nos separó de nuevo.

Lila subió al coche.

— Todo esto es un malentendido, pronto se arreglará. Ahora le daré el CD y verás que todo se arregla. Lo siento mucho amiga, lo siento.

Los vi marchar y se me llenó el alma de desesperación. No podía

dejar de llorar y maldije no haber salido de la cafetería cuando Kahul me lo pidió por primera vez. Cinco minutos que habían determinado un destino alternativo. Unos minutos que marcaron la diferencia de tenerlo conmigo a estar rodeada de soledad y confusión.

Volví a la casa de Blanes caminando. Había seis quilómetros en ascenso desde la parada del tren de Blanes hasta la urbanización donde se hallaba la casa. Me

daba igual, casi sentía que debía mortificarme, un modo de castigo por no haber reaccionado a tiempo. Algo en mi interior me decía que se encontraba bien, pero mi mente me atormentaba con pensamientos negativos en los que mi padre o Joan le denunciaban por mi secuestro, o por el robo y allanamiento en mi casa, o por chantajearme, y que pasaría años en la cárcel.

Tuve que tomar aliento bajo un árbol en el camino para dejar de mortificar mi mente con aquellos

pensamientos. Miré hacia el horizonte y dejé que el sol calentara mi rostro. Pensé en una cercana primavera, pensé que todo cambiaría, que el sol brillaría por fin para mí y para él. Recordé sus palabras antes de marcharse y las repetí una y otra vez en mi cabeza: <Tú puedes, eres fuerte, tú puedes eres fuerte.>

Noté cosquillas en la mano que tenía apoyada sobre la roca; un pequeño escarabajo quería subir por ella. Retiré la mano asustada por el insecto. Luego vi que

del impulso había caído boca abajo en el suelo. Sentía repelús de verlo.

Observé como intentaba darse la vuelta sin éxito. Retiré la mirada, pero luego volví a él. Seguía sobre el barro pataleando. Sentí angustia por el pobre bicho, yo era la culpable de que estuviera allí sufriendo. Pensé que era tonto por no utilizar sus patas y darse la vuelta por sí mismo. Pero no lo hacía.

Cogí una ramita y se la acerqué, se agarró a ella con fuerza. Lo miré durante unos

segundos como sacaba unas diminutas alas que tenía bajo su coraza de hermosos colores metalizados y las batía a una velocidad que hacía que no pudiera ni verlas.

Luego voló.

Se formó una sonrisa en mis labios.

Un pequeño escarabajo me hizo reflexionar, me dio la señal que necesitaba para continuar. Me hizo saber que aunque me sintiera desesperada bajo el lodo de la oscuridad, tenía mi propia fuerza interior para salir de

allí.

Podía darle la vuelta a la situación, tenía mi propia luz, podía batir mis alas y volar. El universo en su infinita sabiduría me estaba poniendo a prueba.

Capítulo 30

Me vestí con
los rayos del sol;
sobre mi
cabeza puse nubes
de algodón.

Me calcé con
botas verdes,
llena de
esperanza e
ilusión.

Pasé días pegada a mi
teléfono móvil. Miraba la

pantalla cada media hora, esperando la llamada de Lila. Cada día la llamaba con la esperanza de que tuviera noticias de Kahul, pero lo único que me decía es que estuviera tranquila, que su primo le decía que estaba bien. Me aguantaba las ganas de ir a la comisaría para visitarlo, pero sabía que era un error y que Kahul se sentiría defraudado, si por mi debilidad, conseguía que volvieran a encerrarme en la clínica psiquiátrica.

Las horas se alargaban. Recostada en el sofá

mirando el fuego de la chimenea, permanecían mis ojos hipnotizados con las llamas. Abrí el juego de cartas que me regaló Lila y tomé una de ellas. Era una pluma. En el libro de respuestas interpreté que debía dejarme llevar.

De pronto me levanté del sofá y miré a mi alrededor. Sentí que estaba replicando la misma actitud de impotencia y falta de poder que había vivido durante años.

Mis sentidos se pusieron alerta.

Me puse el anorak, las botas y salí al jardín de la casa. Fui hasta el cobertizo y saqué una vieja bicicleta de color rojo. El caucho de las ruedas se veía desgastado y quebradizo. Busqué en las estanterías un bombín de aire. Luego vi que lo tenía sujeto en el mismo chasis de la bicicleta. Inflé las ruedas y comprobé con mi peso que retenían el aire.

Abrí la verja de hierro y me subí a la bicicleta. Aunque hacía años que no montaba en una, comprobé que el refrán era cierto:

jamás olvidas cómo hacerlo.

Pedaleé sin rumbo, siguiendo un sendero por el bosque que iba descendiendo. Me maravillé de los enormes pinos negros que me saludaban cuando pasaba bajo ellos. Y miré fascinada los rayos de sol que caían al suelo entre sus hojas de finas agujas de verde intenso.

Escuché el rumor del mar a lo lejos pero seguí pedaleando con fuerza. Sentí la velocidad en mi rostro y el aire frío helar mi nariz.

Mi corazón comenzó a

palpitar agitado, pero no de miedo, sino de una sensación diferente, casi olvidada. Quizá alguna vez la sentí, pero jamás con aquella intensidad. Mi pecho estaba lleno de amor, de libertad, una sensación hermosa que brotaba inundando todo mi ser.

Sentí que volaba, sentí gratitud. Una energía que se fue amplificando a cada pedaleo que daba, a cada impulso que tomaba, a cada metro que avanzaba, como si tuviera cientos de ángeles a mi alrededor.

Salían lágrimas de felicidad de mis ojos. No entendí por qué había sido bendecida con aquella hermosa energía, que había decidido permanecer conmigo a pesar de las confusas circunstancias que estaba viviendo.

El sendero me llevó hasta una pequeña ermita derruida. Junto a ella, un ciprés centenario la guardaba. Supuse había sido testigo de todas las misas, bodas, comuniones y entierros de los habitantes de aquellas montañas por

generaciones.

Me apeé de la bici y la dejé apoyada en uno de los muros que todavía quedaban en pie.

Paseé entre las piedras caídas y trozos de teja árabe roja. Observé lo que quedaba del altar; una piedra arenisca deformada por el agua y unos símbolos desdibujados labrados en las patas. En la pared apenas quedaban restos de un fresco que supuse eran la imagen de un santo o una santa. Solo quedaba una mano y un trozo del cuello. Los daté

como románicos por parecerse a las imágenes de la iglesia de Boí-Taüll.

En aquel instante sentí que la energía de amor seguía a mi lado. Pensé que era mi ángel de la guarda, el ángel que me había estado ayudando dentro de la clínica. No lo había vuelto a ver desde entonces.

Me giré y miré a mi alrededor. Entonces vi como descendía una pluma de entre los árboles. Seguí su trayectoria hasta que paró su viaje en el suelo de barro cocido frente al altar.

Me arrodillé y la tomé entre mis dedos. De nuevo el mensaje de la pluma me decía que me dejara llevar y en aquel momento lo único que me apetecía hacer, era estar allí, arrodillada ante el viejo altar de una ermita derruida.

— Nunca he hablado contigo. Ni siquiera me atrevo a pronunciar tu nombre. Pero siempre hay una primera vez. Dios, si me has guiado hasta aquí, por favor ayúdame. Muéstrame el camino. ¡Dime! ¿Qué puedo hacer? ¿Qué debo

hacer ahora? Dame fuerzas para terminar lo que he empezado. Dame fuerzas para que el odio que siento no crezca en mi interior, dame fuerzas para perdonar. Libérame de las cadenas que me han mantenido presa en la locura. Hoy te pido ayuda por primera vez en mi vida. Te pido la libertad de Kahul, él es uno de tus ángeles. Desde que lo conozco, no ha hecho más que ayudarme, por favor, ¡sácalo de la cárcel! No permitas que la sombra se haga con él. Gracias porque ahora sé que

estás conmigo, ahora me atrevo a hablarte directamente. Gracias por tu ayuda.

Sentí un leve cosquilleo en mi mejilla.

Un ruido entre las ramas de un árbol me puso alerta. Era una ardilla que roía con pasión una piña, luego la tiró al suelo. Sonreí pues sentí que los ángeles tenían formas extrañas de indicarme que habían tomado nota o por lo menos yo lo sentí una respuesta. Y daba igual si eran ellos, o una simple ardilla, yo me

sentí escuchada y eso me produjo tranquilidad. Me dio fuerzas para seguir un día más.

Capítulo 31

Serpientes
que reptan por
esquinas oscuras,
al acecho de
almas puras.

Serpientes
negras que sonríen
veneno
al ver que
tiembras.

Siempre
traicioneras,
que cambian

sus pieles,
para no ser
descubiertas.

La llamada de Lila por fin se produjo y cuando yo menos lo esperaba. Había decidido no preocuparme, pues la preocupación me generaba mucha ansiedad y me daba por comer dulces.

Estaba en una pequeña cala, que había descubierto en uno de mis paseos en bici por los senderos de la costa de Blanes. Se llamaba Santa Cristina. Para acceder a ella

había que bajar un camino de pronunciada pendiente, sombreado de pinos y acacias. Pero el trayecto merecía la pena ya que nada más salir del sendero entrabas en la tranquila playa. Me sentí atraída por la luz que desprendía el lugar, había algo mágico en ella. Daba igual que estuviera nublado o hiciera frío o brillara el sol. La energía que me transmitía me transportaba a otro plano, a un lugar donde las preocupaciones no existían.

Me había propuesto

seguir las enseñanzas de Kahul y comencé a meditar sobre una toalla en la arena.

Ya estaba anocheciendo. Aquella tarde había conseguido entrar en un profundo estado de paz interior, un estado que me aportaba mucha fuerza y tranquilidad, cuando el teléfono sonó dentro de mi mochila. Me sobresalté y me lancé rauda hacia ella.

— ¿Diga?

— Soy yo.

— Hola Lila, dime, sabes algo ya sobre Kahul o sobre la investigación de

Miguel.

— Bueno, de momento está todo igual, lo siento. Alberto me ha dicho que está encontrando muchas resistencias para llevar el caso adelante. Creo que hay más infiltrados, de esos que me dijiste, de lo que pensábamos en un primer momento.

— No me digas eso. Es lo único que tengo para detener a mi padre.

— No te alteres cariño, todo se va a arreglar, las cartas me dan buenos pronósticos.

— No me queda mucho dinero Lila, de seguir así tendré que...

— ¿Trabajar?— me interrumpió.

— Noto cierta ironía en tu voz ¿No me ves capaz?

Escuché su risa tras el teléfono.

— ¡Pues claro, cariño! De trabajar y de más. Solo estoy bromeando. Me he desviado del propósito de mi llamada.

— Dime.

— Tu hermana ha venido esta tarde a mi consulta.

— ¡¿Qué?! — exclamé.

— Estaba muy nerviosa, me ha dicho que tiene que hablar contigo urgentemente.

— ¿Mi hermana sabía de tu existencia? No puedo creerlo.

— Ya te dije que los matones los había enviado tu familia. Yo no tengo donde esconderme y por supuesto que ahora están siguiendo todos mis pasos. Hice bien en comprar otro móvil para llamarte, sino ahora los tendrías en la puerta de tu escondite.

— ¿No te dijo que quería?

— La noté muy nerviosa. Ella estaba segura de que yo te daría el mensaje. Aunque yo le negaba que supiera de tu paradero. Quiere que la llames, dice que es por lo que le contaste.

Me quedé unos segundos en silencio.

— Ten cuidado, Sandra, no me fío.

— Gracias, lo tendré.

Comenzó a nacer una inquietud en mi pecho y no me abandonó en todo el

camino de vuelta a mi refugio.

Mientras rompía los huevos para la tortilla que me estaba preparando para la cena, sentí un tibio pinchazo en mi corazón. No había dejado de pensar en Aurora y ese dolor en el corazón me indicaba que algo no iba bien.

Miré el teléfono por un instante.

Luego me acerqué y decidí marcar el número de Aurora.

— ¿Sí?— escuché al

otro lado de la línea.

— Soy yo.

— ¿Sandra? ¿Dónde estás? Tengo que verte.

La noté nerviosa.

— No Aurora, no puedo hacerlo. No quiero que me llevéis de vuelta al manicomio. ¡No me busques más!

Escuché algo parecido a un gimoteo tras el auricular.

— Iba a coger un avión para Venecia. Mi marido me espera allí, tenía que cerrar unos negocios y me ha dicho que pasemos el fin de

semana en la ciudad. He llevado a los niños con los papás.

— ¿Por qué me explicas ese rollo? Voy a colgar, ¿Me estás intentando seguir la señal?

— ¡No, espera Sandra! Cuando hacía la maleta he encontrado que me faltaban unos zapatos del armario. He supuesto que Aina se los había llevado a su cuarto. Le gusta probarse mi ropa. Buscándolos en su habitación, he encontrado un dibujo roto debajo de la cama.

— Voy a colgar,
Aurora— amenacé.

— ¿Has sido tú verdad?
Tú le has metido esas cosas
en la cabeza.

— ¿De qué me hablas?

— Ha pintado una
mesa con una niña tumbada
y gente alrededor de ella con
túnicas negras. ¡Y serpientes
y cocodrilos a su alrededor!
¿Quieres enloquecer a mi
hija verdad? Estás envidiosa
de mí, siempre lo has estado
y por eso quieres amargarme
la vida.

— ¡Yo nunca le diría
eso! Es mentira, ella lo

habrá...

De repente se me erizaron todos los vellos del cuerpo. Me llevé la mano al corazón.

— Lo ha tenido que ver. ¡Dios mío! Ahora va a por ella. Papá le está haciendo lo mismo que a nosotras.

— ¡Eso es mentira! ¡Has sido tú! Tú le has contado eso. ¡Eres perversa y enfermiza!

— ¿Dónde está Aina ahora? — le pregunté ansiosa.

— Ya te lo he dicho,

con papá y mamá en la casa de Boí.

— ¡No, allí no! Aurora por favor, escúchame, llama a mamá y dile que no deje sola a la niña en ningún momento.

— ¡Me estás asustando!

— ¡Hazme caso, por favor! Y si no me crees a mí, por favor, ¡cree en ella! Aina te necesita, ella ha pintado eso, no yo. Ha sido ella, te lo juro. ¡Corre, ve a la casa y saca a tus hijos de ahí!

— Estás intentando confundirme. ¡Estás loca!

Aurora me colgó el

teléfono.

— ¡Maldita sea!—

grité.

Comencé a dar vueltas por el salón de la casa. Me sentaba, pero luego volvía a ponerme en pie. Miraba el reloj de pared que había al lado izquierdo de la chimenea. Pasaban unos minutos de las ocho de la noche.

Me sentía impotente. Por un lado pensaba que había exagerado, que le había inculcado un miedo innecesario a Aurora y que si ella estaba tranquila es

porque confiaba en nuestros padres. Pero mi intuición, mi alma, me gritaba al oído que Aina debía saber algo. Al igual que yo, había pintado algo horrible para liberar su pequeña mente, algo que parecía haberla asustado mucho, algo que no comprendía.

Me ardía el estómago de rabia, solo imaginar que pudieran haber abusado de mi sobrina. No podía quedarme en la casa y dejar como si no hubiera escuchado el miedo profundo que mi hermana

transmitía en sus palabras. Ella no quería reconocerlo y me culpaba a mí, pero yo sabía que había algo de verdad en el dibujo de Aina.

Cogí mi anorak y me puse las botas. Salí al porche y me monté en la bicicleta.

Pedaleé hasta el pueblo de Blanes, no sabía cómo iba a llegar, solo me importaba Aina y ni siquiera me paré a pensar en mi propia seguridad.

A medio camino de la estación de trenes, sentí la vibración de mi teléfono, luego la inconfundible

música que había olvidado cambiar.

Miré el número y reconocí el móvil de Aurora.

— ¡No me cogen el teléfono!— me gritó nerviosa mi hermana.

— ¿Qué pasa?

— Estoy llamando al fijo de la casa, al móvil de mamá, al móvil de papá, al móvil de Andreu; ¡nadie contesta!

— No puede ser.

— ¡Voy a ir a Lleida! ¡Me has contagiado tu locura! Dime que no es cierto lo que me contaste.

— Sí es cierto, aunque no te guste.

Escuché sollozos y luego me dijo:

— Habrán ido a cenar a casa de los Argerich, ¡Eso es! O estarán jugando fuera. Pero ahora por tu culpa no puedo dormir.

— No puedes dormir tranquila porque sabes que es cierto. Tú lo viviste. Aurora por favor, quiero ir contigo. Ven a buscarme a la estación de trenes de Blanes.

Pasamos más de medio trayecto hacia el pirineo de

Lleida en silencio. Yo estaba asustada de lo que podía pasar cuando volviera a ver a mis padres. Aunque yo había cambiado mucho, intuía que me seguirían viendo igual y nada de lo que les dijera afectaría su opinión lo más mínimo.

No quería seguir insistiendo en el peligro que presentía, para que mi hermana se concentrara en las poco iluminadas y sinuosas carreteras, que nos llevaban hacia las montañas. Había nieve a ambos lados del arcén y placas de hielo

en el asfalto y a pesar del vehículo todo terreno que conducía, la falta de visibilidad le hacía ladear las ruedas. Aurora presumía de ser buena conductora, pero los nervios le estaban jugando una mala pasada.

— No sé qué excusa voy a ponerle a papá de que me presente a estas horas, cuando debería estar cenando junto a una góndola con Beltrán. Y a él, he tenido que mentirle y decirle que he perdido el avión para no preocuparlo.

No supe qué

contestarle. Me dediqué a mirar por la ventana. La noche estaba especialmente clara, el cielo estrellado y una hermosa luna llena nacía por las cumbres.

— Es noche de luna llena— comenté.

De pronto llegó a mi mente un recuerdo de la infancia. Estaba en la cueva, atada de una mano en una de las paredes. Desde allí podía ver la cascada y la poza de agua cristalina. Era de noche y se reflejaba la luna en el agua. *¡La luna llena!* cavilé.

Aurora me miró de

reajo y soltó:

— Sí, es la luna de los locos. Dicen que durante la luna llena se comenten más asesinatos y suicidios. Parece ser que ya me estoy contagiando de ella y estoy cometiendo una estúpida locura al creerme las fantasías de una chiflada.

— Eres idiota— le contesté.

Llegamos a la casa a medianoche. Salimos del coche disparadas hacia la puerta principal. Todo en el exterior parecía estar calmado, ninguna fiesta,

ningún evento en los jardines, aunque no debería de haberme extrañado con el frío que hacía fuera y siendo las doce de la noche.

Aurora tocó el timbre. Luego sacó la llave de su bolso y abrió la puerta principal.

Rosco nos esperaba tras ella. Comenzó a gimotear y dar saltitos sobre mis piernas.

Por lo demás, todo estaba envuelto de un silencio sepulcral.

— ¡Mamá!— gritó Aurora.

Subimos de prisa las escaleras hacia el piso superior.

Rosco nos siguió. Aurora fue corriendo al cuarto de los niños y yo la seguí.

Comprobamos que Marc y Andreu dormían profundamente. Pero la cama de Aina estaba vacía.

— ¿Aina?— llamé.

— Quizá esté durmiendo con mamá— dijo Aurora—. A veces tiene pesadillas.

Corrimos hacia el cuarto de mis padres. La

habitación estaba a oscuras pero la luz de la luna permitía ver la silueta de mi madre recostada y tapada en la cama.

Aurora no dudó y prendió la luz principal de la estancia.

Mi madre estaba sola en la cama.

— ¿Mamá?

No respondió, parecía estar profundamente dormida. Incluso roncaba suavemente.

— ¡Mamá!— gritó Aurora.

Nos acercamos y

Aurora comenzó a zarandearla, pero no se despertaba. Me acerqué y le tomé el pulso.

— ¡Ay Dios mío! ¿Qué le pasa?

— Sus constantes vitales son normales. Está profundamente dormida. ¿Mamá toma somníferos?— le pregunté.

— No lo sé.

El rostro de Aurora comenzaba a desencajarse.

— ¿Dónde está mi niña?

Salió corriendo de la habitación y yo la seguí

hasta la habitación de los niños.

Me acerqué a Marc y lo moví. No respondía.

— ¡Están sedados!— exclamé.

Mi hermana comenzó a perder los nervios.

El pequeño *Schnauzer* comenzó a ladrar insistentemente sobre la cama de Andreu.

— ¿Qué está pasando aquí? ¿Han sido ladrones? — de pronto el rostro se le desencajó aún más— ¡Secuestradores! ¡Aina! ¡Aina!— gritaba mientras

corría por los pasillos.

— ¡Han secuestrado a mi niña!

— Calma Aurora, quizá se ha escondido en algún lugar de la casa. Es una niña muy lista.

Mi hermana estaba al borde de un ataque de nervios. Solo daba vueltas por las mismas habitaciones, entraba al cuarto de nuestros padres y luego de nuevo al de los niños.

Cogí a mi hermana por los hombros y la zarandeeé con fuerza.

— ¡Cálmate! Así no

ayudarás.

Tenía la mirada desencajada. Cogí su rostro con ambas manos y la miré fijamente a los ojos.

— Aurora escúchame, voy a salir al bosque. La buscaré por fuera. Tú quédate aquí y busca por todos los armarios, por el garaje y el cobertizo, ¿de acuerdo? Todo irá bien. La vamos a encontrar y estará sana y salva— le dije, pero en el fondo de mi ser me temía lo peor.

Mi hermana me miró con los ojos nublados de

lágrimas y asintió. Mis palabras parecieron tranquilizarla. El ciclo se repetía y volvía a verla como yo la había recordado de pequeña; una niña asustada. La misma sensación que me había transmitido en mis recuerdos. Me partió el corazón, sus ojos suplicaban ayuda, la coraza que la protegía se había resquebrajado dejándola desnuda, a merced de despiadadas emociones que amenazaban con engullir la entereza que siempre la había acompañado.

Salí al bosque con la linterna en la mano. Gracias a la luz de la luna pude seguir el sendero sin ninguna dificultad, aunque cuando me adentré en lo más profundo del bosque la luna ya dejó de serme útil.

Caminé con paso firme, con una fuerza en mi interior desconocida. En ningún momento dudé ni titubeé de lo que estaba haciendo. Sentía la presencia de mi ángel cerca y también la presencia de la niña del bosque. Ella aparecía y

desaparecía delante de mí.

Parecía jugar al escondite conmigo.

— *Date prisa, Irania*
— escuché en mi interior.

Y seguí corriendo como si tuviera alas en mis pies, y sobrepasé las rocas, las raíces de los árboles sin ni siquiera tropezarme. Hasta que llegué al árbol hueco.

Abrí la trampilla y encendí la linterna. Corrí entre la oscuridad con la barra de hierro en mi mano. Corrí junto al miedo y aunque caminaba a mi lado, no dejé que me ganara.

Llegué a la sala, la escalera ya estaba abierta.

Bajé los peldaños con sigilo hasta los túneles antiguos. Desde ahí ya comencé a escuchar unos cánticos repetitivos.

Escenas de memoria del subconsciente comenzaron a golpearme en la mente. Las oraciones y cánticos eran las mismas. Las conocía. Ya no sabía si el sonido procedía de mi cabeza o realmente lo estaba escuchando fuera.

Veía las imágenes, me veía de pequeña sobre el

altar aterrada, los cánticos
cada vez más acelerados.
Sabía lo que sucedía
después.

Mis pies dejaron de
caminar.

— *No es real*—
escuché en mi cabeza.

Entonces los vi.
Decenas de entidades de la
sombra que comenzaban a
surgir de entre las paredes de
la cueva, con rostros
desencajados de dolor,
angustia y sufrimiento.

— *Lo has inventado
todo*— volví a oír.

Me tapé los oídos.

— *Estás enferma.*

Naciste enferma.

Negué repetidas veces con la cabeza, mientras veía cómo iban acercándose más y más hasta mí. Tenían los rostros deformes, de ojos hundidos, oscuros y su olor era nauseabundo. Un olor que recordé al instante.

Comencé a sentir escalofríos por todo mi cuerpo. No podía casi sostenerme en pie. La fuerza del mal era intensa, brutal.

— *Nadie te cree.*

— *Mataste a tu hijo y no quieres reconocerlo.*

— ¡Eso no es cierto!—

grité.

Entonces vi unas imágenes del día del accidente. Me vi corriendo por la calle, era de noche y estaba en camisón. Corría, estaba muy asustada. Escuché las voces de Joan y mi padre, me quedé quieta, me giré y los vi. Mi marido y mi padre corrían hacia mí, estaban preocupados.

Luego escuché el frenazo de un automóvil y el golpe.

— *No eran reptiles, eran tu familia.*

— No es verdad, eran monstruos.

La entidad emitió algo parecido a una risa burlona.

— *Mataste a tu hijo.*

— Yo no lo maté.

— *Sí, lo hiciste, pero no nos importa, aquí puedes quedarte con nosotros. Nosotros te entendemos.*

Las sombras me rodeaban y cada vez me sentía más débil. Comenzaba a creerles, una parte de mí todavía sentía culpa y se estaban aferrando a ella para derrotarme.

Volví a escuchar los

cánticos.

Intenté caminar pero el miedo me paralizaba.

Cada vez estaban más cerca y algo me decía que si lograban acercarse más estaría perdida para siempre.

Recordé con pavor a la niña del psiquiátrico.

Intenté cerrar los ojos para dejar de verlos pero cuando los cerraba volvía a recordar el día del accidente. La culpa seguía allí.

— *Lo mataste porque querías vengarte de tu padre y de tu marido.*

— No es verdad.

Vosotros estabais allí, os metisteis en mi casa.

— *Sandra, ven con nosotros.*

Una de las entidades más grandes de las que me rodeaban, decidió dar un paso más. Su energía era terrible, oscura, dolorosa. Hacía que todo mi cuerpo temblase. Mi energía menguaba y con ella mi fuerza, que se disipaba. Veía como un hilo de luz salía de mi pecho y se escapaba hacia el techo. La energía se marchaba y mi piel comenzaba a ennegrecerse.

— ¡No!— grité.

Sentí mi corazón latir cada vez más lento.

— *Quédate con nosotros, aquí está tu sitio, eres un ser oscuro, una asesina. Has matado a mucha gente, ahora sus almas te reclaman.*

Caí al suelo y me quedé de rodillas.

La entidad del mal se acercó un paso más, su presencia absorbía mi vitalidad con rapidez. La vida se me escapaba por la boca.

Cerré los ojos y volví a

ver la escena del día del accidente. Dejé que se repitiera de modo implacable una y otra vez, martilleando mi alma, revolcándome en la culpa. Vi la sangre correr por mis muslos, la sangre del hijo que había perdido. Pero llegué a un punto que dejé de sentir dolor, como si ya no perteneciera a nada, ni nada me perteneciera a mí. El recuerdo de la muerte se estaba apoderando de mi consciencia. Entonces recordé más allá del golpe del automóvil. Recordé la

ascensión a otro plano, recordé el templo en forma de pirámide de cristal, recordé como había llegado a entrar en él y a mi familia. ¡Mi familia espiritual! Recordé su amor hacia mí y mi amor hacia ellos. Sus hermosos y familiares rostros. Sus abrazos llenos de energía de amor, limpia, pura. Llena de perdón. Ellos me habían abiertos sus brazos a pesar de mis errores. Ellos me habían perdonado.

Salieron lágrimas de mis ojos, lágrimas llenas de

amor curativo. Llenas de perdón.

— Yo me perdono—
murmuré.

La sombra se detuvo.

— Yo me perdono—
repetí con más fuerza.

— *Estás loca, nadie te quiere.*

— ¡Yo me perdono!—
chillé.

Los seres oscuros
comenzaron a alejarse.

— *Asesina.*

Me levanté del suelo.
Cogí la barra de hierro con
fuerza entre mi puño. Miré
al frente, me sequé las

lágrimas.

— ¡Yo me perdono!—
exclamé con firmeza.

De pronto escuché un grito desde la caverna.

— ¡Aina!— exclamé.

Corrí con todas las energías que me quedaban y atravesé en mi camino a muchas sombras que alargaban sus brazos para detenerme. La fuerza había crecido de nuevo en mí y ya no podían afectarme sus insultos y reproches.

Atravesé el túnel que recorría la poza y pasé detrás de la cascada.

Me frené en seco.

Todavía tiemblo al recordar la escena, era como seguir viviendo dentro de una pesadilla. Pero ahora se escenificaba delante de mis ojos. La sala estaba iluminada con velas negras y rojas sobre candelabros de oro. Allí estaban, doce hombres encapuchados y uno en frente del altar. Igual que había recordado en la regresión. Yo sabía que todos eran hombres, no necesitaba descubrirlos. Lo había vivido.

No se habían percatado

de mi presencia en el umbral de la cueva. Estaban ensimismados, como en trance.

El hombre del medio se había colocado delante del altar central. Yo sabía qué venía luego, lo había visto varias veces. Comenzó a destapar la manta que cubría a la niña que tenían atada sobre la piedra. Al sentir la mano del hombre la niña volvió a chillar.

— ¡Alto!— grité.

Los encapuchados se giraron.

Uno de ellos se vino a

mí y le lancé un golpe con la barra de hierro. El individuo quedó inconsciente en el suelo. Al caer descubrió parte de su rostro.

— ¡Doctor Vall!
— exclamé.

Dos encapuchados vinieron hacia mí amenazantes.

— ¡Dadme a la niña!
— grité, mientras blandía la barra de hierro como si fuera una espada.

El encapuchado que estaba en medio del círculo caminó despacio. Los encapuchados que me

amenazaban se apartaron cuando éste pasó a su lado.

— ¡No te acerques más!— amenacé.

— Sandra, esto que ves no es real. Lo estás inventando todo.

— Sí, y una mierda— dije, entonces me dispuse a golpearlo con la barra cuando sentí un golpe en mi cabeza.

Caí al suelo. Mi vista comenzaba a emborronarse. Un reguero de sangre caía por mi frente. Estaba a punto de perder el conocimiento.

El hombre que me

había hablado se agachó a mi lado, la túnica se le abrió.

Sentí náuseas al ver que debajo de la túnica no llevaba ropa.

— Eres un cerdo—
logré decir. Me estaba mareando.

El hombre retiró la capucha y me mostró su cara, aunque yo había reconocido su voz de inmediato.

— Sandra, hija mía. Eres increíble, no sé cómo has llegado hasta aquí. Aunque no me sorprende del todo. Siempre me has

fascinado, tu capacidad, tu fuerza. Nunca conseguí romper tu mente para que olvidaras del todo lo que aquí hacíamos. Con tu hermana fue más fácil; pero claro, ella no es como tú. Tú eres especial, lo supe en cuanto naciste, las señales el día de tu nacimiento fueron muy claras. ¿Quién imaginaria que un *conectado* iba a nacer en mi propia casa?

Sus palabras me dejaban perpleja.

Mi padre soltó una carcajada y luego prosiguió

hablando:

— Fuiste un regalo, gracias a ti hemos podido crear un fármaco muy especial, tan especial como tú. Diseñado para adormecer los sentidos superiores de consciencia. Mi señor me ha felicitado por el excelente trabajo, mi misión se ha cumplido. En cuanto los niños muestren los síntomas, sus ignorantes padres irán al psicólogo para que se lo receten. Y ahí comenzará todo. Nos haremos ricos y también serviremos a nuestro señor robándoles el

alma para ponerla al servicio del mal.

Mi padre me acarició el rostro. — Atrofia la glándula pineal— balbuceé. — Muy bien Sandra, tendrías que haberte unido al equipo. Pero nunca confié en ti, porque sabía que tu destino era traicionarme. — Es defectuoso, tarde o temprano te denunciarán. — Bueno, algunos de los niños reaccionaron mal, los más sensibles, pero en general, los síntomas adversos no se notarán hasta pasados muchos años. Hemos

ajustado la fórmula, ahora es perfecta. Para entonces nadie podrá probar que ha sido a causa del *pinmetil*. Ya sabes... los médicos lo achacarán al alcohol, las drogas, la contaminación.

Mi padre soltó una carcajada. Tenía los ojos desencajados, como jamás le había visto. Y entonces empecé a ver que su rostro se transformaba en reptil, pero ya no le tenía miedo. Ahora sabía que esa imagen me mostraba la verdadera naturaleza de su ser. Yo podía verlos tal cual como

eran sus almas. Y eran malignas, perversas. Desde hacía millones de años perdidas en la más terrible oscuridad.

— ¿Por qué lo haces?
¿Por qué a Aina también?

— Hay cosas que van más allá de tu comprensión. Nosotros servimos a algo más grande. Nuestro señor nos pide ofrendas y nosotros se las damos. A cambio nos proporciona ayuda, poder, inteligencia. Tú no lo entiendes porque sirves a otro amo, un amo que no aporta nada, solo un

aburrido sufrimiento.

— Solo éramos niñas.

— La inocencia es el mejor elixir para nuestro ritual. Mi padre se levantó. — Tu presencia aquí nos ayudará a que el ritual sea más intenso. Tu dolor y sufrimiento siempre ha elevado la magnitud de nuestros rituales. Te lo agradecemos. Ahora mira y observa.

Dos de los encapuchados me cogieron por las muñecas y me ataron con cuerdas a las argollas de acero de la pared.

— No, por favor—

supliqué— . Papá, no lo
hagas.

— Disfruta, Sandra—
me dijo al oído uno de los
hombres que me habían
atado. Su voz me resultó
familiar.

— Te conozco— le
dije.

Se quitó la capucha.

— Maldito seas—
gruñí al ver, aunque borroso
para mí, el rostro de Joan— .
¿Tú también? Por favor, no
lo hagas, desátame. Deja que
me vaya si algún día me
quisiste algo.

— Sandra, no seas

estúpida. Yo nunca te he querido. Eras un experimento, solo eso y el hijo que llevabas también lo era, un maravilloso experimento que destruiste por tu habilidad de ver más allá de esta realidad. No supimos hasta más tarde que el fármaco creaba infertilidad. Contigo no tendría que haber sido, intentamos subsanarlo pero bueno, seguiremos nuestros experimentos con otras. Es un mal menor que podremos remediar en el futuro.

Con la poca fuerza que

me quedaba le escupí en la cara. — Eres un demonio — mascullé. Joan se limpió la cara, se levantó y se unió al grupo. Los encapuchados volvieron a colocarse en sus posiciones. Volvieron con sus cánticos.

Yo intentaba desatarme de la cuerda a de pesar que mi fuerza se iba perdiendo y mi dolor de cabeza iba aumentando.

Mi padre destapó a Aina. Su cuerpecito temblaba y tenía los ojos rojos de tanto llorar y el rostro pálido. Se giró y me

buscó con la mirada. Debía haber escuchado mi voz.

Me encontró y a pesar de lo que estaba viviendo sentí que estaba aliviada. Yo sabía lo que sentía. Lo intuía.

— *Mírame todo el rato, no dejes de mirarme*— le transmití.

Ella me sonrió, pero no con los labios, me sonrió con los ojos.

— *Te quiero mucho*— escuché en mi cabeza.

— *No dejes de mirarme; te quiero Aina.*

— *Tengo miedo.*

Mi padre se subió al altar. Retiró su túnica mostrando la desnudez de su cuerpo.

El resto de miembros comenzó a entonar oraciones y cantos repetitivos.

Aina comenzó a removerse del altar y a gritar.

Escuché un ladrido de perro, luego otro y otro.

Luego se oyó un disparo. Por unos instantes se hizo un silencio atronador en la cueva.

En el pecho desnudo de mi padre apareció una

mancha negra, luego roja, luego sangre.

Su cuerpo cayó hacia atrás generando un sonido seco al caer.

Se oyeron más disparos, o eso creí. El eco retumbaba multiplicándolo, yo no sabía de dónde procedían.

Los encapuchados corrían despavoridos de un lado a otro, algunos cayeron heridos al suelo. Otros huyeron por el túnel. Desde el suelo no podía ver estaba aterrada, hasta que sentí la lengua húmeda de Rosco

sobre mi frente. Me lamía la sangre que corría por ella.

— Rosco— pronuncié en un hilo de voz.

— ¡Aina, mi vida! Mamá está aquí.

— ¡Aurora!— balbuceé.

Mi hermana desató a la niña, la abrigó con la manta y la bajó del altar.

Luego vino a mí y me ayudó a incorporarme del suelo.

Estaba temblando, le temblaban las manos, los labios. No me dijo nada, solo me abrazó y comenzó a

llorar.

Capítulo 32

Un mes después

El caso del *pinmetil* estalló en todos los medios de comunicación. Varias farmacéuticas de la competencia se habían hecho con una copia de la investigación de Miguel Garrido y habían denunciado a Farma-Ros ante la justicia.

Kahul se había encargado de distribuir las. Según sus palabras: El enemigo de mi enemigo es mi mejor amigo.

Y así fue, la presión que ejercieron los laboratorios de la competencia fue tenaz y las acciones en la bolsa de Farma-Ros se precipitaron al vacío de la ruina. Sanidad retiró el *pinmetil* de todas las farmacias y la responsable del ministerio, la señora Magí, fue cesada de su cargo a la espera de juicio. Parecía ser que había recibido grandes sumas de dinero en

una cuenta a nombre de su hijo.

A pesar de que mi familia estaba en la ruina sentí un gran alivio. Habíamos vencido y eso era lo único que contaba.

Tenía la mano de Lila apretujada entre las mías. Hacía rato que esperábamos en el despacho de Alberto, en la comisaría de la policía nacional.

Su lugar de trabajo me pareció un tanto desordenado. Se amontonaban carpetas llenas

de folios unidos con clips, bandejas de plástico atiborradas de informes y varios portarretratos familiares. Lila cogió uno de ellos y me lo enseñó:

— Juana se parece un montón a mi tía Paqui, que es hermana de mi madre — dijo señalando a la adolescente que posaba en la foto subida a una moto acuática.

— Entonces debes parecerte a tu padre.

— Sí, hija, soy clavadita a él— soltó. Noté un ligero tono de

resignación en su voz.

La voz de Alberto en el pasillo me puso alerta.

Giré mi rostro; se había parado justo antes de entrar. Hablaba con un compañero. Llevaba una carpeta bajo el brazo.

Pasados unos minutos entró en el despacho.

— Siento la espera señoras. Estamos desbordados de trabajo.

Lila se levantó y le dio dos besos en las mejillas.

Yo le ofrecí mi mano y él la estrechó con fuerza, sentí sus ojos brillantes.

Luego me sonrió. Yo no mostré simpatía, todavía tenía las imágenes grabadas en mi mente de la detención de Kahul en la cafetería de la estación de tren.

— Es usted muy valiente. Su fuerza es digna de admiración, otros hubieran optado por callar o esconderse.

— Era mi obligación, no podía permitir más crueldad en nombre del dinero.

Alberto caminó alrededor de la mesa y se sentó en su sillón frente a

nosotras. Cogió varios grupos de carpetas y las apiló unas sobre otras, para hacerse espacio en la mesa. Cogió una de las bandejas de plástico negro llena de informes y la depositó en el suelo.

Abrió la abultada carpeta y comenzó a extender informes.

Yo abrí mi portafolio y le entregué unos documentos.

— Le traigo una nueva denuncia. Esta vez contra la clínica *Sant Jordi*. Quiero que investiguen y detengan a

los responsables del centro, el doctor Agustín Vidal y la doctora Mercé Utrera.

Alberto lanzó un soplido cuando leyó por encima el escrito que había preparado mi abogado.

— ¡Vaya! Nos llevará años poder clasificar todo esto. Aparte comienzan a llover denuncias de padres de niños que habían sido medicados con el *pinmetil*. Me temo Sandra que te vas a quedar sin herencia.

— Es lo justo. Al menos hemos conseguido retirarlo del mercado. Eso es

lo más importante. Joan deberá pagar por lo que ha hecho. No debe salir jamás de la cárcel.

Alberto mostró una escueta sonrisa y respondió:

— Su implicación en la creación del fármaco está muy clara. Era el jefe del proyecto. Todas las responsabilidades recaerán sobre él. No creo que haya problemas.

— ¿Y por el asesinato de Miguel Garrido? ¿Y por pederasta?

— Eso va a ser más difícil, pero haré lo

imposible por llevarlo a juicio por esto también. Ten paciencia; mientras tanto, estará en la cárcel. De momento el juez le ha negado la fianza.

Solté un suspiro de alivio.

— No debe salir jamás, mi vida está en peligro.

Lila cogió mi mano con más fuerza y con la otra me acarició el mentón.

— Tranquila, señora Ros, ya no debe temer — aseguró Alberto.

— ¿Y mi hermana? ¿Qué va a ser de ella?— le

pregunté.

Querían juzgar a Aurora por asesinato. Todavía había alguien que apoyaba a mi padre aún después de muerto. Yo sabía que había sido en defensa de mi sobrina, pero los jueces no lo veían claro y la habían encarcelado.

— Estoy intentando junto a su abogado que le otorguen la fianza, pero la acusación que ha levantado el tal doctor Vall nos está complicando la vida. Es un psiquiatra de mucho prestigio, y os conoce desde

hace muchos años. Ante el juez, usted será una enferma mental y esto va a pesar en su contra.

— Ese cerdo mentiroso sabía que decía la verdad y encima tenía la desfachatez de negármelo. Pero lo que conté en la declaración, sobre que me estaban medicando desde los cinco años, y que me dieron electro-convulsión para borrarame los recuerdos, ¿no cuenta a mi favor?

Alberto suspiró.

— Necesitaremos algo más. Lo siento, Sandra, pero

usted tiene poca credibilidad. Yo la creo pero no sé si será suficiente.

— Mi hermana defendía a su hija de esos demonios.

Lila adelantó su cuerpo hacia la mesa y rozó la mano de Alberto.

— Primo, tiene que haber algo que pueda ayudarla.

Alberto se rascó el mentón y dijo:

— Más testigos a su favor. El testimonio positivo de su madre por ejemplo. Si ustedes fueron víctimas de

continuas violaciones, ella debería saber algo.

— La sedaban, no creo que sepa nada, y si lo sabía se habrá auto-convencido de que no era real— aclaré.

Alberto se rascó la cabeza.

— Piensa, Sandra, todo aquello que apoye tu versión ayudará a tu hermana. Ahora, si me disculpáis, tengo mucho que hacer con el caso. Os iré manteniendo informadas.

— ¿Y Kahul? ¿Cuándo podrá salir?

— Esto no lo llevo yo,

le han pasado el caso a mi compañero.

Alberto nos acompañó por los pasillos de la oficina hasta un despacho más pequeño pero igual de desordenado, lleno de carpetas y cajas de archivo de cartón.

— Reinososa, por favor, atiende a mi prima y a la señora Ros. Sé muy amable con ellas— dijo, y eso lo acompañó con un guiño de ojo.

El hombre de unos treinta y cinco años de edad, alto y delgado nos invitó a

sentarnos.

— ¿En qué puedo ayudarles?

— Usted lleva el caso de Kahul, ¿verdad? ¿Podría decirme cómo lo lleva? ¿Cuándo podrá salir?

El hombre me miró extrañado.

— Lo siento no me suena este nombre.

Lila saltó:

— El profesor de yoga extorsionador de ricos.

Miré a Lila sorprendida, me molestó el comentario.

Lila se disculpó con un

gesto en su rostro. Ya la conocía lo suficiente como para saber que no había mala intención en sus palabras.

— ¡Ah! Vale, ahora entiendo.

Se levantó, se rascó la coronilla durante unos segundos y luego rebuscó entre las bandejas negras de un armario que tenía a su espalda. Revolvió y sacó una carpeta marrón con muy pocas hojas.

— Daniel Sánchez Ortiz ¿No?

— Sí— afirmé ansiosa.

— Pues sigue igual, la

primera vista será dentro de seis meses.

— ¿Cómo? ¿Tendrá que pasar seis meses más en la cárcel por algo que no ha hecho? ¿Puedo pagar la fianza?

— No tiene. Había peligro de fuga. Estuvo desaparecido un tiempo, eso condicionó al juez.

Me sentí desesperanzada.

— Tiene que ayudarme. No es cierto, él no extorsionaba a nadie. Tiene que haber algo que yo pueda hacer para ayudarlo.

— Es una denuncia grave. No sé.

— ¿Quién le puso la denuncia?— preguntó Lila.

— Eso no puedo decírselo.

— Por favor— supliqué cogiéndole de las manos mirándole fijamente a los ojos.

El hombre soltó un suspiro y leyó el informe.

— Marta Barrull i Solé.

El corazón me dio un vuelco.

— ¡¿Qué?!— Exclamé

— ¡Mi cuñada!— dije mirando fijamente los ojos

de Lila.

Después de dejar a Lila en su casa le di a la taxista las señas para que me llevara hasta el apartamento de Marta. No esperé el cambio, salí y no miré atrás. Solo veía el lujoso portal de la finca en la calle Balmes. El conserje parecía reconocerme a medias, solo cuando le dije que venía a ver a Marta asintió y me dijo:

— Me alegro de verla de nuevo señora Ros.

No le respondí, no por

descortesía, ya no pensaba en nada, solo la rabia me dominaba. Ardía en mi interior a cada paso en el que veía la maldad que me había rodeado.

Apreté varias veces el botón de la planta sexta. Sentía que todo iba demasiado despacio y mi energía muy deprisa, me sentía presa en un mundo excesivamente lento.

Cuando las puertas se abrieron salí disparada como viento gélido. Me dirigí a su puerta y piqué varias veces al timbre.

No abría.

Luego comencé a golpear la puerta con la mano.

Escuché la llave girar.

En cuanto abrió empujé la puerta con fuerza.

Marta se retiró asustada. Estaba en camisón, iba descalza pero ya estaba maquillada.

Cerré la puerta de un portazo.

— ¡Sandra! — exclamó con los ojos abiertos.

— ¿Por qué lo has hecho?! ¿Por qué?— le pregunté.

— ¿De qué me hablas?

— Kahul está en la cárcel por tu culpa. Eres una maldita mentirosa. —

Sandra, tranquilízate. La vi realmente asustada. Me acerqué más a ella pero Marta retrocedía sus pasos. Estaba decidida a ignorarme.

— ¡Dime!— le exigí.

Caminó hasta su enorme dormitorio y yo la seguí. Tenía la cama sin hacer y un montón de ropa sobre ella.

— No quería hacerlo pero me vi obligada. No es lo que parece, él intentó

seducirme y luego me pedía dinero, y cada vez más. Es cierto.

— Entonces fuiste tú.

Marta se negaba a mirarme a los ojos.

— Fuiste tú, la que lanzó el rumor de que era gay. No soportaste que te rechazara, por eso lo has denunciado. Intentaste seducirlo con regalos y como te dijo que no le gustabas le has acusado de estafador ¡Eres una puta!

Por un instante Marta dejó de plegar el suéter que tenía en las manos. Luego

estuviera allí.

Estiré del vestido que tenía en sus manos y lo tiré al suelo.

— ¡Escúchame, por favor! Te lo ruego, retírala.

Mis ojos comenzaron a nublarse. No podía contener las lágrimas de impotencia que me provocaba la desesperación, la injusticia que se estaba cometiendo contra Kahul.

Me arrodillé ante sus pies.

— Por favor, Marta, olvida tu orgullo. Eres una mujer atractiva y simpática,

puedes tener el hombre que quieras, pero deja a Kahul. Yo lo amo, es la primera vez que siento amor profundo, amor verdadero por alguien. Él también me ama. Te lo suplico, él es lo único que me da fuerzas para sobrellevar todo lo que he vivido y todo lo que se me viene encima, sin él no sé si podré seguir. Por favor Marta, no tengo nada más, no me queda nada.

Marta tenía la mirada perdida en algún punto de la cama. Vi cómo se le escapaba una tímida

lágrima.

— Marta, mi familia me lo ha arrebatado todo, experimentaron conmigo desde niña, la medicación me creó una infertilidad irreversible, Joan nunca me amó y mi padre....

Se había formado un nudo en mi garganta, ya no podía seguir hablando. Solo llorar.

Marta se tapó los ojos con la mano y se sentó en la cama.

— Por favor, retírala— balbuceé entre sollozos.

Estando en el suelo vi

varias maletas bajo la cama. Algunas estaban abiertas y contenían ropa.

— ¿Te vas?— le pregunté con temor.

— Sí, me iré una temporada a vivir a París, hasta que todo esto pase.

— Por favor, no te vayas sin retirar la denuncia.

— No es tan fácil Sandra, tú no lo entiendes. No voy a engañarte, intenté tener un romance con él, pero no siento nada por Kahul. Todo comenzó cuando tu accidente. Yo seguía asistiendo a las clases

de yoga y una tarde nos encontramos en la cafetería del club, comenzamos a hablar y me apeteció mucho seguir viéndole. Era encantador y amable, me hacía sentir bien. Me insinué varias veces, pero no parecía coger mis indirectas. O si las cogía, hacía como que no las había oído. Entonces una tarde fui más descarada y me presenté en su apartamento con un regalo. Me invitó a un té, yo intenté seducirle pero me puso de patitas en la calle. Sentí mi orgullo herido, como cualquier

persona, pero ya está. Yo quería tener una aventura romántica, divertirme.

— ¿Entonces por qué la denuncia?

— Sandra, te has metido en un gran lio. Estás jugando con fuego. No luchas solo contra una empresa farmacéutica, es algo más grande.

— Las Piezas negras.

Marta me miró con ojos de sorpresa.

— No pronuncies ese nombre— me dijo en voz baja.

Entonces una intuición

se activó en mi interior.

— ¡Tú estás con ellos! Les sirves, eres un peón de su juego— afirmé.

— ¿Y quién no es peón? No seas ilusa, todos somos peones, de un bando o de otro.

— Mi padre pagaba todo esto, ¿no?— dije señalando la habitación y la ropa— ; tenía que haberlo imaginado cuando os vi follando sobre la mesa de su despacho. Eres su puta.

— Tú no lo entiendes. Has vivido rodeada de lujos, no has tenido que trabajar en

bares hasta las tantas de la noche por cuatro duros, aguantando manoseos. Limpiando vómitos, meadas y preservativos de los baños. No has visto a tus padres con los dedos destrozados de trabajar en el campo. Ni ver como una mierda de helada echaba a perder toda la cosecha de manzanas. Ese año vivíamos de los créditos que se iban amontonando con otros créditos. ¡Qué fácil juzgar para ti que lo has tenido todo! Ahora he podido ayudarlos a salir del aprieto en el que habían

vivido siempre. ¿Qué hay de malo en eso?

— Ese dinero está manchado con asesinatos. Tú también me has traicionado. Yo creía que eras mi amiga.

— Yo no lo veo así. Fue entrar en la vida de tu familia y el mundo se abrió para mí, veía tantas posibilidades a mi alcance. Tu padre comenzó a enviarme regalos y no supe decir que no. Él me ofrecía todo lo que yo siempre había soñado y lo único que tenía que hacer en un principio era

vigilarte. Estaba obsesionado contigo, quería saber qué hacías, dónde ibas, con quién hablabas, ¡todo! Me pareció enfermizo, pero bueno, me daba igual. Lo vi como un trabajo, por eso estaba contigo.

No daba crédito a lo que mis oídos escuchaban de boca de Marta.

— ¿Nunca sentiste nada por mí? ¿Yo era solo un trabajo?— le pregunté.

Noté un dolor en mi pecho. El dolor de la traición. Porque yo sabía que Marta era una mujer

superficial pero creía que en el fondo me apreciaba.

— ¿Era solo para espiarme? Yo me sentía especial a tu lado. Sabía que me envidiaban porque eras una mujer muy popular. Yo te admiraba. Todas querían estar contigo pero tú siempre me escogías a mí. Ahora lo entiendo.

Marta suspiró.

— Aunque no lo creas te cogí cariño. Luego tu padre quería algo más que información y bueno... ya sabes... accedí. Él quería saber con quién andabas.

Las visitas a la tarotista y luego tu amistad con Kahul. Él lo sabía todo. Me ordenó ponerle la denuncia después de que te ayudara a salir del psiquiátrico.

La cabeza iba a estallarme, ya no lloraba. Estaba exhausta de tanto dolor, de tanta maldad, de tantas mentiras. Mi vida había sido una mentira tras otra, una vida rodeada de oscuras sombras, artificial, una obra de teatro.

Había apoyado mi cabeza en la cama de Marta y miraba hacia el suelo

intentando comprender. No sabía qué sentir, ni que pensar. Era todo demasiado surrealista. ¿Qué había sido cierto? ¿Qué había sido real?

Marta se levantó y siguió plegando ropa.

— Te aconsejo que desaparezcas. Vete lo más lejos que puedas— me dijo.

— No me iré sin Kahul.

— Entonces que Dios te ayude. Irán a por ti, tu padre no estaba solo.

— Ya lo sé varios miembros escaparon, pero no me iré sin Kahul, por favor ayúdame.

— No puedo, lo siento.

Mi vida tampoco vale nada para ellos, recuerda, soy solo un peón más en su tablero. Alguien de quien pueden fácilmente prescindir. Yo lo sé y asumo los riesgos.

Su frialdad me dejó sin habla.

Capítulo 33

Corroe tus
adentros,
sin faltas ni
miramientos.

¡Deshazte de
tu hierro!

que más que
coraza, es peso.

Esperé largo rato en la
sala hasta que mi hermana
apareció con las celadoras.

Su piel estaba

demacrada, tenía la mirada perdida. Unas oscuras ojeras bajo los ojos anunciaban que dormía poco o quizá nada.

La ayudaron a sentarse y luego se marcharon.

Aurora siguió con la mirada perdida en algún punto de la pared.

— ¿Cómo estás?— le pregunté.

— Mal, cómo quieres que me sienta. No puedo ver a mis hijos. No sé cómo están.

— Están bien Aurora, tu marido y tus suegros cuidan bien de ellos. Ahora

no se atreverán a tocarlos.

— No lo están. Aina no está bien.

— Estuve con ella ayer mismo y mira lo que te ha dibujado. Esto solo lo dibuja una niña tranquila y feliz—. Aina se había dibujado junto a sus padres y hermanos subidos en el barco. Todos se veían sonrientes—. Ya terminó todo. Pronto saldrás de aquí.

Mi hermana cogió el dibujo de Aina, lo miró. Sus ojos comenzaron a verter lágrimas, luego apoyó el papel en su pecho y lo

— ¡Aurora! ¿Por qué dices eso? Tú viste lo que iban a hacerle a tu hija, iban a violarla entre todos.

— No lo sé, no lo sé.

— No quieres aceptarlo. No quieres ver que también nos lo hicieron a nosotras.

Aurora se rió. Su risa era irónica. Me dio miedo.

Agachó el rostro durante unos instantes luego levantó la mirada y clavó sus ojos en mí con una mirada pétrea, llena de odio.

— A ti nunca te tocaron. Nunca lo entendí.

Siempre te ataban y dejaban que miraras pero nunca te subieron al altar. ¿Por qué? Eh... dime... ¿Tú eras especial? ¿Por qué a ti nunca te tocaron?

— Eso no es cierto, yo también estuve en el altar lo recuerdo.

Aurora negó con la cabeza.

— ¡Nunca te tocaron! ¡Nunca! — Me gritó. Sus ojos estaban inyectados en ira— ¡Te odio! ¡Te odio!

— Aurora por favor, no es justo que digas eso.

— Yo ahora me pudriré

en la cárcel, y tú podrás llevar mi vida, cuidar de mis hijos. ¿Por eso lo has hecho, verdad? Has querido destapar la cloaca para robarme mi vida.

— No vas a pudrirte aquí. Te sacaré, yo testificaré a tu favor.

— Nadie creerá a una loca.

— No estoy loca, nunca lo he estado. Ese maldito psiquiatra era de la misma secta que papá. Además mamá también testificará.

Apoyó las manos en las sienes y soltó una risa

burlona. Me dio escalofríos oírla.

— Mamá no dirá nada en contra de papá y lo sabes. Ella siempre ha callado, no me ayudará. Nunca lo hizo.

Las lágrimas rodaban por sus mejillas y caían sobre la mesa.

Aurora apoyó sus manos sobre los ojos y las dejó ahí.

— Voy a ayudarte y mamá también— afirmé.

Aurora se levantó, hizo un gesto para que las celadoras le abrieran la puerta.

— Olvídate, mamá no va a ayudarme, no lo hará.

Me asustó la convicción de sus palabras.

— ¿Por qué estás tan segura?

— Cuando hables con ella pregúntale por Victoria.

— ¿Qué?

Las celadoras vinieron a por mi hermana y se la llevaron, dejándome sumida en la angustia.

Sus palabras habían sido duras, sus intensas emociones me habían afectado. No entendía por qué había mentido sobre lo

que yo había vivido, sobre
mis recuerdos.

Capítulo 34

Reventándome
en los ojos,
aquello que
no pude recordar.

¿Por qué
guardabas gusanos
si no era por
maldad?

Mi madre hacía
semanas que se había
encerrado en la casa de Boí.
No había vuelto a la ciudad

desde el entierro de mi padre. No quería recibir visitas y se excusaba que estaba enferma y que el médico le había recomendado el clima de la montaña.

Yo sabía que no era capaz de soportar todo el escándalo que se había formado sobre la familia y se escondía como una rata en su madriguera.

Me presenté una mañana en la casa sin avisar y aunque su mayordomo me impidió la entrada con mil excusas, conseguí colarme

por la parte trasera.

Ella estaba en el porche acristalado de la casa, resguardada de los gélidos vientos de la montaña. Leía una revista de decoración, sus preferidas, mientras tomaba un café con leche. Tenía una manta puesta en las rodillas y Rosco dormitaba a sus pies.

La observé de lejos durante un instante. Parecía vivir en su propio mundo. Un mundo que se había construido a costa de enterrar todo aquello que podía haberla hecho más

accesible y humana. Donde ella era una gran dama de la alta sociedad, donde todo a su alrededor era bondad, buen gusto, refinamiento, sorpresas agradables y fiestas de beneficencia.

Cuando me vio cruzar la puerta y entrar en su mágico mundo de reyes y reinas, su gesto se transformó. Yo nunca le había encajado, sentía que siempre había sido el cardo entre sus rosas, la carcoma entre sus vestidos de seda. Pero nada iba a detenerme.

Se removió de su lujosa

butaca y se quitó las gafas.

— ¡¿Qué haces aquí?!
¿No te he dicho que estoy enferma? No tengo ganas de ver a nadie.

— Hola mamá.

— ¡Márchate! O le diré a Guillem que te acompañe a la puerta.

No quería escucharme, ni siquiera quería mirarme a la cara.

— Mamá, es importante lo que vengo a decirte. Aurora necesita ayuda.

— No vuelvas a mencionar su nombre en

esta casa.

Las manos de mi madre temblaban y la parte inferior de sus dientes se había hecho más visible. Parecía un *bulldog* a punto de atacar.

— ¡Márchate!

— No mamá, tenemos asuntos que resolver.

— No quiero hablar con vosotras, ingratas, hijas ingratas. Vuestro padre lo dio todo por vosotras y cómo se lo habéis pagado. ¡Es asqueroso! ¡Asqueroso! Jamás creí que unas hijas podían ser tan malvadas y enfermas. Pero la culpa la

tienes tú; tú contagiaste a tu hermana con delirios. Ella lo creyó todo y lo mató, lo mató, lo mató — decía con las manos apoyadas en la cabeza.

Tuve que respirar hondo para seguir hablándole, me costaba digerir su actitud de rechazo y negación. Yo había venido con esperanzas de llegar a su corazón pero esas esperanzas menguaban a cada segundo que pasaba a su lado.

— Aún sigues culpándome. Qué fácil

mamá, qué fácil culpar a los demás de lo que tú nunca has querido ver. Tú siempre miraste para otro lado. Preferías tenerme bajo llave antes que nadie supiera que algo escabroso ocultaba la maravillosa familia Ros i Paquer.

— ¡Cállate! No es cierto, lo habéis inventado. Habéis destruido esta familia. Tú estás loca, naciste enferma y has destruido todo lo que tenías a tu alrededor, a tu hijo, a tu marido, a tu padre, a la empresa... ¿¡Por qué lo has

hecho?!

Salía odio de sus ojos, enrojecidos, ardientes. Una energía dolorosa que atravesaba mi cuerpo. Una energía oscura y poderosa.

De pronto las vi a su lado, las sombras la alentaban a seguir volcando más y más odio sobre mí. Ellas disfrutaban y se crecían a cada palabra hiriente que escupía de su boca.

— ¡Eres un ser despreciable! Me avergüenzo de ti, del día que te di a luz. ¡Me arrepiento de

parirte!— me gritó.

Sus duras palabras se clavaron en mi corazón.

— No digas eso, no es justo.

— ¡Sal de mi vista!
¡Estás muerta para mí!

Me retiré unos pasos de ella, sentía mi fuerza decaer.

Me giré para marcharme pero de pronto cambié de opinión:

— No me iré, tienes que hablar a favor de Aurora, tienes que contarles que es cierto mamá. ¡Es cierto! Ellos abusaron de nosotras y también iban a

hacerlo con Aina. Por favor ayúdala, ella no puede estar ahí, sus hijos la necesitan. Piensa en tus nietos.

— Yo cuidaré de ellos ¡Ahora vete de aquí! ¡Mentirosa! Tu padre os amaba, os amaba mucho. Y en la televisión no se habla de otra cosa, una hija que mata a su padre. Es inaudito, ¡qué vergüenza!

— ¿Es que solo te importa lo que piense la gente? Aurora se pudrirá en la cárcel porque a ti te da vergüenza admitir que nos violaba, que era un

pederasta. ¡No puedo creerlo!

Cogí a mi madre de los hombros y comencé a zarandearla.

— ¿Es que no hay amor en tu corazón? No hay perdón en él. ¡Mamá abre los ojos! ¡Despierta! Esta vida no es real, la vida que querías hacernos creer no es real. Él no era un amante padre y esposo, era un hombre despiadado, que asesinaba, violaba y extorsionaba. ¡Abre los ojos!

Mi madre tenía la mirada perdida.

En aquel instante recordé las últimas palabras que me había dicho Aurora en la sala de visitas, antes de volver a su celda:

— ¿Quién es Victoria, mamá? — le pregunté.

El rostro de mi madre se consternó. De pronto sentí que se hacía muy pequeña entre mis manos. Como si de pronto la hubiera abandonado toda la manada de leonas que la acompañaban.

La solté.

Mi madre cayó de golpe en la butaca.

De pronto lo vi claro, imágenes invadían mi mente a la velocidad de la luz.

Un recuerdo de infancia, claro, preciso, apareció en mi memoria: Mi madre era joven, yo tenía seis años de edad. Estaba sola jugando en aquel mismo porche. Mi madre se acercó a mí con mirada severa.

— *¿Con quién hablas, Sandra?*

— *Con Victoria.*

Los ojos de mi madre mostraban una mezcla de pánico y angustia.

— *No digas eso, es mentira.*

— *No mamá no es mentira, está aquí a mi lado ¿No la ves mamá?*

— *¡Cállate!*— *me gritó.*

— *Victoria dice que está en el bosque, que tiene frío, que vayas a buscarla.*

Mi madre se acercó a mí a gran velocidad y me dio una bofetada en la mejilla.

— *¡No digas mentiras!*

Yo lloraba y sentía el escozor de su golpe en mi piel.

— *Está aquí, mamá,
¿no la ves?*

Volví mi consciencia al momento presente.

— Victoria—
murmuré— ¿Quién es
Victoria mamá?

Mi madre seguía en estado de shock con la mirada perdida.

— Yo solo quería que la olvidaras, que dejaras de hablar de ella. Yo no quería que sufrieras más — me dijo — . Tú no parabas de hablar de ella, decías cosas horribles, yo solo quería que

la olvidaras. Yo, y tu padre. Nosotros queríamos que la olvidaras, pero no lo hacías, hablabas a solas con la pared y jugabas con alguien imaginario. En el colegio se reían de ti. Los profesores y los padres de los alumnos, hacían preguntas molestas sobre ella. Sandra está loca, decían, habla sola con su amiga imaginaria. Por eso tuvimos que ingresarte en la clínica. ¿Lo entiendes, verdad? Y papá creó un medicamento para ti, uno muy bueno, uno que conseguía que no volvieras a

recordar. Pero lo has estropeado.

— Esto no responde a mi pregunta, mamá.

La cogí de los hombros con fuerza y la obligué a que me mirara a los ojos.

— ¿Pero quién es Victoria?— supliqué.

Mi madre comenzó a llorar y a negar con la cabeza.

De pronto lo vi claro, los recuerdos se conectaron entre sí, las imágenes fluían a mí.

Estábamos bajo el túnel, en la cueva junto a la

cascada. Yo estaba atada y Aurora también, las dos llorábamos asustadas.

Alguien cubierto con la manta negra, pataleaba en el altar.

De pronto se destapa y me veo a mi misma. Estoy llorando, tengo mucho miedo y estoy atada de manos y pies.

Mis pensamientos vuelven a reordenarse, luego veía a Aina sobre la piedra, luego su rostro se transforma en el mío, luego en la niña del bosque.

— ¡¿La niña del

bosque?!

Lo vi claro, aquella niña no era Aina, ni era yo, era mi hermana Victoria, mi hermana melliza. La niña con la que yo había estado hablando y jugando de pequeña. La niña que jamás me había abandonado. Ella era la que estaba en el altar. No era yo, era ella.

Me miraba a los ojos, y mirar a sus ojos era como mirar dentro de mí.

Yo estaba muy asustada, sufría por ella, la miraba y ella me hablaba en pensamientos. Estábamos

profundamente conectadas,
había telepatía entre
nosotras:

— *Te quiero mucho
tata* — le decía.

— *Tengo miedo*—
escuché.

Luego el encapuchado
sobre ella.

— *Luego nos vamos a
casa* — le decía.

— *El lagarto me come
por los pies* — dijo por
última vez.

Pero Victoria cerró sus
ojos. Murió en el altar, no lo
soportó, no aguantó la
bestialidad de nuestro padre,

ni del resto de los hombres de la secta. Murió desangrada sobre el altar. Yo lo vi todo y Aurora también. Vi como se le iba la vida gota a gota, la vi roja y brillante caer sobre el suelo, adentrarse en la tierra.

El impacto que dejó la imagen en mi retina me destrozó el corazón para siempre. Ella murió y su muerte fue lenta y agónica. Una muerte indigna para un ser inocente.

Volví de mis recuerdos. Caí al suelo frente a las

rodillas de mi madre y lloré.

— Victoria está muerta, está muerta. Murió con cinco años de edad— afirmé. Estaba agotada y el dolor me aplastaba el pecho y la garganta.

— No está muerta, la secuestraron, desapareció. Nunca más supimos de ella. Tu padre hizo todo lo posible por encontrarla.

— ¿Eso te dijo? — le pregunté con ironía, no daba crédito a tanta mentira— ¡Maldito sea, él la mató! — exclamé.

Noté la sangre hervir

por mis venas. Me levanté y miré por la ventana. Miré el sendero hacia el bosque.

— Está en el bosque—
afirmé.

— ¡No! La secuestraron, incluso nos dejaron una nota pidiendo el rescate, pero nunca vinieron a por el dinero.

— Tiene miedo, tiene frío, está sola— dije ignorando los argumentos de mi madre.

De pronto cogí a mi madre del brazo y la arrastré con fuerza hacia la calle.

— ¡Suéltame! ¿Qué

haces?

— Victoria, no está viva, la asesinaron. Yo siempre lo supe y me hicisteis creer que estaba loca para que no hablara. Para que callara lo que yo había visto con mis propios ojos. No eran pesadillas, era real mamá. ¡Era real! Te lo conté y no me creíste, no quisiste creerme.

Con una fuerza desconocida por mí, arrastré del brazo a mi madre, que era más alta y corpulenta que yo, hasta el bosque.

Seguía un impulso

inconsciente, algo me guiaba. Rosco ladraba delante siguiendo también una pista invisible.

No escuchaba los gritos de mi madre, solo caminaba y caminaba tirando de ella.

De pronto apareció Victoria; era ella, se escondía entre los árboles y luego aparecía de nuevo. Para ella era un juego de niños, no era consciente.

Me llevó a lo profundo de la finca. Llegamos a un pequeño claro del bosque. Rosco se detuvo y la niña dejó de aparecer. Allí solté a

mi madre. Y en un lugar llano, y ligeramente más hundido que el resto del terreno, comencé a rascar con mis manos hasta que salía sangre de ellas, pero no sentía dolor. Luego cogí una rama y seguí cavando. Rosco me ayudó con sus patas hasta que apareció un trozo de ropa y luego unos pequeños huesos.

Miré a mi madre, que lloraba y solo negaba con la cabeza. Hasta que pareció reconocer una cadena de oro que nos habían regalado a ambas.

Saqué la cadena y se la dejé en las manos.

Se arrodilló junto a mí, delante de la que había sido la tumba de Victoria, durante veinticinco años.

Los gritos desgarrados de mi madre se oyeron en todo el bosque. Los pájaros volaron asustados de las ramas. Volaron libres y Victoria voló con ellos. La vi flotar sonriente delante de nosotras.

Me lanzó un beso con su manita. Giró su rostro y caminó hacia unos cuerpos muy luminosos. Los

reconocí, ahí estaban: mi familia espiritual y su ángel guardián, se la llevaban de la mano. Ahora era feliz, ahora estaba de vuelta en casa, completa, ya jamás volvería a sentirse sola en el bosque.

Capítulo 35

Ya baten
alegres las plumas
de mis alas,
cargadas de
sueños.

Y en cada
plumón de mi
cuerpo,
llevo tejidas
las sonrisas
que no regalé
por años enteros.

Había quedado a las once de la mañana con Lila en un chiringuito de la playa de la Barceloneta. Se retrasaba quince minutos de la hora pactada por teléfono, pero no me inquietaba. Me había pedido un refresco de naranja y miraba una partida de vóley playa. Hacía una temperatura agradable y primaveral. Algunos transeúntes se habían despojado de abrigos y chaquetas para dar un paseo por la orilla. Pequeños grupos de chicos y chicas jóvenes se habían tumbado

en la arena para ver también el partido. Reían despreocupados, a pesar de que era horario escolar. Recordé que nunca había hecho novillos, me parecía la falta más grave cuando era pequeña, un signo de rebeldía extremo. Ahora los miraba y en vez de ver futuros desaprovechados, veía alegría de vivir, espontaneidad. Yo que siempre había seguido las normas, que había sido una buena niña, a pesar de todo, ¿qué había ganado con ello? La rebeldía era un estado

natural a esa edad, un estado que si no puede llegar a exteriorizarse, quedaba sepultado dentro, donde más daño ocasionaba. Entonces me pregunté, ¿cuándo dejé de sonreír?

La vida y las personas seguían sorprendiéndome a cada momento, tanto para mal como para bien. Destrozada por el dolor y la mentira. Traicionada por aquellos que más había amado, ya nada me quedaba que esperar. Había perdido muchas cosas en el camino hacia mi alma, pero también

había ganado en integridad. Ahora tenía la fuerza de saber que nunca había estado equivocada. Que no era una loca fantasiosa, solo una mujer con un don muy especial, una conectada, como me había dicho Kahul. Pero que había tenido la mala suerte de escoger una familia a la que la luz le molestaba en los ojos. Una familia que no quería ver, que prefería las penumbras a cambio de la mentira de la primera apariencia. Ahora era feliz sabiéndolo, porque ya no necesitaba que nadie

me creyera, porque ya había conseguido lo más difícil: creer en mí.

Habían pasado dos semanas después de haber desenterrado el secreto más terrible y oscuro que habían ocultado mis padres.

Alberto me comunicó que el asesinato de mi hermana gemela Victoria había prescrito.

Deseé que las cosas no hubieran llegado a ese extremo. Mi padre debería haber pagado con el resto de su vida en la cárcel, quizá así hubiera reflexionado

sobre sus actos. La muerte le había ahorrado el sufrimiento y con ello la enseñanza. Quizá soy estúpida por pensar que habría cambiado, que habría llorado la muerte de su pequeña hija y la muerte de otros a los cuales directa e indirectamente había perjudicado. Ya no se sabrá, solo él, esté donde esté, tendrá que cargar con ese peso para el resto de sus vidas. Pues la energía ni se crea ni se destruye, así volverá a nosotros vida tras vida, en un karma infinito

hasta que seamos capaces de amarnos, y perdonarnos todo aquello que hicimos cuando teníamos una gruesa venda en los ojos.

Un balonazo en la cabeza me hizo salir de mis pensamientos.

Los chicos que estaban jugando a vóley me hacían gestos para que les devolviera la pelota. Me quedé unos segundos reflexionando. Aquella pelota venía de un lugar que había visto alegre, lleno de risas y actividad. Una llamada de atención que

capté al instante.

Me acerqué a ellos con el balón en las manos.

Un chico, de origen noruego se adelantó hacia mí y cogió el balón.

— Gracias— me dijo.

Caminó unos pasos, se giró y me preguntó:

— ¿Te animas?

Dudé unos segundos. Pero su sonrisa tan cercana y amable como la de Kahul me animó.

El Universo en su infinita sabiduría no deja de sorprendernos. Aquella pelota venía a despertarme

del pasado, me decía que ya era hora de ser feliz. Que la alegría y la espontaneidad debían regir a partir de ahora mi vida. Que estaba ahí enfrente, delante de mis ojos para que la tomara cuando quisiera.

Disfruté de la compañía de unos extraños y me regalé los aplausos de los jóvenes espectadores, cada vez que mi equipo marcaba un punto. Reí cada falta, cada balonazo que recibía, cada empujón. Todo sabía a exquisita libertad y despreocupación. Era un

maravilloso regalo que yo misma me había concedido. Pero el mayor regalo llegó justo cuando menos lo esperaba.

Habíamos ganado el partido y celebrábamos la victoria. Cuando miré hacia la mesa donde había dejado mi refresco, me encontré con Kahul sentado en ella. Parecía llevar rato observándome con una hermosa sonrisa en sus labios.

El corazón me dio un vuelco.

Kahul se levantó de la

mesa y caminó hacia mí. Yo me había quedado pegada al suelo.

Pero reaccioné y corrí hacia él. Nos encontramos en la arena. Me abracé a él como si en momentos fuera a evaporarse.

Nos besamos y mientras permanecíamos unidos se oían los silbidos y aplausos de los adolescentes de fondo.

Me hundí en sus brazos, llena de amor y gratitud hacia la vida.

Me aparté de él y le miré a los ojos.

— ¿Qué haces aquí?

No entiendo.

Kahul me mostró su mejor sonrisa. Llena de dulzura y cargada de alegría.

— Han retirado la denuncia.

Salieron lágrimas de felicidad, lágrimas dulces.

— ¡Marta!— exclamé sorprendida.

— No sé quién ha sido, solo que estoy libre de los cargos de los que me acusaban. ¡Soy libre! — dijo en voz alta.

Kahul me alzó y comenzó a girar sobre sí

mismo. Luego caímos sobre la arena.

— ¿Cómo sabías que estaba aquí?

— Tu amiga Lila y el sub-inspector Alberto lo han planeado todo. Querían darte una sorpresa.

Salieron lágrimas de emoción de mis ojos. No podía creer que fuera cierto. Seguía pensando que de un momento a otro volverían a robarme aquello que había conseguido con tanto esfuerzo. Pero solo eran ya los resquicios del pasado, de Sandra. Porque ahora me

sentía más que nunca Irania.

— ¡Vámonos lejos de aquí! — me propuso Kahul con entusiasmo. Asentí con energía y me abracé de nuevo a él. — Vale, pero antes tengo una última cosa que hacer. Nos tumbamos en la arena y permanecemos abrazados mirando el ir y venir de las olas. Con la ilusión y la esperanza de una nueva vida que nacía delante de nuestros ojos, en un horizonte prometedor, lleno de proyectos por comenzar.

Epílogo

El entierro de los restos de mi hermana Victoria había sido tan oculto y misterioso como lo había sido su vida. Nadie de mi familia tuvo el valor de venir al funeral. Parecía que asistir, era admitir todos los cargos que había sobre mi padre, Joan y la farmacéutica. Tenían intereses que proteger, según ellos, más importantes que la

vida y la justicia. Los había invitado a todos expresamente, pero ninguno vino, seguían apoyándose mutuamente por encima del bien y del mal. Yo quería que todos supieran lo que le había sucedido a ella, que había existido, que debían recordarla.

Busqué con desesperación alguna foto suya y no encontré ninguna. No lo conseguí. Se habían desecho de ella, como si no guardando nada que le hubiera pertenecido pudieran borrar la culpa del

silencio que los pudría por dentro.

En el fondo me alegré, la presencia de alguno de ellos habría sido un insulto para ella.

Cuando el cura se marchó, me quedé un rato a solas reflexionando sentada sobre su tumba. Saqué un sobre de mi bolso con una carta que había escrito para mi hermana. La volví a leer. Sabía que era un gesto, que Victoria no iba a leerla físicamente, pero había visto ya mucha magia desplegarse en mi vida. Nada me iba a

hacer dudar nunca más de lo que yo sentía. Ahora sentía que ella, donde estuviera la habría ya leído. Lo sabía, tenía fe.

Me acerqué a la lápida y le di un beso a mi fotografía. Luego dejé el sobre junto al ramo de rosas rojas.

Antes de irme leí de nuevo la inscripción de la losa de mármol y me marché.

Aquí yace Victoria Ros i

Paquer. Ahora tu familia te recuerda. 1981-1986-2010

Carta a Victoria:

“Mi historia comienza cuando termina mi vida. Yo morí a la edad de cinco años. Morí junto a ti aquella noche de luna llena. Tú perdiste tu cuerpo pero yo perdí mi alma. He tardado veinticinco años en recuperarla a manos de la sombra negra en la que habíamos nacido. Pero ahora sé porqué decidí nacer en

una familia como la nuestra: lo hice por amor. Por traer luz a una familia que vivía en las tinieblas y que iba a conseguir llevar las tinieblas a cientos, a miles de familias, destrozándolas desde dentro, desde el mismo corazón. Ahora sé que nada es por casualidad pero esta explicación es solo para aquellos que creen en la inmortalidad del alma.

Me marcho porque soy consciente del peligro que me envuelve. Kahul me espera en el aeropuerto. Sí, ahora está de nuevo libre y a

mi lado. Antes de irse Marta, pasó por la comisaria y retiró la denuncia. Fue un gesto que ya no esperaba, pero que siempre le agradeceré. Yo la quería y creo que sigo queriéndola, y ella también me quiere a mí, a pesar que juega en el otro bando. Como ella me dijo, “No soy quién para juzgarla”.

Me voy donde siempre soñé estar y haciendo lo que siempre debí hacer: cuidar de los niños. No puedo decirte donde voy, por seguridad, pero lo único que

debes saber es que volveré. Dentro de un tiempo será el juicio contra Aurora y me necesitará. Espero que para ese entonces mamá esté recuperada y pueda testificar a su favor. Tendrá que hacerlo, tendrá que enfrentarse con sus más profundos miedos si quiere sacarla de ahí. Yo rezo cada día por ellas, pero nada más puedo hacer.

Miguel Garrido, el químico, se me apareció en sueños. Su rostro estaba sereno, parecía un poco más joven. Estábamos en un

concierto de jazz en medio de una plaza, él tocaba el saxo y yo me encargaba de repartir publicidad entre el público. Yo quería que todo el mundo supiera que él estaba allí tocando y que lo hacía muy bien. En el sueño éramos hermanos y yo estaba muy orgullosa de él porque tocaba con una sola mano, la otra estaba quemada.

Entendí que Miguel, estuviera donde estuviera, debía de estar feliz y eso también me hizo feliz a mí. Sin él no habríamos podido

detener a Farma-Ros. Si lo ves, dale las gracias de corazón.

Ahora miro atrás y pienso en todo lo que he destruido. No me arrepiento de nada porque no eran cosas hermosas, eran cosas construidas con estiércol y vidas de raíces clavadas en lodos movedizos. Nada en nuestra familia era real. Solo tú eras real y te rescaté de mi memoria, pues ellos te habían hundido en la oscuridad para que jamás volvieras a salir. Lo intentaron, pero la luz y el

amor son más fuertes. Ahora lo sé.

Querida Victoria,
perdóname por haberte
olvidado. Te quiero.”

Agradecimientos

Quiero agradecer a la Fundación Soliris por sus vídeos sobre la glándula pineal y a Marisol González Sterling por la difusión de los estudios del sol y la consciencia a través de su portal: www.fundacion-soliris.eu/

También a Isabel de la Fuente por enseñarme a ser consciencia en acción.

A mis profesores de Yoga: Anahita y Sakshin por

compartir con tanto amor y cariño su pasión por esta técnica.

Al portal www.rafapal.com por toda la información que comparte, entre otras, sobre sectas y mafias médicas que han inspirado la trama de esta novela.



Sept. 2012 (R1)

Table of Contents

[Dedicatoria](#)

[Prefacio](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Capítulo 27](#)

[Capítulo 28](#)

[Capítulo 29](#)

[Capítulo 30](#)

[Capítulo 31](#)

[Capítulo 32](#)

[Capítulo 33](#)

[Capítulo 34](#)

[Capítulo 35](#)

[Epílogo](#)

[Agradecimientos:](#)